

BORRADOR DE LA AUTOBIOGRAFÍA 1596-1641

OG-01 Capítulo 1 - De los votos que hicieron mis padres para obtener un hijo que viviera; de mi concepción y conservación en el seno de mi madre donde Dios me mostró su extraordinaria protección

Puedo decirte con el Profeta Jeremías: "El amor de Yahvéh no se ha acabado ni se ha agotado su ternura" (Lm_3_22). Espero cantarlo durante toda la eternidad. "El amor de Yahvéh cantaré eternamente" (Sal_88_2).

Para comenzar, ayúdame, Todopoderoso, ya que los obedientes cantan victoria, quiero contigo, superar las inclinaciones de mi propia resistencia. Tu sabiduría permitió, por las razones que tú conoces, que mi padre y mi madre permanecieran diez años sin poder criar niños ni educarlos. Mi madre tuvo cuatro durante esos diez años de los cuales: uno nació muerto, otro fue asfixiado por la nodriza quién lo acostó con ella a pesar de la prohibición que se le había hecho; los otros dos los enterraron en cuanto los bautizaron porque mi madre no los llevaba hasta el final de nueve meses lo cual causaba a mis padres una aflicción muy sensible. Esta pena les dio ánimo y motivo para recurrir a la oración y dirigirse a ti, mi divino amor, mediante la intercesión de tus santos y santas. Hicieron voto, que tú no rechazaste, de ofrecer dones a la iglesia de san Esteban de Roanne en honor de la gloriosa santa Ana, madre de tu santísima Madre, y de llevar a la pila bautismal por dos pobres, el primer hijo que tu misericordia le concediera y vestirlo de blanco, en honor de san Claudio y de san Francisco de Asís, suplicándote concedieras una vida larga y feliz a este primer hijo que debería nacer.

Poco tiempo después me concibió mi madre. ¡Oh maravilla de bondad! ¡Qué acción de gracias puedo darte por la amorosa Providencia que tuviste y por el cuidado que prodigaste a la madre y a la hija mientras ella me llevaba en sus entrañas! Quisiste ser nuestro común guardián mediante una asistencia muy amorosa para sostener a mi madre en las grandes aflicciones que permitiste le llegaran; siéndote agradable por su vida tan retirada del mundo, tú quisiste probarla en el crisol de las tribulaciones. Satanás no olvidó nada para hacerme morir en el seno de mi madre; seis semanas antes de mi nacimiento ella se rompió una vena con evidente peligro de su vida y de la mía; temía dar a luz un muerto como las otras veces pero tu diestra mostró su poder, no permitiendo que yo fuera privada de la vida de la gracia ni de la naturaleza. ¿Quién cerró el mar con una puerta cuando salía impetuoso del seno materno, cuando le puse nubes por mantillas y niebla por pañales, cuando le impuse un límite con puertas y cerrojos y le dije: "Hasta aquí llegarás y no pasarás; aquí se romperá la arrogancia de tus olas"? (Jb_38_8s) Y eres tu, mi Señor y mi Dios, quien hiciste todas esas maravillas por mi, para la confusión de los demonios, tu gloria y mi salvación.

OG-01 Capítulo 2 - De mi nacimiento, bautismo y alimentación de leche, y como hablaba clara y razonablemente a los nueve meses

Me hiciste nacer pronto y felizmente el seis de noviembre de 1596, y el mismo día fui llevada al bautismo por dos pobres según el voto hecho por mis padres, [4] los cuales envió tu Providencia a nuestra puerta, a saber un niño y una niña que pedían limosna. El niño tenía ocho años y la niña seis. Fui puesta entre las manos de la inocente pobreza para recibir el sacramento de regeneración en la iglesia parroquial de san Esteban de Roanne, y fui llamada Jeanne como se llamaban mi padrino y mi madrina. Mi padre y mi madre se llamaban Jean y Jeanne, para que yo diga verdaderamente según el Apóstol que debo toda mi felicidad a tu gracia: Por la grada de Dios, soy lo que soy (1Co_15_10). Te suplico que no sea jamás vana en mi y que permanezca para siempre en mi alma. Mi nacimiento fue un

consuelo para toda la ciudad de Roanne porque él regocijaba a mis padres después de tantos años de aflicción.

Mi madre, pensando cuidarme mejor que las nodrizas lo habían hecho con mis hermanitos, quiso probar alimentarme ella misma, pero tu no lo permitiste, privándola de leche completamente sólo tres días después de dar [5]a luz. Durante estos tres días ella tenía tan poca leche que por falta de alimento me puso a las puertas de la muerte, por lo que le suplicaron permitiera que se me diera una nodriza ya que la languidez en la que yo estaba no prometía más de veinticuatro horas de vida. La necesidad la obligó a vencer su inclinación.

La nodriza que habías escogido, oh mi divino amor, se presentó casi inmediatamente, y en contra de todos los consejos que las vecinas le daban de no recibir una niña moribunda, ella resolvió llevarme a su casa, porque me dijo que oyó interiormente estas palabras: "Recibe esta niña; no morirá." Y creyó que eras tú quien la aseguraba de mi vida. No se equivocó. Esos excesos de bondad hacia mí me hacen decir como al real Profeta: Fuiste tú quien me sacó del vientre, me tenías confiado en los pechos de mi madre, desde el seno pasé a tus manos, desde el vientre materno tú eras mi Dios (Sal_21_10s). En el vientre materno ya me apoyaba en tí. Muchos me miraban como a un milagro, porque tu eres mi fuerte refugio (Sal_70_6s).

Mi nodriza, que hasta hoy está llena de vida, asegura, que durante el año que ella me amamantó, [6] no me oyó gritar. Cuando salía para los asuntos de su quehacer me dejaba en mi cuna sin temor y cuando regresaba me encontraba despierta, sonriéndole con tanta gracia que el contemplarme era para ella un placer; otras veces, habiéndome dejado tranquila como dije, las señoras de la ciudad me levantaban y me llevaban a sus casas sin que con mis gritos les hiciera resistencia ni después mostrara, por medio de signos o gritos comunes en los niños, la necesidad de comer. Se me retenía sin enfadarme una parte del día. Desde los cuatro meses me acostumbró a comer, al grado que podían detenerme sin preocupación. a los nueve meses hablaba yo claramente diciéndole "Mamá, ten cuidado de que yo hable bien" lo cual le hizo admirar mi juicio tanto como mis palabras bien pronunciadas.

OG-01 Capítulo 3 - De las muestras de piedad y devoción que se manifestaron en mi infancia por las cuales Dios mostraba los designios particulares que él tenía. Que yo pensaba en las cosas celestiales y divinas, inspirándome de informarme

Mis padres, no pudiendo por más tiempo privarse de mí, me destetaron a fin de año para [7] tener el gusto de verme junto a ellos.

Apenas había cumplido tres años y ya me informaba de todo lo que se me podía enseñar a esa edad, preguntando a mi madrina, que tenía seis años más que yo, como podía hacer para ir al paraíso, y si el camino era muy difícil. Ella me dijo que había que pasar por una tabla que no era más gruesa que un cabello de la cabeza. Yo dije, "¿cómo podré pasar? yo peso más de lo que un cabello de la cabeza puede sostener." Viendo que yo tenía temor, me decía: "No te preocupes de nada, los buenos pasan fácilmente, pero los malos caen abajo, en un abismo que es el infierno." Esta pobre niña sin cultura me decía esas cosas y otras que no estaban mal, y que al saberlas me inspiraban miedo al pecado por temor de caer en el infierno.

En otra ocasión, pregunté qué se hacía en el paraíso. Se me contestó que los bienaventurados siempre estaban sentados. Esa palabra "siempre" me extrañaba: ¿cómo podré permanecer siempre sentada? no pudiendo comprender tu eternidad. Adoro tu Providencia que entretenía mi espíritu infantil con esos pensamientos mientras estaba en mi cama para que no me aburriera, pues me hacían acostar temprano [8] porque yo no era fácil para dormirme pronto. Mi espíritu no podía permanecer inactivo; se ocupaba de los pensamientos de la eternidad con demasiada concentración. Temía

aburrirme en el reposo eterno del paraíso, que me figuraba ser como un palacio en el que los bienaventurados estaban contigo, Dios mío, en una perfecta recreación, sentados en tronos de gloria, que a mí me parecía una mansión enfadosa si no era libre de pasearme en los campos que la rodeaban según mis pensamientos infantiles que a nadie comunicaba. En ese mismo tiempo, oí decir que tu bondad había prometido ese paraíso al ladrón para que viviera ahí contigo. Me preocupé mucho de que siendo tan bueno como tú eres, temí que ese ladrón te engañara, quitándote tu paraíso y así, por hacer el bien, tú te privarías de tu felicidad.

Deseaba aprender a saberte rezar devotamente, pero mi padre no permitió que me enseñaran a leer tan pronto. Entonces yo procuraba aprender unas oraciones de memoria, y cuando él me quería cerca de él yo le decía: "Me quedaré contigo, con la condición [9] de que me enseñes la oración que dice que nuestra Señora es el palacio de Jesucristo, y la de mi ángel," al que yo amaba por inclinación, sabiendo que él era mi guardián, y me acuerdo que sin saber lo que fuera un ángel, amaba yo uno que estaba pegado en un mueble. No pudiendo quitarlo de ahí, me abrazaba de él y lo acariciaba con mucho cariño. Tenía tanta confianza en nuestra Señora, tu digna y santa Madre en todas mis pequeñas aflicciones que me dirigía a ella, con una entera confianza, haciéndole promesa de servirla si me libraba de mis penas, y mi sencillez llegó a tal punto que le pedía me enseñara a bailar, prometiéndole que rezaría el rosario en su honor, porque yo no quería aprender de los hombres.

OG-01 Capítulo 4 - Del don de memoria que Dios me dio para aprender a leer y a escribir en poco tiempo; del propósito de permanecer virgen para seguir al Cordero a todas partes y de los ayunos que comencé desde mi tierna edad

Habiéndome prometido mi padre que tan pronto como cumpliera seis años me permitiría aprender a leer, me estremecí de júbilo, cuando supe que los había cumplido. Tú sabes, querido Amor, con qué fervor de espíritu rogaba a santa Catalina virgen y mártir obtenerme la gracia aprender muy pronto a leer, para tu gloria y para mi salvación. Mi oración fue escuchada, en cuanto a aprender en poco tiempo. Sobrepasé a todas [10] las de mi edad y la previsión de mis padres, lo que aumentó el amoroso afecto que tenían ya demasiado grande porque estando enferma con frecuencia atormentada por parásitos intestinales, el temor de que me hicieran morir ponía a mi padre en una extrema y desagradable tristeza pero; oh divina bondad me curaste cuando ellos creían verme morir.

A la edad de siete años, deseaba ayunar la víspera de las fiestas solemnes, lo que obtuve muy fácilmente. Habiendo llegado a los nueve o diez, quise ayunar en la Cuaresma lo que hice con un gran valor, aunque mi intención no fue recta porque tenía una pequeña complacencia y una satisfacción de mi misma. En éste mismo año me llevaron una vez al sermón en el que oí decir que las vírgenes seguían al Cordero a cualquier parte que él fuera.

Me informe qué debía hacer para ser virgen. Me respondieron que era necesario no casarse, respuesta que me alegró [11] mucho resolviéndome a permanecer virgen para seguir al Cordero por todas las campiñas en una inocente recreación. Mi espíritu buscaba siempre estar ocupado, y no pudiendo dejar a mi cuerpo descansar en un lugar se me veía siempre buscando nuevas ocupaciones. Tu sabiduría, oh mi Amor que disponía todas las cosas suavemente y con firmeza para mi bien, quiso o permitió que encontrara una docena de paginas arrancadas de la vida de santa Catalina de Siena en las que decía que guardaba los consejos evangélicos. Yo creía que ella entendía el Evangelio en latín, y como a esa edad yo no pensaba que el Evangelio pudiera estar escrito en otra lengua, te dije: "Señor, si yo entendiera el latín del Evangelio como esta santa, te amaría tanto como ella." Dicho esto, no pensé más en eso. O Dios de mi corazón, tú no lo olvidaste, esperando hasta el día en que me harías recordar, [12] para tu gloria y gran beneficio mío, como diré después cuando hable de la gracia que me concediste de entender el latín. El deseo de permanecer virgen y de seguirle por doquier crecía cada

día en mí, tanto que viendo a las jóvenes que se iban a casar, me retiraba en algún lugar secreto para llorar su desgracia; esa era mi manera de pensar de las que se casaban.

OG-01 Capítulo 5 - Del libro que me impulsó a rezar el rosario todos los días; del ayuno de diez días para recibir el Espíritu Santo en el que Dios me elevó y fui invitada a guardar perpetua virginidad; de mi deseo de ser religiosa

Habiendo cumplido once años, la fiebre cuartana me fatigó extremadamente el espacio de diez meses. El frío y el hambre excesiva que me causaba, frenó la vivacidad de mi espíritu, haciéndome de un humor triste y fastidioso, no pudiendo retirarme de estar cerca del fuego. Todo me enfadaba, no se me pudo impedir ayunar la mitad de la Cuaresma ni persuadirme de comer carne. Esto no era virtud, sino seguir mis sentimientos. Es verdad, Amor mío, que yo no pensaba desagradarte, guardando la abstinencia mandada y ayunando la mitad de la [13] Cuaresma. No tema director que me condujera en la vida espiritual.

Tuve un gran deseo de comulgar durante este décimo-primer año, pero no me lo permitieron, lo que me afligió mucho. Un día paseándome, entré en una casa donde vivía una joven devota ahijada de mi padre que al presente es religiosa conversa en el convento de religiosas de Beaulieu de la Orden de Fontevraux. Esta joven tenía un libro de los milagros de nuestra Señora, tu santa Madre, que yo leí. De inmediato me sentí movida a servirla con fidelidad y a rezar el rosario en su honor todos los días a la hora que lo pudiera rezar. La nodriza que alimentaba a uno de los hermanos de esta joven que practicaba también la devoción quiso llevarnos una tarde con los Capuchinos. El portero que era muy devoto, sus palabras y conversación siendo dulces, [14] se posesionaron de mi alma fácilmente, siendo conformes a mi inclinación porque él nos exhortó a elegirte por nuestro Esposo y consagrarte nuestra virginidad, asegurándonos que tendrías tus delicias con nosotras y que seríamos tus queridas esposas.

La misma tarde, estando con esta joven y otra que nos frecuentaba, platicábamos de lo que el buen religioso nos había dicho. Experimenté para mi provecho la verdadera promesa que tú habías hecho de estar en medio de los que están reunidos en tu Nombre. Elevaste mi entendimiento por medio de un vuelo de espíritu tan fuerte y tan suave, que él no hubiera querido jamás volver a la tierra. No tuve ninguna visión por entonces, y si mi espíritu estuvo extasiado en un lugar deliciosamente agradable, que atraía suavemente mis inclinaciones, yo no dudo que tú estabas hábilmente escondido. Por eso eres llamado por el Apóstol: Imagen de Dios invisible (Col_1_15). Estabas en ese momento presente con una presencia amorosa, aunque fueras Dios escondido, hablándome por medio de tus ángeles que me decían que si yo quería guardar la virginidad perpetua, [15] tu Majestad me tomaría por esposa, me amaría mucho, y que yo te agradecería si permanecía constante en el deseo de guardar la virginidad. Decir si fue un vuelo que sacó mi espíritu del cuerpo o si se pasó en la parte superior de mi alma, tú lo sabes.

Digo como el Apóstol: Oí las maravillas del amor que tienes por mí, que no me fue permitido declararlo a los hombres, porque me eran indecibles. Era yo una criatura de la tierra que no sabia hablar el lenguaje del cielo, no habiéndolo oído en ese tiempo sino para admirarlo dentro de mi misma muchos años después.

OG-01 Capítulo 5 - Del libro que me impulsó a rezar el rosario todos los días; del ayuno de diez días para recibir el Espíritu Santo en el que Dios me elevó y fui invitada a guardar perpetua virginidad; de mi deseo de ser religiosa

Habiendo cumplido once años, la fiebre cuartana me fatigó extremadamente el espacio de diez meses. El frío y el hambre excesiva que me causaba, frenó la vivacidad de mi espíritu, haciéndome de

un humor triste y fastidioso, no pudiendo retirarme de estar cerca del fuego. Todo me enfadaba, no se me pudo impedir ayunar la mitad de la Cuaresma ni persuadirme de comer carne. Esto no era virtud, sino seguir mis sentimientos. Es verdad, Amor mío, que yo no pensaba desagradarte, guardando la abstinencia mandada y ayunando la mitad de la [13] Cuaresma. No tema director que me condujera en la vida espiritual.

Tuve un gran deseo de comulgar durante este décimo-primer año, pero no me lo permitieron, lo que me afligió mucho. Un día paseándome, entré en una casa donde vivía una joven devota ahijada de mi padre que al presente es religiosa conversa en el convento de religiosas de Beaulieu de la Orden de Fontevraux. Esta joven tenía un libro de los milagros de nuestra Señora, tu santa Madre, que yo leí. De inmediato me sentí movida a servirla con fidelidad y a rezar el rosario en su honor todos los días a la hora que lo pudiera rezar. La nodriza que alimentaba a uno de los hermanos de esta joven que practicaba también la devoción quiso llevarnos una tarde con los Capuchinos. El portero que era muy devoto, sus palabras y conversación siendo dulces, [14] se posesionaron de mi alma fácilmente, siendo conformes a mi inclinación porque él nos exhortó a elegirte por nuestro Esposo y consagrarte nuestra virginidad, asegurándonos que tendrías tus delicias con nosotras y que seríamos tus queridas esposas.

La misma tarde, estando con esta joven y otra que nos frecuentaba, platicábamos de lo que el buen religioso nos había dicho. Experimenté para mi provecho la verdadera promesa que tú habías hecho de estar en medio de los que están reunidos en tu Nombre. Elevaste mi entendimiento por medio de un vuelo de espíritu tan fuerte y tan suave, que él no hubiera querido jamás volver a la tierra. No tuve ninguna visión por entonces, y si mi espíritu estuvo extasiado en un lugar deliciosamente agradable, que atraía suavemente mis inclinaciones, yo no dudo que tú estabas hábilmente escondido. Por eso eres llamado por el Apóstol: Imagen de Dios invisible (Col_1_15). Estabas en ese momento presente con una presencia amorosa, aunque fueras Dios escondido, hablándome por medio de tus ángeles que me decían que si yo quería guardar la virginidad perpetua, [15] tu Majestad me tomaría por esposa, me amaría mucho, y que yo te agradecería si permanecía constante en el deseo de guardar la virginidad. Decir si fue un vuelo que sacó mi espíritu del cuerpo o si se pasó en la parte superior de mi alma, tú lo sabes.

Digo como el Apóstol: Oí las maravillas del amor que tienes por mí, que no me fue permitido declararlo a los hombres, porque me eran indecibles. Era yo una criatura de la tierra que no sabía hablar el lenguaje del cielo, no habiéndolo oído en ese tiempo sino para admirarlo dentro de mi misma muchos años después.

OG-01 Capítulo 6 - De la alegría que tuve en mi Primera Comunión; del placer que tenía al leer la vida de las santas vírgenes y mártires y cómo, por alejarme de mi madre, me entibié de mi devoción durante cinco meses a la cual volví pero con imprudencia

Habiendo cumplido mis doce años, se me permitió comulgar, lo que fue para mí una grandísima consolación. Comulgué ese año cada mes y a los trece lo hice con más frecuencia; a los catorce, casi cada ocho días. Leía las vidas [16] de los santos y santas con un gran deseo de imitarlas, especialmente las vírgenes. Admiraba yo el valor que tú les dabas para morir por tu Nombre. Yo hubiera querido tener esa dichosa suerte, pero no era digna de eso.

Una hermana de mi madre mandó a buscarme para que me quedara con ella cinco meses, durante los cuales me relajé mucho de mi primera devoción, siguiendo las inclinaciones de las jóvenes que yo frecuentaba y complaciéndome en sus caprichos. Me desvié de los deberes que tenía para contigo; apenas comulgué tres veces en cinco meses. No hay por que extrañarse si me volví tibia en tu servicio, al que no me aplicaba sino raramente y por costumbre. Rezaba aún el rosario pero sin atención. Querido Amor, yo experimentaba lo dicho por el Rey Profeta: Estando con los buenos, yo

trataba de ser buena, y con los perversos me pervertía. Me dejaba llevar a las diversiones de las jóvenes que viven según las máximas del mundo, las cuales hubieran cambiado todas las buenas inclinaciones que me habías dado, si no me hubieras retirado a tiempo [17] de esas compañías contrarias a la devoción a la que me llamaste. Tu derecha me retiró de ahí santa y suavemente; permitiste que me enfadara en ese lugar para que regresara con mi madre a Roanne, despreciando esas compañías, para conversar con otras que eran de familias más honorables. Me engañaste santamente o permitiste que lo fuera yo misma. Tu designio era atraerme a ti de nuevo por la conversación de esa buena joven, con toda la repugnancia que tuviera de dejar a las de buena posición para frecuentar a ésta que era hija de un carnicero. Tu gracia fue más fuerte que la naturaleza; me fui retirando poco a poco de la comunicación de las que me llevaban a la vanidad del siglo y volví a mis ejercicios de devoción empleando una gran parte del día en oraciones vocales oyendo varias misas. Esos excesos molestaban a mi madre y a un tío y se resolvieron a mortificarme para hacerme comprender que debía estar a la hora de comer [18] Las mortificaciones que ellos me proporcionaban me eran muy sensibles.

De eso me quejaba contigo diciéndote: "Sufro todo eso por ti. Las jóvenes devotas que no son de posición son mas dichosas que yo, nadie espía sus acciones ni el tiempo que permanecen en la iglesia". Después de haber llorado ante ti, pacifiqué mi espíritu o, más bien, tú mismo lo pacificaste. Acortaba las horas de la misa y me ocupaba manualmente cerca de mi madre. Mi devoción era mas fervorosa en verano que en invierno, acomodándose a la estación y no a la obligación que yo tenía de amarte en todo tiempo ya que me habías amado con amor eterno atrayéndome con misericordia lo cual te agradezco, mi divino amor. Dije a mis padres que me quería hacer religiosa, pero mi padre no quiso consentir a mis deseos, lo cual me afligía indeciblemente. Esperaba con paciencia que tu diestra cambiara sus decisiones continuando mis ejercicios. Ayunaba para todas las fiestas de precepto y muchas de los santos a los que tema devoción. No falté al ayuno de todas las Cuaresmas desde que cumplí once años no obstante la tibieza que hubiera tenido en tu servicio. Ayunaba además cada año todo el Adviento. No practicaba todavía la oración [19] mental; sólo meditaba los misterios del rosario.

OG-01 Capítulo 7 - De mis comuniones; de una segunda tibieza causada por tener demasiada complacencia en mi y por los demás y cómo pensando disimular mi devoción estuve en peligro de perderla

A la edad de diecisiete o dieciocho años comulgaba todas fiestas de precepto y todos los domingos. Durante ese último año, una tía mía, hermana de mi madre, se casó, a la boda de la cual yo no quería ir para evitarme las distracciones que hubiera podido tener, pero no por eso pude evitar las visitas; teniendo el espíritu agradable y condescendiente, trataba por un deber de educación, con un familiar del que se había casado con mi tía, el cual dijo después que había estado encantado de mi conversación, que no podía imaginar que una joven que jamás había tratado sino de cosas de devoción y que se mantenía retirada en su oratorio, hablara tan perfectamente de las cosas de las que ella ignoraba la practica. "Si ella hubiera estudiado mucho tiempo la ciencia y el arte de expresarse bien, no me extrañaría de oírle hablar de la manera que ella me habló, sin apartarse ni un punto de la sabiduría y de la modestia de una joven virtuosa y de posición."

[20] Querido Amor, ¿por qué permitiste que un tiempo después me vinieran a decir la admiración de ese joven y las grandes alabanzas que él daba a méritos imaginarios? Tú sabías bien que mi espíritu era susceptible de agradarse en sí mismo y condescender con los demás, por eso me dejé ganar por las súplicas que me hizo mi tío de ir a la fiesta de santa Ana, que era la patrona de la población donde él vivía. Mi madre, que no quería rehusarle esta justa súplica, aceptó que yo tomara esa distracción para agradar a su hermana, que deseaba tenerme cerca de ella. Fui con mi confesor, el R.P. Antonio Perrot, jesuita, para pedir su consejo. El fue de la opinión de mi madre y de mi tío,

diciéndome: "Ve allá, hija mía, y no" dejes de comulgar en las dos fiestas consecutivas de Santiago y santa Ana."

Viendo que sería una descortesía negarme a eso, hice sacar los vestidos que usaba solamente en algunas ocasiones, porque no estaban hechos según mi devoción, pero como debía presentarme ante la gente, resolví ponérmelos con indiferencia y no mostrar la devoción, [21] sino parecerme a las jóvenes que se encontrarían en la fiesta y bailar para ocultarles la piedad que amaba mi corazón. Tan pronto como llegué, se me invitó a bailar. Yo seguía en mi propósito, con la idea de ocultar mi devoción, pero, oh divino amor, no te consulté como a mis padres. Tú permitiste que en dos ocasiones tuviera una hemorragia nasal tan abundante que fue necesario salir del baile y retirarme a descansar; eso no me hizo más prudente, pensando que sangraba porque hacía demasiado calor.

Al día siguiente no quise comulgar para no escandalizar a los que me verían después jugar y bailar, y para no ser considerada como devota. Reía y pasaba o perdía el tiempo como las otras jóvenes escuchando las palabras frívolas que me dirigían, especialmente las que me decían había dicho en alta voz [22] el joven después de haberme visto en casa de mi padre. Me extrañaba de mi misma, diciendo en mi interior: Tú crees que no sabes las palabras de cortesía y de compromiso, y has encantado así a las personas.

Esas ideas eran recibidas con agrado y me dejaba arrastrar a condescender a las vanidades y a volverme complaciente en todas las reuniones donde me encontraba, guardando siempre la modestia que se alaba en las jóvenes que quieren vivir decorosamente según el mundo. El afecto que se me mostraba en todas partes me forzaba a agradar a todos, enfadándome a mi misma, porque temía no agradarte; no sabía las palabras del Apóstol: Si todavía tratara de contentar a hombres, no podría estar al servicio de Cristo (Ga_1_10).

Pasaron ocho días aparentemente satisfactorios, en los que procuré no desagradar en nada a mis parientes y a todas las señoritas que me visitaban y que aceptaban mi conversación, que seguía en todo momento los lineamientos de la cortesía y la condescendencia. Permitiste una tormenta y una borrasca que arrancaron gran número de árboles, lo cual me hizo pensar que las enviaste para advertirme que te desagradaba. Yo trataba de contentarte diciendo dulcemente: "Regresaré pronto; estaré en Roanne para la fiesta de Nuestra Señora," lo cual hice, pero no con la mortificación y devoción que tema al salir de casa de mi madre. Pensaba solamente en esconder mi devoción para engañar al mundo, pero él me habría engañado si tu bondad no me hubiera abierto [23] los ojos al cabo de algunos meses, para ver los precipicios a los que me habría conducido si tu cuidado no me hubiera prevenido tan fuerte y dulcemente antes de caer en ellos.

OG-01 Capítulo 8 - De la condescendencia que tuve de ir al baile, de divertirme con las jóvenes que seguían las máximas del mundo; del cuidado que tuvo Dios para retirarme de todo eso, y de mis pequeñas luchas.

Estando de regreso en casa de mi padre la víspera de nuestra Señora de los Ángeles para ganar la indulgencia plenaria, comulgué como las otras veces, aunque no con la misma devoción. Los respetos humanos me hacían mantenerme en los ejercicios que practicaba desde hacía muchos años. Todo Roanne había siempre admirado mi devoción, por lo que me sentía obligada a mantener la creencia que se tenía de mí; la perseverante constancia que había mostrado a mi padre y a mi madre desde mi infancia, de querer ser religiosa no me permitía dejarles ver mi tibieza, aunque era muy fácil percibirla, al aceptar sin dificultad ir al baile, habiendo siempre cedido a mi tía y a mi hermana menor las ventajas de ser la mayor de la familia.

Digo ventajas según el mundo y pérdida según tu, mi Dios y mi todo. Mi madre permitía que me vinieran a rogar y que fuera al baile. Yo hubiera podido persuadirla con facilidad de excusarme,

pero no podía resistir a una pequeña inclinación que sentía de ir, diciéndote: "Señor, me acordaré bien de ti en el baile," pero estando allí olvidaba mi propósito, aunque no tu bondad, porque te mantenías a mi lado con una presencia espiritual que no percibía con los ojos del cuerpo, sino muy claramente con los del espíritu, el cual te oía decir amorosamente: "Te ves muy bien en el baile." Ante esas palabras yo enrojecía de confusión, y aunque no hablara a nadie, [24] y mis pensamientos fueran bastante inocentes, estaba avergonzada de mi misma; sin embargo, carecía de la fuerza para rehusar al día siguiente, cuando me venían a suplicar regresara. Tu Providencia me cuidaba siempre, inspirando respeto hacia mi en todos los asistentes al baile, los cuales creían que yo me ofendería si se tratara de divertirme con conversaciones propias de esos lugares. No dejé de ayunar durante todo el Adviento, pero esto era para no dejar la costumbre que tenía de ayunar cada año. No agradándote, oh Dios, Salvador mío, yo vivía descontenta, y eso era razonable; mi corazón, que estaba hecho para ti, se inquietaba cuando buscaba su reposo en otra parte. Mi natural dulce y tratable se volvió molesto para todos los que vivían en la casa de mi padre; apenas soportaba una palabra de reproche de mi buena madre pensando que ella ya no me quería; y para distraer las inquietudes de mi espíritu, le pedí ir a ver a mi tía, que estaba enferma corporalmente en el lugar donde yo había contraído esta enfermedad espiritual, que no era de muerte, sino para hacer ver tu gloria cuando el exceso de mi debilidad llegara a su término.

[25] Mi tía se alegró en extremo de verme, pensando que la caridad me había impulsado para ir a consolarla en su enfermedad, pero al cabo de algunos días se dio cuenta de que yo no era tan caritativa como había imaginado, y que por alguna razón mi carácter había sufrido un cambio. Yo no le parecía ser la persona que ella había conocido, tan fervorosa e inclinada a la piedad allá en la casa paterna, donde ella se había educado cerca de mi madre. Su suegra y su esposo, que era mi tío, estando en su recámara le dijeron: "Tu hermana piensa que su hija quiere ser religiosa; su disposición parece estar muy lejos de esta profesión; no esta casi nunca cerca de ti que estás enferma."

Yo ignoraba todas esas conversaciones: me decía que era muy agradable para encerrarme en un claustro; que todas las que eran mis compañeras ahí donde yo estuve durante los ocho días que me había quedado en casa de mi tío, estaban sumamente satisfechas de mis amables palabras; que yo era muy gentil y la mayor de la casa y otras palabras semejantes con las que casi me persuadía. Sin mostrar que no lograba nada en mi espíritu, respondía con gravedad: [26] "No, no, yo quiero ser religiosa" Al dar esta respuesta sin mi suavidad acostumbrada en el hablar, alejaba en ella la esperanza de poder desviarme de ser religiosa. Al quedarme sola me quejaba contigo, Dios mío, diciéndote: ¿Qué es esto?, ¿Dónde está mi primer fervor? ¿Temo ser lo que tanto he deseado desde mi infancia?

" ¿Por que me has llamado a la vida devota y a la vocación religiosa desde hace tantos años, y al presente me dejas en estos trances? No consiento en amar las máximas del mundo ni en pretender ser otra cosa que tu esposa, pero desgraciadamente me siento demasiado débil para emprender una vida religiosa en la clausura y en las mortificaciones que antes deseaba como las mas entrañables delicias que pudiera esperar en esta vida. Si cambio de vocación, me opondré a tus designios. Seré culpable ante ti y delante de los ángeles y de los hombres que han visto y sabido mi perseverancia hasta el presente; si tu no me hubieras llamado no sería yo culpable. ¡Ah! Si no hubiera nacido en el ambiente donde vi reinar la devoción, no hubiera sido inducida a la practica; si no hubiera visto a la niña que puso en mis manos el libro de los milagros de tu santa Madre, no estuviera ahora [27] en medio de los apuros y tristezas en las que estoy sumergida por la facilidad que tengo de seguir las devociones que ahora me parecen nimiedades, debido a mi intranquilidad; si no sigo el camino que temo tan difícil, quizá me condenaré.

" ¡Ah, Señor, si tu hicieras, para librarme de mis penas, que mi padre y mi madre dijeran resueltamente que no quieren que yo entre en un convento, estaré libre del temor que tengo de serte infiel y de la vergüenza que tendría con los que han sido testigos de la perseverante resolución que he tenido hasta hoy! ¿Qué dirá mi confesor; que dirán los padres capuchinos y mi compañera que era otra

joven devota a quien yo quería mucho? Pero, ¡ay!, qué digo, perdona, Señor, a una joven tentada y turbada que pide lo que es contrario a su bien. Dios mío no consiento en dejarte, ni a todas mis tentaciones, pero no tengo la fuerza suficiente para vencerlas. Me abandono a tu misericordia, que tendrá piedad de mi, aunque yo sea indignísima." Esas tentaciones no eran sino de no poder resolverme a las austeridades que yo pensaba había en la religión. No tenía la tentación ni la idea de matrimonio; me habías exceptuado de toda sensación sensual; no tenía pensamientos de todas esas cosas, sino mas bien de no poder encerrarme [28] por toda mi vida deseando poder vivir en el mundo con libertad y sin obstáculos. Te expresaba mis quejas a ti, no a otros. Después de haberte contado mis penas, una prima mía me convidó a divertirme con sus amigas, e inmediatamente, cuando me puse a jugar, me reprendiste, oh mi divino Maestro, con las mismas palabras que me decías en el baile: " ¡Que bien te ves en el juego! " Yo te decía: "Acaso no tengo permiso de divertirme inocentemente con las jóvenes, Ellas tienen que cortar todas las rosas en juegos y diversiones, y solamente yo ser picada por las espinas del escrúpulo o de tus censuras" De toda esta conversación interior, las personas no sabían nada; tenía bastante atención hacia lo exterior y lo interior.

OG-01 Capítulo 9 - De la pena que tuve faltando a la caridad, y como La divina Providencia se sirvió de eso para hacerme volver a mis deberes

Habiendo dejado a las jóvenes, regresé acompañada de mi prima que me dijo: "Fui a ver a mi tía, que estaba con mi abuelita y mi tío y decían que no haces lo que tu mamá desea, que estés cerca de la enferma y que ella no piensa que tengas deseo de hacerte religiosa. No lo seas, ¿qué harás dentro de un claustro, querida prima? ¡quédate con nosotras en el mundo!"

"Esto [29] no te lo prometo," dije, "Dios me llama para ser de él; no quiero ser infiel." Creyéndome constante, pensaba perder tiempo hablándome de permanecer en el mundo, pero me pidió una cosa: no decir que me había advertido de la conversación de su abuelita, de mi tío, que era también suyo, y de mi tía. Le di mi promesa, la cual cumplí. Oh divino amor, ¡tus designios son admirablemente adorables! La complacencia que me impulsaba a agradar a todos me había hecho tratar de disimular mi devoción. Me había puesto en peligro de perderla completamente en el ambiente donde me había metido sin armas para luchar contra mis enemigos, quienes pensaban vencerme y lo hubieran hecho si tú no los hubieras combatido por mí. En ese momento, afortunado para mí reconocí mi falta y te dije: "Es razonable, Señor, que las creaturas se enfaden con la que no ama como debe a su Creador y al de ellas, y que lo ha querido dejar para apegarse a ellas por vana [30] complacencia. Hasta ahora fui siempre del agrado y satisfacción de mis padres, agradándolos, yo me desagradaba a menudo; estimaba el amor que me tenían y el placer que sentían con mi conversación, que era mas edificante que al presente. Eres justo, Dios mío, y tus juicios son rectos. Ya no quiero permanecer aquí; regresaré con mi madre. No puedo estar con los que estiman mi conversación ventajosa para ellos, pues para mi es siempre sin ventaja, porque conversando con las creaturas me alejo del Creador. ¡Perdón, piadoso Señor mío! Agradezco lo que tu Providencia permitió para mi mayor bien. Espero contra toda esperanza; espero en tu misericordia. No te prometo combatir generosamente; sin ti no puedo nada; tu harás todo."

Habiendo dicho esas o semejantes palabras, supliqué a mis tíos que alguien me llevara con mi madre. Esta rápida decisión les extrañó en extremo, haciéndome ver el demasiado frío que hacía, porque estábamos en febrero o a fines de enero [31] Todas sus razones no pudieron cambiar mi decisión. Yo quería regresar pero, como los que tienen ictericia ven todas las cosas amarillas, al contradecirme a mí misma me parecía que todos los que yo veía me contradecían. Luego que entré en mi hogar, pensé que mi madre ya no me amaba, que mi tío y todos los de casa estaban en contra mía. Esos pensamientos duraron hasta el día de la Candelaria, en el que quisiste, oh mi Cirio, iluminarme y

convertirme completamente a Ti. Compartiste conmigo las victorias que habías logrado gloriosamente en el desierto; ese mismo día, ¿no me decías: "Confía, yo he vencido a tus enemigos?" Tal vez, pero yo ignoraba por entonces mi dicha.

OG-01 Capítulo 10 - De mi completa conversión; de La amarga contrición de mis faltas que me hacía ser rigurosa conmigo misma; del don de lágrimas; de La comprensión del latín de la sagrada Escritura.

Al día siguiente me fui al sermón que trataba del juicio. Me parecía que las palabras: ¡Vayan, malditos, al fuego eterno!" debían dirigirse a mí. Me vi tan indigna de estar en tu presencia, que no sabía donde esconderme, pero tus pensamientos no eran sino de paz y bendición hacia mí; era característica tuya ver con tanta dulzura a la que te había ofendido tanto. Me sentía extremadamente enfadada conmigo misma.

En ese día bendito para mí me comunicaste el conocimiento del latín de la Escritura, y pude así comprender la epístola y el evangelio. Admiraba este favor, pudiendo decir con David: "Señor, no estudié las letras, pero es tu bondad misma la que me enseña, para hacerme entrar en sus dominios. Aunque no sé expresarme, entraré en tu fortaleza; a proclamar, Señor, que sólo tú eres justo. Dios mío, me instruiste desde mi juventud, y hasta hoy relato tus maravillas." (Sal_70_16s). Me hiciste recordar las palabras que yo te había dicho hacía ya nueve años, que si me hacías comprender el evangelio en latín como yo pensaba que santa Catalina de Siena lo entendía, te amaría tanto como ella te había amado.

[32] Tú me recordaste la palabra que te di como si mi amor hubiera acrecentado tu felicidad. Pero para que me castigaras rigurosamente por mis faltas, te decía: ¡No, no. Señor; no es posible que una ingrata tenga tanta dulzura y sea tratada con amor! ¡Déjala en el temor! Guarda, por así decir, esta benignidad y castiga mis infidelidades, privándome de todas las consolaciones que no son absolutamente necesarias para mi salvación.

Cómo acaricias a la que hace apenas un mes te decía: ¿Por qué me has llamado a la devoción, a mí, que mostraba enfadarse porque tu bondad había pensado en ella desde la eternidad? Los pensamientos de paz que tenías hacia mí, oh mi Dios, me hacían deshacer en lágrimas; tu Espíritu soplabla y mis ojos derramaban lágrimas de contrición que te mostraban mi pensar, porque tú eres soberano y divinamente misericordioso. Al comunicarme la comprensión de la lengua latina, me concediste entender el sentido místico de muchos pasajes de la Escritura, gracia que has continuado concediéndome. Un día me dijiste: "Hija mía, te quiero hablar por la Escritura; por ella conocerás mi voluntad. Deseo que ella sea la clave que te enseñe lo que quiero que comprendas para mi gloria, la de mis santos y santas, para tu salvación y la del prójimo. A la gente no le hablaba sino en parábolas, y sin ellas predicaba rarísima vez; pero a ti, mi bien amada, quiero darte a conocer mis designios por la Escritura, y por su medio revelarte mis intenciones, explicarte los misterios más adorables y más ocultos al sentido humano." Me diste el don de oración junto con el don de lágrimas; mis ojos eran dos fuentes, dos piscinas, y ese don de lágrimas duró muchos años, siendo fuente de alegría. La unción del Espíritu era tan abundante en mi alma que me vi totalmente consagrada a tu amor. Pasaba dos horas y más en oración mental, sin tener una sola distracción. a partir de ese día me hiciste odiar las cosas que tú odias y amar las que amas.

El mundo y todas sus vanidades fueron pisoteadas; la soledad y el retiro se convirtieron para mí en un paraíso. Me vi, desde ese día, transformada con mis inclinaciones anteriores a tu voluntad [33] ¡Oh, que tu yugo es suave y tu carga ligera! Me escondía continuamente de los de casa, y temiendo me vinieran a buscar en las habitaciones de la casa, me retiraba a un establo donde tú ponías mil santos pensamientos en mi alma; me entretuviste así muchos años en los misterios de tu dolorosa Pasión, y siempre recogida.

OG-01 Capítulo 11 - Del horror y del odio que yo tenía de los pecados que habían causado los crueles sufrimientos y la muerte ignominiosa del Salvador de los hombres, habiéndome presentado como un leproso.

El primer año consideré tus dolores como el castigo de mis pecados, y los detestaba con un odio extremo, pidiéndote perdón y la gracia de sufrir por mis faltas, lo que con tu gracia podría yo ser capaz de sufrir en satisfacción de todas ellas. Te consideraba flagelado, coronado de espinas, clavado al madero de la Cruz por mis crímenes y los de todos los pecadores según la profecía de Isaías: El, en cambio, fue traspasado por nuestras rebeliones, triturado por nuestros crímenes. Sobre él descargó el castigo que nos sana y con sus llagas nos hemos curado. Todos errábamos como ovejas, cada uno por su lado, y el Señor cargó sobre él todos nuestros crímenes (Is_53_5s).

OG-01 Capítulo 12 - De la amorosa condolencia y dolorosa compasión que tenía de la Pasión de mi divino Salvador, Lo que me puso en mortales sufrimientos

El segundo año compadecía, por una amorosa complacencia y amabilísima condolencia, tus penas y dolores, y esta amorosa compasión era una gracia tan grande, que no la podía admirar lo suficiente. Me encontré unida a tus sufrimientos como si yo hubiera sido tú mismo. Estaba atada y adherida por unos sentimientos amorosos y dolorosos a la columna y a la Cruz; me sentí transfigurada y transformada en tus dolores; sudaba en el jardín, pero no era sino agua; contemplándote ligado a la columna, sentía, por una aplicación de sentidos producida por amor, los golpes de látigo que te daban; viéndote cargar tu cruz, me parecía cargarla contigo sin ser obligada como Simón el Cireneo. Quería ayudarte cargándome el peso que tu amor había querido aceptar por mis pecados, por los de todos los hombres.

Estaba crucificada contigo en el Calvario, y es verdad, oh mí fiel Esposo, que un Viernes Santo estuve casi [34] en trance de expirar contigo, ya que me encontraba atada a la cruz, pudiendo decir: Estoy crucificada con Cristo (Ga_2_19). Mi espíritu estaba a flor de labios, me parecía expirar cuando el predicador dijo que habías inclinado tu cabeza, entregando tu espíritu, al que el mío quería seguir, pero tus órdenes eran que el mío se contentara con tus mandatos, diciendo con el Apóstol: Y ya no vivo yo, vive en mí Cristo; (Ga_2_20). [...] sino que viva o muera ahora como siempre se manifestará públicamente en mi persona la grandeza de Cristo. Porque para mí vivir es Cristo y morir ganancia. Por otra parte, si vivir en este mundo me supone trabajar con fruto, ¿qué elegir? (Flp_1_20s). Me hiciste comprender que me querías todavía en el mundo para tu gloria y por la salvación de muchos.

Al otro día, estando aun en el sermón en el que el R.P. Ireneo, capuchino, representó los dolores de tu santa Madre, fui una imagen de sus sufrimientos, pero tan ingenua que el sacerdote dijo: He aquí a tu Madre, y que no fue pequeña maravilla el verme viva aun. Después de esta muerte amorosa conocí, por esta mística experiencia, que el amor era tan fuerte como la muerte, y que dos contrarios pueden subsistir por tu gran poder en un mismo sujeto; tus cinco llagas, de las que yo me representaba la preciosa sangre derramarse en mí como flechas amorosas, me hacían decirte: Tus flechas se me han clavado, tu mano pesa sobre mí (Sal_37_3). Podía decirte con Job: repitiendo tus proezas sobre mí (Jb_10_16).

OG-01 Capítulo 13 - Como mi divino Salvador me hizo ver los trofeos de su victoria sobre sus enemigos por su cruz por La cual el enseña los misterios más sublimes

Si recuerdo bien, el tercer año me hiciste ver tus sufrimientos como premio de tus victorias logradas sobre el pecado, el demonio, la carne y el mundo. Al adorarte con tu Padre y el Espíritu Santo, un Dios con nosotros, recordaba las palabras del Apóstol que resucitarías para la gloria de tu Padre. Tú eres nuestra resurrección, vives gloriosamente resucitado después de haber sufrido la muerte para destruir el cuerpo del pecado, del cual deseabas emanciparnos. Dice el mismo Apóstol: Cancelando el recibo que nos pasaban los decretos de la Ley; éste nos era contrario, pero Dios lo quitó de en medio clavándolo en la cruz [35] Destituyendo a las soberanías y autoridades, las ofreció en espectáculo público después de triunfar de ellas (Col_2_14s). Yo admiraba cómo triunfabas de tus enemigos adorando la cruz que era el carro de tu glorioso triunfo: Se aniquiló la muerte para siempre. Muerte, ¿dónde está tu victoria?, ¿dónde está, muerte, tu aguijón? El aguijón de la muerte es el pecado. ¡Demos gracias a Dios que nos da esta victoria por medio de nuestro Señor! (1Co_15_54s). La gloria de la cruz me parecía tan augusta, que no me gloriaba sino en ella diciendo: No deseo gloriarme si no es en la cruz de mi Señor Jesucristo, por la cual el mundo está crucificado para mí y yo para el mundo. Encontraba mi alegría en mi gloria y sacaba con gran júbilo aguas de gracia de las fuentes de tus llagas.

Te decía: "Señor, te alabo porque odias el pecado por esencia, así como tú mismo te amas por esencia; ese pecado ha sido la causa de que te indignes justamente contra los pecadores que lo han cometido y contra mí en particular, pero lo has borrado por tu muerte al darme tu vida: Te doy gracias. Señor, porque estabas airado contra mí, pero ha cesado tu ira y me has consolado. Siendo Dios mi salvador, confío y no temo porque mi fuerza y poder es el Señor, él fue mi salvación (Is_12_1s). y exclamaba con todas las potencias de mi alma: Sacarás aguas con gozo del manantial de la salvación (Is_12_3). Invoquen su santo Nombre [36] Anuncien a todas las naciones las hazañas de este divino Salvador; proclamen que sus dolores son nuestras delicias y su muerte nuestra vida; que su humillación es nuestra gloria, que sus riquezas temporales han dado vida a nuestro gozo eterno; hagamos conocer que él ha encontrado el secreto que ignoraban los hombres: estando en la forma de Dios, se anonadó tomando la forma de servidor al hacerse hombre, sin perder la igualdad de condición que tiene con el divino Padre y el Espíritu Santo. El se hizo obediente hasta la muerte, y una muerte de cruz: Por eso Dios lo encumbró sobre todo y le concedió el título que sobrepasa todo título; de modo que a ese título de Jesús toda rodilla se doble en el cielo, en la tierra, en el abismo y toda boca proclame, (Flp_2_9). que Jesucristo, este Señor universal, Rey y Liberador nuestro, está sentado gloriosamente a la derecha de su Padre Eterno, como lo dice san Pedro: Fundado en la resurrección de Jesús el Mesías, a quien sometieron ángeles, autoridades y poderes, llegó al cielo y está sentado a la derecha de Dios (1Pe_3_22). Pero vemos ya al que Dios hizo un poco inferior a los ángeles, a Jesús, que, por haber sufrido la muerte, está coronado de gloria y dignidad; así, por la gracia de Dios, la muerte que él experimentó redundó en favor de todos. De hecho convenía que Dios, fin del universo y creador de todo, proponiéndose conducir muchos hijos a la gloria, al pionero de su salvación lo consumara por el sufrimiento, pues el consagrante y los consagrados son todos del mismo linaje (Hb_2_9s). El nos ha hecho participantes de su cuerpo y sangre preciosa, para con su muerte reducir a la impotencia [37] al que tenía dominio sobre la muerte, es decir, al diablo, y liberar a todos los que por miedo a la muerte pasaban la vida entera como esclavos (Hb_2_14). Todas estas luces son incapaces de colmar de gozo al espíritu a quien te dignas comunicarlas con tanto amor y dilección, ya que todo lo que pueda yo decir jamás expresará lo que son en realidad.

Oh divino esposo, tu cruz ha sido nuestro lecho de cedro y no podría jamás decir los secretos y los misterios que me has confiado, pues me parecen inefables. En ellos me has enseñado la eminente ciencia en la que san Pablo se gloriaba santamente, y por la cual todo le parecía basura. Tú me llevabas de grado en grado, y en esta sagrada academia aprendí de tu amor, durante nueve años, misterios adorables en la medida en que una jovencita podía hacerlo con tu gracia, y comprender con todos tus

santos la anchura, la longitud, la sublimidad y la profundidad del gran amor que tienes por la salvación de los hombres, y a fin de llenarme de toda plenitud de Dios, vertiste toda tu sangre preciosa, que ofreciste a tu Padre al morir por todos los hombres; por tu muerte hemos recibido la vida; muriendo sobre la cruz, fuiste vencido y vencedor por nuestra glorificación, la cual deriva de la tuya, y por la que te doy las gracias, divino amor [38]

OG-01 Capítulo 14 - Que la sangre de mi Salvador fue el abismo donde sepultó mis pecados; cómo desvaneció mi temor para sumergirme por completo en los pensamientos de su amor y misericordia hacia mí.

La sangre de Abel clamó desde la tierra y exigió del cielo la venganza de la muerte de este inocente, porque su amor no podía borrar el pecado del que le había asesinado con tanta malicia; pero tu sangre exigió la misericordia hacia quienes la habían derramado, porque debía borrar los crímenes y lavar los pecados de los criminales: Al mediador de una nueva alianza; Jesús, y a la sangre de la aspersión, que clama con más fuerza que la de Abel (Hb_12_24). Era ésta la sangre de un Hombre-Dios que es escuchado por su reverencia.

Divino Mediador, tu pediste perdón para tus enemigos, excusando como ignorancia el deicidio que habían cometido al hacerte morir según el poder que se les había dado de lo alto, y la opción que hiciste de la cruz, sobre la cual hiciste oír tu justa y humilde súplica: Ofreció oraciones y súplicas, a gritos y con lágrimas, y Dios lo escuchó (Hb_5_7). Isaías, al profetizar tu muerte voluntaria, dijo: Si entrega su vida como expiación, verá su descendencia, prolongará sus años y por su medio triunfará el plan del Señor. Por los trabajos soportados verá la luz, se saciará de saber; mi siervo inocente rehabilitará a todos porque cargó con sus crímenes. Por eso le asignaré una porción entre los grandes y repartirá botín con los poderosos ya que indefenso se entregó a la muerte (Is_53_10).

Me hiciste comprender con un gran amor que mis pecados me habían sido perdonados, que los habías lavado con tu sangre, que mi celo de ser tratada rigurosamente por faltas que habías borrado era bueno para humillarme, pero que tu amor era mejor para santificarme; que la repugnancia en recibir estos favores procedía de la rigurosa justicia de un corazón joven dolido en sí mismo por haber ofendido al que tiene un corazón más grande que el mar y cuya naturaleza y bondad se goza más, en todo tiempo, en perdonar que en castigar. "Yo amo más la misericordia que el sacrificio; soy bueno en mí mismo, y justo con mis creaturas. Mi misericordia es una obra que me es propia, y la justicia [39] contra los pecadores algo que me es ajeno, que podría herirme en primer lugar, si no fuera invulnerable por naturaleza. Habiendo, por mi bondad, hecho elección de tu alma para encontrar en ti mis delicias, me harías sufrir si no fuera yo impasible, si tu corazón rehusara mis caricias. Mi divina bondad es comunicativa en sí misma; mi placer consiste en comunicarte los grandes dones que mi amor desea hacerte a pesar de tus temores; no te considera en tus debilidades, sino en su poder. Tus pensamientos se encuentran tan alejados de los míos, como lo está el cielo de la tierra. Mis pensamientos hacia ti son de paz y de alegría; los tuyos de guerra y de aflicción por unos pecados que yo he sepultado en el mar de mi caridad infinita, la cual no solamente cubrió y abismó, sino que yo los he destruido de la manera en que pueden serlo. Recibe pues mis gracias con humilde agradecimiento, y soporta el que te ame y desborden en ti los torrentes de mi bondad."

Viendo que mis lágrimas eran enjugadas por el ardor de tu amor que las producía, aceptaba tu gozo diciéndote: Una sima grita a otra sima con voz de cascadas: tus torrentes y tus olas me han arrollado (Sal_41_8). Como te ha complacido que el abismo de mis pecados atrajera al abismo de tus misericordias, y que se hundieran en el océano de tu amorosa bondad, que ha abierto y desbordado sobre mí las cataratas de sus gracias, cuyas olas se alzan y redoblan sobrepasando mis pensamientos, adoro tu generosidad y me pierdo en ellos diciendo con el Profeta: Tus torrentes y tus olas me han

arrollado (Sal_41_8b). La sangre de tus mártires es semilla de fe y de cristianos; pero la tuya, oh mi divino esposo, es la semilla del amor en nuestros corazones, la cual se difunde mediante la inhabitación de tu Santo Espíritu, el cual llena el alma con plenitud. La adorna como un cielo exaltado donde habita la Trinidad entera. Trinidad que es Dios. Dios es amor. Quien posee el amor tiene a Dios. Mediante esta semilla incorruptible de tu sangre, oh mi Amor, nos haces hijos de tu Padre celestial y hermanos adoptivos tuyos. San Pablo te apropia estas palabras, que diriges a tu divino Padre: Contaré tu fama a mis hermanos, en medio de la asamblea te alabaré. En él pondré yo mi confianza: Aquí estoy yo con los míos, los que Dios me ha dado. Por eso, como los suyos tienen todos la misma carne y sangre, también él asumió una como la de ellos (Hb_2_12s).

OG-01 Capítulo 15 - El ver la preciosa sangre de mi Salvador, derramada por mi, me hacía desear ardientemente derramar la mía por su amor.

[40] Se dice que es necesario mostrar sangre al elefante para excitarle a la cólera o al combate. Querido Amor, al ver la efusión tan abundante de tu preciosa sangre, que derramaste por mí, y siendo tú mi Esposo de sangre, tuve el deseo de verter toda la mía en el martirio, pero como esto no puede ser en estos países donde se profesa la fe con libertad, trataba de ofrecerte la mía por medio de disciplinas en las que entrelazaba pedazos de fierro y alfileres, de manera que ellas y todo lo que les ponía eran como clavos en forma de gancho, que se adherían a mi espalda y la desgarraban. Te daba mi sangre; mi gozo era completo cuando la veía sobre el piso de madera de mi salita donde estaba mi oratorio. Sin embargo, esto no duró tantos años como la perseverancia de tus dulzuras hacia mí y en mí. Mis confesores al informarse de mis penitencias considerando que yo estaba enferma y débil, me prohibieron tomar disciplina de esa manera, y me prohibieron también insertarle ganchos y objetos punzantes. Me quitaron, además, una hecha con cadenas de acero, que usaba casi todos los días.

Querido Amor, no merecía yo gozar largo tiempo de este contentamiento de espíritu; había demasiado cuidado del cuerpo. Esto fue un solaz, pero también una mortificación muy humillante para mi espíritu que se complacía en esta amorosa crueldad porque me sentía avergonzada de recibir tantas gracias de las cuales el cuerpo tenía su parte por las dulzuras que saboreaba mi paladar y por el favor que tú le concediste de estar exenta de sentimientos de [41] concupiscencia, pues me dijiste: "Hija mía, No se te acercará la desgracia ni la plaga llegará hasta tu tienda (Sal_90_10). Los latigazos que permito para humillar a algunos por medio de pensamientos y de sentimientos de impureza no se te acercarán. Como tú eres mi tabernáculo, los demonios no podrán turbar tu imaginación ni procurarte pensamientos impuros, ni excitar reacciones en tu cuerpo, yo te guardo y ordeno a mis ángeles que te cuiden. Otras debilidades te humillarán delante de Mi: conocerás constantemente que careces en absoluto de virtudes, y que debes todo a mi amorosa misericordia hacia ti."

OG-01 Capítulo 16 - De la inclinación que Dios me dio para dar limosna; imitando de este modo el amor de mi madre hacia los pobres

Adoraba tu bondad, que se mostraba tan misericordiosa hacia mí, que no parecía tener sino a mí sobre la tierra para concederme sus favores. Quise por tanto reconocer esta gran misericordia hacia los pobres y daba lo que mi madre me permitía, ya que ella se inclinaba por naturaleza a dar limosna, al grado de regalar sus faldas de abajo a pobres vergonzantes que ella sabía bien no se atreverían a pedir. Como yo no deseaba que se supiera que ayunaba los viernes, los sábados y en ocasiones los miércoles, me sentaba a la mesa con mi buena madre, (mi padre de ordinario se encontraba en París), la cual no maliciaba que pasaba suavemente la carne que servía en mi plato, cuando no estaba en su jugo, y la

envolvía en mi servilleta. Otras veces decía yo que tenía frío, [42] y me permitía levantarme de la mesa para ir a calentarme. Mis hermanas, que se daban cuenta de mi astucia, no deseaban contrariarme y no decían nada, o no lo mencionaban a mi madre, que me amaba apasionadamente desde que tú me llamaste a la primera obediencia el día de la Candelaria, como dije más arriba. Ella, no queriendo contradecirme, se limitaba a decirme: "Hija mía, cuida tu salud." Yo le decía que tenía mucha salud, y que trataba de conservarme bien para darle gusto.

Había dado mi palabra a una joven pobre que vivía cerca de nuestro hogar de no asombrarse si encontraba carne en el potaje que se le enviaba de casa. Mis hermanas, viendo que me gustaba socorrer a otros y que me sacrificaba para poder dar, hacían lo mismo, y esto me causaba gran alegría. No recuerdo si entonces te lo agradecí, pero lo hago ahora, mi Salvador misericordioso.

OG-01 Capítulo 17 - Del contentamiento y elevaciones de espíritu que tuve cuando me ocupaba de trabajos humildes y de mis oraciones vocales

Mi madre nos ocupaba siempre en las labores del hogar, y con frecuencia nos hacía barrer, y hasta se privaba de propósito de los sirvientes o les enviaba a trabajar a las granjas para que trabajáramos en quehaceres como lavar las ollas y preparar la comida, cosa que yo deseaba hacer con más frecuencia que ellas, aunque mi madre deseaba dispensarme de hacerlo [43] Pedía yo a mis hermanas me llevaran la olla con el agua caliente al lugar donde se cocía el pan, y lavaba a escondidas la vajilla que ellas me llevaban. La devota joven que era pobre me venía a buscar y me ayudaba.

Oh divino Salvador, qué alegría sentía al hacer estas humildes acciones, y cuántas veces, estando en medio de ellas, elevaste mi espíritu hacia luces sublimes mientras que mi cuerpo se ocupaba de estas funciones de la humildad. Al sacar el agua, te contemplaba a un lado del pozo donde convertiste a la Samaritana, y te pedía continuar recibiendo el agua viva que me dabas con abundancia.

Me obligué a decir ciertas oraciones vocales todos los días, como el rosario, el Oficio Parvo de Nuestra Señora, el Oficio del Espíritu Santo, los Salmos Graduales, las Letanías y otras oraciones. En algunas ocasiones añadía el Oficio de Difuntos los lunes. Sentía gran compasión de las almas del Purgatorio, pidiéndote las libraras de sus males espirituales y de hacerme sufrir en su lugar. En cierto sentido podía exclamar con el Apóstol: Mi carga de cada día es la preocupación por todas las iglesias (2Co_11_28). Decía a los de la Iglesia Triunfante que alabasen a Dios por mí, y que yo ofrecía mis penas y pequeños trabajos para acrecentar su gloria accidental; a los de la Sufriente, les ofrecía todo a manera de sufragio para disminuir sus sufrimientos o unirme a ellos. Oraba por todos aquellos que formaban parte de la Militante, a fin de que quienes estuvieran en gracia recibieran un aumento, y que pluguiera a tu divina misericordia dársela a quienes no la tuvieran. En fin, podía yo exclamar con el Apóstol: ¿Quién enferma sin que yo enferme? ¿Quién cae sin que a mí me dé fiebre? (2Co_11_29). No tenía, con todo, motivo de gloriarme sino en mis propias debilidades. Si hay de que presumir, presumiré de lo que muestra mi debilidad, y bien sabe Dios el Padre de nuestro Señor, Jesús el Mesías -bendito sea por siempre- que no miento (2Co_11_30s). Sí, dulce Jesús, tú sabes bien que soy consciente de mis debilidades y de mis fallas en todo momento, y que al ser débil yo misma, me hago fuerte en ti.

OG-01 Capítulo 18 - Que mi Salvador quiso ser mi maestro al enseñarme la meditación en la que su Espíritu me ocupaba día y noche.

[44] Amigo amable y divino, quisiste llevarme tú mismo a subir el monte de la mirra y las colinas del incienso; al enseñarme a orar mentalmente, me guiaste hacia la soledad interior y me hiciste

escuchar: Por tanto, mira, voy a seducirla llevándomela al desierto y hablándole al corazón (Os_2_16). Al hablarme al corazón, me hiciste ver que la hermosura de los campos residía en ti; habiéndome convertido en abeja mística, me sumergías en tus misterios en plena floración, y me proponías tus divinas Escrituras como flores en las que tu Santo Espíritu me hacía libar la miel de mil santos pensamientos en medio de deleites inenarrables.

En ocasiones oraba vocalmente llamándote con gritos como los polluelos de la golondrina. Meditaba, después, como la paloma, imitando al rey que sanaste de una enfermedad que le hacía languidecer, dándole quince años más de vida para recompensar las amorosas lágrimas que derramó confiadamente en tu presencia: Día y noche me estás acabando. Como una golondrina estoy piando, gimo como una paloma (Is_38_14). Mis oraciones comenzaban por la mañana y duraban hasta el anochecer. Nada me distraía de la oración, sin importar la ocupación exterior que tuviera, tu amor verificaba en mí el dicho del Apóstol: Oren en todo tiempo, no solamente de tiempo en tiempo, sino en el momento presente. Meditaba yo día y noche en tu amorosa ley, y durante mi meditación se encendía el fuego; tu estabas conmigo para cumplir el designio por [45] el cual viniste a la tierra, que es encender el fuego en los corazones, deseando verles arder en tu amor. Yo te decía: Acepta las palabras de mi boca, acoge mi meditación, (Sal_18_15), porque tú eras mi amoroso Redentor que me hacía probar la copiosa redención que llevaste a cabo para poseerme, librándome del dominio de mis sentidos, porque me parecía que los tenías del todo sujetos a la razón; mis pasiones estaban tan amortiguadas, que me parecía estaban muertas, a menos que se tratara de tu gloria, para la cual se aplicaban del todo.

No experimentaba yo odio alguno, como ya he dicho, sino para odiar lo que tú odiabas y amor para amarte a ti. No amando sino a ti en todas las cosas y todas las cosas por ti, mi sólo deseo era agradarte, y mi sólo temor desagradarte. Tenía aversión de aquello que se oponía a las buenas costumbres y a la virtud; mi alma estaba siempre alegre contigo; no podía entristecerme sino por las ofensas cometidas contra tu bondad. Esperaba todo de ti, y no esperaba nada de mí.

No pudiendo decir a mis directores: haré este acto de virtud o esta buena obra, esta desconfianza en mí misma me llevaba continuamente a una confianza total en ti, en quien todo lo podía. Siendo débil encontraba mi fuerza en ti, según el dicho de san Pablo, [46] y tenía miedo de ofenderte. Fuera de esto, no temía ninguna cosa creada; sentía gran audacia en todo aquello que pudiera propiciar tu gloria; a reprender a quien o quienes veía ofenderte con toda deliberación, o a causa de sus malos hábitos. Yo no sabía además si estaba indignada, deseando con David exterminar a los pecadores de la tierra, no haciéndoles morir, sino deseando verles muertos como lo dice san Pablo: muriendo a ellos mismos y a todas sus malas inclinaciones al estar su vida escondida en ti. Lamentaba el tiempo que había perdido y el que pierden tantos hombres y mujeres. No podía apartar mis pensamientos de tu amor. Raramente salía acompañada, y cuando lo hacía, era para obrar la caridad o por educación. Me daba cuenta de cómo los hombres que no se ocupaban sino en cosas de la tierra merecían estar desolados, porque sus corazones no pensaban en tu amor, para el cual les diste un corazón, y no para amar la vanidad. Al ver sus afectos apegados a la tierra y sus espíritus llevados por los vientos de la vanidad, exclamaba con David: ¡Señores! ¿Hasta cuándo ultrajarán mi honor, amarán la falsedad y buscarán el engaño? (Sal_4_3). Me mostrabas tus verdades con tanta claridad, [47] que no podía dudar diciéndote: Tus testimonios son veraces (Sal_92_5).

OG-01 Capítulo 19 - Del don de contemplación que Dios me otorgó y de un rayo luminoso que me dio y que me iluminaba para conocer los sagrados misterios.

No me dejaste solamente en la meditación. En pocos días me elevaste a la contemplación dándome así la parte de María, la cual nunca me has quitado. Sentada a tus pies, la luz de tu divina faz

se posaba en mí. Me hiciste entonces ese don sin arrepentimiento, pues lo sigo poseyendo. Me ayudaste a entender que esta luz y esta verdad fueron lo que David pidió, y que es lo mismo que el Profeta Rey admira al decir: En cambio, a mí, Señor, me has infundido más alegría (Sal_4_7). Mi corazón se llenaba de gozo al adorar tu belleza que mostrabas a mi entendimiento, como si fuera un espejo querido de tu rostro y de tus ojos amorosos que proyectaban claridades que elevaban mi espíritu en contemplaciones admirables, después de haber meditado anteriormente en tus amables perfecciones. Yo las admiraba por una simple mirada y te decía: ¡Qué hermoso eres, mi amado, qué dulzura y qué hechizo! (Ct_1_16). ¡Mi amado es mío y yo soy suya! (Ct_2_16).

Así como Magdalena no se preocupaba de cosa alguna, mi espíritu permanecía a tus sagrados pies para escuchar tus palabras divinas y por si deseabas pasearlo por tus maravillas: Lámpara es tu palabra para mis pasos, luz en mi sendero (Sal_118_105). Tú eres, decía, la luz de mis pies, oh Verbo divino, ya que te has hecho mi sendero esclarecido, siendo mi Camino, mi Verdad y mi Vida, a pesar [48] de que no esté yo en la tierra de los vivos, tú te haces por adelantado mi heredad y mi parte mejor en la tierra de los muertos. Eres mi Viático en este peregrinar mortal. San Pablo dijo que san Lucas era el compañero del suyo. Este santo era pintor, escritor y médico; tú ejercías conmigo todos los oficios, al expresar a mi entendimiento tus divinas perfecciones. Sin servirme de colores que están en la tierra, me explicabas tus secretos, escribiendo en mi corazón tu amabilísima ley; aliviabas mis dolencias con tanta bondad, que parezco ser feliz cuando me enfermo siendo visitada y asistida por un médico divino: El generoso será bendecido porque repartió su pan con el pobre (Pr_22_9). ¿Quién fue jamás tan pronto a poner en práctica las obras de misericordia como tú? Mi propia experiencia me lo ha hecho saber: te has hecho tú mismo mi pan vivo, mi pan de vida y de entendimiento.

Experimento así el dicho del Eclesiástico: Lo alimentará con pan de sensatez, y le dará a beber agua de prudencia; apoyado en ella no vacilará y confiado en ella no fracasará (Si_15_3s). Has continuado nutriendo mi espíritu del pan de vida y del entendimiento y haciéndome beber sin cesar, y a grandes tragos, las aguas saludables de tu divina sabiduría durante nueve años seguidos. En el primero o en el segundo me sentí en la sequedad únicamente el Sábado Santo, lo cual me asombró como algo que jamás me había sucedido desde que compartiste conmigo tus luces. Tu amor, me atrevo a decir, no se pudo esconder por más largo tiempo. Me dijiste: "Hija mía, heme aquí: Te instruiré, te enseñaré el camino que has de seguir, te aconsejaré, no te perderé de vista (Sal_31_8). [49] Te daré una inteligencia de la Escritura de los misterios sagrados. Yo mismo seré tu Maestro. Elevaré tu entendimiento de una manera divina. Lo uniré a mis claridades, y sin mediaciones le daré luz para fijar en ti mis divinos y amorosos ojos, para que sean tus guías en todos los caminos por los que desearé hacerte pasar. No serás tú como esas personas rudas y de poco entendimiento que son como caballos y muías atados a sus propios sentidos que no desean desatarse; se privan así de conocerme: Consulté al Señor y me respondió librándome de todas mis ansias (Sal_33_5).. Experimenta, hija mía, lo dicho por David: Contémplo y quedarán radiantes, su rostro no se sonrojará." (Sal_33_6).

Tú y el Padre me dieron el Espíritu Santo que se ofreció a ser mi nodriza y tener más cuidado de mí que todas las nodrizas juntas tienen de sus bebés. Tu amor me quería alimentar magníficamente con la abundancia de los pechos reales y divinos diciendo a todas las potencias de mi alma: Gusten y vean qué bueno es el Señor, dichoso el varón que se acoge a él (Sal_33_9). Teniendo confianza en mí no estarás jamás turbada; acércate a mí con fe y humildad; gusta la miel de mi conversación que no cansa, y aprecia cómo mi hablar es dulce y lleno de suavidad. Espera en mí y comenzarás, ya desde esta vida, a percibir la felicidad de mis fieles que están en la gloria. Yo decía: "Señor, heme aquí para escuchar lo que te plazca decirme. Tú das la paz a todas mis potencias, que son pueblo tuyo. Encuentro en esta divina contemplación a lo único necesario."

OG-01 Capítulo 20 - De la oración de quietud o de recogimiento que me comunicó el amor divino, con una paz interior; cómo su Majestad quiso hacer en mí su morada pacífica y amorosa.

[50] Como encontraba en ti todo mi bien, y que todo era nada para mí fuera de ti, mi alma vivía en una paz que sobrepasaba todos los deleites de los sentidos corporales, a los cuales no tenía ella necesidad de recurrir para buscarte por medio de las cosas visibles, ya que tú vivías íntimamente en ella, recogiendo todas mis potencias y siendo mi divino Amador y mi tesoro. Mi corazón estaba dentro de ti y tú mismo eras el Dios de mi corazón. Te decía las palabras del hombre que encontraste según tu corazón, y que hacía todas tus voluntades: ¿A quién tengo en el cielo? Contigo, ¿qué me importa la tierra? Aunque se consuman mi espíritu y mi carne. Dios es la roca de mi espíritu, mi lote perpetuo. Sí, los que se alejan de ti se pierden, tú destruyes a los que te son infieles (Sal_72_25s). ¿Qué buscaré en el cielo fuera de ti, qué podría yo desear en la tierra si no es encontrar sólo a ti, sobrepasando a todas las creaturas para llegar a ti?

Más ya que tu bondad me favorece tanto que mora en mi alma, estoy en calma; que mi cuerpo sea debilitado y que mi corazón se pierda felizmente en sí para encontrarse en ti, que eres mi Dios y mi porción por la eternidad. Si mis potencias se alejaran de ti, se perderían miserablemente y tendrías justa razón de castigarlas privándolas de su más grande dicha, dejándolas vagabundas y sin guía, sin llamarlas a este dulce reposo en el que tu amor las recoge gloriosamente: Para mí lo bueno es estar junto a Dios, hacer del Señor mi refugio y contar todas tus acciones (Sal_72_28). Mi esperanza está ya en [51] mi seno, como decía el santo Job (Jb_19_27).

Al poseerte amorosamente en mi corazón, todas las potencias de mi alma corrían al olor de tus perfumes; si ellas se hubieran dispersado, el vino oloroso y dulce como la miel que procedía de tu garganta sagrada de una manera inexplicable las atraería y las encerraría en el nicho de tu sagrado costado abierto, donde encontrarían ellas la dulcísima miel de tu divinidad que las ocuparía y alimentaría deliciosamente. Tu corazón, de una dulzura real, era el rey de estas abejas místicas, del que ellas adoraban y seguían los movimientos que no las privaban de su reposo amoroso ni de esta agradable quietud.

Yo sentía una gran suavidad al adherirme a tu bondad, la cual se proponía recogerme, considerando su gloria al decirme estas palabras amorosas: "Tu eres mi fiel israelita; me gloriaré en ti." Ante esta palabra de gloriarte, mi alma se sentía mucho más recogida y experimentaba las palabras del mismo profeta, sobre todo cuando te había recibido en el divino sacramento de la Eucaristía, me decías que te alojara como un peregrino que saldrá o dejará de estar corporalmente bajo mi techo cuando las Especies se hubieran consumado, y me invitabas a revestirte de mí misma, como un enamorado que se había desnudado por mí para cubrirse solamente de un fragmento de pan, privado de su propia sustancia, ya que las Especies de pan no son sino accidentes que subsisten milagrosamente gracias a tu gran poder: Partir tu pan con el hambriento, hospedar a los pobres sin techo, vestir al que ves desnudo y no cerrarte a tu propia carne. Entonces romperá tu luz, como la aurora, en seguida te brotará la carne sana; te abrirá camino la justicia, detrás irá la gloria del Señor (Is_58_7s). En este mediodía, me diste un reposo que era casi continuo.

Mi alma estaba llena de esplendor y mi cuerpo aliviado, porque me hiciste tu jardín de recreación donde hiciste crecer flores deliciosas, las cuales estaban abundantemente regadas, porque tú mismo eras la fuente; desbordabas en ellas un río de paz. Me decías que tu morada dentro de mi alma era para ti un desierto agradable porque no albergaba amorosamente sino a ti, y que lo cimentarías tan profundamente, que las generaciones futuras podrían subsistir en él con seguridad.

No comprendía yo aun que se trataba de la Orden que deseabas establecer, que sería llamada tu reposo delicado y tu glorioso santuario: Si detienes tus pasos el sábado y no traficas en mi día santo; si llamas al sábado tu delicia, y honras el día consagrado al Señor; si lo honras absteniéndote de viajes, de buscar tu interés, de tratar tus negocios (Is_58_13). y que en mí serías glorificado diciéndome: [52] "Cuando no sigas tus caminos o inclinaciones, dejando tu voluntad para hacer la mía, seré glorificado

en ti." Señor, sé pues glorificado en todo aquello en que no siga yo mis inclinaciones, y que no haga mi voluntad al escribir este libro de mi vida. Tú sabes que me he hecho y me sigo haciendo gran violencia para obedecer; es por ello que creas en mí palabras para hacer un inventario de tus gracias y dones, y una rendición de cuentas de lo que he recibido de tu divina liberalidad. Me alegro en ti, que elevas mi alma sobre todas las grandezas de la tierra, nutriéndome con el mismo alimento del gran Jacob, tu padre por naturaleza y mío por adopción, que se complacía en ti, que cumpliste todas sus voluntades, las que confesaste eran tu alimento, diciendo: Para mí es alimento cumplir el designio del que me envió y llevar a cabo su obra (Jn_4_34). Mi alma está alimentada divinamente de ti mismo y de tus palabras divinas, como lo declaran tus propios labios al aplicarme estas palabras: Entonces el Señor será tu delicia. Te pondré en las alturas de la tierra, te alimentaré con la herencia de tu padre Jacob, ha hablado la boca del Señor (Is_58_14).

OG-01 Capítulo 21 - De los efluvios amorosos que yo tenía enseguida que mi bien amado me hablaba; y como por bondad él se derramaba en mí.

No me asombra el que la amada sagrada del Cántico de Amor confiese que su alma se derritió después de oírte hablar: Al escucharlo se me escapa el alma (Ct_5_6b). Eres un sol, tus palabras son tanto ardientes como radiantes: ¿No estábamos en ascuas mientras nos hablaba por el camino explicándonos las Escrituras? (Lc_24_32). Exclamaron los discípulos de Emaús. Tenías por agradable hablarme por tu misma boca y por tus santas Escrituras, que me explicabas amorosa y divinamente. Mi alma se derretía y se derramaba en ti tantas veces, que no sabría contarlas. La dejabas como la cera, dispuesta a todas tus voluntades, por lo que se deshace en cuanto le hablas. Le diste la forma y la figura que te plugo al infundirla en mi cuerpo, creándola, con toda certeza, a [53] tu imagen y semejanza. Conocías a quien habías formado e infundiste sobre mi rostro el soplo de vida. Para comunicarme ese soplo me besaste con un besar tan dulce, que considero que tus labios son como un panal que destila en mí la miel de los divinos deleites, al deleitarme en ti. Me inspiraste y concediste la petición de mi corazón de derretirse y hacerse como un fluido para entrar en ti con todos mis afectos, porque mi alma se complacía más en ti a quien ama, que en este cuerpo que ella anima. David, tu bien amado, exclamó: Mi corazón, como cera, se derrite en mis entrañas (Sal_21_15). Yo te digo las mismas palabras para expresarte las alegrías que experimento en estos sagrados efluvios que tú no ignoras porque tu amor es su causa a partir del momento en que plugo a tu Padre que me visitaras.

Oh divino Oriente, que procedes de lo alto movido por las entrañas de tu misericordia divina para iluminarme con tus luces radiantes; al iniciarme en el camino de la paz y la quietud del cual he hablado al principio, diste a mi corazón el movimiento sagrado que le inclina a tus voluntades, al mismo tiempo que se dilata: Correré por el camino de tus mandatos cuando me ensanches el corazón (Sal_118_32). Y como eres inmenso, se engrandece en ti al derretirse. En cuanto siente tus llamas, se encuentra derretido en medio de mi pecho, que es un vaso que conservas de manera amorosa, porque viertes en él las divinas infusiones de una manera divina, aunque carezco de palabras apropiadas para explicarlo.

[54] Al llenar mi alma de tus divinos esplendores, conservas mi vida corporal como lo experimentó Isaías, el Profeta Evangélico, al hablar al alma a quien favoreces con estas gracias sublimes: Saciará tu hambre, hará fuertes tus huesos (Is_58_11). Cito con tanta frecuencia a este mismo Profeta porque muestra claramente el placer que ha experimentado tu bondad al comunicar estos divinos favores a las almas a quienes elevas al seno de la oración, entre las cuales la mía, aunque indigna, tiene esa dicha por tu amor el cual, ese profeta diciéndote como a los otros, representando tu Majestad amorosa como una madre que se goza en alimentar ella misma a sus hijos que ha dado a luz en la gloria y en la gracia; quiero decir, en la Jerusalén del cielo, la Iglesia Triunfante, y en la Jerusalén

de la tierra que es la Iglesia Militante, las cuales no tienen sino una misma cabeza y un mismo espíritu el cual beatifica a una ya en la meta, y gratifica a la otra en el camino, haciéndolas una con unión admirable, y concediendo en ocasiones que la Militante participe del gozo de la Triunfante, que son probaditas de la gloria, es decir, a los que aún van por la de la tierra.

Como ustedes aman a su hermana gloriosa dentro del reino: Festejen a Jerusalén, gocen con ella, todos los que la aman; alégrense de su alegría los que por ella llevaron luto (Is_66_10). Ustedes los que lloran porque son peregrinos y porque su peregrinar es prolongado, no pudiendo entrar en esta ciudad gloriosa de la que todos los santos han contado tantas maravillas, renueven su esperanza: Mamarán a sus pechos y se saciarán de sus consuelos, y apurarán las delicias de sus ubres abundantes. Porque así dice el Señor: Yo haré derivar hacia ella, como un río, la paz; como un torrente en crecida, las riquezas de las naciones. Mamarán, los llevarán en brazos, y sobre las rodillas los acariciarán; como a un niño a quien su madre consuela, así los consolaré yo. Al verlo se alegrará su corazón y sus huesos florecerán como un prado; la mano del Señor se manifestará a sus siervos (Is_66_11s).

¿Que alma visitada y acariciada de esta suerte no se derretiría y no se derramaría santamente en estas delicias sagradas? Si Ester, revestida de los adornos de su gloria pasajera: Quedó esplendorosa. Luego, invocando al Dios y salvador que vela sobre todos, marchó con dos doncellas apoyándose suavemente en una con delicada elegancia, [55] mientras la otra la acompañaba llevando la cola del vestido. Ester estaba encendida, radiante de hermosura, con el rostro alegre, como una enamorada, pero con el corazón angustiado, (Est_15_4). No se pudo tener en pie por la anuencia de las delicias que tenía, a pesar de que llevaba escondida en su alma la tristeza que le causaban las aprehensiones de la muerte de su pueblo y de la suya propia.

Los pensamientos de estas muertes que no podía ella evitar sino por la gracia de Asuero le producían grandes contradicciones. Las expresiones de las palabras latinas expresan todo esto con énfasis; los términos franceses no tienen la gracia para expresar lo ordinario que tiene el latín en la santa Escritura. Es por ello que esta palabra contractum se me hace difícil de explicar con expresiones francesas, de las cuales sé muy poco no habiendo jamás tenido intención de estudiar ni cualquier otra ciencia que no sea amarte, mi divino amor, que has deseado ser mi Maestro. Después de esta digresión vuelvo a la narración de los desbordamientos que tu bondad ha hecho con tanta frecuencia en mi alma. Como ella es comunicativa por naturaleza, se desliza dulcemente por estas propias inclinaciones como si tú no fueras el ser inmutable, indeficiente, que subsiste por su propia divinidad.

No me refiero únicamente a las tres subsistencias distintas de tu adorable Trinidad, sino de la subsistencia de toda la naturaleza divina, de todo el ser que es común e indivisible a las Tres Personas, a la que he dado el nombre de secta, si comprendo lo que digo, o si explico lo que entendí una vez en tan sublimes luces. No habiendo de antemano conocido sino tres subsistencias distintas me explicaste que en tu única deidad hay una subsistencia de todo [56] el ser, lo cual no recuerdo haber escrito en otro cuaderno, ni pensaba hacerlo en éste, pero estos desbordamientos hacen correr mi pluma junto con ellos. Por ello la has nombrado pluma de los vientos, al decirme un día por exceso de amor: "Hija mía, tu pluma es la pluma de los vientos, y es impelida por mis inspiraciones a escribir lo que yo te dicto y no tú. La prueba es muy clara: ¿Cómo podrías tú al presente describir estos divinos desbordamientos si mi amor no se derramara y difundiera en tu espíritu? Has invocado mi Nombre, el cual es un óleo extendido en tu alma, y que ha ungido todas tus potencias. Esta unción te enseña, te da claridad, te aparta y te consagra toda a mí, derretida por mi amor. Yo te recibo en mi corazón y a mi vez, divinamente conmovido por el tuyo. Recíbeme como un divino licor que, sin dispersarse de por sí, y sin desistir de estar en mí, se quiere derramar en ti. Recibe, mi bien amada, este rocío que el seno paterno te envía; recibe la lluvia que esta nube divina te destila por el ardor de nuestro amor, que es sol y fuego, y que en todo te favorece. Si te sientes asombrada de la dulzura de mis delicias, sabe, mi bien amada, que descendiendo del trono de mi grandeza para inclinarme a ti y decirte que tú eres mi hermana y mi esposa; que las leyes rigurosas no han sido en absoluto hechas para ti, que estás destinada por mi

benignidad a las más deliciosas delicadezas. Este es mi deseo que no deben contradecir ni los hombres ni los ángeles; nadie tiene razón de molestarse en lo que mis [57] ojos se complacen. Soy libre para repartir mis dones a quien me place y cuando me place, sin que me obligue mérito alguno. Hago misericordia a quien deseo hacer misericordia. Tú me has dicho al principio que no te has consumido, gracias a mi misericordia; es a ella a quien debes recurrir cuando deseas obtener gracias y favores de mí; es ella la que te hace encontrar gracia a mis ojos; con ellos te miro amorosamente como un blanco al que apuntan mis saetas amorosas."

OG-01 Capítulo 22 - Que mi bien amado me dijo que le había herido y cómo me hizo el blanco donde disparaba, de diversas maneras, sus amorosas saetas.

Tensa el arco y me hace blanco de sus flechas (Lm_3_12). El arco que habías tensado no era para declararme la guerra, sino para herirme felizmente con dardos repetidos. Este arco era la continua atención que mostrabas hacia mí, por una divina inclinación que no se puede expresar sino admirar. Tus ojos, con sus dardos, me herían con tanta frecuencia que mi espíritu sentía piedad de mi corazón. Por ello, podía decir: "Aparta tus ojos de mí, ellos abren tantas brechas en este pobre corazón, que dentro de poco no podré resistir sus aberturas amorosas."

[58] Una de tantas veces, estando en mi cuarto, me dijiste con mucho cariño: "¿Has herido mi corazón!" Ante estas palabras tuve miedo de que fuera esto una ilusión del enemigo, que se transforma en ángel de luz, y que trata como un mono de imitar tus acciones para engañar a las almas. Así, me dijiste: "Hija mía, soy yo; él no tiene permiso de acercarse a ti." Por la tarde, me dirigí a la iglesia del Colegio para confesarme y prepararme a la comunión del día siguiente. En cuanto me arrodillé, adorándote en tu divino sacramento, dirigiste un dardo que me hirió de manera que perdí la palabra por algún tiempo. Me dijiste entonces: "Me has herido en tu casa; ahora yo te herí en la mía."

Amor ¿por qué deseas volver intencionalmente contra mí las flechas que te he disparado sin advertencia? Jamás fui entrenada para tirar del arco; si mediante un encuentro feliz para mí, bien previsto por tu Providencia, he dado al blanco de mi objetivo, ¿hace falta que estas flechas se regresen hacia mi corazón? El tuyo no puede padecer más, pero entiendo tu secreto: deseaste hacerme probar las palabras del Rey Profeta: Pero Dios los acribilla a flechazos, por sorpresa los cubre de heridas (Sal_63_8). ¿Qué comparación existe entre tú y yo? de lo finito a lo infinito no existe ninguna proporción. Pero el amor iguala a los amados, y desea que sea recíproco. "Me hice semejante a ti al tomar tu naturaleza pasible en mi condición de viajero. He recibido todos los dardos que un enamorado apasionado puede recibir de quienes ama, pero dardos que con frecuencia me han hecho languidecer de un modo que ni los ángeles ni los hombres pueden expresar." Estas palabras son para disponerme a sufrir todas las flechas de tu carcaj; Amor, descarga toda tu aljaba; mi corazón está presto a todo recibir. Me tomaste la palabra, pues me flechaste varias veces en diversas ocasiones.

Me acuerdo que un día, durante la octava de san Juan Bautista o la octava de la Visitación de Nuestra Señora, tu santa Madre, me dijiste: "Hija mía, mientras que mi Madre conversa con santa Isabel, entra a este claustro virginal. Deseo hablar y tratar de amor contigo; ven con mi Precursor, que me ve y platica conmigo aunque se encuentre en las entrañas de su madre. El ha estallado en gozo al ver al esposo cerca de su esposa. Es mi amigo y tu patrón. Yo le escogí como saeta de elección. Al pronunciar la palabra saeta, me lanzaste varias, o tal vez una reiteradamente, las cuales me hicieron lanzar gritos que podían ser escuchados en caso de que alguien de la casa se encontrara en el cuarto donde estaba mi oratorio. Conocí, por mi propia experiencia, con qué destreza hieres un corazón que amas y que te ama. Con frecuencia me has dicho que desde la Encarnación, eres un divino Centauro que tiene dos naturalezas, y que te complaces en los combates del amor que se realizan por medio de flechas agudas e inflamadas. Los dolores que éstas causan son agradables; es por ello que quienes los

sienten los abrazan y en mi caso, aunque haya gritado, impelida por el amable dolor que estos dardos me causaban, no deseaba ser librada de estas heridas amorosas, [59] pues me eran más placenteras que cualquier curación. He dicho, hablando de la compasión y condolencia que me diste para compartir los sufrimientos de tu Pasión, que me crucificabas admirablemente; ahora digo que me traspasabas gloriosamente.

Sigue haciéndolo, Amor; si muero de estas heridas, mi muerte será preciosa en tu presencia, mi Señor y mi Dios. Podré decir con David: Rompiste mis coyundas. Te ofreceré un sacrificio de gracias invocando tu nombre (Sal_115_17). ¿Quién hubiera pensado que tendrías la intención de traspasar mi corazón, para que gozara al invitarme a una conversación tan encantadora en las entrañas virginales? y ¿quién puede saber las invenciones de tu amorosa sabiduría? La raíz de la Sabiduría: ¿a quién se reveló? la destreza de sus obras: ¿quién la conoció? (Si_1_6). Eres el Rey de los enamorados y el Rey de los corazones. Tienes el derecho y el poder de poseerlos por la manera como los atraes a ti. Son demasiado felices, pues hieres para dar alivio.

Lanzas dardos a tu enamorada, afín de que, convirtiéndose en una cierva herida, corra hacia ti, que eres su bálsamo. Estas dichosas heridas la hacen sentir una feliz sed de las aguas del manantial fuerte y vivo que no es otro sino tú mismo. Ella te dice con David: Como busca la cierva corrientes de agua, así mi alma te busca a ti, Dios mío; tiene sed de Dios, del Dios vivo: ¿cuando entraré a ver el rostro de Dios? (Sal_41_2s). Ya he dicho que tus flechas son deliciosas aunque dolorosas. No me desdigo, pero me permitirás hacer en esta regla general alguna excepción o distinción. Las flechas que disparas en secreto son, parece, muy dolorosas para el alma que no te puede ver, y así lanza las quejas del mismo profeta que ya he citado: Las lágrimas son mi pan noche y día, mientras todo el día me repiten: ¿Dónde está tu Dios? (Sal_41_4). Se dice que la herida es una división, y que la división marca una desolación.

[60] El alma que no sabe dónde está su bien amado sufre una ausencia que encuentra tan dolorosa como si estuviera dividida dentro de su ser, ya que piensa que está separada de su todo y lo que más la aflige es el temor que tiene de que su bien amado la haya dejado por las razones que él haya tenido de quejarse de sus imperfecciones, contra las que no lucha ella con toda la fuerza que él le ha dado para enmendarse de ellas con generosidad.

Estas heridas no tienen remedio en tanto que el bien amado esté ausente, y ni los hombres ni los ángeles son capaces de consolar a esta enamorada tan felizmente desolada. Experimenta lo mismo que santa Magdalena: no se detiene ni ante los Apóstoles, ni ante los ángeles; es necesario que la presencia de Aquél cuya ausencia llora venga a curarla él mismo. Los hombres y los ángeles pueden aplicarle estas palabras del Profeta doliente: ¿Quién se te iguala, quién se te asemeja, ciudad de Jerusalén? ¿A quién te compararé, para consolarte, Sión la doncella? (Lm_2_13). Magdalena, ya no puedes decirnos, al ver el sepulcro abierto: Me han arrojado vivo al pozo y me han echado una piedra encima (Lm_3_53). La piedra ha sido movida; Aquél que es más que tú misma conversa con los muertos del siglo, lo han quitado y no sé dónde se lo han llevado: Se han llevado del sepulcro al Señor y no sabemos dónde lo han puesto (Jn_20_2). Esto es lo que me hace llorar: Se cierran las aguas sobre mi cabeza, y pienso: Estoy perdido (Lm_3_54). Magdalena, no está tan lejos como piensas; " ¡María!" " ¡Ah, Maestro!" " ¡No me toques!" " ¿Por qué. Señor, deseas seguir hiriéndome? Yo pensaba curar o sanar de mi llaga besando tus pies sagrados." "Mi mano puede aliviarte." ¿Por qué me rechazas con estas prohibiciones, que me harían morir si no me conservaras la existencia para admirar tu vida gloriosa? Invoqué tu nombre. Señor, de lo hondo de la fosa: oye mi voz, no cierres el oído a mis gritos de auxilio; tú te acercaste cuando te llamé y me dijiste: No temas. Te encargaste de defender mi causa y de rescatar mi vida, has visto que padezco injusticia, juzga mi causa (Lm_3_54s).

[61] Esto que sucedió a Magdalena cuando tu Pasión, expresa lo que sucede a las almas que llevas por los caminos de la contemplación, a quienes das conocimientos sobrenaturales. Ellas son, como ya he dicho, el blanco de tus saetas inflamadas; tú combates para salvar, diciendo: Yo, que

sentencio con justicia y soy poderoso para salvar (Is_63-1). ¿Por qué son tus vestiduras rojas como la sangre, como los que salen de pisar o prensar el lagar? "Yo sólo he prensado el lagar de la ira de mi Padre. He sido herido en la casa de los que me amaban, como me decían; y yo quiero hacerlo a los y a las que amo; por eso disparo mis saetas para hacerles semejantes a mí, y para hacerles morir a ellos mismos." En este estado de languidez, les haces aparecer como imágenes de la muerte, y puedo aplicarles estas palabras sin contarme entre aquellos por quienes David las pronunció: Tensará el arco y apuntará; apunta sus armas mortíferas, prepara sus flechas incendiarias (Sal_7_13s).

OG-01 Capítulo 23 - Del estado de sitio, asaltos y caricias que el divino amor me ha hecho sufrir, y los deseos que tiene el alma de ver a Dios y de gozar de él.

Si las almas no estuvieran destinadas sino a estos dardos inflamados, no podrían ser dispensadas de recibirlos en algunas ocasiones, porque tú no los concedes en situaciones ordinarias, al encontrarse ellas con otras personas que se escandalizarían de verlas en este trance con tanta frecuencia. Es en el retiro más secreto que las encierras y las rodeas después de haberles enviado del cielo el rayo encendido como un carbón de desolación, añadiéndolo a estas saetas, y que este carbón les hace desear ser libradas de esta peregrinación mortal: Flechas de arquero afiladas con ascuas de retama (Sal_119_4). Esto les hace [62] decir: ¡Ay de mí, desterrado en Masac, acampado en Cadar! Demasiado llevo viviendo con los que odian la paz (Sal_119_5s). Al recibir estos dardos, ellas pasan junto con las llamas, pero este carro de fuego se desbiela y parece someter el cuerpo y el espíritu a la tortura: Tus saetas zigzagueaban; rodaba el estruendo de tu trueno (Sal_76_18).

¿Cuál es la voz del trueno? Es el rayo que estalla al caer, mucho después que el trueno ruge o se extingue. Querido Amor, así sucede en los acosos que experimentan quienes te aman; al verse asaltadas y acorraladas con tanta fuerza, les parece que están en peligro de morir de estos violentos asaltos; la naturaleza sufre mucho sin saber qué le aqueja.

Una cosa consuela al alma: no es ella quien se ha procurado, al menos así le parece, estos arrebatos y que mientras los experimenta no le muestras que ella sea mala, porque siente en sí una resolución de morir siendo fiel a todas tus voluntades, y no puede ni desea en absoluto aliviar su cuerpo a quien ve, si ella puede abrir sus ojos, casi en la agonía. Ella siente el pulso precipitado, de suerte que se encuentra en peligro de expirar, y a fuerza de aspirar no puede ya casi respirar. Todo el cuerpo tiembla pero con más violencia de la cintura hacia arriba; y si puede decir algunas palabras, son tan precipitadas, que parece que se encuentra excesivamente presionada por Aquél que le ocasiona este asalto, del cual ella se ha enamorado apasionadamente. Dice ella: No importa que mi cuerpo sea privado de la vida, si la pierde por amarte en medio de estos arrebatos amorosos que me das o haces dar; a tal grado estoy asediada. No debo esperar que una caricia alargue o agrande la brecha que has causado; como eres un fuego en forma de rueda, inflamas todo lo que te rodea [63] Percibo ya la luz: Los relámpagos iluminaban el orbe, la tierra retembló estremecida (Sal_76_19). Después de estos temblores de tierra, el amor da la vida y el reposo, porque es compasivo. De miedo se paraliza la tierra cuando Dios se pone en pie para juzgar, para salvar a los humildes de la tierra (Sal_75_9s). Ya he dicho en otra parte que de tu rostro y de tus ojos amorosos procede el juicio favorable de quienes te aman, y que son la mansedumbre misma, porque aprenden de ti la lección que les diste mientras que estuve en la tierra, de imitar tu dulzura y tu humildad de corazón.

Al cabo de estos arrebatos, entras glorioso no para sacar botín, sino para hacerlo. Tu esposa es demasiado pobre, y como ya he dicho, tú combates para salvar; pides para dar; pides una nada para dar un todo, como pides un poco del agua de la tierra a la Samaritana para darle la fuente de aguas vivas que saltan al cielo hasta la vida eterna.

Habiendo causado un incendio en el corazón de tu enamorada, produces en él un mar de delicias y tú mismo estás plenamente en él. Tú te abriste camino por las aguas, un vado por las aguas caudalosas, y no quedaba rastro de tus huellas; (Sal_76_20). porque el alma no puede comprender las maravillas de tus senderos en ella. Ella sabe bien que tus obras son admirables; confiesa que tus sendas son insondables y que tus caminos incomprensibles, y que moras en una luz tan inaccesible a las creaturas, [64] que se perderían en estos abismos y en este mar si no las condujeras tú mismo: Mientras guiabas a tu pueblo como a un rebaño, por la mano de Moisés y Aarón (Sal_76_21). Moisés que había sido sacado de las aguas: Lo he sacado del agua, (Ex_2_10). Moisés libró a tu pueblo de los peligros del Mar Rojo y de la tiranía de Faraón, por la fuerza de tu diestra todopoderosa. Eres tú, Verbo divino, que eres llamado: Fuente de la sabiduría es la Palabra de Dios en el cielo (Si_1_5). En el seno de tu Padre, que es la fuente original. Tú conduces a esta alma sobre las aguas renovadoras donde la alimentas para convertirla a ti: Me conduce hacia fuentes tranquilas y repara mis fuerzas, (Sal_22_3). Exclamó David. Tú me hiciste las mismas promesas al decirme: "Hija mía, el Señor, que soy yo, te gobierna; nada te faltará. Yo te conduciré y te colocaré en un parque luminoso y fecundo y te alimentaré yo mismo. Yo te elevaré sobre aguas de divinas refecciones y de saciedades amorosas; así, tu alma se convertirá a mí."

Y de este modo me explicó el resto de todo este salmo; y para mi felicidad, me prometió que su misericordia me acompañaría todos los días de mi vida mortal, para hacerme habitar en la eternidad de su vida inmortal en su mansión de gloria, si yo seguía siéndole fiel hasta el fin. Concédeme la gracia de agradarte siempre y en todo, divino Salvador mío.

Me había apartado por la narración que hago de los grados de las vías de oración por las que me has conducido. Vuelvo ahora donde estaba y decía que después de estos arrebatos llevas al alma hacia un sagrado reposo, en el cual participa el cuerpo en gran manera. Como éste ha experimentado el sufrimiento que ya he mencionado, le haces saborear, según su capacidad, las delicias de tu amor; es lo que resta de la fiesta. Se encuentra en reposo [65] El alma le ayuda a darte gracias por el festín que les das a los dos después de haberles ayudado a escapar del fuego y del agua, alimentándoles de un modo divino: Se alzarán el poder del honrado (Sal_75_11). En el transcurso de algunos días festejas la parte inferior con gustos que no son comunes aquí en la tierra. Es más: haces o causas que se hagan fuegos de alegría formados de admirable luminosidad; de este modo comunicas al espíritu los esplendores de tu gloria. El espíritu sabe entonces que el Reino de amor sufre violencia, y que los violentos lo arrebatan.

OG-01 Capítulo 24 - Que el Reino del santo amor sufre violencia; de las elevaciones y suspensión de potencias del alma en que ella adora a Dios en espíritu y en verdad.

Desde que apareció Juan Bautista hasta ahora, se usa la violencia por el reinado de Dios y gente violenta quiere arrebatarlo (Mt_11_12). Antes de que la gracia representada por san Juan apareciera en la tierra, el cielo no había sido tomado por asalto, pues no se conocían las vías, las avenidas ni las fronteras. Hacía falta que este hombre enviado de Dios las hiciera aparecer; que él viniera a preparar tus caminos en la tierra, oh Verbo, Dios encarnado por amor nuestro. El era el testigo de la luz verdadera; mostraba a los hombres las sendas que se debían tomar para llegar al cielo, que él no estimaba inalcanzable, como lo habían hecho todos los profetas anteriores, de los cuales el más iluminado de todos se contentó con decir: [66] Cielos, destilen el rocío; nubes, derramen la victoria; ábrase la tierra y brote la salvación, y con ella germine la justicia: (Is_45_8). ¡Ojalá rasgaras el cielo y bajaras (Is_64_1). Que el cielo de lo alto destile su rocío sobre nosotros, y que la nube divina nos llueva al Justo, fecundando la tierra por un poder divino, al hacer que una Virgen conciba sin detrimento de su virginidad, y que nos dé a este Salvador que conversa familiarmente con nosotros. El

irradiará entre nosotros la luz y la justicia, pues todos somos culpables encerrados en nuestras propias tinieblas; nuestros entendimientos están oscurecidos e imposibilitados para penetrar esos cielos que son sólidos.

No tenemos el valor de elevar nuestros espíritus tan altos para que los ángeles nos abran la brecha o que el Mesías deseado descienda para derramarse sobre nosotros y hacer que nuestros montes se derritan, como el bálsamo que puede aliviar nuestras llagas; que nos alimenta con la leche de nuestra humanidad unida a la miel de su Divinidad.

Querido Amor, todas estas peticiones eran prueba de su poca valentía; tu sabiduría todopoderosa había resuelto desde la eternidad enviar un hombre celestial que venía para tomar por asalto el cielo y obligarlo, permítaseme la expresión, a redoblar sus defensas. Él era tu Precursor Tú eres el Señor de los ejércitos y de las batallas. No me asombra que el cielo sufriera [67] violencia: tus ojos eran cañones que podían traspasar estas murallas de piedras preciosas. Ellos transpiraban este mar de vidrio inflamado; eran todo llamas: Sus ojos llameaban, (Ap_1_14). Nos dijo tu secretario favorito. Los días de Juan Bautista precedieron los tuyos seis meses. Apareció como una lámpara ardiente y luminosa que maravilló al cielo con la tierra. Bien había dicho Gabriel que sería grande delante de Dios, y que vendría en la virtud y en el espíritu de Elías; pero yo afirmo que su valentía era más generosa que la de Elías. Si él cerraba los cielos y los abría, no se trataba de los más sublimes; no eran sino aquellos en que tú colocaste la esfera de fuego y donde sostienes las nubes porque, del cielo empíreo, él acerca de eso no conocía las puertas. Perdió la valentía cuando una mujer lo amenazó de muerte; no deseaba vivir más, y para incitarlo a subir la montaña, hizo falta un ángel; y cuando quisiste que admirara el paraíso terrestre, le enviaste un carro y caballos de fuego; de otro modo, hubiera descendido, languideciendo, a los infiernos.

No sucedió así con Juan Bautista. Si él descendió al limbo, lo hizo gloriosamente para alegrar a todos los Padres después de haber sacrificado su cabeza en el martirio por condenar el incesto de Herodes, hablando duramente a los grandes de la tierra. Él se enfrentaba valerosamente a las sublimes inteligencias del cielo, que se obligaban a admitir que su valor era merecedor de laureles inmortales y de triunfar en su Roma celestial. Tú lo canonizaste, Verbo divino, por tu propia boca, diciendo: Les aseguro que no ha nacido de mujer nadie más grande que Juan Bautista (Mt_11_11). [68] Tu gracia lo elevó hasta el conocimiento de tu divinidad desde el vientre de su madre, y más tarde en el Jordán, al ser bautizado por él, al elevarlo te glorificabas en él. La Iglesia le atribuye estas palabras que proceden de ti: Tú eres mi siervo (Israel), de quien estoy orgulloso (Is_49_3). Y un poco más adelante; Te hago luz de las naciones, para que mi salvación alcance hasta el confín de la tierra (Is_49_6).

Nadie debe poner en duda que san Juan Bautista, que fue un niño producto de la oración, haya sido criado en los más sublimes grados de la contemplación sobrenatural desde que tú lo santificaste. Su vida fue una elevación perpetua, sobrepasando la naturaleza en todo y por todo y viviendo por virtud de la gracia. Él sigue siendo el Precursor de las almas contemplativas. ¿Quién podrá dudar que haya sido él quien me ha obtenido de tu amorosa bondad todos los favores a que me he referido, que citaré más adelante y los que no podré nombrar porque me son inefables tanto por su sublimidad, sutilidad, delicadeza, como por su multiplicidad o cantidad? Con frecuencia me he dirigido a ti con el Rey Profeta: Señor, tú me escrutas y me conoces: me conoces cuando me siento o me levanto; de lejos percibes mis pensamientos; distingues mi camino y mi descanso, todas mis sendas te son familiares; no ha llegado la palabra a mi boca (Sal_138_1s).

Señor, tú me has probado por bondad; has conocido cuándo tu Espíritu me ponía en un estado pasivo, y después cuando él me impulsaba, él me hacía obrar en él. Yo estaba pasiva, recibiendo tus luces en el entendimiento, sin hacer otra cosa que padecer o recibir las claridades que me enviabas. En esto me sentía impulsada a actuar contigo, hablando sobre tus maravillas como si después de un estado de inmovilidad hubiera recuperado el movimiento; lo primero se puede nombrar abandono, y lo segundo resurrección. Conocías mis pensamientos y los prevenías al mostrarme rutas en la mar de tus

inmensas perfecciones; pero lo que me hacía conocer tu inclinación amorosa hacia mí era que me sujetabas y me aprisionabas en tu misma inmensidad, al elevarme con suspensiones que llamo interrupción de las potencias, lo cual preveías al disponer mi mente para poder soportar estas violentas atracciones, como si la mitad de mi cabeza [69] fuera llevada en alto por una ola de mis propios cabellos: No ha llegado la palabra a mi boca (Sal_138_4).

No puedo encontrar comparación más apropiada para expresar esta interrupción sino afirmando que elevabas las potencias de mí alma como si fueran cabellos; la diferencia está en que los cabellos no son la cabeza, sino cosas que ella produce y que le sirven de adorno. Ahora bien, las potencias del alma no son una producción superflua o un ornamento para el alma; el alma, o el espíritu, es indivisible por esencia, aunque sea distinta en sus potencias, estando hecha a tu imagen y semejanza. Así como no eres sino un Dios en Tres Personas, el alma no es sino un alma en tres potencias: memoria, entendimiento y voluntad, que son potencias distintas. Sin embargo, en tu simplísima deidad tu entendimiento y voluntad no son distintas; mejor dicho, los términos: el Hijo es engendrado por ti, oh Padre divino, es el término inmenso del entendimiento del cual dimana de un modo eternal, y el Santo Espíritu es el término de la única y común voluntad que lo produce, que encierra con inmensidad a toda la divinidad y que detiene todas las divinas producciones hacia el interior. Cuando las potencias del alma son elevadas de esta manera, tú tienes cuidado, como ya he dicho, de conservar la mente que informan cuando ellas parecen desear emanciparse, porque no pueden sostener el objeto que les atrae a una vida sobrenatural, y al sujeto que vivifica de una manera natural: No ha llegado la palabra a mi boca (Sal_138_4). Para explicar estas suspensiones como sucede de ordinario, es muy difícil hablar; la lengua está impedida en estas suspensiones de espíritu. El alma dice mentalmente: No conozco estas sendas del espíritu; Todas mis sendas te son familiares no ha llegado la palabra a mi boca; (Sal_138_3s). si tú, oh Verbo eterno, no me haces hablar al volver de estas elevaciones, no podría decir cosa alguna, porque es una gracia ser elevada, y otra diferente el poder hablar de ello. Muchas almas tienen recogimientos, efusiones, heridas, asaltos, uniones y suspensiones de espíritu, pero no [70] todas tienen la facilidad de expresarlas y las que fuera de ti carecen de ellas, dicen siempre con san Pablo, que han oído palabras secretas que no les está permitido revelar a los hombres, porque no pueden transmitir las con la lengua ni con la pluma, más bien a los ángeles, que son inteligencias puras que pueden leer, ver y conocer tanto el discurso de un entendimiento cuando Dios no se los oculta, como los pensamientos que El produce en él.

En ocasiones habla al alma por medio de los ángeles y en la presencia de los ángeles les dice maravillas: No ha llegado la palabra a mi boca (Sal_138_4). Otras veces, es por él mismo sin otro intermediario que une al entendimiento consigo para iluminarlo con su luz, alimentando él mismo su llama en la voluntad que atrae, después de haber dado al entendimiento conocimientos, comunicaciones y operaciones admirables que la lengua no puede explicar: Ya Señor, te la sabes toda, dice el alma suspendida de esta suerte. Me estrechas detrás y delante, me cubres con tu palma (Sal_138_5).

Mira Señor, tú conoces todos los fines y todos los comienzos de mis cesaciones y operaciones, y me has hecho y formado a tu imagen para encontrar en mí tus delicias. Porque eres tan bueno como todopoderoso, has puesto tu mano sobre mí para elevarme a ti y para conservar mi vida corporal [71] al hacerme ver cómo tú eres mi vida espiritual, dándome conocimiento de los grandes misterios de tu divinidad; en esto está la vida eterna: en conocer a tu Padre y a ti, el cual te envía como Cristo y Salvador de los hombres, que eres co-igual y consubstancial a tu principio. Quien te ve en espíritu ve en estas suspensiones a tu Padre que es espíritu de verdad y un Dios contigo y el Espíritu Santo.

No es necesario estar de rodillas para adorar en espíritu. Tu divina Majestad no ordena al alma que se aparte del uno necesario en el cual se ocupa ella con sus potencias, pero ¿cómo le hará cuando tu mano las suspende, ya que sostienes con tres dedos el peso de la tierra? Tu mano todopoderosa para suspender al alma y para hacerle doblar las rodillas corporales si así lo juzgas conveniente, pero no

pides siempre las ceremonias de la ley, aunque sean buenas. Los efectos y las acciones de la viva fe animada de la caridad son lo que más te complace; como el alma vive de fe, te adora por la fe, sin la cual no la acercarías a ti ni a tus misterios siendo todavía caminante.

OG-01 Capítulo 25 - Del primer arrobamiento que tuve, para el cual necesité mucho valor; en este arrobamiento mi espíritu fue enriquecido con siete dones luminosos

[72] San Juan, el discípulo bien amado, conservó la fe viva y animada de la caridad, que es lo que le hizo subir al Calvario, donde recibió de ti la prenda más preciosa que tuvieras entre las puras creaturas. Es tu santa madre, a quien hiciste la suya. Después de llamarla a ti y elevarla al cielo en cuerpo y alma, tu Providencia permitió que san Juan fuera enviado a Patmos para ser arrebatado y elevar su espíritu a tu lado, diciéndole que tú eras el principio y el fin de todas las cosas: Un domingo me arrebató el espíritu y oí a mis espaldas una voz, vibrante como una trompeta (Ap_1_10s). Deseando ver quién le hablaba con esta potente voz, Juan vio siete candeleros de oro en medio de los cuales te percibió revestido de una larga túnica con un ceñidor de oro a la altura del pecho; tus cabellos eran como la lana, muy limpia y blanquísima; tus ojos resplandecientes como la llama del fuego; tus pies parecidos al bronce acrisolado en el horno; tu voz como la de un trueno; tenías siete estrellas a tu derecha, y de tu boca salía una espada que cortaba de todos lados. Tu rostro brillaba como el sol en su más grande esplendor. El espíritu de Juan fue sorprendido de tal manera que su cuerpo cayó como muerto, y aunque le habías llamado hijo del trueno, lo que vio y oyó en esta visión le atemorizó tanto, que podría haber muerto en ese arrobamiento [73] que fue muy diferente del sueño de las potencias y la quietud de la cena, cuando él reposó sobre tu pecho, y del pasmo que tuvo en el Calvario al ver, en un sublime arrobamiento, el agua y la sangre que manaban de tu costado. Sus ojos y su espíritu estaban atentos a manera de suspensión al contemplarte pendiendo y clavado a la cruz. En esta suspensión Juan no fue arrobado del todo; no cayó a tus pies, sino que se mantuvo en pie junto con tu santa Madre. El veía con mirada segura todos los milagros que se operaron en la naturaleza, sin asustarse. Sin embargo, en el éxtasis de Patmos fue necesario que tu poderosa diestra le fortificara y que le dijeras eficazmente: No temas (Mt_28_5b).

Querido Amor, hasta este punto, mi espíritu había podido soportar todas las operaciones del tuyo sin sentirse presa de la aprehensión o el temor, pero un día de santo Tomás, en 1619, habiendo sido invitada por tu amor a la oración mediante una atracción todopoderosa, mi espíritu fue arrebatado, mi cuerpo se encontró casi en estado de ser privado de la forma que lo encerraba, daba vida y calentaba, sufría con grandes padecimientos, porque se heló y se sintió como privado de su vida, con excepción de la parte superior del cráneo, donde sentía yo un calor que me mostraba que no estaba fuera de mi cuerpo y que la parte superior del espíritu reside en la coronilla de la cabeza. Tu diestra sostenía este cuerpo en tierra, mientras arrebatabas mi espíritu en alto, sin darle a conocer quién lo elevaba, y hacia dónde deseaba [74] conducirlo.

El combate del espíritu y del cuerpo fue muy grande, ya que el cuerpo no quería dejar ir al espíritu, y éste sentía el dolor de dejar el cuerpo; pero como la fuerza que atraía al espíritu era tan poderosa, no podía ni debía resistir. Escuchó que le dijeron: " ¡Animo!" Esa palabra de ¡Animo! fue tan eficaz para él, que resolvió dejar el cuerpo. Así, dijo: ¡Desgraciado de mí! ¿Quién me librá de este ser mío, instrumento de muerte? (Rm_7_24s). Mi Señor y mi Dios, dame la fuerza para subir hasta ti; considera lo miserable que soy al estar apegado a esta masa, que es para mí un molesto contrapeso. Quisiera librarme de él a pesar de lo que me cuesta; el separarme de él me sería dulce si pudiera estar unida contigo, oh mi Todo. Pero, ¿a quién estoy hablando? ¿No te veo y tú me miras?

Sé bien que el Profeta te llama un Dios escondido y Salvador. Si tu espíritu que me ha seducido no me es favorable, no puedo subir al cielo ni volver a la tierra. Me siento atraída por los dos. Este

espíritu de bondad no puede abandonarme en estas penas, pero obrando a su divina manera, me sumergió en un reposo y me comunicó sus siete dones con tantas delicias que jamás hubiera querido volver de este arrobamiento.

Estos siete dones eran siete luces, en medio de las cuales caminabas. Cada una tenía su forma, pero no puedo representarla con objetos que la imaginación y la vista corporal hayan visto o podrían comprender, pues se trataba de las formas [75] espirituales que san Pablo llama: La multiforme sabiduría de Dios, (Ef_3_10). que es un sacramento escondido en ti. Dios mío, y que los ángeles conocen cuando te place que sean espectadores de tus amorosas comunicaciones, o que las almas como un espejo se las muestren. Ellos mismos son también espejos para reflejar tus claridades y tus designios cuando los envías a las almas para instruir las en tu voluntad. Las siete estrellas que tienes en la mano derecha son también sacramentos que das a conocer a las almas mediante el ministerio de siete ángeles que asisten delante de ti, y que fijan estas luces en ellas, si no es que tú mismo quieres ocuparte de este oficio, pues como dice el Rey Profeta, el firmamento anuncia la obra de tus manos (Sal_8_4).

Los ángeles son cielos que cantan y publican tu gloria, y el firmamento anuncia la obra de tus manos: Los cielos cuentan la gloria de Dios, la obra de sus manos anuncia el firmamento, (Sal_18_2) y en otro salmo, el mismo Profeta dijo: Obra de tus dedos, la luna y las estrellas, que fijaste tú (Sal_8_4).

Mi espíritu pensaba que moraría en este firmamento donde lo habías asentado como un astro iluminado por tu claridad, pero recibió de tu Majestad la orden de iluminar la tierra y retornar a ella estas luces.

Esto le causó una no pequeña mortificación, porque le pareció entrar a una triste prisión, demasiado alejada de la patria a la que pensaba llegar en virtud de tu diestra, que la había elevado por encima de todo lo que era sensible en la región donde el amor velado hace conocer sus maravillas. El cuerpo, reducido y quebrantado, te podía decir: Pues tú me alzaste y después me has desechado, (Sal_101_11) y al reclamarme que era casi la media noche, me acosté para hacerle reposar, pues no sabía si hubiera podido andar.

Tardé algún tiempo en recuperar las fuerzas y el calor, porque mi cuerpo estaba frío y casi rígido; [76] el espíritu sufría indeciblemente al tener que informarlo. Parecía que no era para él sino una carga insoportable; le odiaba como la causa que le detenía en este exilio, y si no hubiera sabido que tu Majestad así lo mandaba, le hubiera tratado con rigores que hubiera podido inventar un celo indiscreto, si tu sabiduría, que alcanza de un fin al otro, no hubiera dispuesto las cosas de otro modo, haciéndole entender que eras tú mismo quien vivifica y mortifica cuando lo juzgas conveniente para tu gloria y mayor perfección de los que te aman.

OG-01 Capítulo 26 - Del gran cambio que este primer arrobamiento hizo en mí. Después de ese día mi espíritu tuvo la vida en paciencia y la muerte en deseo, y de otros arrobamientos.

Este arrobamiento obró tan notable cambio en mí, que yo misma no me conocía. Ya no era la de antes; mi espíritu no podía fijarse en la tierra sino con desprecio, diciendo con el Rey Profeta: Pero en mi apuro dije: Todos los hombres son unos mentirosos (Sal_116_11). Todos los que afirman que existe el placer en esta vida, que es común a los hombres y a las bestias, mienten si no elevan su espíritu a quien les ha creado. Ver, oír, gustar, oler y tocar compendia la vida de los sensuales; los animales tienen mayor satisfacción que ellos, pues aventajan al hombre en la vista, el oído, el gusto, el olfato y el tacto; si el hombre no se eleva de las cosas visibles a las invisibles, no merece el apelativo de hombre.

Por esta razón dijo san Pablo: El hombre carnal no acepta la manera de ser del Espíritu de Dios, le parece una locura; y no puede captarla porque hay que enjuiciarla con el criterio del Espíritu. En

cambio, el hombre de espíritu puede [77] enjuiciarlo todo mientras a él nadie puede enjuiciarlo (1Co_2_14s). ¿Cómo podrá juzgar el hombre carnal las comunicaciones del espíritu, que no conoce por el estudio, ni experimenta por la devoción?

El hombre espiritual que se remonta sobre sí mismo por el Espíritu de Dios, puede juzgar por medio del mismo Espíritu y discernir el bien del mal; lo mejor de lo bueno. Los que no conocen la sabiduría de Dios la tienen como locura, blasfemando con frecuencia contra lo que ignoran. La ciencia de la cruz es escándalo para los judíos y locura para los gentiles, porque ni éstos ni aquéllos se mueven según el Espíritu de Dios, sino que siguen los caminos y las leyes del mundo, el cual no puede recibir a este divino Espíritu porque no lo conoce ni desea conocerlo. Sin embargo, para hablar de este Espíritu divino es necesario hablar con personas espirituales llenas del mismo espíritu e instruidas y gobernadas por él. En esto consiste el Espíritu de sabiduría: Sin embargo, hablamos de sabiduría entre los perfectos pero no de sabiduría de este mundo ni de los príncipes de este mundo, abocados a la ruina; sino que hablamos de una sabiduría de Dios, misteriosa, escondida, destinada por Dios desde antes de los siglos para nuestra gloria (1Co_2_6s).

Esta sabiduría está escondida a los poderosos que viviendo según la corrupción del siglo, te condenan, oh Amor mío, a la cruz porque no conocen tu bondad, pues si la conocieran no te crucificarían de nuevo. Su conciencia es según sus sentidos y así tú no les manifiestas tus misterios ni las delicias de la gloria que has preparado a los que amas y que con tu gracia y sus deseos te aman recíprocamente. Lo que el ojo nunca vio ni oído oyó ni hombre alguno ha imaginado, lo que Dios ha preparado para los que lo aman, nos lo ha revelado Dios a nosotros por medio de su Espíritu. Porque el Espíritu lo penetra todo, incluso lo profundo de Dios, (1Co_2_9s) dice este Apóstol quien no ha recibido su Evangelio de los hombres sino que ha sido instruido por el Espíritu Santo que penetra todo, aún los misterios divinos, y que los declara cuando y a quien quiere, mostrando a los que él eleva a esas sublimes comprensiones que todo lo que no es Dios o para Dios, no es nada. Que todo lo que está bajo el sol no es sino vanidad y aflicción de espíritu, ya que el alma es creada por el Creador del sol, el cual es su principio y quiere ser su fin.

[78] Todo lo que está terminado verá su fin o la perfección total, ese es su fin. El fin corona la obra: He visto el límite de todo lo perfecto (Sal_118_6). Todos deben ser consumados en uno, y ver su fin que es Dios. Es lo que tu luz me ha hecho ver, frecuentemente, en todos mis arrobamientos. Mi corazón, hecho para ti, no puede tener un descanso perfecto hasta que se pierda felizmente en ti.

El desea consumirse por ti que eres su fin infinito. Mi espíritu y mi vida están escondidos en ti, queridísimo Esposo mío, en Dios. Es lo que dice el Apóstol a los que tú has embelezado por la afección haciéndoles ver y gustar como eres de amable. Están muertos y su vida está escondida en ti, en Dios. No quieren aparecer sino para honrar tu triunfo glorioso el día que tú te manifestarás. Querido Amor, habiéndome puesto en este estado, me permitiste, sin ser culpable, tener un amoroso deseo de morir, y me dijiste que tuviera la vida en paciencia. Y para hacerme experimentar que mi resignación a tus órdenes te agradaba, me visitaste más seguido y produjiste en mí varios arrobamientos: unas veces haciéndome ver tu belleza por medio de admirables luces; otras, llenándome de sabiduría; después redoblando en mí una abundante efusión de ciencia que se hacía admirable, por encima de mi espíritu, que felizmente abismado en tu esplendor decía: Tanto saber me sobrepasa, es sublime y no lo abarco. ¿A dónde iré lejos de tu aliento, a dónde escaparé de tu mirada? Si escalo el cielo, allí estás tú; si me acuesto en el abismo, allí te encuentro; si vuelo hasta el filo de la aurora, si emigro hasta el confín del mar, allí me alcanzará tu izquierda, me agarrará tu derecha (Sal_138_6s).

Tu ciencia, oh Dios todo bondad, se ha hecho admirable en mi alma, y sobrepasa toda ciencia. No soy capaz de comprenderla, porque es tan elevada y tan abundante en maravillas, que mi alma se absorbe en ella, y en una amorosa admiración te dice: Tu espíritu es inmenso en bondad hacia mí. Si te contemplo en el cielo, ahí te encuentro arrebatando todas mis potencias con tu belleza; si desciendo con el pensamiento al infierno, veo en ese lugar tu justa [79] venganza y tu Majestad terrible con un

terror justiciero. Si tomo las alas desde la mañana para volar sobre el mar de tu eternidad, te considero principio y fin de todo lo creado. Te adoro como ser soberano e increado que está en todas partes, que todo lo ve, y que gobierna todo con su sapientísimo poder. Oh Padre, tu Providencia gobierna todo mi interior y mi exterior, y tu diestra me sostiene, me conduce y me eleva divinamente: ¡Silencio todos ante el Señor, que se levanta en su santa morada! (Za_2_17).

Cuando te complaces en embelesar y arrebatarse un espíritu, elevándolo mediante el tuyo, es saludable que toda lengua de la carne guarde silencio en tu presencia, pues te agrada obrar estas elevaciones en almas en las que haces tu morada y tu santa habitación. Ellas son tus tabernáculos, así como tú eres el de ellas.

OG-01 Capítulo 27 - De los éxtasis amorosos con los que mi alma fue favorecida; de las grandes caricias de la divinidad y de la santa humanidad

Habiendo arrebatado su entendimiento con tus admirables luces, este conocimiento engendra el amor, y la voluntad se encuentra toda inflamada para amar tu belleza, que es bondad. Eres lo bueno y lo bello: lo bello por el entendimiento y lo bueno por la voluntad. El amor tiene la propiedad de apartar el alma de lo que ella ama, para llevarla o atraerla hacia el ser amado. El amor es extático; el alma que se sabe amada por ti sale de sí misma para penetrar en ti, que eres soberanamente amable.

[80] Cuando el entendimiento ha sido arrebatado al admirar al ver tu esplendor, la voluntad se siente atraída por tu ardor; la claridad ha elevado al entendimiento como a su objeto luminoso, y el calor atrae a sí a la voluntad como su objeto amoroso. El calor tiene como propiedad el hacer salir al alma voluntaria y suavemente, como podemos observar que el calor del sol hace producir a la tierra flores y frutos en primavera, parece salir de ella misma en sus productos, que alegran y alimentan a los hombres y a los animales. El éxtasis obra especialmente en la voluntad, que se siente abrigada en el calor de tu amor, amor que te hizo venir a ella y como tú mismo dices: Porque así demostró Dios su amor al mundo, dando a su Hijo único, para que tenga vida eterna, y no perezca ninguno de los que creen en él. Porque Dios no mandó a su Hijo al mundo para juzgar al mundo, sino para que el mundo por él se salve (Jn_3_16s). La esposa bienamada cree en ti como en la soberana verdad que ella ama. El amor la hace salir de ella misma para penetrar en ti. Al encontrarte inmenso, desea ella dejar su morada limitada para hallar su extensión en tu inmensidad. Sabiendo que esto es lo que te agrada, te dice: Mi amado es mío y yo soy suya (Ct_7_11). Ven, mi bien amado, salgamos a los campos y hagamos nuestra morada en una aldea. Las ciudades son muy limitadas; son molestas a causa de las compañías cuya conversación debe uno soportar, pues cansan a los que se aman que les gusta estar solos sin ser distraídos de su amor, que jamás se satisface sino cuando tiene la libertad que la soledad le ofrece, porque el amor une a los que se aman y les convierte a sí, iluminándolos y calentándolos [81] con una misma luz y una misma llama; ella los reduce a una agradable unidad, que es el objetivo de lo que buscan. Por esta razón, oh soberano Amador, has pedido a tu Padre esta unidad, diciendo que así como saliste del todo por amor, o viniste de él a los hombres, éstos salgan por amor de ellos mismos, y que este amor les conduzca a ti por medio de éxtasis sagrados.

Querido Amor, mi vida ha sido un continuo éxtasis durante varios años. Con frecuencia me has dicho que no vivo más en mí, sino en ti, y que te has complacido en ser mi vida y en que yo acepte morir a mí misma y a todo lo creado para vivir en ti.

Me condujiste a los campos de tu inmensa divinidad, y cuando parecía perderme en esta vastedad me hiciste entrar, por una benignidad muy propia de ti, al centro de tu humanidad, donde me hiciste un festín proporcionado a mi naturaleza; y para mostrar que te acomodabas a las debilidades de la que amabas por una amorosa condescendencia, me decías: Ya vengo a mi jardín, hermana y novia mía, a recoger el bálsamo y la mirra, a comer de mi miel y mi panal, a beber de mi leche y de mi vino

(Ct_5_1). "Come; amada mía, embriágate, querida. Estando santamente embriagada, dormí con un sueño extático, diciendo: Yo duermo, pero mi corazón vigila (Ct_5_2a). No deseaba que criatura alguna me despertara de este sueño y repetía: Yo os conjuro, hijas de Jerusalén, por las gacelas, por las ciervas del campo, no despertéis, no desveléis al amor, hasta que le plazca, (Ct_2_7) conjurando a tus ángeles, por los rápidos relámpagos que les produces, y que pueden transmitir, que no despertasen a aquella a quien tú mismo habías adormecido, hasta que estuviera yo satisfecha de mi adormecimiento, o que por tu mayor gloria deseara yo despertarme por la salvación del prójimo, diciendo a todos que tú mismo serías mi despertar. Así, exclamaba: Yo duermo pero mi corazón vigila (Ct_2_7). Al adormecerme, escuchaba amorosamente tu voz: ¡La voz, de mi amado que llama! ¡Ábreme, hermana mía, [82] amiga mía, paloma mía, mi perfecta! Que mi cabeza está cubierta de rocío y mis bucles del relente de la noche, diciéndome: Hermana mía, amada mía, paloma mía, inmaculada mía, ábreme porque mi cabeza está cubierta de rocío, y mis cabellos del relente de la noche; recuerda que me he hecho tu hermano al tomar tu naturaleza; conoce por mis esplendores que soy tu amigo. Deseo entrar, como un sol en ti que eres mi aurora; siente, por estos ardores amorosos, que eres mi paloma que debe reposar en mis llagas, las cuales están abiertas para ti, con el fin de escuchar yo tus amores por tus propios gemidos. Ábreme, mi inmaculada, porque mi Padre, que es la cabeza de Cristo, tu Esposo, desea derramar en ti el rocío de la generación eterna. Nosotros deseamos reconocer en ti las gotas del sereno que producimos en la noche de nuestras delicias y que es noche para las creaturas, que no pueden ver la generación y nacimiento del Hijo, ni la producción del Espíritu Santo, porque mi Padre me engendró antes del día en que fueron creadas, antes del lucero (Sal_109_3) a quien mi Padre y yo producimos eternamente en nuestra intimidad, nuestro amor único que es el Espíritu Santo. El rocío y el sereno son eternos, inmensos y estables como su principio y fuente, y como te he purificado con mi sangre, te llamo mi inmaculada.

Deseo que eleves tu espíritu y que abras tu corazón para recibir estas dos divinas emanaciones en ti; has sido arrebatada o extasiada para contemplar los campos inmensos de nuestra divinidad. Has pedido vivir en la ciudad de mi humanidad, la cual me ha hecho hermano tuyo. Te he tratado como hermana mía, te he ofrecido un festín según tu gusto y tu naturaleza, pero espiritualmente te he embriagado, a resultas de lo cual te has adormecido y no he permitido que mis ángeles te despierten. Soy yo, amada mía, quien, celoso de ti como cuidadoso de tu sueño, te desperté, porque quise comunicarte nuestra divinidad en forma de rocío para embellecerte y hacerte fecunda.

Son éstas las pruebas de la unión, es decir, el poder contemplar la unidad divina. Recibe estas joyas, que son nada menos que el Esposo que desea, muy pronto, desposarse contigo [83] Aquél que ha maravillado tu entendimiento es el mismo que ha inflamado tu voluntad, y por el ardor de esta llama has salido voluntaria y libremente para venir a ver los bienes inmensos de aquél que desea desposarse contigo, dotarte con sus gracias y entregarse a ti él mismo, tomándote para sí. Me dijiste palabras como éstas y otras igualmente encantadoras y deliciosas.

Querido Amor, se puede ver y conocer, por los discursos o narraciones que hago, en los que soy fiel a la verdad tanto como me es posible, que se trata de arrobamientos y éxtasis que he recibido de tu sabia bondad. Los arrobamientos se producen, de ordinario, en el entendimiento, que se siente arrobado en tus claridades admirables; los éxtasis en la voluntad, que es abrasada de tus amabilísimas llamas. Estas distinciones que hago entre arrobamientos y éxtasis no van en contra de quienes dicen que los éxtasis pueden llamarse arrobamientos, y los arrobamientos éxtasis. El entendimiento puede elevarse y salir de sí mismo como y la voluntad puede ser arrobada y atraída fuera de ella misma mediante la belleza. La belleza divina es igualmente admirable y amable, como la bondad es paralelamente amable y admirable. Lo bello y lo bueno arrebatan y extasían a la esposa ya en esta vida. El entendimiento no puede conocer a Dios sin ser elevado en la luz, ni la voluntad amarle sin ser atraída por su llama. Por su claridad la luz suspende el entendimiento y el calor dilata la voluntad que voluntariamente se acerca a sus llamas, llamas que al quemar no consumen su objetivo, o al menos lo

purifican, pero como el cuerpo no es la finalidad del Amor divino, sino el alma, es por ello que digo que este fuego conserva y purifica su objetivo. Es verdad que por los privilegios que obra el amor cuando lo juzga a propósito, el cuerpo puede ser fortalecido durante estas operaciones, pero pienso que se trata aquí de una fuerza sobrenatural, ya que el cuerpo se debilita extremadamente durante los arrobamientos y los éxtasis.

OG-01 Capítulo 28 - De las largas enfermedades y diversas dolencias que los arrebatos, éxtasis y fuego divino me causaron

[84] Tú sabes, querido Amor, que los frecuentes arrobamientos y los casi continuos éxtasis que yo experimentaba me causaron frecuentes y largas enfermedades por espacio de seis años, ya que no mencionaba a los médicos que me trataban, que mis continuas fiebres tercianas y doble-tercianas proveían de estos arrobamientos y éxtasis. Tomaba todos los remedios que me ordenaban y sufría con grandísima alegría todos los dolores y los ardores que estas fiebres me causaban; si mis indiscreciones las acrecentaban no era mucho, porque querido Esposo mío, no deseaba yo desobedecer a mis confesores ayunando o haciendo más penitencia de lo que se me permitía, a pesar de mis deseos.

Hubo un tiempo en que mi deseo era tan fuerte, y aunque estoy bien lejos de ser favorecida como santa Teresa, que repetía con frecuencia sus palabras: "O padecer o morir," pidiéndote lo uno o lo otro con la impetuosidad del amor; luego me resignaba a tus mandatos por medio de la sumisión que creía deber a tus deseos, conformando mis inclinaciones. En esto fui ayudada por tu benignidad, que obraba como una buena madre, la cual sondea o pone a prueba las fuerzas de su hijo, para hacerlo andar o para permitirle trabajar según su capacidad, no enviándolo a clases sino cuando tiene capacidad para los estudios.

[85] El fuego que encendiste en mi pecho fue tan ardiente, que lo convirtió en un horno que ardía continuamente; en la opinión de los médicos, mi sangre estaba quemada. Dos contrarios les preocupaban al recetarme medicinas, pues mi estómago estaba indigesto a pesar del continuo ardor que sentía en el pecho, en el corazón, en las entrañas y en el hígado. Cuando me ordenaban remedios calientes, acrecentaban mis llamas; y cuando me los ordenaban fríos, debilitaban todavía más mi estómago, pero como el ardor de la sangre sobrepasaba la frialdad del estómago, tenía necesidad de remedios refrescantes, que pedía continuamente y que siguieron dándome para templar las llamas que tu bondad, oh divino amor, vino a encender en mi corazón sin mérito alguno mío. Puedo decir con toda verdad que he contribuido muy poco a estos ardores, siendo tu caridad la que ha venido a poner este fuego dentro de mí, haciendo que arda según su deseo. Continúa, Señor, hasta mi muerte y hazme, si es de tu agrado, un holocausto perfecto, para que pueda decir en verdad con el Apóstol, sabiendo que eres mi abogado delante de tu Padre: ¿Quién me separará de tu amor? Nada de lo que aflige al cuerpo y al espíritu: Pues estoy seguro de que ni la muerte ni la vida, ni los ángeles ni los principados ni lo presente ni lo futuro ni las potestades ni la altura ni la profundidad ni otra criatura alguna podrá separarnos del amor de Dios manifestado en Cristo Jesús Señor Nuestro (Rm_8_38s).

Que los dolores de cabeza que he sufrido durante veinte años seguidos; que las afecciones de los ojos que he tenido durante casi diez años, que los cálculos me desgasten hasta mi muerte; que los cólicos me atormenten tanto como te plazca; que la repugnancia [86] a toda clase de comida dure hasta el fin de mi vida, pero que te complazcas en bendecirme, así como lo hiciste desde el comienzo, quiero decir mi nacimiento.

Todo esto me parece nada; lo que me confunde es que muy seguido no hago el bien que deseo, sino el mal que aborrezco: (Rm_7_15b). Esto no se debe, querido Amor, a que alguna vez hayas deseado probarme con tentaciones de orden inferior que tanto hacen sufrir a muchas personas virtuosas, sino a la poca fidelidad con que respondo a tus gracias, que siempre están dispuestas, como

lo está tu misericordia, a hacerme ver tus bondades. El pensamiento de no ser digna de ser probada debe servirme de una continua humillación, viendo que desconozco la experiencia de tentaciones por las que haces pasar a otros, y aunque la esperanza del cumplimiento de tus promesas sea diferida, todo esto no me afecta sino muy poco. Si fuera fiel a fijar en ti la mirada con prontitud, en cuanto los pensamientos de esta prórroga me asaltan, el disgusto que pueden causarme se desvanecería en el mismo instante en que surgen en mi interior.

El Apóstol dice que tú eres fiel, que no permites que una persona sea tentada por encima de sus fuerzas, y yo me digo que eres enteramente bueno hacia mí, que tu bondad previene todas las aflicciones que tu justicia podría enviarme con toda razón: Y de igual manera, el espíritu viene en ayuda de nuestra flaqueza (Rm_8_26). Tu Espíritu, que es compasivo en extremo, se ocupa de aliviarme de todas mis dolencias, dulcificándolas de suerte que no sufro casi nada ni en el espíritu ni en el cuerpo, y cuando no sé orar, él ora en mí y por mí, con gemidos inefables, y el que escruta los corazones conoce cuál es la aspiración del Espíritu (Rm_8_26s) Yo le suplico pida en mí lo que más agrade a él, a ti y al divino Padre: Sabemos que en todas las cosas interviene Dios para bien de los que le aman (Rm_8_28). Mi deseo es llegar a ser, por gracia y por tu providente bondad, semejante a ti, mi querido Esposo, que eres desde la eternidad la imagen de tu divino Padre, y que serás para siempre, en nuestra humanidad, la de tu queridísima Madre, imágenes que no hacen sino un Jesús-Cristo; un Verbo Encarnado, mi prototipo y mi adorable arquetipo.

OG-01 Capítulo 29 - De las grandes alegrías que el divino amor produjo en mi alma, la cual gozó del paraíso mientras que mi cuerpo estaba como en un purgatorio.

[87] Si la obediencia detiene mi pluma cuando parece deslizarse para narrar mis pecados e infidelidades, las insignes obligaciones que tengo para con tu misericordiosa caridad la hacen volar para contar, de ser posible, los innumerables favores que he recibido y sigo recibiendo de tu bondad infinita. Hay tantos, de toda clase, que no pienso exagerar cuando digo que me son inexplicables en su calidad y en su cantidad. Con frecuencia, me lo has hecho ver con más verdad de la que puedo yo expresar. Puedo adorar y admirar tus profusiones en mí, pero no expresarlas ni con mis sentimientos ni con mis palabras, ni con mis escritos; y como dice el Eclesiástico hablando de tus excelencias: Mucho más podríamos decir y nunca acabaríamos; la última palabra: El lo es todo (Si_43_27).

Las grandes gracias que me concedías durante mis enfermedades elevaban mi espíritu tan alto, que en mí parecían el purgatorio y el paraíso. El primero por las ardientes fiebres y agudos dolores del cuerpo; el segundo por las alegrías y júbilos de espíritu, pudiendo servirme de las palabras del Apóstol: Cuando estoy débil, entonces es cuando soy fuerte (2Co_12_10). Cuando escuchaba decir que en tus caminos se encuentran aflicciones, no me extrañaba porque no sentía nada de eso, de no ser las aflicciones que provienen de los pecados que odias por ser contrarios a ti y a tu amor; por eso, al considerarlas, te decía con gran amargura: ¿qué he hecho a ti, oh guardián de los hombres? ¿Por qué me has hecho blanco tuyo? ¿Por qué te sirvo de cuidado? ¿Y por qué no toleras mi delito y dejas pasar mi falta? (Job_7_20s). Tu amor te ha constituido guardián de tu esposa; ¿por qué permites que cometa ella faltas que odias? Siendo el Cordero que quita y carga todos los pecados [88] de la humanidad, quítame los míos, pues son para mí una carga insoportable. ¿Pueden, tu caridad divina y tu cortesía humana y amorosa, ver en mí lo que tanto les ofende sin que me lo quiten? Jacob hizo a un lado la piedra que impedía beber a las ovejas de Raquel, a quien amaba.

Tu bondad, viendo mi deseo, lo escuchó precipitando mis pecados en el abismo del amor. En todas estas cruces, no encontraba sino alegrías y bondades, y las saludaba con san Andrés como los medios más seguros para gozar de ti. Escuchaba con deleite las palabras del Apóstol: Sacudamos todo lastre y el pecado que nos asedia, y corramos con fortaleza la prueba que se nos propone, fijos los ojos

en Jesús, el que inicia y consuma la fe, el cual en lugar del gozo que se le proponía, soportó la cruz sin miedo a la ignominia, y está sentado a la diestra del trono de Dios (Hb_12_1s).

Consideraba las grandes contradicciones que te infligieron los pecadores, por quienes te encarnaste y viniste a la tierra para salvarlos tú mismo, escogiendo la muerte, la confusión temporal y la Cruz para darles la vida, la alegría y la gloria eterna. La vista de todo esto impedía que mi espíritu se afligiera en el sufrimiento. Muchas personas, al ver mis continuas enfermedades, sentían grande compasión, pero yo, que sentía un gozo mayor por la unción que por la aflicción que me causaban estas cruces, me reía de estos dolores a los que tu Amor daba encanto.

Pensaba que estas enfermedades me servirían de escala para llegar más pronto al cielo, donde, por tu gran misericordia, te alabaría con tus fieles que están continuamente en este ejercicio de alabanza, libres ya del pecado y de los estorbos que desvían a las almas, en esta vida, del amor y las verdaderas alabanzas que desearían rendirte ya pesar de no encontrarme aún con estos afortunados amadores, cuyo reposo y gloria en la delectación admiró David, diciendo: Exulten de gloria sus amigos, desde su lecho griten de alegría, (Sal_149_5) sentía yo, en mi lecho de paciencia, la paz, la alegría y el júbilo de su lecho de santo gozo.

OG-01 Capítulo 30 - Que el deseo de alabar perfectamente a la divina bondad en el empíreo me puso varias veces a punto de expirar.

[89] El deseo de alabarte continuamente fue tan violento en mí, que en varias ocasiones estuve al borde de la muerte. Una tarde, después de haber conjurado a todas las creaturas de unirse a mí para recitar el último Salmo: Todo cuanto respira alabe a Yahvéh, (Sal_150_6) sentí mi alma subir a mis labios, para terminar mi vida con este salmo. Al volver de este exceso, te dije: Vivo sin vivir; ¿por qué no muero? No te pido sino el golpe de gracia por todo favor. Si estando en la tierra no te ofendiera más, y si tuviera fuerza suficiente para perseverar sin interrupción en este ejercicio amoroso de alabarte en este valle de miseria como lo hacen quienes viven ya en la mansión de la felicidad, esta habitación terrestre me sería tolerable mediante la paciencia; pero cuando pienso en los que habitan tu casa celestial, exclamo con el Rey profeta: Felices los que habitan en tu casa, Yahvéh; te alabarán por los siglos de los siglos (Sal_84_5). Cuando pienso en la belleza de este tabernáculo de gloria, exclamo: ¡Qué amables tus moradas, oh Yahvéh Sebaot! Anhela mi alma y languidece tras de los atrios de Yahvéh (Sal 84_2s). Se dice que hay personas que están muertas, que mueren y pueden morir de tristeza; tampoco se puede negar que existen personas que mueren y pueden morir de alegría. Esto está bien demostrado para tomarme la molestia de probarlo.

Querido Amor, tú sabes cuántas veces me siento desfallecer de amor a causa de la extrema alegría con la que llenas mi alma, y qué sentimiento de amor ha recibido mi corazón de tu bondad. Son incontables, y en muchas ocasiones te he dicho: Señor, es bastante, yo muero de delicias; mi corazón está próximo a estallar de gozo, sus palpitaciones parecen querer fundir mi pecho, y sus dilataciones continuas le hacen desfallecer el corazón. Todas las potencias de mi alma, que son las montañas, sienten el dicho del Salmista: a una los montes exultan (Sal_150_6) por una unión común que dura su tiempo sin interrumpirse. Otras veces las mismas potencias están en la emoción de la alegría y de la exultación como si se estremecieran por los saltos [90] que el Real Profeta expresa en estos términos: Los montes brincaron lo mismo que carneros; (Sal_113_4) el Sabio dice: Se alegrarán como corderillos (Sab_19_9). Son éstas explosiones que salen al exterior, y que hacen exclamar al espíritu: Mi corazón y mi carne gritan de alegría hacia el Dios vivo (Sal_84_3).

Todo mi interior y todo mi exterior parecían estar convertidos en alabanzas; mis pensamientos estaban continuamente elevados para glorificarte; mis palabras no producían casi otro sonido que tus bendiciones; mi médula parecía fundirse con el deseo que tenía de alabarte sin cesar; todos mis afectos

invitaban a mi alma a bendecirte sin término: Bendice a Yahvéh, alma mía, no olvides sus muchos beneficios. El, que todas tus culpas perdona, que cura todas tus dolencias, rescata tu vida de la fosa, te corona de amor y de ternura, satura de bienes tu existencia, mientras tu juventud se renueva como la del águila (Sal_103_2s). También, repentinamente, decía yo o pensaba en estas palabras que la Iglesia recita en el Gradual de la Misa del día de san Miguel: Bendice a Yahvéh, alma mía, del fondo de mi ser, su santo nombre (Sal_103_1). Me parecía que todas mis entrañas y mi médula se fundían en mí, y que corrían en tu amor como bálsamo que el calor ha disuelto, o como incienso puesto sobre las brasas. Mi alma se ofrecía a ti por todo lo que le habías dado, con el amor que sentía en ella misma mediante el don que le hiciste, y te decía: ¿Es así que das aquello que ordenas?

Tu ley me manda que te ame con todo mi corazón, con toda mi alma y con todas mis fuerzas; tú las atraes, las excitas y las haces perderse felizmente en ti; recibe lo que es tuyo por retribución. Ya no soy mía; mi vida es morir por ti, y mi muerte será mi ganancia si así lo quieres; pero si deseas verme languidecer de amor sin morir porque tu amor es fuerte como la muerte, que sea entonces de tu agrado sostener a la que muere de amor por ti. Casi no me queda pulso; tú eres médico del cuerpo y [91] del espíritu de la que te ama: El que todas tus culpas perdona, que cura todas tus dolencias (Sal_103_3).

"Soy yo, amada mía, quien perdona tus pecados y desea curar todas tus enfermedades: Rescata tu vida de la fosa, te corona de amor y de ternura (Sal_103_4). Te retiro del estado extremo al que tus males te reducen. Te doy la salud cuando se teme verte morir, coronándote de mis misericordias y de mi compasión. Te otorgo una indulgencia plenaria por tus culpas; por misericordia sigo teniendo piedad de tus penas, por compasión, y comparto todos tus sufrimientos. Movido de mi misericordia vengo yo mismo a servirte como a David, y por mi amor como a mi esposa. Tú deseas verme en la casa de tu madre, la Jerusalén celestial, o mejor todavía en el seno de la divina caridad. Porque te ama, te ha engendrado como una hija del amor que desea permanecer siempre en el seno de su madre. Es por ello que me expresas tus deseos con las palabras del Cántico del Amor: ¡Ah, si fueras tú un hermano mío, amantado a los pechos de mi madre! Podría besarte, al encontrarte afuera, sin que me despreciaran. Te llevaría, te introduciría en la casa de mi madre, y tú me enseñarías. Te daría a beber vino aromado, el licor de mis granadas" (Ct_8_1s).

Si te agradara hacerme el favor que te he pedido tantas veces, de verte en tu casa, que es la de mi madre; es en el seno de la que te engendró en los esplendores eternos, donde deseo ser tu hermana; te encontraré en ese lugar, fuera de todo deseo de las creaturas. Te daré el beso de esposa y de hermana; ninguna persona dudaría más de nuestro amor; nadie me despreciaría por estas santas libertades que tomo de acuerdo contigo. Seré [92] como una granada abierta a ser saboreada, y que te ofrece lo que le has dado, siendo mi gloria y mi gozo. Yo seré tu deleite, porque te complaces en estas comunicaciones deleitosas, como al bien soberano le agrada hacer profusiones de él mismo, y verter un río y un torrente de gozo, embriagando a tus bien amadas en esta bodega de vino donde las introduces, enarbolando en su corazón el estandarte del amor; y si tú no ordenaras en ella la caridad, moriría en estas delicias. Por esta razón exclama la esposa: Su izquierda está bajo mi cabeza, y su diestra me abraza (Ct_8_3).

Mi bien amado, viendo que mi cuerpo estaba casi privado del alma que le animaba, viniste a poner tu mano izquierda afín de que mi vida languideciente me fuera prolongada, y con tu derecha quisiste abrazar mi alma, elevándola en un éxtasis más admirable que los precedentes. Te plugo ser tú mismo su apoyo y conducirla hacia el desierto amoroso que los ángeles admiran clamando: ¿Quién es ésta que sube del desierto, apoyada en su amado? (Ct_8_5). El mismo privilegio se repitió con frecuencia, estando mi conversación más en el cielo que en la tierra. Me encontraba casi continuamente en estos transportes. Mi alma no podía animar más un cuerpo languideciente y elevarse al mismo tiempo con todos sus afectos y potencias hacia placeres tan arrebatadores. Apenas volvía mi espíritu de estos prolongados arrobamientos y éxtasis persistentes, era arrebatado con frecuencia en un vuelo amoroso que pasaba con la velocidad de un rayo, semejante a una saeta disparada por un arquero

que podría llamarse sagitario; es tu amor divino, al cual puede darse este nombre. Mi espíritu, llevado así por el amor, tenía más amor para esforzarse que fuerza para amar. No podía aportar cosa alguna, y para animar y amar bien, tenías que obrar un continuo milagro, alcanzando de un extremo al otro al fortificar [93] el cuerpo y elevar el espíritu: Ese morará en las alturas, subirá a refugiarse en la fortaleza de las peñas, se le dará su pan y tendrá el agua segura (Is_33_16s).

OG-01 Capítulo 31 - Como el amor divino hizo la división entre el espíritu y el alma, lo cual se explica mediante la división de las aguas superiores y las inferiores, y por san Pablo en Hebreos 4; y de la inhabitación de toda la Trinidad en mí.

Pero como tú te complaces en ser mediador entre Dios y los hombres, quisiste hacer este oficio entre mi cuerpo y mi alma, y entre la parte inferior y la superior, lo cual no puedo expresar sino diciendo que separaste el alma del espíritu. Me refiero al alma que tiene relación con la de los animales, que es diferente del espíritu que razona con los ángeles, y que está hecho a tu imagen y semejanza. Me serviré, para expresarme, de las palabras con que Moisés prorrumpe en el Génesis: Haya un firmamento por en medio de las aguas, que las aparte unas de otras. E hizo Dios el firmamento y apartó las aguas de por debajo del firmamento, de las aguas de por encima del firmamento. Y así fue (Gen_1_6s).

Te plugo un domingo después de Reyes, en 1619, invitarme amorosamente a subir a mi oratorio por medio del signo que tus bondades habían puesto en mi corazón. Habiéndome puesto esta señal, te presentaste como el monarca soberano, para hacer ver que has venido para dominar sobre los espíritus que has escogido, y que este dominio es para ventaja suya; que combates y haces la guerra para dar la paz. Tú permites que todas las potencias de mi espíritu y de mi alma superior e inferior fueran asaltadas como de sorpresa, sin saber yo la causa de este conflicto, ni quiénes eran los asaltantes ni los tomados por asalto.

[94] Esta guerra imprevista asombró mi espíritu, que exclamó: ¿Qué es esto? ¿De dónde vienen esta lucha y estas alarmas? La voluntad respondió en voz alta: Mi Rey y mi Dios, yo estoy del lado de los que combaten por la justicia. No deseo contribuir a quienes se rebelan contra tu obediencia. Hago protesta de mi fidelidad, y si no puedo distinguir las fuerzas que están de tu lado de las de tus contrarios, declaro que no formo parte de su rebelión. Ante esta declaración, el amor dio la orden de situar las potencias superiores del espíritu bajo el torreón de su protección, donde el enemigo no debía acercarse. Sin embargo, el combate tuvo lugar sin poder yo distinguir a los combatientes, pero escuché estas palabras del gran Generalísimo de tus ejércitos, oh mi Rey, san Miguel, quien clamó: " ¿Quién como Dios? ¿Quién es como Dios para hacerse igual a El? ¿Quién puede compartir su trono, su corona y su cetro?" Ante estas palabras tus enemigos fueron abatidos, vencidos y echados fuera: las potencias inferiores de mi alma fueron humilladas y reducidas a su bajo nivel, y las potencias superiores de mi espíritu quedaron exaltadas. El Amor, todo finura, dirigiéndose a mi voluntad le ofreció la corona, proclamándola reina, mientras que san Miguel y todos sus ángeles cantaban en un silencio arrobador: Santo, Santo, Santo (Ap_4_8).

Habrà quien se asombre que yo exprese este trisagio como un silencio. Es que los ángeles hablan con el pensamiento, y de una manera espiritual que podemos explicar en la tierra por carecer de un término propio para ello. Esto lo comprende muy bien el espíritu, habiendo sido elevado por el poder de [95] Aquél para quien nada es imposible. Eres tú, mi divino Emperador, quien, persistiendo en tu bondad y en tus divinas finuras, me presentaste la corona, haciendo comprender a tu bien amado san Miguel que te complacía el celo que tenía por mi gloria, que estimas como la tuya propia.

Este Serafín todo ardiente me dijo que tu Majestad amorosa había suscitado este combate para hacer ver a todo el cielo que yo era su bien amada, y que su real corazón me obsequiaba cordialmente

la corona del Reino; y que no le ofendía mi rechazo, ya que procedía de un verdadero sentimiento y de una humilde modestia; pero que la aceptación de sus conquistas amorosas, en las cuales había yo contribuido con mi consentimiento al proclamar mi fidelidad, le agradaba como a Aquél que consideraba gloria suya el compartir su triunfo conmigo.

Comprendiendo que tal era tu placer de honrar con tu honor a la que no era sino lo que tú la haces ser, recibí humilde y amorosamente toda la gracia, toda la alegría y toda la gloria que tu Amor munificente y magnífico deseaba ofrecirme. Después de mil caricias y miles y miles de testimonios de amor, me dijiste: "Mi bien amada, lo que llevo a cabo esta tarde es la separación del espíritu, que puede llamarse separación de las potencias superiores del alma, que puede identificarse con las potencias inferiores.

"Yo he separado las aguas superiores de las aguas inferiores. Por ser todopoderoso, he creado un firmamento [96] en tu espíritu al pronunciar las palabras: Haya un firmamento por en medio de las aguas, (Gen_1_6). dividiendo las aguas superiores de las inferiores. A partir de hoy experimentarás esta maravillosa separación que puede también designarse como distinción; tu espíritu será libre, y en medio de tus ocupaciones externas no dejará de tratar conmigo y de recibir mis infusiones, mis irradiaciones y mis locuciones sin distraerse de la atención que deseo recibir de él. A esto se refería el P. Cotton cuando dijo que era una participación en la economía de mi alma santísima: cuando estaba en mi Cuerpo pasible era al mismo tiempo viajero y criatura que gozaba sin cesar de la presencia y visión perfecta de Dios; tú me podrás ver y gozar de mí sin estar extasiada ni sentir las penas que los arrobamientos causan al cuerpo; no volverás a estar entre estas languideces extremas y los grandes deseos del cielo."

Después de haberme recreado con estas palabras tan encantadoras, quise salir de mi oratorio para ir a la habitación de mi madre temiendo que, si tardaba yo mucho en volver, tuviera que esperar hasta muy tarde para irse a acostar (durante las ausencias de mi padre, me pedía durmiera con ella porque me quería más que a todas mis hermanas). Esto me mortificaba mucho, porque debía contener mis impulsos: ¡Oh milagro de bondad! Mientras tu te despedías para que saliera yo del oratorio, me dijiste: "Inclinó el cielo, (Sal_17_2) hija mía, he inclinado los cielos para ti, porque mi sabiduría no ha juzgado conveniente [97] mantener enteramente tu espíritu en la gloria del empíreo. El amor que toda la Trinidad siente por ti la inclina a hospedarse en ti de una manera adorablemente admirable y admirablemente adorable, para gloria nuestra y provecho tuyo, a fin de que, gozando de nuestra Compañía, no te aflijas en este valle de miseria, donde vives en penosas debilidades; hija mía, quien tiene a Dios, lo tiene todo." a partir de este momento, me encontré divinamente acompañada de tus Tres Divinas Personas, de las que no me he vuelto a separar. Si desde hace veintitrés años, se han velado durante algunos días, ha sido para ayudarme a conocer, mediante la privación de sus esplendores, la felicidad de la que gozo al poseerlas. Me dijiste: "No hemos hecho un favor parecido entre todas las naciones; así como el Rey Profeta dijo que Dios era conocido en Judea y que su Nombre era grande en Israel, de igual manera la divinidad ha deseado ser conocida en ti, y hacer que su Nombre sea engrandecido en una jovencita: Su tienda está en Salem, su morada en Sión; allí quebró las ráfagas del arco, el escudo, la espada y la guerra (Sal_75_3s). Tú experimentas la paz que nuestra Sociedad divina confiere a todas las potencias de tu alma que residen en la parte suprema del espíritu; gozas de la alegría en el centro de tu alma, y tu corazón es la habitación de Dios, que te ama. Se dice que el justo la ofrece y la da desde la aurora a su Creador; pero nosotros hemos venido a hacer nuestra morada en ti, para poseerte sin interrupción. Nosotros apartamos de ti todas tus penas y todas tus guerras deteniendo a tus enemigos mediante nuestro poder, afín de que no se te acerquen. Sientes, por experiencia, cómo te iluminamos por nosotros mismos: Fulgurante eres tú, maravilloso en los montes eternos (Sal_75_5).

"Nuestras tres divinas y distintas hipóstasis te prodigan caricias amorosas por diversas comunicaciones, por complacernos en ello, y aunque nuestras operaciones externas sean comunes por

las maravillas del Amor, [98] nos agrada favorecerte haciéndote conocer que el Padre que me envía a ti siente un deleite (que los ángeles no pueden comprender) de comunicarte de manera admirable su paternidad, haciéndote madre de su propio Hijo. Soy yo, mi bien amada, quien se complace en hacerte el espejo de mis esplendores, donde reflejo mi belleza, y el Espíritu Santo hace en ti un compendio de su bondad amorosa. Mi Padre afirma tu memoria para que no pueda confundirse, y yo ilumino tu entendimiento, el cual refleja las claridades que le envió como lo haría una pieza de cristal. El Espíritu Santo enciende tu voluntad con una llama que te abrasa sin consumirte, como si fueras la zarza ardiente que atrajo a Moisés hacia las maravillas de mi sabiduría divina, despreciando todas las que había conocido de los egipcios, cuya sabiduría le hacía admirar no solamente a Faraón y a todos los adivinos y sabios de Egipto, según el mundo, sino a todas las naciones que han sabido y sabrán que hablaba con él cara a cara, y que le hice mi legislador. Yo le escogí para proclamar fielmente mis oráculos a todas las personas a quienes le enviaba.

OG-01 Capítulo 32 - Que la primera visión que tuve fue una corona de espinas llevada por un sol que se me figuró el Verbo anonadado, y de otra visión: Dios me hizo su tabernáculo de alianza y su propiciatorio, coronando de luz mi cabeza.

[99] "Si he dado muestra de la dulzura de mi amor en la ley del rigor a mi amigo Moisés ¡qué excesos de bondad no te ha hecho ver este mismo amor en tantas ocasiones! querida hija, pues la primera visión que te hice admirar mi corona de espinas suspendida divinamente por rayos luminosos como los del sol; rayos que, al sostenerla, se detenían sobre las espinas. Por ello conociste cómo me hice por amor el Verbo anonadado, y que mi divina hipóstasis apoyaba la naturaleza humana, sin otra subsistencia que mi divina ayuda. Pudiste admirar la comunicación de idiomas; percibiste, en cierta manera, la distancia infinita que hay entre un sol y sus rayos; entre un arbusto trenzado en forma de corona y sus puntas espinosas. Habiendo contemplado esta gran visión, te acercaste con la fuerza que te daba el amor, que no te pidió te tomaras la molestia de descalzarte, como a Moisés, sino que te dio alas para volar a él, y se hizo tu escudero. Cuando lo tuvo a bien, te hizo subir hasta donde él te esperaba, con un ardor que tu pluma no pudo expresar, pero que tu espíritu supo admirar y adorar. Yo te dije que deseaba convertirte en una nueva legisladora de las leyes de mi amor; que llevarías mi Nombre por toda la tierra, aunque sin decirte cómo sería esto, pues no había llegado la hora de declararte lo que deseaba hacer de ti." Queridísimo Amor, recuerdo [100] me dijiste que deseabas hacerme tu portaestandarte; que muchas personas, al verme, combatirían por tu gloria; que muchos no te conocían a causa de la necedad de sus espíritus, y que habías sutilizado el mío por tu bondad, no por mis méritos. Al hablarme así, abrasaste mi pecho con un fuego celeste y divino. No sé si este fuego era el estandarte y la oriflama que me dabas al hablarme de esta gracia; el amor me sellaba los labios para abrirme el corazón, en cuyo centro enarboló su estandarte, sin hacerme ver sus colores; mi valor sobrepasaba mis fuerzas. No rechacé este cargo, esperando que tú mismo fueras el guía de la que deseaba llevarlo por mandato tuyo.

Poco tiempo después me hiciste ver una columna cubierta de diversos rollos, en los que estaban escritos, con caracteres admirables, las maravillas de la ley del divino amor, de la cual entendía los misterios sin saber hablar de ellos. Me dijiste que en ellos estaba escrito tu Nombre inefable, y que en el tiempo destinado por ti entendería su gloria. Me hiciste ver un compás, como para medir o recorrer la tierra donde quieres hacer brillar tu nombre. Me elevaste en coloquios embelesadores, retirando mi espíritu y todas mis potencias del yugo de los sentidos, para ofrecerte el sacrificio de alabanza y realizando una feliz salida del Egipto de la conversación de las creaturas, que me era insoportable y fatigosa, [101] hacia la amorosa soledad donde fue puesto en libertad mediante el poder de tu diestra. Cantaba con alegría el cántico de mi feliz liberación; no hablaba sino raramente a las personas de mi

casa paterna; mis oraciones eran continuas. Me prometiste darme a diario mi pan supersubstantial, como diste el maná a tu pueblo en el desierto. Rodeaste mi cabeza de luz como de una corona, y con frecuencia parecía luminosa a quienes me veían al salir de la oración; esto fue visto de muchas personas. Marie Figent, una joven piadosa que aún vive, dio testimonio de ello a varios de mis confesores. Tú me decías que, así como Moisés era el embajador de tu voluntad ante el pueblo judío, yo estaba destinada por tu sabiduría a declarar tus intenciones ante quienes deben aprender de mí. Me dijiste que deseabas hacerme tu tabernáculo de alianza y tu lugar de propiciación, y que por mi medio proclamarías tus oráculos. Me dijiste además que estaba yo cubierta de las alas de los querubines, y que me infundirías la ciencia como a estos sabios espíritus que san Pablo nombra Querubines de gloria, [102] los cuales, en comparación con tu esplendor, no son sino sombras maravillosas que atenúan tus claridades y amortecen, por así decir, tus rayos más brillantes. Me complacía en extremo permanecer sobre la montaña de la contemplación, pero me sentía indeciblemente mortificada cuando tenía que alejarme de tus coloquios. Me parecía que el estado religioso me ataría más a ti. Deseaba con gran deseo, sobre todo después de comulgar, verme en un claustro, porque me causaba una pena indecible caminar por las calles después de la comunión, que era mi vida escondida en ti. Vivía para comulgar, y comulgaba para vivir de tu vida. El pensamiento de este Pan Divino era casi perpetuo en mí. Te decía: Si comulgara todos los días, me parece que sufriría más fácilmente el exilio en esta tierra extranjera. Permanecía continuamente, en espíritu, en tus tabernáculos amorosos, diciéndote: Hasta el pajarillo ha encontrado una casa, y la golondrina un nido donde poner a sus polluelos: Tus altares, ¡oh Yahvéh Sebaot, rey mío y Dios mío! Dichosos los que moran en tu casa, te alaban por siempre. Dichosos los hombres cuya fuerza está en ti, y no piensan sino en tu santa peregrinación. Al pasar por el valle de lágrimas, lo hacen un hontanar (Sal_84_4s).

OG-01 Capítulo 33 - Cómo Dios me dijo que sería examinada por varias personas, y que se me haría visible para quitarme cualquier temor. Que expresé con sencillez todo lo que él me decía, y de un mandato que me dio Nuestra Señora

Este año de 1619, el día de la octava de la Concepción Inmaculada de tu santa Madre, estando en la iglesia del Colegio de Roanne, me elevaste en un arrobamiento muy sublime, durante el cual me dijiste que debía someterme al examen de varios doctores y grandes prelados de la tierra, pero que no tuviera temor alguno, pues tú te ocuparías de hacerme discernir y reconocerte, que me parecerías más blanco que la nieve [103] Me explicaste estos versículos del Salmo 67: Mientras vosotros descansáis entre las tapias del aprisco, las alas de la Paloma se cubren de plata, y sus plumas de destellos de oro (Sal_67_14). Hija, duerme y reposa en medio de todos los ruidos desagradables y mortificantes en extremo; yo haré maravillas que se realizan y se realizarán en ti. Mantén siempre tus alas de paloma; declara con sencillez todas mis palabras, que son claras como el sonido de la plata; sé franca con tus directores. Conserva junto conmigo este oro de caridad que se esconde entre tú y yo; es un reclinatorio donde me complace quedarme; di a tu confesor que deseo me recibas todos los días."

Al volver en mí, quise hablar con mi confesor, perdiendo de pronto la palabra por miedo a ser fanfarrona y sometida a exámenes tan diversos. Yo era feliz de ser desconocida de las creaturas, y sentía pena al saber que era necesario abrirme de este modo. Pero como no deseaba resistir a tus órdenes, me conformaba a todas tus voluntades, haciendo a un lado la mía, que tan admirablemente hiciste morir. Mi confesor, que era el R.P. Jean de Villards, esperó pacientemente hasta que me devolviste la palabra. Cuando pude caminar, me dijo que saliera de la iglesia y me ocupara en algo manual para distraerme; pero al ponerme a tender una cama fui repentinamente arrebatada en una suspensión, [104] sin poder pasar a otra cosa.

Me di cuenta que tu santa Madre estaba a mi lado derecho, mostrando una dulce majestad, y que me dijo: "Hija mía, ofrécete para restablecer mi casa que las ursulinas han dejado." Al escuchar estas palabras, respondí: ¿Cómo podré yo hacer esto. Señora mía, encontrándome sin medios ni capacidad? "Ofrécete, hija. Aquél que solo, obra maravillas (Sal_135_4). se ocupará de todo; transmite este mandato al Padre Cotón." Prometí a tu santa Madre obedecerla, lo cual hice, pensando que haría todo lo posible para llevar jóvenes a esta casa, aunque, según entendí, no entraría yo misma. Hice todo lo que pude para resucitar la Orden de santa Úrsula en ese lugar, pero todos mis esfuerzos fueron vanos.

OG-01 Capítulo 34 - De cómo se me permitió comulgar todos los días, verificándose así la promesa que Nuestro Señor me había hecho de darme diariamente este pan supersubstancial.

Habiendo hecho las diligencias necesarias, me consideré desligada de esta comisión. Habiendo venido a hacer la visita al Colegio de Roanne, el R.P. Bartolomé Jacquinet, en su calidad de provincial, fue instruido por mi confesor acerca de las gracias y grandes luces que te dignabas comunicarme, oh mi divino amor. El me pidió fuese a encontrarlo en la iglesia, y me interrogó sobre los caminos por los que me habías conducido y me seguías conduciendo. El padre sintió una grandísima admiración ante los excesos de bondad que obrabas en mí. Me dijo que no debía dudar que se trataba de [105] tu Espíritu; que el mío no podía alcanzar estas maravillas, recomendándome serte fiel.

Me dijo: "Me siento inspirado a concederte la comunión diaria," a lo que respondí: "Mi deseo de comulgar es muy grande, pero, Padre, esto hará hablar a todo mundo y tal vez no se verá como algo bueno. Será como un escándalo." "Hija, existe un escándalo activo y otro pasivo. Esto puede escandalizar a otros. Pero cuando se trata de un escándalo pasivo no estamos obligados en rigor y justicia a privarnos de él. Comulga sin temor. Hija mía, te escucharé en confesión todos los días de mi permanencia en este Colegio. Que nada te atemorice, oh hija mía; tienes obligación de amar al que te otorga tantas gracias." Querido Amor, tú confirmaste el permiso que, por inspiración de tu espíritu, me dio el padre, diciéndome: "Hija mía, no caerías en cama a causa de estas grandes enfermedades si comulgaras todos los días; este alimento será salud para tu cuerpo y para tu espíritu." El día en que comencé a comulgar diariamente fue el 22 de agosto de 1620, día de la octava de la gloriosa Asunción de Nuestra Señora, tu santa Madre, la cual me dijo: "Hija, te he obtenido esta gracia de Aquél que es todo amor por ti; es la mejor parte. Es una bendición más grande que la que Rebeca hizo tener a Jacob; ésta contiene al Dios de toda bendición." [106]

OG-01 Capítulo 35 - De las grandes gracias que el Verbo Encarnado me concedió la víspera de san Bartolomé, diciéndome que me había destinado a instituir su Orden, y del gran amor que dijo tener hacia mí, el día de la fiesta de san Luis

Al día siguiente, fiesta de este Apóstol, habiendo comulgado, te plugo revestirme con una túnica blanca, lavada y blanqueada como si yo hubiera sido nuevamente bautizada en tu preciosa sangre. Admiraba a este gran san Bartolomé, que fue despojado no solamente de sus vestiduras, sino de su propia piel; como un atleta divino, fue despojado de todo lo que no eras tú: Se privan de todo, y eso por una corona corruptible (1Co_9_25). Su despojo y su martirio le llevaron a ganar la corona incorruptible. Siendo un Apóstol de oración, te imitaba pasando las noches en la oración a Dios. La unción de tu espíritu le hacía doblar e hincar las rodillas cien veces al día y otras cien durante la noche. Las noches eran su iluminación y sus delicias.

Ya tarde, alrededor de las nueve, estando retirada en mi oratorio, te plugo elevar mi entendimiento en una suspensión muy sublime, durante la que me dijiste: "Hija, tú piensas que debes gozar del reposo y quietud de la contemplación en la casa de tu padre, poseyendo la bendición celestial y divina del Pan Supersubstancial; tú amas tu recogimiento, pero mi divina sabiduría piensa de otro modo, habiéndote destinado para instituir una Orden bajo mi Nombre, que honrará mi persona encamada por amor a la humanidad. Así como he elegido al bienaventurado Padre Ignacio para instituir una Compañía de hombres que honre mi Nombre; yo te he escogido para fundar una Congregación de mujeres. Recuerda que un día de Pascua, en 1617, quise que portaras la cruz, seguida de muchas jóvenes vestidas de blanco, para venir a adorarme ante el altar donde reposaba. Portaste la cruz durante cuarenta horas, pero yo te llevaba y te suspendía deliciosamente, [107] acariciándote con más dulzura que Asuero a Ester, diciéndote que las ignominias de mi Cruz se transformaban en gloria para ti. El llevar la cruz era figura de lo que deseaba hacer de ti, llamándote para el designio que te declaro esta noche. Valor, hija, resuélvete a salir de la casa de tu padre, todo el recogimiento que tanto aprecias, para seguir mis intenciones." Sometiendo mi espíritu a tus leyes, consentí a todas tus voluntades, oh mi divino amor. ¡Qué bueno es adorarte y poner en ti todas mis esperanzas!

Al día siguiente, fiesta de san Luis Rey, me invitaste al comulgar, a entrar en tu costado, que me mostraste como el hospital de los pobres necesitados, diciéndome: "Hija, entra en la llaga de mi costado abierto, pero prevén que un cuerpo afligido no puede sufrir cosas duras sin los sobresaltos de los dolores o cicatrices que producen las cosas creadas; sé sencilla en todos tus deseos y desnúdate de todo lo que no es mi puro amor, y así me consolarás en mis sufrimientos y serás un bálsamo consolador sobre mi llaga; mientras más sencilla es un alma en sus intenciones, tanto más me deleito en recibirla dentro de mi corazón amoroso."

A las nueve de la noche, estando en mi oratorio, tu Majestad me acarició de un modo divino, diciéndome tres veces: "Oh, hija mía, cuánto te amo; ¿qué deseas de mí? Pide con toda libertad; yo te lo daré; mi Amor me lleva a conceder todas las peticiones que me presentes." Ante estas palabras, repetidas tres veces, "Hija mía, cuánto te amo," mi espíritu fue sorprendido de asombro y mi corazón lleno de tantas delicias, que estuvo a punto de derretirse o de estallar de gozo. Saltando de alegría, parecía querer salirse de mi pecho. No pude decirte cosa alguna: Amor, no deseo nada. Teniéndote a ti lo tengo todo; pero como deseas que te presente una súplica, te pido en todo y por todo tu mayor gloria y la salvación de las almas rescatadas con tu preciosa sangre. Es todo lo que deseo.

OG-01 Capítulo 36 - Como el Verbo Encarnado me introdujo en sus entrañas adorables, y las bodas que se dignó tener conmigo.

[108] El 26 del mismo mes, estando para comulgar, supe que tu Majestad venía a mí con un amor ardentísimo. Después de recibirte, me abriste tu costado, invitándome a entrar de inmediato, pidiéndome amorosamente atravesar tu corazón y penetrar hasta el fondo de tus entrañas, las cuales me parecieron bóvedas adorables en forma de Galería, como de un rojo transparente, tan bello como jamás vi otro. Ellas me representaban el mar que tu discípulo bien amado describió en su Apocalipsis: Y vi también como un mar de cristal mezclado de fuego, (Ap_15_2). sobre el que se tenían de pie los que habían salido victoriosos contra la bestia, llevando las cítaras de Dios (Ap_15_2). Esta cítara es tu corazón, que es el corazón de un Dios, el cual me diste para deleitarme y para cantar el cántico del divino amor a tu Padre, por el Espíritu Santo que me instruía, corazón que reproduces por medio de diversos afectos, al darlo a los que te aman, pareciendo multiplicarse en quienes moran únicamente en ti.

[109] Me hiciste ver, por esta admirable visión, que los cuerpos gloriosos son transparentes, y que el tuyo lleva en sí y dentro de sí, al amor todo inflamado; que tu preciosa sangre le hace parecer un

cuerpo revestido de púrpura real. No me es posible describir las delicias que recibió mi espíritu; no puedo hacerlo. Me dijiste que muchos habían sido admitidos a tu corazón, pero que no habían paseado en esta Galería, y que no habían podido saber todos los secretos de este lecho imperial y divino, que tu Amor te impulsaba a declararme, como a quien amas en calidad de esposa.

Los sentidos, como las vírgenes necias, no entraron a esta cámara nupcial; tu corazón sacrosanto fue nuestro lecho adorable y floreciente de pureza, donde me uní a ti con una unión purísima y virginal, pudiendo decirte con santa Inés: Amo a Cristo, en cuyo tálamo penetro; cuya madre es una virgen, cuyo padre no conoció mujer; a quien canto con el órgano modulando mi voz: al amarle, permanezco virgen; al tocarle, quedo sin mancha; [110] al aceptarlo, conservo mi castidad. Me ha dado el anillo de su fidelidad, y con inmensas riquezas me ha adornado; bebí leche y miel de sus labios, y con su sangre decoré mis mejillas. Puso un signo sobre mi rostro, para que no acepte otro amor sino el suyo. Ciñó mi mano derecha y mi cuello con piedras preciosas; colgó de mis oídos perlas de inmenso valor, y me rodeó de gemas variadas y resplandecientes. Ya mi cuerpo es uno con el suyo; estoy desposada con aquel a quien los ángeles sirven, cuya hermosura el sol y la luna admiran; sólo a él sirvo en la fe; a él me entrego con toda devoción (21 de enero, Breviario Romano).

Para expresar las delicias de tus bodas, oh divino Cordero, hace falta que lo hagas tú. Juan Bautista, tu Precursor, estuvo presente haciendo llevar antorchas a los espíritus celestes; no conozco su nombre. Guardaban todos un silencio admirable, adorando en espíritu y en verdad a tu Majestad, sirviéndola con un respeto que no me explicaba, estando arrobada y felizmente abismada en ti. No deseaba ser la escrutadora de tu Majestad; sabía bien que el amor va más allá de la ciencia. No temía ser aplastada por tu gloria, y experimentaba la promesa que me hiciste hacía unos años, antes de concederme este gran favor: prometiste ser para mí alma un muro de fuego, y hacerme experimentar en vida las delicias de este término. La liberalidad de tu amor [111] en este arrobamiento duró dos horas, y me hizo abundar en gozo: Y seré para ellos, dice el Señor, muro de fuego que los rodee; y estaré glorioso en medio de ellos (Za_2_9). Me dijiste que te era tan querida como la niña de tus ojos: Grita de gozo y regocíjate, hija de Sion, pues he aquí que vengo a morar dentro de ti, oráculo de Yahvéh. Poseerá Yahvéh a Judá, porción suya en la Tierra santa, y elegirá de nuevo a Jerusalén (Za_2_14s). Este muro de fuego era ese mar de cristal ígneo; esta gloria era la gloria de un Esposo real y divino que era mi lecho y mi cámara nupcial; mi palacio y mi Louvre. Eras todas las cosas para mí, uniéndome a ti después de la santa comunión en estas bodas divinas.

Yo estaba en ti y tú en mí. Por una amorosa transformación y una augusta deificación, permanecía casta al amarte y pura al besarte, y al entregarme enteramente a tu amor, sigo siendo virgen. Me hiciste cantar divinamente un cántico nuevo; eras mi órgano melodioso; me diste el anillo de la fe, que fue el que tu Padre dio a san Pedro, que la carne y la sangre no pueden revelar, y que todo el infierno no puede arrebatar al alma.

OG-01 Capítulo 37 - De las delicias, las claridades, las llamas que el esposo divino comunica a sus esposas, y de las joyas con las que las adorna, y como las convierte en la admiración de su corte celestial.

No sé cómo expresar las arrebatadoras conversaciones con que tu amor me instruía en tus bondades amorosas [112] Ah, qué felices son tus esposas, al ser conducidas al interior del templo sagrado donde ven tu apasionamiento, que es tu corazón, que desborda sus delicias sobre ellas según los oráculos del Rey Profeta: Se saciarán de la grasa de tu casa, en el torrente de tus delicias los abrevas; en ti está la fuente de la vida, y en tu luz vemos la luz. Guarda tu amor a los que te conocen, y tu justicia a los rectos de corazón (Sal_36_9s). Tus esposas, Oh divino esposo, al contemplarte en el origen y manantial de vida que es tu divino Padre, ven cómo eres luz y Dios de Dios; cómo vives de tu

vida natural por tu Padre. Ellas ven a través de ti, por una admirable comunicación o participación de esta vida divina. Al mirarte ven a tu Padre, y no te dicen más: Muéstranos a tu Padre y esto nos bastará. Ellas observan cómo estás en tu Padre, y tu Padre en ti. Este es el secreto de la alcoba; ellas ven tus misterios como al descubierto. Si existen algunos velos, es para impedir que estas grandes claridades no las cieguen de tanta luz, modificando tus esplendores afín [113] de que su entendimiento los pueda contemplar, y temperando tus ardores con el propósito de que la sede de la voluntad, que es el corazón, pueda soportarlos, porque está en peligro, por así decir, de estallar a causa de estos ardores amorosos; al ver a un bien infinito, ¿quién no le amaré en extremo? Hace falta un divino poder que sostenga y mantenga la vida al corazón que el amor divino abraza de tal suerte.

Tú eres un sol tan caluroso como luminoso; estas almas son tus tabernáculos. Oh divino esposo, en muchas ocasiones me has hecho comprender estas palabras del Rey Profeta: Levantó en el sol su tienda: y él, como un esposo que sale de su tálamo, se recrea, cual atleta, corriendo su carrera. a un extremo del cielo es su salida, y su órbita llega hasta el otro extremo, sin que haya nada que a su ardor escape, (Sal_19_6s). diciéndome: Hija, yo soy el divino esposo que ha venido a ti como un sol en su alcoba nupcial, con júbilo y estremecimiento. Vengo a paso de gigante, del seno de mi Padre, sin dejar el tuyo y colmándote de gracias. Es mi divino Padre quien te atrae a mí por el Espíritu Santo; [114] tú sabes, mi bien amada, que nadie viene a mí si mi Padre no le atrae, y que nadie conoce al Padre sino aquellos a quienes me place revelar su paternidad. Yo te abrigo en mi seno para hacerte entrar al suyo junto conmigo y presentarle tus oraciones.

"Hago todas las cosas por ti: ejerzo el oficio que los ángeles desempeñaban con Jacob; así, yo soy el Ángel del Gran Consejo y el Ángel del Testamento de Amor, y del cual deseo ser yo mismo el ejecutante. ¿Cómo podrás esconderte de mi llama que te descubre mis secretos y que te da a conocer al cielo y a la tierra como mi esposa bien amada, adornada de tu divino esposo como una nueva Jerusalén? En verdad, al verte, mi favorito puede decir: Y vi la Ciudad Santa, la nueva Jerusalén, que bajaba del cielo, de junto a Dios, engalanada como una novia ataviada para su esposo; (Apoc_21_2). Y yo, tu Esposo, me complazco en repetirte: He aquí el tabernáculo de Dios entre los hombres, (Ap_21_3). Dirigiéndome a mi corte celestial afín de que alaben a la que amo, y a quien he dado como arras el anillo de esposa en signo de mi fe. Hija, las arras no se regalan; se las guarda a perpetuidad, pues son prenda de promesas. Esta luz de la que te hablo con el nombre de fe, jamás te será quitada; ella crecerá hasta el mediodía de la gloria, y te hará parecer una aurora iluminada por el divino Sol, que te transfigura en un ser radiante. Al ver esto, los espíritus bienaventurados, llenos de admiración, exclaman: ¿Quién es ésta que surge cual la aurora, bella como la luna, refulgente como el sol, imponente como ejército en orden de batalla? (Ct_6_10). ¿Quién es esta jovencita que avanza como viajera por el camino, a quien ha sido dado el privilegio [115] de ser esclarecida con la gracia del mismo Sol que nos ilumina en la gloria, que es la meta final?

"Es una aurora que crece en méritos y en claridades; es consorte de la Naturaleza divina, por ser la esposa de nuestro Rey. La admiramos como una bella luna al lado de su sol, entre los cuales la tierra no causa ningún eclipse porque ella es un cielo iluminado por los divinos resplandores; ella es elevada por este divino esposo por encima de las creaturas; ella está en él, y él en ella. Esto es lo que la hace majestuosa como una Reina coronada de luz por el Rey, su sol, el cual la hace aparecer radiante y gloriosa. Tú le has dado los brazaletes de la esperanza, esperanza que no se confunde con el collar de la caridad al que santa Inés se refiere en estas palabras: Cifó mi mano derecha y mi cuello con piedras preciosas y colgó de mis oídos perlas de valor inestimable. Y me rodeó con gemas variadas y resplandecientes (21 de enero Br.Ro.). Nosotros la honramos como la compañera de tu reino y la esposa de tu lecho, a la que has dado tu cuerpo sagrado informado de tu alma bella, estando el uno y la otra cimentados en la segunda hipóstasis de la muy adorable Trinidad; esto es lo que la hace participar de la divina naturaleza. Estos pendientes para las orejas son tus palabras divinas, que son más preciosas que todas las perlas orientales; palabras amorosas que contienen secretos que no se

descubren sino a las esposas sagradas y consagradas por tu divino amor. Bendición, claridad y acción de gracias a tu divina Majestad.

OG-01 Capítulo 38 - Visión figurando la Orden que Dios me había revelado y como debía ser una nueva introducción del Verbo Encarnado en el mundo, al cual los ángeles tenían la orden de adorar; de los favores grandísimos que me prometió la divina bondad

[116] La noche siguiente me pareció ser conducida a una habitación convertida en capilla; había una mesa para servir de altar, en medio de la cual estaba una escultura en relieve, que a primera vista me pareció ser la imagen del bienaventurado Ignacio, fundador de tu Compañía, pero su rostro cambió de repente, apareciendo el tuyo. En los costados de la misma vi dos querubines, el uno frente al otro, que miraban la estatua y que, al mismo tiempo, dirigían sus miradas por toda la habitación. De igual manera los vi contemplar con atención a una joven que estaba sola en este aposento convertido en capilla, adorando de rodillas a la Majestad que se escondía tras de la estatua.

Sobre este altar había un candelero trabajado con tanto artificio que no parecía una obra de aquí abajo. Este candelero iluminaba sin aceite ni cirio; su materia y sustancia me eran desconocidas, más no su claridad. Después de comulgar por la mañana, me hiciste comprender los grandes misterios que me habías hecho ver, y que este cambio de rostro mostraba que las sombras preceden a las verdades, las cuales son perfectas, y que no comprendía de pronto todos los misterios de tu Instituto; que habías deseado instruirme mediante la figura de san Ignacio antes de instruirme por la tuya propia, como dice san Pablo que tu divino Padre nos ha hablado por medio de los Profetas y después por ti, su Hijo, que eres el esplendor de su gloria, la figura de su sustancia y el portador de toda palabra [117] de su virtud: Muchas veces y de muchos modos habló Dios en el pasado a nuestros Padres por medio de los Profetas; en estos últimos tiempos nos ha hablado por medio del Hijo a quien instituyó heredero de todo, por quien también hizo los mundos; el cual, siendo resplandor de su gloria e impronta de su sustancia, y el que sostiene todo con su palabra poderosa (Hb_1_1s).

Después de esta visión admirable, me vino a la mente lo que tu santa Madre me había dicho, de ofrecerme solamente al designio de tu sabiduría escondido en ella, asegurándome que tú, el único que obra maravillas, serías tan bueno como poderoso para darle cumplimiento en el tiempo previsto por ti. Estos dos querubines admiraban el amor demostrado por tu Majestad hacia una jovencita, la cual era iluminada por una claridad desconocida a quienes viven en la tierra ya pesar de ser nada, escogiéndola para llevar a cabo un designio tan augusto, comunicándole de manera divina los favores que tu divino Padre había manifestado a Abraham, deseando hacerla madre de una multitud de hijas que serían como estrellas brillantes en esta Orden de amor, introduciendo nuevamente a su primer nacido al mundo mediante este Instituto que sería una extensión de la admirable Encarnación: Y nuevamente, al introducir a su Primogénito en el mundo, dice: Y adórenle todos los ángeles de Dios.(Hb_1_6). Ordenaste a todos, Oh divino Padre, adorar a tu Hijo que deseaba ser introducido [118] en el mundo por medio de este Instituto. Me dijiste que me darías en él al germen de David, Rey, y que tu misericordia y tu verdad precederían a tu obra, la cual estaba siempre en tu presencia, y que mi alma probaría el júbilo del que habla este Rey Profeta: Justicia y Derecho, la base de tu trono. Dichoso el pueblo que la aclamación conoce (Sal_89_15s). Me dijiste que en la luz de tu rostro caminaría en tus sendas; claridad que nunca me abandona, ya que después de tantos años sus rayos me siguen alumbrando por pura bondad tuya, elevando mi espíritu, cuya asunción obras tú mismo. Todas mis potencias te dicen: Por tu favor exaltas nuestra frente; sí, Yahvéh es nuestro escudo; el Santo de Israel es nuestro rey. Antaño hablaste tú en visión a tus amigos, y dijiste: He prestado mi asistencia a un bravo, he exaltado a un elegido de mi pueblo (Sal_89_18s). Te he oído decir a tus santos que tenías la inclinación de amarme, y que en mí deseabas obrar un milagro de amor. Al pronunciar esta palabra,

milagro, me hacías más humilde, dándome a conocer el poder de la gracia con que me sostenías y al obrar en mí, mostrándome que por mí misma no puedo nada ni poseo virtud alguna. Es por ello que tu caridad cuidaba de todo lo que deseaba se hiciera realidad, derramando sobre mí en forma divina la unción que endulzaba todas las repugnancias que podía yo tener; [119] que tu mano me ayudaría, y que tu brazo me fortificaría; que mis días serían bendecidos como los días del cielo, porque serían los tuyos; y que te complacías en darme tu misericordia, porque deseabas obrar en mí con misericordia; que este Instituto sería establecido en medio de grandes contradicciones, como el reino de David, porque debía ser eterno en ti; que no le comparabas con el reino de Salomón, que fue dividido por su hijo: el uno y el otro no lo habían adquirido por medio de las armas y la obediencia a todos tus mandatos; que David, a pesar de sus ofensas, había mostrado siempre una inclinación cordial a tu ley, haciendo todas tus voluntades. Si pecó, su contrición mostró el grado de su arrepentimiento. Viendo de qué manera me favorecía tu bondad, permanecía confusa y abismada en la consideración de la misma.

Informé al P. Jacquinot sobre todo lo que me habías dicho. El padre me respondió que no dudaba que tu Majestad establecería esta Orden, pero que debía yo esperar el tiempo que tu sabiduría mostraría como el más propicio; que permaneciese en casa de mi padre, perseverando en mis ejercicios de devoción y comulgando todos los días según el consejo y el permiso que había recibido de él [120]. El mencionado P. Jacquinot me pidió le enviara, por medio de cartas, la relación de las gracias que te complaces en darme, lo cual hice mientras que estuvo como provincial en Lyon, y también al ser enviado como superior provincial de la casa profesa de la Provincia de Toulouse. Puede verse en las cartas que le escribí la continuación de tus bondades hacia mí, en caso de que las haya guardado.

Tu Majestad parecía no tener a quien acariciar en la tierra sino a mí, y aunque te decía con frecuencia: " ¡Es demasiado!" si no supiera que eres la sabiduría y la eterna ciencia, diría que ignoras la indignidad de aquella a quien amas sin mérito alguno de su parte. Tu amor hacia mí hace ver a todos tus santos que tu bondad no tiene otros motivos que ella misma para comunicarse a mí. Tú renuevas en mi alma casi todos los misterios que la Iglesia nos representa acerca de tu vida en el curso del año. Como respuesta, me decías: "Hija, al igual que Zorobabel, eres un signo ante mi faz; así como dije a Noé que al ver el arco en el cielo recordaría la alianza de paz que había hecho, y de no volver a enviar un diluvio, de igual modo al verte recuerdo mi bondad, que es comunicativa en sí misma. Es mi esencia; no puedo ignorarla: es lo mismo que mi ciencia y mi ser; es mi naturaleza."

Querido Amor, desde que me dijiste que mi suerte está en tus manos, siempre me he visto rica en ti. Me equivocaría si menospreciara las riquezas y los tesoros de tu benignidad. Me contristo al ver que otros las desprecian al acumular un tesoro de ira para el día de tu justa venganza.

OG-01 Capítulo 39 - Porqué Dios escogió Roanne para el nacimiento de esta Orden, y las grandes contradicciones que me predijo, dándome la seguridad de sus poderosos favores, y como fui presentada a este Dios de bondad.

[121] De tiempo en tiempo me hacías ver que se acercaba el día de iniciar el establecimiento de tu Orden. Un día de san Ignacio, en 1621, me dijiste que de Roanne, que es un lugar pequeño, nacería nuevamente el Señor que rige el cielo, la tierra y principalmente el pueblo de Israel. Las almas que han sido elevadas para verte por medio de la contemplación, me decían: Y tú, Belén, tierra de Judá, no eres, no, la menor entre los principales clanes de Judá; porque de ti saldrá un caudillo que apacentará a mi pueblo Israel (Mi_5_1).

"Hija, así como mi primer nacimiento causó grandes inquietudes en los espíritus de los grandes, así sucederá en el segundo; prepárate a sufrir grandes contradicciones. Los grandes árboles extienden sus raíces más lejos cuando son agitados por los más fuertes vientos. Sé siempre mi Sulamita, toda pacífica; que los carros de Aminadab no te arrebaten el valor. Cuando, por ser mujer, te veas afligida,

escucha a mi divino Padre, a mí y al Espíritu Santo, pues te llamaremos hacia nosotros. Escucha a mi humanidad que te llamará por cuarta vez, al decirte que vengas a refugiarte en mis llagas. Sé bien, querida esposa, que me dirás con frecuencia: ¿Por qué miráis a la Sulamita como en una danza de dos coros? (Ct_7_1). Y yo te responderé amorosamente: ¡Qué lindos son tus pies en las sandalias, hija de príncipe! Las curvas de tus caderas son como collares, obra de manos de artista (Ct_7_2). [122] Mi bien amada, los progresos que mi amor te ayudará a hacer serán de mi agrado y tendrán consideración hacia los desvíos de tus pasos del camino de mi temor. Tus afectos, hija, no se extenderán a las creaturas. Seré para ti un signo para el bien, para confundir a todos los demonios, en especial al que tentó a Ario y el que sedujo al Faraón, los cuales se opusieron durante largo tiempo a mi gloria. No les temas, hija; serán vencidos. Miguel los dominará como lo hizo con el dragón.

"Sufrirás grandes trances como esta mujer del Apocalipsis, para producirme en la Iglesia por medio de este establecimiento. Mostraré mi fuerza en ti, a pesar de que eres débil. Te juro por mí mismo y por mi salud, yo que soy el primero de los predestinados, que haré realidad mi designio. Yo soy el Padre de los siglos futuros, el Príncipe de la paz, el Consejero admirable, el Dios fortísimo; llevo mi principalidad sobre mis hombros, hija mía. Te prometo proporcionarte lo necesario para fundar; tu suerte está en mis manos y en mis ojos tus recursos; en mi seno, tus tesoros. Este Rey que dijo que de su pobreza me construyó un templo que fue la maravilla del mundo, me complació; pero hija, siento un agrado mucho más grande al ver los que tú me edificarás. Todo está en el presente para mí; el pasado y el futuro es lo que perciben las creaturas. Mi percepción lo conoce todo; es eterna, inmensa e infinita. Contemplo con delicia las casas de mi [123] Orden, donde seré adorado en espíritu y en verdad. No dudes esto, hija; mi Providencia vela sobre ti, y mi misericordia te servirá todos los días de tu vida. Yo soy el Señor que te gobierna. Nada te faltará; deléitate en este Señor todo amor por ti, y él concederá las peticiones de tu corazón; verás cómo él escuchará sus deseos y mucho más de lo que puedas imaginar."

Queridísimo Amor, hablo mucho, pero ni siquiera digo la milésima parte de lo que me has dicho, Esposo mío amadísimo. Cuando escribí mi vida por primera vez, no sabía cómo expresar los favores que me habías concedido. Era el año 1619; no me habías desposado con las magnificencias reales y divinas; me lo pediste, y te respondí que era toda tuya. En aquel tiempo mi confusión era inexplicable, pero ¿dónde me encuentro al presente? Si no temiera desobedecer, me detendría en el abismo de los pensamientos que tus liberalidades producen en mi alma, y diría a mi eminentísimo Prelado algo que te he dicho muchas veces: ¡A, a, a. Señor! Mira que no sé expresarme, que soy un muchacho (Jr_1_6). Tal vez él no [124] me lo perdonaría, ni tú, que me has dicho y me dices aún: No digas: Soy un muchacho, pues adondequiera que yo te envíe irás, y todo lo que te mande dirás (Jr_1_7). No temas, hija, yo estoy contigo; he puesto mi mano sobre ti. Mi Espíritu te ha dado una lengua y mi Padre unos labios y su mismo Verbo. El te dice: Mira que he puesto mis palabras en tu boca (Jr_1_9). Hija, no te envíe para llorar los infortunios de la antigua Jerusalén: Alégrate, Jerusalén, y regocijaos por ella todos los que la amáis (Is_66_10).

Querido Amor, me regocijo en todo momento de ser hija de tu Iglesia. Te pido que todas las hijas de tu Orden se regocijen ante esta dichosa filiación, a la que tu misericordia nos ha destinado antes de nuestro nacimiento. Como tu santa Madre te dio al mundo por la Encarnación, quisiste que ella me presentara a la divinidad, la cual me recibió favorablemente de manos de esta Señora elevada sobre todas las puras creaturas.

Yo vi a la diestra divina un fuego en figura de un sol, el cual ardía sin consumir. Cubría su esplendor acomodándose a la debilidad. Comprendí que era el nombre admirable de Dios, que yo debía proclamar en todas partes, y que el brazo todopoderoso de tu diestra abatiría a todos mis enemigos, haciendo ver su gran virtud.

OG-01 Capítulo 40 - Que el Verbo Encarnado permitió las enfermedades de mi director para que, llevándose, me dispusiera para el establecimiento de su Orden y de otras muchas visiones que tuve de san Miguel y de mi divino Pontífice

Tu sabiduría, que dispone todas las cosas suave y fuertemente para tu gloria y aprovechamiento de los que te dignas llamar mediante vocaciones extraordinarias, permitió que el R.P. Philippe de Meaux se enfermara con tanta frecuencia, que los médicos juzgaron que debía salir de Roanne. Si no se hubiera enfermado, le habrían permitido [125] seguir siendo rector del Colegio hasta la muerte del Señor de Chenevoux, porque le tenía cariño y le honraba tanto como al R.P. Joseph de la Royauté, que ha sido rector más de doce años, por deseo del mencionado señor, que era el fundador de este Colegio. Esta enfermedad es uno de los males que permites para sacar un bien. No pienso con ello ofender tu bondad, pues la Escritura dice que no existe el mal en la ciudad que el Señor ha construido. Tu Providencia, que me había dado a este Padre para conducirme por un camino tan sublime como difícil, había puesto un límite a esta dirección, aunque dejándome siempre el valor de obedecer a todo lo que este padre me decía o deseaba de mí. Había tomado la decisión de dejarlo guiarme toda la vida, a pesar de saber que este padre no me permitiría sino con mucha dificultad salir de mi casa paterna, donde me veía dedicada a un recogimiento y oración continuos, y aunque débil de cuerpo, acariciada de tu Majestad, de suerte que con frecuencia las delicias interiores me impedían dedicarme a las cosas exteriores, siéndome penoso hablar y orar vocalmente.

Estos pensamientos podían seguir siendo las grandes dificultades que era necesario vencer, y los medios necesarios para fundar una Orden. El no dudaba de los caminos de tu Providencia, pero pensaba que [126] sería mejor practicar los ejercicios que acostumbraba, y que él llamaba virtudes sólidas, que yo no veía en mí, pues me has hecho ver que nos las tengo. Si las practico ocasionalmente, es por tí mismo, oh mi divino amor, a la manera en que un escribano lleva la mano de un niño para ayudarle a hacer las letras; no encuentro otra comparación presente en mi espíritu que sea más propia para expresar lo que obras en mí o conmigo, dando el movimiento a mi alma y conduciendo mis potencias o facultades hacia la ocupación que deseas para ellas.

Estimaba tan valiosa la dirección de este padre, que te pedí me lo conservaras, hasta llegar a la inocencia que él me proponía, y que yo no podía alcanzar sin una gracia muy poderosa, que esperaba recibir de tu amable bondad, que ya me había dado tantas otras. Por mi experiencia en el pasado, la suponía para el porvenir. El temor de ser incapaz de una iniciativa tan grande como era el establecimiento de un nuevo instituto, y careciendo de lo que me parecía imprescindible para este gran proyecto, pues no tenía bienes temporales ni el favor de los grandes, no veía en mí la capacidad ni la inteligencia necesaria para ello. Todas estas contradicciones y otras más me parecían razonables para convencerme de que esta empresa podía muy bien ser una tentación; que no estaba obligada a creer las revelaciones que me impulsaban a instituir una Orden que exigía una santidad de la que me encontraba muy lejos; [127] que esto podía ser una temeridad; que muchos habían sido engañados por ilusiones de aquél que se transfigura en ángel de luz.

Ante estos pensamientos, tu Majestad mostró su celo amoroso, imprimiendo en mi alma un sentimiento de fidelidad; que esta elección procedía de ti, que deseabas mostrar tu fuerza en mis debilidades, tu ciencia en mi ignorancia y tu poder en mi impotencia: En seguida encontraría un asilo contra el viento furioso y la tormenta (Sal_55_9). Reanimaste mi espíritu y mi valor en ti y derrotaste a todos mis enemigos. Tu verdadera luz disipó mis nubes y tu fuego destruyó mis frialdades, mostrándome que levantabas el trono de tu gloria sobre el escenario de nuestras fragilidades; al ver esto, exclamé: ¡Qué grandes son tus obras, Yahvéh, qué hondos tus pensamientos! (Sal_92_6).

Llegó la Pascua. Durante este tiempo caí enferma cerca de un mes, aunque esta enfermedad no me impidió comulgar diario. Recibí, además, grandes consolaciones de tu santa Madre, la cual me

confortaba mientras que la fiebre me desgastaba tan duramente. Para aliviarme en el sufrimiento causado porque te escondías de mí, al cabo de algunos días e ignorando la causa, vi tres coronas sostenidas y ensartadas en una vara, y también unos cálices. Ignoraba el significado de todas estas visiones, hasta que te dignaste, mi divino Intérprete, dejarte ver de mí. Al retomarme amorosamente, me dijiste: "Hija, te has quejado con tu confesor [128] de mi ausencia, como de una pena intolerable a una esposa acostumbrada a los mimos de su divino esposo; mi santa Madre te ha visitado y consolado. ¿No te había yo hecho ver cruces y cálices, y después esas tres coronas en una vara? Todo eso eran signos de aflicciones que yo deseo coronar."

Al decirme estas palabras, se me apareció una grande y pesada cruz de mármol blanquísimo. Tu Majestad, al verme espantada por las dimensiones de esta cruz, me dijo: "Hija, tú no cargarás con esta cruz; es la cruz quien te llevará. Es toda de roca de mármol, y sobre ella deseo fundar el Instituto. La esposa del Cantar dijo que mis piernas son columnas de mármol. Yo soy la verdadera roca sobre la cual está fundada mi Iglesia. Animo, hija, fundaré mi Orden sobre mí mismo." Al mismo tiempo, vi un cáliz lleno de flores. Mi amable Doctor me dijo: "Mi bien amada, este cáliz lleno de flores es para embriagarte y embellecerte. a ello se refería David cuando dijo: Unges con óleo mi cabeza, rebosante está mi copa, (Sal_22_5). cuando le hice comprender que mi divina misericordia deseaba acompañarle todos los días de la vida. Tú puedes decir lo mismo: es lo que te he prometido. Mis promesas son infalibles."

Algunos días después de lo ocurrido, el P. de Meaux vino a informarme de la consulta que los médicos habían tenido, y que estaba [129] por partir, lo cual me entristeció en el acto. Sin responderle, me dirigí a ti, mi bien amado, diciéndote que me habías enviado a este padre que ahora me quitabas a causa de sus enfermedades; y que en consecuencia, me volvía al que me había enviado a él, que eras tú mismo. Comprendí que era necesario que el padre dejase el Colegio, afín de que no me hiciera permanecer en la casa de mi padre, cuando tú quisieras que iniciara la Congregación.

En cuanto salió de mi habitación, se me presentó san Miguel para ofrecerme su ayuda. Al desaparecer, te hiciste ver con una tiara hecha en madera, sin joyas ni adornos. Me sorprendió que tu Providencia, en su diligencia admirable, no la hubiese adornado de piedras preciosas. Estas visiones me hicieron ver que habías dado a san Miguel una nueva comisión de asistirme, encomendándole el Instituto que deseabas establecer. Me le diste como uno de mis maestros, a fin de que me instruyera en tu voluntad por medio de irradiaciones y coruscaciones deslumbradoras. Me diste a entender, por medio de la tiara sin adornos que tenías al principio, que iniciabas tus proyectos en la más pobre apariencia, y los llevabas a cumplimiento por medio de ricos efectos; me enseñaste que eras mi buen Pontífice que proveería a todas mis necesidades, y que me compadecías en todo.

OG-01 Capítulo 41 - Que la santa Virgen me presentó a la santísima Trinidad. De la venida del Espíritu Santo a mi alma para hacerme renacer espiritualmente; de doce lenguas de fuego y doce puertas. De Los deseos que los santos tenían de mi crecimiento para los designios del divino amor.

[130] Al día siguiente, al comulgar, mi espíritu fue elevado en presencia de la santísima Trinidad, que se mostró solícita al considerarme como una pequeñita sostenida por la santa Virgen. Supe entonces que toda esta augusta Sociedad trataba sobre grandes misterios, destinando a esta joven, por acuerdo divino, a obrar cosas grandes para gloria de Dios, que, por ser bueno, se dignaba escogerla y aceptarla de manos de aquella que es su Madre, su Hija y su Esposa.

Al pensar en la partida de este padre, seguía experimentando algunos resentimientos que mostraban mi debilidad. Me consolaste amorosamente, diciendo: "Hija, mis Apóstoles, a los cuales dije que era necesario que yo me fuera para enviarles al Espíritu Santo, seguían siendo imperfectos, entristeciéndose ante mi ausencia."

Querido Amor, me diste este ejemplo para que sobrelleve con mansedumbre mi propia imperfección, esperando el día de la venida de este divino Paráclito, el cual prometiste enviarme, y lo hiciste. En ese día sagrado, al comulgar, quedé extasiada. Llenaste de gozo mi corazón, y vi una mano que, con el dedo índice, me mostraba el oriente del cual deseabas, [131] en unión con tu divino Padre, enviar al Espíritu que de ustedes procede, que es todo amor. Me sentía confusa al verme tan imperfecta y privada de toda virtud. Este piadoso Padre de los pobres me consoló y me lavó, haciéndome renacer en este baño admirable, en el que recibí un nacimiento nuevo que arrebató y elevó mi espíritu en presencia de la santa Trinidad. Contemplé a estas Tres divinas Personas, que obraban esta admirable regeneración, llevándome en brazos como una niña a la que lavaban con el agua que destilaba una nube. Escuché estas palabras: Destilad, cielos, como rocío de lo alto (Is_45_8). Que esta nube llueva al justo, y que en esta joven sea producido el divino Salvador.

Vi doce lenguas de fuego, que fueron transformadas en doce puertas que representaban las doce entradas a la Jerusalén celestial. Me dijiste que tu Espíritu hace pasar a las almas por estas puertas, concediéndoles la justificación, mediante la cual es posible entrar por las doce puertas al interior de la celeste Sión [132] Sólo a través de estas doce entradas tendrán acceso a la gloria las naciones. "Mis Apóstoles recibieron estas lenguas, y mi Santo Espíritu ha abierto por ellos las puertas al Evangelio. Por esta razón, el Apóstol (que puede contarse como el décimo tercero, a quien descendí personalmente del cielo para llamarle al apostolado] exhortaba a los Colosenses reunirse para orar, diciéndoles: Orad al mismo tiempo también por nosotros para que Dios nos abra una puerta a la Palabra, y podamos anunciar el misterio de Cristo (Col_4_3).

"Querida hija, mi Espíritu es un fuego que abre las puertas y que concede hablar en lenguas a los Apóstoles y a las personas que elijo para dedicarlas al gran ministerio de la conquista de las almas. El te ha concedido el lenguaje y la palabra para expresar mis misterios, a pesar de no ser tú sino una jovencita. El te abrirá las puertas que los enemigos de mi gloria desearían cerrarte; no temas, hija, la bendición de los hermanos de Rebeca es para ti, porque eres la querida esposa de tu Isaac, que soy yo.

Recibe las felicitaciones de tus hermanos santificados y glorificados, los cuales se regocijan por el favor que has recibido de toda la santa Trinidad, la cual te ha elegido mediante una alianza tan augusta y una misión tan gloriosa. Todos te dicen a una: Oh hermana nuestra, que llegues a convertirte en millares de miríadas, y conquiste tu descendencia la puerta de sus enemigos (Gen_24_60). El placer que me has dado al responder a mis inspiraciones que te llaman hacia mí, "Iré," no me ha pasado desapercibido. Saldría de mí mismo si no permaneciera, en una divina persistencia, en mi inmensidad que lo llena todo, para llegar ante ti. Lo hago al reproducir mi humanidad sobre los altares a la manera de Isaac, quien salió al camino cuando vio acercarse a su Rebeca: Isaac se había trasladado del Pozo [133] llamado viviente pues habitaba el territorio del Negueb. Una tarde salió a pasear por el campo (Gen_24_6s). El vio a los camellos, y a Rebeca montada sobre uno de ellos, del cual descendió. Cuando ella a su vez vio a su prometido venir a pie, preguntó a uno de los servidores de Isaac: ¿Quién es este hombre que camina por el campo a nuestro encuentro? Dijo el siervo: Es mi señor (Gen_24_65).

"Querida esposa, yo soy Aquél que emana del pozo paterno, que es llamado viviente y vidente, y que habito y reposo en el cenit del puro amor. Mi Padre y yo producimos al Espíritu Santo, que es el término de todas las emanaciones y divinas producciones de nuestra intimidad. He venido sin dejar el seno paterno, a las entrañas de mi Madre, que es un campo y una tierra de bendiciones. Ahora me llevo a ti, que eres mi tierra y mi campo bendito en estos últimos siglos, que parecen un día que declina. He meditado por amor en los favores que mi Padre, yo y el Espíritu Santo hemos deseado comunicarte por toda la eternidad. He pensado regalarte estas gracias en mi calidad de Verbo divino y Verbo humanado, desde el momento de mi encarnación. Por medio de mi fiel san Miguel, te he enviado favores que son verdaderas joyas, dándole orden de enterarse si deseas ser mi esposa. Tú has respondido, como Rebeca que venías a mí por su medio, y has llegado acompañada de tu nodriza que

es el Santo Espíritu, el cual no te ha retirado la leche de sus dulzuras desde que se complació en mostrarte que deseaba alimentarte de sus pechos reales y divinos. El jamás morirá; no es mortal como la nodriza de Rebeca la cual fue sepultada: En las inmediaciones de Betel, debajo de una encina; y él la llamó la Encina del Llanto (Gn_35_8). El Santo Espíritu produce doce frutos, uno de los cuales es el gozo, del cual saboreas la bondad, vives en paz y alegría. Te amo más de lo que Isaac amó a Rebeca, que el amor que tuvo hacia ella suavizó la tristeza que experimentó al morir Sara su madre. Mi bien amada, tempera la tristeza que la tierra debería tener al no haber podido retener a mi santa Madre." Querido Esposo, me dices has orado por mí afín de que yo conciba y dé a luz a dos pueblos: uno en el tiempo y el otro en el claustro [134] Si has destinado unas mujeres seculares por las primogénitas como si fueran Esaús, que no se vean privadas de sus bendiciones en el mundo. Yo espero que tus religiosas suplirán todo y que serán verdaderas israelitas. Es lo que te pido, oh mi divino Isaac.

OG-01 Capítulo 42 - Que el Verbo Encarnado se me apareció con un manto de púrpura, y después revestido de una túnica blanca; cómo su designio fue revelado a la Hna. Catherine Fleurin.

Después de que tu Majestad me reveló sus designios, me permitió seguir gozando de la dulzura de mi soledad en la casa paterna durante cinco años al cabo de los cuales, el 15 de enero de 1625, asistiendo a la misa que el P. Cotón decía en la pequeña capilla del Colegio de Roanne, elevaste mi espíritu en una sublime suspensión, durante la cual te me apareciste llevando un manto de púrpura usado y casi descolorido, que me pareció ser el mismo que [156] te dieron de burla junto con la corona de espinas y una caña por cetro, mientras se mofaban de ti diciendo: "Salve, Rey de los Judíos."

Hiciste de mi alma tu tabernáculo, y de mi corazón tu trono, haciéndome comprender que deseabas que las hijas de tu Orden llevaran un manto rojo. Perdón, Amor, por la respuesta que por respeto humano te di entonces, diciendo: Señor, se reirán de mí cuando les proponga este manto. "Hija, ¿no me fue impuesto por burla? mis esposas deben amar mis desprecios y mis sufrimientos para mejor parecerse a mí. Quiero dirigir a todas estas palabras: Revístanse de Nuestro Señor Jesucristo, (Rm_13_14) y éste crucificado" (1Co_1_23). Querido Esposo, concédenos la gracia de revestimos enteramente de ti crucificado.

Algunos meses después te me apareciste revestido de una túnica blanca, diciendo: "Soy yo, el Esposo blanco y rojo, elegido por encima de todos los hombres y de todos los ángeles, y predestinado Hijo de Dios. Deseo revestir a las hijas de mi Orden de este blanco de inocencia y de este rojo de caridad; son éstos mis colores y mis libreas. Considera, hija, el amor que tengo por ti, asegura a tus hijas y hermanas que las palabras que David dirige a las hijas de Israel se realizan en verdad: Hijas de Israel, por Saúl llorad, que os vestía de lino y carmesí (2S_1_24). Diles, hija, que ellas lloran la muerte del Rey de Amor, que soy yo; y que en mi soberanía las he revestido de mi propia sangre; que ellas son para mí esposas de sangre, pero de una sangre que conservará eternamente su resplandor y la viveza de su color, afín de fortificarlas en el combate de la vida y darles el gozo y la paz al final; que su túnica blanca honra a la que me fue dada en casa de Herodes, y su manto al que recibí en casa de Pilatos. Sobre su escapulario representa mi Cruz sangrienta, mediante la cual he pacificado el cielo y la tierra." Alrededor de la octava de Pascua, la Hna. Catherine Fleurin, de Roanne, vino a verme para decirme que había visto durante [157] un largo éxtasis a cuatro ángeles que llevaban un cuadro en el que estaba pintado tu Nombre adorable, y el designio que me habías ordenado llevar a cabo. Ellos le dijeron que yo lo escondía. Al escuchar hablar a esta joven acerca de lo que los ángeles le habían dicho, admiraba tu sabiduría, que había revelado este designio a una joven que consideraba yo un tanto burda, y que las ursulinas habían despedido al onceavo mes de su noviciado. "Hija, me dijiste, la piedra que desecharon los constructores vino a ser la piedra angular (Sal_118_22). No mires su apariencia; el hombre mira las apariencias, pero Yahvéh mira el corazón (1S_16_7). Yo no miro las apariencias, sino el corazón."

El domingo dentro de la octava del Santísimo Sacramento, esta buena joven, habiendo comulgado en la capilla de los Penitentes, cercana a mi casa paterna, mi madre me dijo que la invitara a comer. Viendo que había tiempo suficiente después de que comulgó me le acerqué para decírselo, pero me sorprendí al encontrarla en éxtasis. Esperé a que recobrarla la palabra, y en cuanto volvió en sí me dijo que tu Majestad me mandaba decir que había llegado el tiempo para la realización de tu designio, y que lo hiciera saber al P. Cotón, quien estaba en París, según parecía, como provincial de la provincia de Francia.

[158] No prometí a esta joven obrar con tanta rapidez, mostrando no creer mucho en lo que me decía que tu Espíritu me daba a conocer. No creo con facilidad en las revelaciones, y no creo obrar mal cuando discierno las mismas que yo recibo, pues podría equivocarme yo misma. La verificación de todas las que me has comunicado ha sido positiva hasta el presente. Espero que tu misericordia no permita que me engañe, porque no he pedido me pongas en este camino de visiones y revelaciones.

El último día de la octava me hiciste ver un prado en el que pastaba una multitud de ovejas sin pastora; este prado carecía de redil; me invitaste a ocuparme del cuidado, guarda y dirección de estas ovejas, haciéndome escuchar: Apacienta mis ovejas (Jn_21_18). Querido Amor, no me contristaste por entonces, pero algún tiempo después me dijiste: Otro te ceñirá y te llevará donde no quieres (Jn_21_18). Sabes bien la repugnancia que me causaría alejarme de la soledad, el recogimiento y la quietud que encontraba tan dulce en la casa paterna. Me hiciste ver entonces varias coronas como para coronar altares de sacrificio, con las cuales deseabas que alimentara tus ovejas y que ellas se ofrecieran junto conmigo en sacrificio de amor. Sin embargo, todas estas coronas no me alcanzaban; tu voluntad era más fuerte para atraer la mía hacia la aceptación de este oficio, que no comparo con el de san Pedro, a pesar de que me pedías que apacentara [159] a tus ovejas.

Mucho tiempo después me representaste gran número de palomas que venían de tiempo en tiempo a picotear sobre mi pecho granos de trigo que tú mismo habías sembrado en él. Sentía yo que el pico de unas me lastimaba, pero sufría este dolor como las madres y nodrizas sufren sin quejarse de los dolores que reciben de sus criaturitas. Si llegan a lamentarse, expresan una queja amorosa que no les impide seguir dando el pecho, aunque esto les cause dolor.

OG-01 Capítulo 43 - Que la santa Trinidad, la sagrada Virgen y todos los santos me rodearon de un cerco de luz, para obtener de mí la promesa de iniciar la Congregación lo más pronto posible.

El día de san Claudio, Arzobispo de Besançon, la Hna. Catherine me dijo que debíamos iniciar la Congregación lo más pronto posible. No estaba yo resuelta a salir de la casa de mi padre hasta tener otros sentimientos interiores. Le dije entonces, riéndome de ella: " ¡Comienza tú misma la Congregación!" Ella se dio cuenta de que hablaba yo así por ironía. Al considerarla, la encontraba buena, pero carente de destreza, sin saber leer bien y mucho menos escribir; incapaz de enseñar las costumbres de la época o la urbanidad que necesitan aprender las jóvenes de buena crianza, la cual los padres de familia consideran más importante que sus deberes de enseñarlas a ser piadosas, pues temen que tu Majestad las escoja para ser esposas tuyas. Hay tantos ciegos que en lugar de buscar para sus hijas primeramente el Reino de Dios y su justicia, hacen lo contrario. Más para que lleguen a ser piadosas, nos proponemos enseñarles buenos modales, para que lleguen a serte fieles. Es necesario recurrir a estas estratagemas aunque no para convencerlas de ser religiosas, ya que solamente tu Espíritu da el don de la vocación.

Tú, Señor, que haces las cosas de la nada, impulsaste a esta joven a decirme: " ¡Sí, sí, yo comenzaré! Dios puede muy bien concederme las cualidades que me faltan. Al rehusarte a comenzar, ¡estás resistiendo al Espíritu Santo!"

Habiéndome dicho estas palabras, mi espíritu se sintió vencido: conocí [160] que tu Espíritu me hablaba por boca de esta joven, la cual se puso a orar delante del altar de Nuestra Señora del Rosario; yo hice lo mismo ante el gran altar de la iglesia de san Esteban de Roanne, después de haber asistido a Vísperas en la misma iglesia. Querido Amor, en cuanto me puse de rodillas, la adorable Trinidad y todos tus bienaventurados me rodearon de luz y me cercaron gloriosamente.

Todos los santos me representaban los deseos que tenían de esta fundación, diciéndome que sería el compendio de tus maravillas; que por ella tu divino Padre te clarificaría como recompensa de la glorificación que le habías dado al estar pasible en la tierra; a su vez, deseaba glorificarte ahora que eres impasible. Tu santa Madre me decía que deseaba favorecer todo el honor que le prodigabas al proteger los establecimientos dedicados a su nombre y a su persona, favoreciendo a su vez esta Orden que tendría como fin honrarte.

No puedo describir todo lo que ella y los santos me dijeron, ni las caricias inefables que me prodigó toda la santa Trinidad, la cual descendió de su lugar, [161] si puedo hablar de esta manera, sabiendo que está en todo por su inmensidad, para revestirme de una manera inefable. Al verme tan gloriosamente rodeada de un cerco de luz, me rendí después de decirme tu Majestad que permanecería cercada por estos resplandores hasta que prometiera iniciar la Congregación lo más pronto que pudiera. Amor, eres tan prudente como poderoso. Te prometo que saldré de casa tan pronto como reciba el consentimiento del P. Jacquinot, al cual tu Majestad concederá la voluntad de permitírmelo. Habiendo dicho esto, levantaste el sitio, y aunque yo fuera la vencida, tu benignidad, caballerosa en extremo, me regaló sus victorias, prometiendo hacerme triunfar. Adorable Bondad, nada puede comparársete.

OG-01 Capítulo 44 - Que mi divino esposo quiso visitarme acompañado de sus cortesanos celestes, y cómo su Providencia dispuso todo para su gloria y las visiones que me comunicó, así como los grandes favores que me hizo esperar.

Contando con mi consentimiento, tu Majestad quiso visitarme nuevamente en unión de todos los santos de su corte celestial. Por la noche, al encontrarme en mi habitación, toda tu corte me felicitaba por la amorosa predilección que mostrabas hacia mí, alabando tu misericordiosa caridad, que había escogido a una jovencita para proclamar tu Nombre [162] eterno y temporal, extendiendo la gloria sobre la tierra. Hacían resonar estas palabras de Isaías: Consolad, consolad a mi pueblo (Is_40_1). Todas sus alabanzas me confundían; imprimiste en mi alma un conocimiento tan profundo de mi nada, que repetí, contando con tu agrado, las palabras de tu santa Madre: He aquí la esclava del Señor, hágase en mí según tu palabra (Lc_1_38). Oh amorosa dulzura, me hiciste escuchar, sin saber quién me hablaba: Bienaventurada tú que has creído, porque se cumplirán en ti las palabras del Señor (Lc_1_45).

Mi confesor, que era por entonces el P. Nicolás Dupont, me dijo que el P. Jacquinot regresaba de París a Toulouse pasando por este Colegio de la Provincia de Toulouse y que había llegado ya. Me asombré al escuchar la noticia, considerando lo que tuvo que hacer este padre para recorrer algunas leguas más y poderme ver, ya que tú se lo habías inspirado.

No me equivoqué; llegó el sábado 21 de junio por la noche, lo cual me comunicó al momento mi confesor, pero no pude verle hasta el día 22 por la mañana. Este buen [163] padre me dijo: "Hija, sólo por consideración a ti he pasado por esta ciudad." "Padre, esperaba esto de su caridad; la gloria de Dios le ha hecho pasar. El cielo y la tierra me presionan a comenzar la Congregación. El P. Rector, mi confesor, y el de a Hna. Catherine, el P. Bonvalot, son de la misma opinión. Yo he prometido, a condición de que usted lo ratifique y después de pensarlo me de una respuesta." Querido Amor, el padre lo pensó seriamente. Temía muchas contradicciones que no me comunicaba, y daba largas al permiso, diciéndome: "¿Qué dices a esto, hija?" "Padre, nuestro Señor me ha prometido que él mismo

lo hará. Me ha ordenado le diga que usted y yo sentiríamos su bondad y que sumergiríamos nuestros corazones en su poder, pues él me hará la distribuidora de los bienes de su casa." Después de enterarse que tu Majestad lo deseaba, me dijo: "Comienza, hija, en cuanto puedas hacerlo." Su consentimiento te complació.

Después del mediodía quise regresar a verlo con la Hna. Catherine Fleurin; [164] ella habló con él. Mientras hablaban, fui a la iglesia del colegio para hacer oración. Al orar, vi una corona de espinas; dentro de ella estaba tu Nombre, Jesús, bajo el cual había un corazón donde estaba escrito Amor meus. Me dijiste entonces: "Hija, mi Nombre es un bálsamo derramado. Muchas jóvenes serán atraídas a esta Orden por su dulzura; haz colocar sobre el escapulario rojo lo que ahora acabas de ver en esta visión, afín de que yo repose sobre el pecho de mis fieles esposas. Mientras estaba en la tierra, me quejé con toda razón de que los zorros tenían sus guaridas y los pájaros sus nidos, y que no tenía dónde reposar mi cabeza. Háganme reposar sobre su pecho". Te pedimos que así sea, querido Amor de nuestros corazones, y que cesen así tus quejas en estos últimos siglos: Las zorras tienen guaridas y las aves del cielo nidos; pero el hijo del hombre no tiene donde reclinar la cabeza (Mt_8_20).

Al día siguiente, que era lunes 23, habiendo comulgado, mi espíritu fue arrebatado. Me hiciste ver entonces al Santísimo Sacramento en el sol de una custodia, el cual, conteniendo a este divino Sacramento, se sostenía por su virtud en el aire entre las nubes, donde te me apareciste, mostrándote como de treinta y tres años. Te vi coronando a una joven arrodillada sobre las nubes a tus pies. Me [165] diste a entender que yo era la joven agraciada con estos favores por el exceso de tu amor que me coronaba, no por mis méritos. Yo veía que esta sagrada custodia que contenía al divino Sacramento se inclinaba amorosamente hacia mí, diciéndome: "Mi amor es mi peso." Una multitud de ángeles estaban también en el aire, diciéndose unos a otros: He aquí la esposa del Cordero; venid a ver a la esposa del Cordero: Gocemos y exultemos, y démosle gloria, porque llegó la boda del Cordero, y su esposa se ha vestido de gala. a ella ha sido dado el poder de adornarse con la justificación de los santos para ser agradable a su divino esposo, que es el candor de la luz eterna (Ap_19_7s). Fui revestida de una túnica de candor brillantísima para mí sin explicación. Mi madre estaba conforme con todas tus voluntades, por lo que me permitió en seguida seguir tus inspiraciones, aunque sufría un dolor extremo al privarse de mí, a quien amaba más que a todas mis hermanas. Me dijo así: "Hija, mi inclinación natural es no permitir que me dejes, pero deseo sobreponerme para seguir la divina inspiración.

"Mi vida no durará mucho; yo querría que me atendieras durante el poco [166] tiempo que debo permanecer todavía en este valle de miseria, pero no quiero retrasar los designios que Dios tiene sobre tí." Sus lágrimas eran como flechas que aumentaban mi cariño hacia ella, al ver la violencia que hacía a su amor maternal. No deseaba redoblarlas mezclando también las mías, que retuve hasta que me encontré sola; sin embargo, me disponía a salir el día de la Visitación de tu santa Madre.

Al enterarse mis tres hermanas de este proyecto, no mostraron tanta resignación a tu divina voluntad, ni tanta confianza en tu bondad. Temían que todo acabaría en una confusión, que después de una larga y muy enojosa espera, no lograra nada. Así me lo hicieron ver, pero les respondí: " ¡No se dejen llevar por estos temores! Aunque hiciera falta esperar cuarenta años, nuestro Señor me dará la constancia de esperar. Esperando contra toda esperanza, tendré confianza en su Providencia."

La víspera de los santos Apóstoles Pedro y Pablo, habiendo ido por la tarde a la iglesia del Colegio, mi alma se encontró triste al pensar en las contradicciones que tendría, y que ya empezaban a asaltarme [167] Me hiciste comprender que el establecimiento de esta Orden se haría como el del templo: Con una mano cuidaba cada uno de su trabajo, con la otra empuñaba el arma, (Ne_4_1) diciéndome que la oración, la paciencia y la fortaleza con tu gracia me eran necesarias para perseverar en los largos períodos de espera que no me especificaste en manera alguna. Al día siguiente, día de la fiesta de esos dos grandes Apóstoles, me hiciste ver, después de la Comunión, toda clase de armas, con las cuales no pudieron herirme quienes las portaban, aunque fueran expertos en su manejo.

Tú eras mi escudo. Por la noche, al hacer mi examen, vi un pozo profundo dentro del cual vi un sol como en su origen. Los que portaban esas armas querían destruirlo con ellas, pero sus esfuerzos eran vanos. Me dijiste: "Hija, ¿qué pueden estas armas contra este sol? Así será en todas las oposiciones que habrá contra mi Orden." Al mismo tiempo, se me apareció la imagen de Nuestra Señora de Puy, y escuché estas palabras: "Confíate a ella; ella te ayudará y yo no te abandonaré jamás."

OG-01 Capítulo 45 - De la aflicción interior que me causó fiebre la noche antes de salir de la casa paterna, y de las grandes promesas que me hizo Dios para el bien universal de la Orden, y el mío en particular.

[168] La noche anterior al día de la Visitación, permitiste a los demonios y a todo lo que se puede llamar aprehensión, terror, pánico, me dieran un asalto general. Mi cuerpo no pudo soportar esta tempestad que se agitaba en mi espíritu, y caí enferma de un acceso de fiebre. Permanecí en este sufrimiento hasta las dos de la madrugada, pero como nunca has dejado a mi alma presa de largas aflicciones, me enviaste un dulce sueño, que duró dos horas, el cual calmó mi espíritu y volvió la salud a mi cuerpo. Al despertarme vi dos claridades: una era la luz del día para el cuerpo, y la otra tu propia luz para el espíritu; todos mis enemigos habían sido dispersados, y mis tinieblas disipadas. Asistí a misa en la iglesia del Colegio, antes de dirigirme a la casa que las ursulinas de París habían abandonado, y que al presente ocupan las religiosas de santa Isabel.

Después de misa entramos tres jóvenes a dicha casa: la Hna. Catherine Fleurin, la Hna. María Figent y yo. Mi madre me dio veinte escudos; la de la Hna. Catherine diez, y la otra no hizo aportación alguna debido a su pobreza [169] Los Reverendos Padres Dupont y Bonvalot hicieron bien al insistir en mi salida antes de recibir respuesta de mi padre, que estaba en París, pues él no consentía en que saliera yo de su casa, lo cual me causaba no poca aflicción. Pero no quise dejar tu yugo ni volver la espalda a tus designios, decidiéndome a no volver a su casa. Prohibió entonces a mi madre darme pensión alguna, pensando que la necesidad me haría regresar. Mis dos compañeras tampoco recibieron ayuda alguna a partir de ese día.

Tu Providencia quiso hacer ver el cuidado que tenía de su Orden, pero en particular de mí, diciéndome: Escucha, hija, mira y pon atento oído, olvida tu pueblo y la casa de tu padre, y el rey se preñará de tu belleza. El es tu Señor, ¡póstrate ante él! La hija de Tiro con presentes, y los más ricos pueblos recrearán tu semblante. Toda espléndida, la hija del rey, va adentro, con vestidos en oro recamados (Sal_45_11s). Hija, ponme atención; con sumisión, olvida tu pueblo y la casa de tu padre, y yo me complaceré en las gracias que te he concedido. Yo soy tu Señor y tu Dios, [170] que seré adorado por los pueblos a causa de las maravillas que obraré en ti. Mis ángeles desearán ver tu rostro, que es agradable a mis ojos, y lo harán amable. Ellos te llevarán regalos; ellos te abastecerán de todo lo que será de mi agrado: que toda tu gloria radique en el interior, que soy yo, tu interioridad misma, haciendo mi morada en tu alma. El Espíritu Santo es tu nodriza: El Espíritu Santo enviado desde el cielo, a quien los ángeles ansían contemplar (1Pe_1_12). Los ángeles desean continuamente llevar a su cumplimiento sus designios, y por ello le contemplan sin cesar. Hija, aunque te veas abandonada de tu propio padre, y que él te prive de lo que te debe según la naturaleza, te daré lo necesario para edificar mi templo, y llevar a término la obra de tu Señor y de tu Dios. Tú me darás un séquito de vírgenes." Querido Esposo, yo no dudaba de tus promesas, pero eran para el futuro y los rechazos de mi padre y la separación de mi madre eran el presente y afligían mi espíritu. Lloraba como una niña, y tú me consolabas como un Dios escondido y Salvador, pues no permitiste que mi voluntad se determinara a volver a Egipto; no me sentía tan contenta en compañía de estas dos jóvenes como en la casa de mi padre, porque me veía privada de mi querida soledad y de holganza para tratar contigo en la oración.

[171] El segundo día después de la Visitación, estando en misa, tuve que salir con mis compañeras cuando tu Majestad comenzaba a consolarme. Al volver de misa entré a la cocina, en la que no había mucho que hacer, siendo nosotras solamente tres. Tu bondad, al verme desocupada, vino a conversar con pláticas que arrebatában mi espíritu, haciéndome ver una santa montaña sobre la cual vi al Padre Eterno, que llevaba en su seno a todas las hijas de tu Orden, diciéndome que las engendraría él y no la carne, ni la sangre, ni la voluntad humana, sino la divina. Me explicaste, en favor de esos nacimientos de gracias en el tiempo, tu generación natural y eterna, diciéndome: "En este establecimiento yo, que soy el Verbo Encarnado, haré una extensión de mi Encarnación. Habitaré con ustedes y verán mi gloria igual a la del Padre que me engendró entre divinos resplandores antes del día de la creación. Me verán lleno de gracia y de verdad, para cumplir en ti y en mi Orden todas las promesas que te he hecho, que te hago y que te haré."

En este arrobamiento me hiciste ver a todas las hijas que tu Padre llevaba en su seno, engendradas [172] y producidas en forma augusta, las cuales subían esta santa montaña acompañadas de muchas personas de uno y otro sexo, que me eran desconocidas.

Todas estas hijas y las otras personas salmodiaban y decían al subir: ¡Oh, qué alegría cuando me dijeron: Vamos a la Casa de Yahvéh! ¡Ya estamos, ya se posan nuestros pies en tus puertas, Jerusalén! a donde suben las tribus, las tribus del Señor, es para Israel el motivo de dar gracias al nombre de Yahvéh (Sal_122_1s).

En ese tiempo desconocía yo la santa montaña del Gourguillon, que era la que me mostraste en esta visión, sobre la cual me deparabas una casa, impeliendo o invitando a las hijas de santa Clara a salir de ella y buscar una más abajo; esto se hizo por mediación de tu Espíritu, que deseaba prepararme alojamiento; por ello doy gracias a santa Clara, quien me prometió el 3 de enero de 1619 que me ayudaría en algo importante. Estaba en compañía de santa Teresa, y ambas me exhortaban a tener gran valor para llevar a cabo tus designios. El día de la fiesta de esta santa, pensando si se ocuparía tanto de este Instituto como esperaba yo de su caridad, me hiciste ver un reloj solar, y la línea donde el sol marcaba la hora [173], diciéndome: "Hija, yo soy el centro de todas estas líneas que son mis santos y santas. Mi Providencia, que es un sol, detiene su luz sobre quien deseo hacer evidente mi hora, para marcar ante todos los santos el punto donde quiero detenerme. Ellos se inclinan a mi deseo, complaciéndose en lo que me agrada, y no en ellos ni en lo que les parecería más conveniente, según el juicio de personas mortales. Conoce en esto, hija mía, que se trata de la unión, la comunión y la consonancia de todos los santos a la primera regla, que es la Divina Voluntad.

"La amable complacencia de este primer movimiento que impulsa poderosamente pero con dulzura y sin violencia a todos estos cielos gloriosos, me refiero a todos los bienaventurados, a quienes gobierno por el instinto arrebatador de mi divina sabiduría, que abarca de un extremo al otro, disponiendo fuerte y suavemente de todos en todo y por doquier.

"Querida hija, no dudes que santa Clara y todos mis santos no tengan sino el gran deseo de contribuir a la Orden que yo deseo establecer. No te sorprenda el no haber sido admitida por las carmelitas. Santa Teresa te considera no como hija, [174] sino como hermana suya; ella se conforma a mis mandatos, y desea que te vistas del blanco del Líbano y del rojo del Carmelo; y yo te digo que he destinado a mi Orden, por toda la eternidad, a portar la gloria del Líbano y la belleza del Carmelo: La gloria del Líbano le ha sido dada, el esplendor del Carmelo y de Sarón (Is_35_2). Hija, la mayor parte de las promesas favorables hechas en Isaías se cumplirán en esta Orden. Al leerlas, las verás realizarse con tanta claridad, que cualquier duda tuya desaparecerá."

OG-01 Capítulo 46 - De un abandono interior con el que la divina Providencia quiso probarme, después del cual mi divino esposo me consoló, visitándome y comunicándome delicias que sólo él puede expresar.

El mismo año de 1625, me privaste durante algunos meses de tu deliciosa presencia. No encuentro las expresiones ni las palabras adecuadas para expresar las aflicciones que encontraba mi alma en compañía de aquellos y aquellas con los que necesariamente debía tratar y conversar. Temía haber sido culpable, y que por crímenes que ignoraba hubieras decidido este abandono, que jamás había experimentado en la casa paterna, y como durante nueve años jamás había tenido un solo día de desolación parecido a estos tres meses, te dije: " ¿He sido ingrata a tus favores? ¿He olvidado las gracias que he recibido de tu pura bondad?"

Jamás pensé haberlas merecido; [175] me dirigiste las palabras del Cantar: Indícame, amor de mi alma, dónde apacientas el rebaño, dónde lo llevas a sestar a mediodía, para que no ande yo como errante tras los rebaños de tus compañeros (Ct_1_7). ¿Podré discernir bien los pasos de mis rebaños? ¿Qué impresión puede quedar marcada sobre los caminos de una tierra seca, como tierra sin agua? Eres tú quien es mi pastor; si no apareces para alojarme en tu costado, estoy en peligro de permanecer vagabunda y sin rumbo.

Las almas que llevas por las vías ordinarias y comunes encuentran en estos grandes caminos guías que las conducen a cobijos de ellos conocidos; pero para llegar a ti, que has volado por encima de los cielos, los cuales has, por así decir, convertido en bronce en este tiempo a semejanza del que contempló el Profeta Isaías: ¿quién podrá penetrarlos?

Y además, al haber tú retirado la escalera, ¿quién podrá subir hasta ellos? Escucho, o me parece escuchar: a mi yegua, entre los carros de Faraón, yo te comparo, amada mía. Graciosas son tus mejillas entre los zarcillos, y tu cuello entre los collares (Ct_1_9). Si yo soy tu ternerita, ¿por qué permites que sea atada a un carro extranjero? ¿Acaso existe comparación? Faraón significa el que disipa, y Salomón, el pacífico. Tu eres mi Rey pacífico y benigno, amorosamente dulce, que unifica todos los poderes de mi alma con sus encantos; Faraón, en cambio, los asusta y divide con su aspecto terrible, que me atemoriza; tú dices: "Muy bien, amor," al verme rehusar todo otro amor que no sea el tuyo, [176] cuando me comparas a la tortolita, mis mejillas, cubiertas de lágrimas que corren hasta mi cuello para confundirse con este collar que estimas precioso, te hacen ver claramente que no puedo vivir alegre si no te me haces presente con los signos del amor y la benignidad. Es la observación del Rey Profeta: El mismo Yahvéh dará la dicha, y nuestra tierra su cosecha dará (Sal_84_13). Este collar compuesto de las perlas de mis lágrimas te da a conocer que soy tu esclava voluntaria, y no por fuerza.

Al verme la Hna. Catherine Fleurin de un humor tan diferente a la buena disposición que solía mostrar, me preguntó en qué aflicciones me encontraba. Mi franqueza no pudo disimular lo que me desagradaba decir tanto a ella como a las hijas de Jerusalén, y que sólo a ti decía, repitiendo con frecuencia estas palabras en mi pensamiento: Dice de ti mi corazón: Busca su rostro (Sal_27_8).

Le respondí, por permisión de tu sabiduría, al menos así lo pienso, que no me parecías el mismo de siempre, y que ignoraba la causa de ello, diciéndote con David: Pero ¿quién se da cuenta de sus yerros? De las faltas ocultas límpiame. Entonces seré irreprochable, de delito grave exento (Sal_19_13s).

Querido Amor, ¿se debía tal vez a la pena de haber dejado a mi madre, y de la cólera que me testimoniaba mi padre en sus cartas por haber salido de su casa? ¿Puedo ser insensible a los sentimientos naturales, si no me das esta gracia? Yo no consiento a las inclinaciones naturales que tengo de estar al lado de mi madre, ni a los disgustos que experimenta mi alma por la exageración de los rigores [177] con los que mi padre me aflige en sus cartas.

Te digo, Amor, que por tu gracia sigo resuelta a perseverar en mi vocación, no obstante si mi padre llegara en realidad a tratarme como amenaza hacerlo en sus cartas. Mientras estaba desolada como lo expresó tu profeta doliente al describir las aflicciones y las desolaciones de su querida Jerusalén, mandaste a la Hna. Catherine me dijera que me habías amado, me amabas y me amarías con una caridad infinita. Ella me repitió estas palabras de parte tuya, pero ¡ay! yo estaba como Magdalena:

nada sino tus dulces labios me podían consolar; te decía: Dios mío. Dios mío, ¿por qué me has abandonado? Está seco mi paladar como una teja mi lengua pegada a mi garganta (Sal_22_2s). En este tiempo de tribulación, no dejaba de hablar con quienes me visitaban.

Reía sin gozo en las recreaciones; durante las comidas comía sin apetito, y en el lecho dormía sin descansar. Me quejaba con soliloquios de mis imperfecciones tanto al dormir como al velar, deseándote para mostrarte mis penas, las cuales no ignorabas, complaciéndote en ponerme a prueba mediante la privación de tus dulzuras, aunque tu bondad te impelía a visitar mi corazón mientras yo dormía, pudiendo repetir con la esposa: Duermo, y mi corazón vela. Oigo la voz de mi amado: Ábreme (Ct_5_2). Pero abriste tú [178] mismo. Mi amado metió la mano por la hendidura; y por él se estremecieron mis entrañas (Ct_5_4).

Mi corazón, abierto por tu mano derecha que es una llave que puede abrir todo lugar, se estremeció. Dirigiste un asalto general contra todas mis potencias; entraste por la brecha que tú mismo habías hecho, te ofreciste como botín; y la vencida se vio, por tu amor, victoriosa y felizmente librada de las aflicciones que había sufrido en tu ausencia. Encendiste en mi corazón un fuego que era ardiente y brillante, el cual disipó todos los pensamientos que la tristeza había producido en mi alma. Tu coro celestial cantaba el himno de tu gloria, produciendo movimientos que se pueden llamar fuego de alegría.

Te me apareciste después, al ir yo a comulgar, teniendo un cuerpo transparente y luminoso, pero tu sabiduría suprimía de un modo divino el resplandor, demasiado luminoso, que ni mi entendimiento ni mis ojos hubieran podido soportar si ella, diestramente, no hubiera velado o desviado estos rayos adorables. Tu Majestad, amorosamente apresurada, se lanzó a mi cuello como lo hace un niño al abrazar a su madre, con ternuras difíciles de expresar, pero más fáciles de experimentar. Te llegaste a mí con un ímpetu que mostraba la dulzura y la benignidad [179] de un Esposo sagrado, que es todo para su esposa así como ella es toda de él, pues no pertenece más a ella misma. Mi amado es para mí, y yo soy para mi amado: él pastorea entre los lirios (Ct_2_16). Admira el ojo la belleza de su blancura, y al verla caer se pasma el corazón (Si_43_18)..

No me está permitido expresar a los hombres las delicias que recibí de la unión que tu Majestad hizo conmigo; se trata del secreto de la alcoba divina que un Hombre-Dios, y no una jovencita, puede expresar divinamente a quienes le place. Es el Rey de reyes, el Señor de los señores, el único que posee la inmortalidad, que habita en una luz inaccesible, a quien no ha visto ningún ser humano ni le puede ver, como él se ve en el Padre y en el Espíritu Santo: a él el honor y el poder por siempre. Amén (1Tm_6_16). Al tomar nuestra naturaleza en las entrañas sagradas de una Virgen más pura que todos los ángeles, tu virtud altísima cubrió con su sombra su humildísimo espíritu, lo mismo que su cuerpo sacratísimo, afín de que el uno y el otro no fuesen oprimidos por las sublimes claridades de tu augusta gloria; viendo al ángel, que había llevado consigo algunas irradiaciones, la Iglesia dice: Protegió a la virgen de la luz. Fue necesario que este príncipe revestido de tus luces, Oh Verbo divino, [180] asegurase a esta joven Madre y Esposa que había encontrado gracia delante de su Padre, su Hijo y su Esposo, cuya fuerza supereminente la cobijaría con su sombra. El Espíritu, solo Dios, obraba esta maravilla incomprensible a las creaturas, e igualmente inefable a todos los espíritus creados. Después de esto, y con mayor razón, repetí con el Profeta Zacarías: ¡Silencie, toda carne, delante de Yahvéh, porque él se despierta de su santa Morada! (Za_2_17).

OG-01 Capítulo 47 - De los favores inenarrables y las deleitables caricias con que la divina bondad colmó mi alma para prevenir, por medio de estas dulces bendiciones, las lágrimas y las amargas que me causaría el fallecimiento de mi madre.

Tu sabiduría clarividente había previsto y prevenido los sufrimientos que me causaría la larga enfermedad de la que murió mi madre. Para disponerme a estas penas, quisiste embelesarme divinamente, desbordando torrentes de delicias en mi alma, entreteniéndola continuamente con ilustraciones arrebatadoras, de tal modo que me vi forzada a decirte: "Señor, ¿cómo podré conciliar este pasaje: El hombre vivo no podrá verme? Vivo en la tierra como peregrina, y me haces [181] ver y gozar las delicias de la meta final."

"Hija, las reglas generales tienen excepciones, y aunque me puedas decir que siendo, como soy, la verdad infalible, esta palabra se cumple a la letra. Yo te digo que el alma que vive una vida divina por participación, como privilegio del amor, no vive solamente su vida natural; puede, como excepción, verme por prerrogativa al vivir esta vida sagrada que la unción divina le comunica. Soy tan bueno como poderoso, e igualmente libre de hacer en el cielo y en la tierra todo lo que place a mi amor, cuyo agrado es darte a probar por adelantado los gozos de la gloria celestial, y que incline hacia la tierra, por causa tuya, los cielos de mis favores, afín de que puedas decir: ¡Qué bueno es el Dios de Israel para los rectos de corazón! (Sal_72_1).

El día de Reyes de 1626, habiéndome concedido diversos favores que procedían de una misma fuente de caridad, quisiste, durante este año, poner tu sello a todos los bienes que deseabas darme. Se trataba de los tesoros de tu Cruz y de tus infinitos méritos, dotándome con ellos a la manera en que un Esposo y divino Enamorado decide enriquecer con exceso a su esposa, por una dilección más fuerte que la muerte. Me hiciste ver tu Cruz sellada de rojo, diciéndome: "Hija, he aquí mis riquezas puestas en inventario y selladas con mi sangre. Son para ti, son mis tesoros."

Me revelaste después maravillas sobre el estado religioso [182] y en particular de tu Orden, prediciéndome que para darle más gloria, sufriría grandes contradicciones y desprecios casi universales, provenientes de toda clase de personas de posición, de condición humilde, de religiosos y de seglares, a imitación de las contradicciones y desprecios que san José, tu santa Madre y tú habías sufrido en el Establo, en Egipto, en Judea y en el Calvario. Que, sin embargo, después de estos sufrimientos participaríamos en la gloria de que gozas desde tu Ascensión, habiendo hecho llegar la gloria de tu santo Nombre hasta naciones lejanas; que la gloria de esta Orden se extendería a distintos países, de los cuales reunirías a tus hijas en esta Orden bendita por tu Padre, quien deseaba extenderla en diversos lugares de la tierra.

En este mismo mes de enero me dirigiste estas palabras: Pídeme y te daré a los pueblos en herencia y posesión tuya hasta los confines de la tierra (Sal_2_8). Continuaste diciéndome que yo era el Monte Sión donde tu divino Padre te había constituido y establecido como Rey, para predicar en él tus preceptos amorosos. El 9 de marzo de 1626 llamaste a ti a mi madre, librándola de las miserias de esta vida, después de haberme hecho ver una morada adornada de estrellas que tu bondad le había preparado, habiendo permitido que la Sra. Ana, viuda de Barbillon, la viera [183] después de su muerte como un arbusto ardiente que conservaba su verdor sin quemarse con el fuego que consume a tantas otras. Había llegado al grado más alto de castidad a que puede llegar una mujer casada. Mi padre vivió veinte años en París sin verla, seguro de su virtud. Ella me dijo un día que tu bondad le había concedido gratuitamente no tener ni el pensamiento ni el sentimiento de lo que su modestia y mi consideración no le permitía nombrar sino en términos tan atenuados que haría falta tener conocimiento particular para poder entenderse la una con la otra, diciéndome: "Me disgustaría mucho si tuviera que verme obligada a pensar en aquello en lo que ya no pienso nunca: la pena de la estancia de tu padre en París me aflige por nuestras hijas. Si él las recogiera a todas, me sentiría muy feliz de vivir en libertad como soltera, pero ¡qué no se haga mi voluntad jamás, mi Dios!"

En todas las aflicciones que le enviabas o que permitías, ella exclamaba: Gloria al Padre y al Hijo, añadiendo: Digna Madre de Dios, gran Madre de Dios, me confío a ti. Así murió como había vivido, después de haber [184] recibido todos los sacramentos durante su enfermedad. Estuvo enferma desde el día de san Miguel hasta el 9 de marzo. Se confesó y comulgó varias veces, y se le rezó la

recomendación del alma más de una vez, porque durante esta enfermedad tuvo convulsiones, después de las cuales su contrición, su devoción y su paciencia fueron la edificación, por no decir la admiración, de quienes la visitaban. El último día que le concedió tu Providencia fui a verla por la noche, lo cual no era mi costumbre, pues en otros días en que la veía más grave había ido más temprano. Parecía estar mejor esa noche, razón por la cual no se la hizo velar por religiosas, ni se llamó al médico. Tú me inspiraste, oh mi Señor y mi Dios, de permanecer a su lado, aunque ella no deseaba que la sirviera en cosas que le eran penosas, temiendo que a mi vez cayera enferma, y pidiendo a mis hermanas hicieran estos oficios, lo cual me apenaba, pues era mi deber, pero me privaba de este consuelo para no causarle pena y acceder a sus deseos. Me partía el corazón al decirme: "Hija, ¡estoy sola!" "Mamá, mi tío, mis tres hermanas y la joven que te atiende están aquí contigo." "Sí, hija, ¡pero tú no estás!" "Mamacita, si me hubieras [185] dicho tu deseo, me hubiera quedado en casa durante tu enfermedad; nuestro Señor lo quiso; has dado a conocer que le amabas al permitir que entrara de religiosa, lo cual no me impide venir a cumplir los deberes que tengo para contigo."

Después de conversar un poco, me alejé tres pasos de su lecho para darle un descanso, pero tu Providencia, que le preparaba otro para la eternidad en la gloria, no le permitió tenerlo en esta vida, pues sintió una como sofocación en su seno, que la oprimía. Así, me dijo: "Hija, ¡ven a mi lado y diremos juntas las letanías de la Gran Madre de Dios!" Habiéndome invitado a comenzarlas, ella respondía con tanto fervor, que al dejar de responder a la oración que hice por ella porque casi no tenía pulso, expiró elevando la mano derecha para hacer el signo de la Cruz. Al mismo tiempo que recitaba yo las oraciones que son un adiós para el alma, mis ojos llenos de lágrimas demostraban a tu Majestad que yo era hija de esta madre que me amaba más que a todos sus hijos, y mi corazón te decía: "Ella te amó más que a mí, más que su vida y todo lo creado. Te la encomiendo como tú recomendaste la tuya a san Juan. Pongo a mi madre en [186] tus manos; ponme a mí en las de la tuya, que es tan poderosa; ¡dámela por Madre!"

Estando sobre este lecho de dolor, percibí un aroma muy dulce y perfumado, que fue para mí un signo de que mi madre era tu buen olor, y que la coronabas de rosas y de azucenas sembradas por ti, después de tantas espinas, que encontró, sin exageración, desde la edad de doce años, en que la resucitaste, según me lo dijo en varias ocasiones, por intercesión de san Claudio. Al estar cubierta del sudario con que se cubre a los muertos, su mamá clamó: " ¡San Claudio, Señor mío, resucitad a mi hija!" La fe de mi abuela fue escuchada, para conservarme a una madre cuya memoria es la bendición de quienes la conocieron como yo, aunque esto me sirva de confusión al pensar en sus virtudes y en mis imperfecciones. Le cerré los ojos y recibí el último suspiro de la que, después de ti, me había dado la vida, el aire, la respiración y la vista al darme a luz; pero, después de todo, la naturaleza pidió su tributo, que fue un pequeño desmayo en el que no perdí enteramente el sentido, haciendo signo con la mano de que no se me diera nada para volver en mí, porque temía fuera ya la media noche, y lo que me dieran me impidiera comulgar, asegurándome que, como me habías sostenido mientras que ella expiraba, para desempeñar a su lado [187] con valor estos últimos deberes, me fortalecerías para recibirte, ofreciendo por ella esta comunión a manera de sufragio por la intención de que, si algo debía a tu justicia, esta comunión la ayudaría a pagar por ti mismo, ofreciendo yo los méritos de tu Pasión.

Escuchaste mi súplica, pero no me apresuré a pedirte morir a todas las penas que me causaba esta privación. Me avergüenzo al confesar que tu amor en mí no fue tan fuerte como para hacer morir los sentimientos de la naturaleza. Tu Providencia se sirvió del tiempo para sanar esta llaga, lo cual me confundía y mostraba bien que carecía de virtud como jamás me había dado cuenta, y de la obligación que tengo de adquirirla después de haber recibido tantas gracias de tu pura bondad. Todas las veces que visitaba su tumba, mis ojos se convertían en dos torrentes que, por la noche, al pensar en ella, continuaban su curso.

La cólera de mi padre se acrecentaba día con día. La aflicción de mi espíritu se agudizaba cuando él escribía a cada correo que llegaba, pues hubiera querido que volviese a casa para gobernarla,

por ser la mayor, y que le quitara este cuidado. El continuó viviendo [188] en París, lo que tú no querías, yo no deseaba dejar tus hijas, mis Hermanas espirituales, por las de él, mis hermanas camales. Querido Amor, pasé casi dos años de penas que sólo tú conoces bien y que no quisiste quitarme sino sacándome de Roanne, pues yo seguía resistiéndome a salir.

OG-01 Capítulo 48 - Del consejo que me dio mi confesor de ir a Lyon a pedir a Monseñor Mirón la aprobación de la Congregación, y de la repugnancia que tuve de hacer este viaje, al cual Dios hizo que me resolviera por la dulzura de su bondad.

Tu Providencia se sirvió del gran Jubileo, el cual aprovechó mi confesor para decirme que fuese a Lyon y hablara con Mons. Mirón, quien debía llegar durante el tiempo del Jubileo para tomar posesión del arzobispado. "Hija mía, el Jubileo servirá de pretexto para el plan; si no obtienes algo, no se podrá decir que fuiste al establecimiento, porque diremos que fuiste a ganar el Jubileo. Si Dios bendice tu viaje, habremos obtenido nuestro deseo." Este razonamiento me pareció juicioso y muy bueno, pero sentía gran repugnancia de hacer el viaje.

Mi confesor me dijo que, al comulgar, te pidiera consejo para saber qué hacer. Sacaste mi alma de sus propias inclinaciones, atrayéndola a ti mediante un éxtasis amoroso, [189] y llenándola de un dulce entusiasmo; la persuadiste dulcemente a hacer este viaje. Me hiciste ver un delfín sobre la arena, que parecía morir fuera del agua. Yo te dije: "Señor, ¿qué quieres decirme en esta visión?" "Hija mía, así como este delfín se muere fuera de su elemento y de su alimento, yo te digo que si yo pudiera morir por segunda vez, lo haría. Si deseas ir a Lyon, me pondrás en mi elemento y alimento, que es, porque así es de mi agrado, el establecimiento de la Orden que te he encargado fundar." "Mi muy querido Amor, no deseo resistir, y aunque estoy indispuesta en el cuerpo mi espíritu experimenta repugnancia, saldré de inmediato, en cuanto encontremos compañía."

Tenía fiebre, pero lo hice; los caminos me cansaban un poco, pero me esforzaba con la confianza que tenía en ti, sabiendo que tu voluntad era el motivo que me llevaba, y no la mía [190].

Llegamos la víspera o antevíspera de tu triunfante Ascensión; tomamos tres días para ganar el Jubileo. El día que llegó Mons. Mirón fue el mismo de nuestra llegada. Esperamos para hablarle al martes de Pentecostés, día en que nos vería, según dijo a Madame Chevreière. Esta señora rogó al Señor Conde d'Eveine que me presentara, diciéndole que ella, la Sra. de Beauregard y la Sra. de Chanron, su hermana, formarían parte del grupo. El Conde d'Eveine tuvo temor de que Mons. Mirón no hiciera nada. Me dijo que su consejo era que me regresara; que si Monseñor rehusaba, no se podría hablar más del asunto, pero que en su ausencia, se me trataría con más miramientos.

Tu bondad me urgió a ir, recordándome que hacía solamente unos días había yo visto en sueños a un obispo que consagraba una iglesia, en la cual entraba yo mientras que él escribía el alfabeto. Al terminar, me presentó pan sagrado que llevaba en la punta de su [191] báculo, invitándome a pedirle todo lo que yo deseara de él. Cuando Mons. d'Eveine me hablaba de eso, estaba yo en la iglesia de san Juan, frente al altar donde se encuentra un cuadro de san Ignacio mártir, al cual me dirigí, rogándole que me ayudara y tomara bajo su protección a dos jóvenes que buscaban la gloria de Aquél que era su amor, y por el cual quiso ser desgarrado y molido entre los dientes de las fieras, para ser su trigo y deseando también que los tormentos de los demonios le ayudasen a sufrir para gozar de Aquél a quien amaba, que eres tú, oh mi divino Salvador.

OG-01 Capítulo 49 - Que Mons. Mirón me examinó y me hizo examinar detalladamente por su confesor, y cómo aprobó la Congregación, en espera de que Su Santidad estableciera enteramente la Orden.

Bajo esta protección y la esperanza de tu bondad sobre nosotras, en la cual tenía yo grande confianza, entré al arzobispado con el Sr. d'Eveine y algunas damas, para entrevistarme con Mons. Mirón, quien había reunido un consejo para consultar todos los asuntos de su diócesis. El deseaba que se rechazaran con firmeza las fundaciones de institutos nuevos, y redactó un artículo, que deseaba se observara inviolablemente, [192] lo cual hizo pensar a Mons. d'Eveine que yo no lograría nada, diciendo que el mencionado prelado le había enviado para encargarse de rechazar a nuestro Instituto, del cual había oído hablar como de un rumor popular.

El temor que me inspiraba un rechazo y su recibimiento, que me pareció muy descortés, me daba miedo. Además consideraba los ojos de las personas que se encontraban en la sala, fijos en mí; me coloqué en el último lugar, del cual me hizo salir Monseñor, para que me acercara, con el fin de preguntarme cómo había yo pensado iniciar una Orden nueva, si había ya demasiadas en la Iglesia, y cómo desearía él más bien dedicarse a reformar las antiguas. Ante estas palabras, le di por respuesta la carta que mi confesor le había escrito. Me apenó que la leyera en voz alta, al escuchar que en ella se mencionaban algunas gracias que tu Majestad me había comunicado para darme el valor de ocuparme de este establecimiento. El se dio cuenta de que estas alabanzas me confundían, y me dijo: "Hija mía, estoy a tu disposición, cuando lo desees, para escucharte en privado."

[193] El Sr. d'Eveine temiendo que se sirviera de esta intención de hablarme en privado para rehusar con más facilidad y sorprenderme en un momento en que él pensaba yo estaba sorprendida, pidió se prorrogara la entrevista para el día siguiente, a lo cual accedió Monseñor, quien pidió al R.P. Morin, del Oratorio, confesor suyo, estuviera presente mientras me interrogaba, lo cual hizo durante casi tres horas seguidas. Yo veía y conocía, oh divina Providencia, que me dabas una boca que expresaba tus luces, ante lo cual dijo este prelado que, contra su propio juicio, se sentía atraído hacia este Instituto, que veía bien era un deseo de tu sabiduría, que sobrepasa la de los hombres. Comisionó al mencionado P. Morin para que me examinara varias veces después de él, y de hacerlo siguiendo con exactitud todas las reglas que pueden servir para discernir si este designio procedía del Espíritu Santo.

Este padre no olvidó nada, tratando de confundirme para ver si lo que le decía no eran lecciones aprendidas por diversas repeticiones. Al ver que no era así, aseguró a Mons. Mirón que todo aquello, por medio de tu Espíritu, lo había persuadido [194] a él mismo. Así, me dijo: "Hija mía, si este designio no fuera sino tuyo, como yo soy el obispo de los obispos que se oponen a los Institutos nuevos, te rechazaría; pero como él viene de Dios, apruebo tu Congregación para Roanne, como me lo has pedido. Haz redactar una solicitud a los Padres Milieu y Maillant, y la firmaré." Los padres así lo hicieron, y él la firmó e hizo sellar. Pero viendo que el mencionado prelado encargó a los padres rectores y prefectos del Colegio de Roanne de la dirección de esta Congregación, el R.P. Milieu me dijo: "Como el Señor Arzobispo te apoya, pídele si está de acuerdo en que vivan ustedes en Congregación en esta ciudad de Lyon, donde progresarían más que en Roanne; su presencia las respaldará." El P. Bense, del Oratorio, y la Sra. de Chevière fueron de la misma opinión. Al verme Mons. Mirón exclamó en seguida: "Hija mía, si tú y tus acompañantes desean un lugar en la carroza [195] de mi sobrino, el Protonotario, díselo y yo mismo le pediré las reciba para llevarlas hasta Roanne." Mi respuesta fue tan simple, que le respondí: "Monseñor, preguntaré a mi confesor si él lo juzga a propósito."

Mi confesor, que ignoraba los sentimientos de los Padres Milieu y Bense, me dijo que Mons. Mirón me hacía un grande honor; que aceptara su ofrecimiento. Pero al ir a decírselo, tu Providencia permitió que dos gentilhombres del sobrino de Monseñor cayeran enfermos de una violenta fiebre. Al enterarse el prelado de lo ocurrido, me dijo: "Hija mía, si tienes prisa de partir, sube a mi carroza, y si encuentras personas conocidas tuyas, invítalas a ir contigo." Al agradecer sus favores, le dije que esperaría tanto como él deseara, y que si estaba de acuerdo, permanecería en Lyon. Ante estas palabras, exclamó: "Hija mía, me gustaría mucho; hoy más que mañana. Si te inclinas a ello, será una

alegría para mí [196]. Haría falta informarse de una casa apropiada para la Congregación." "Yo buscaré una. Monseñor."

Admirable Providencia, al ir a comer con la Sra. Colombe, una viuda que me había pedido comiera esa mañana en su casa en el barrio de san Jorge, me dijo que la casa donde habían residido las Hijas de santa Clara estaba disponible, y podría ser adecuada para albergarnos. Fui a verla y al encontrarme en ella, tu Majestad me dijo: Aquí está mi reposo para siempre, en él me descansaré, pues lo he querido (Sal_132_14). Esto me recordó las promesas de santa Clara y de santa Teresa, así como la santa montaña que me hiciste ver dos días antes, al salir de la casa paterna, como he dicho antes.

Mons. Mirón, favoreciéndome en todo, me dijo: "Hija mía, si se pudiera establecer una Orden nueva sin bula, establecería la tuya; y si hace unos días no hubiera declarado en Roma que es mucho mejor reformar las órdenes antiguas que permitir el establecimiento de las nuevas, yo mismo la enviaría a Roma. Pero no soy tan humilde para retractarme en tres días; mi consejo e inclinación es que envíes una súplica a Su Santidad, la cual [197] hará examinar en la Congregación de Regulares; después, si como tú me dices, pidieran ellos que estuviera bajo el Ordinario, la bula de aprobación me será enviada y te prometo que la ejecutaré lo antes posible." En el mes de septiembre de 1627 fue necesario que Monseñor fuera a París, donde permaneció varios meses, casi un año. Durante su ausencia, viéndonos tan pocas jóvenes y sin medios, mi padre, que se encontraba en Roanne, dijo que esperaría para ver si pedía mi herencia materna, para hacerme sentir "el trato de un padre cuya cólera no se había extinguido," a pesar de no ser yo culpable sino de haber seguido tus inspiraciones. Frente a estas tempestades, pensé que era necesario tener paciencia y arriar las velas.

OG-01 Capítulo 50 - De las promesas que Dios me hizo en diversas ocasiones, en favor de sus muy cristianas Majestades, de bendecir su descendencia y las armas del Rey por medio de insignes victorias.

Tu Majestad no me abandonaba, y tu sabiduría disponía suavemente mi espíritu a todos los acontecimientos que permitías. Al día siguiente del día san Miguel, en 1627, el R.P. Voisin vino a verme, recomendándome hiciera oración por sus cristianísimas Majestades, afín de que tuvieras a bien cumplir las promesas que me habías hecho en su favor entre los años 1621 y 1625. Fue así porque los Padres Cotón y Jacquinet me habían recomendado, en 1621, que te pidiera con fervor concedieras descendencia a nuestro digno Rey y bendijeras sus armas. Tú me hiciste ver que mi oración te agradaba, y que [198] convertirías sus armas en una saeta aguda, y que su espada sería muy poderosa, explicándome en ventaja suya una parte del Salmo 44, asegurándome que le darías la victoria contra sus enemigos; que humillarías a otros reyes y sus reinos bajo estas armas, las cuales bendecirías, y que, por amor de san Luis, su abuelo, y en memoria de la clemencia de Enrique IV, su padre, tendría hijos; y como todo está presente ante ti, ya habían nacido en tu mente; amabas a Luis XIII, porque odiaba la iniquidad y amaba la justicia, que le habías ungido y que unguiría su cabeza con aceite de alegría por encima de los reyes y sus consejos; que tu diestra le conducía admirablemente, repitiéndome muchas veces diversos versos de este Salmo, como el que sigue: Cíñete al flanco la espada, valiente: es tu gala y tu orgullo; Tus flechas son agudas, se rinden ejércitos, se acobardan los enemigos del rey. Amas la justicia y odias la maldad; por eso, entre todos tus compañeros, el Señor, tu Dios, te ha ungido con perfume de fiesta. a cambio de tus padres, tendrás hijos (Sal_45_4s).

Me hiciste ver varias veces al gran Generalísimo de tu milicia celestial. san Miguel, que acompaña al Rey y asiste a la suya. Me dijiste entre 1621 y 1622, que él sometería a los herejes. Al hablar contigo la víspera de san Lorenzo, el año 1622, para insistir en el logro de estas victorias, y para que nos mandarás pronto la paz, [199] te hacía ver cómo este joven rey jamás había gozado de la dulzura de un descanso desde que había recibido el cetro en su mano. Al hacerte esta oración me

hiciste ver a Luis XIII como un águila con yelmo en la cabeza, y me dijiste: "Hija mía, mira bien a este rey que es un águila. No descansará hasta que haya vencido a sus enemigos y humillado a sus súbditos rebeldes: los herejes, a los cuales desea hacer ver el sol de la verdad de la fe católica; no habrá paz durante largo tiempo."

Tu luz, oh mi Dios, me ha hecho ver en diversas ocasiones muchas maravillas destinadas a este rey tuyo. He hecho una digresión, habiendo dicho que Mons. Mirón salió a París en septiembre de 1627, y que en este mismo mes y año, después de su partida, el P. Voisin vino a verme al día siguiente para insistir que rogara a tu bondad cumpliera las promesas que me habías hecho, las cuales le había mencionado al pasar por Roanne por orden del P. Jean de Villards, tío suyo, que era mi confesor. Dicho P. Voisin, que está lleno de vida, recuerda bien todo esto, en especial el árbol de flores de lys que vi, del cual se me dijo: "Hija mía, este árbol es la generación de Luis XIII." [200] Este padre me dijo, por tanto, que insistiera con el Señor para el cumplimiento de las promesas que me había hecho con respecto a sus Majestades. "¿Cuándo veremos este árbol florido, y a nuestra buena Reina dar a luz un delfín para Francia? Vendré a celebrarles misa el domingo 3 de octubre." "Padre mío vaya a decirla en Nuestra Señora de Chassaut. Ahí me encontraré," ya que en ese tiempo no me obligaba la clausura.

La mañana del 3 de octubre, hallándome en el gabinete donde estaba mi oratorio, fui elevada en una suspensión durante la cual te pedía por sus Majestades, diciéndote: "Señor, da descendencia a nuestro Rey; haz fecunda a nuestra Reina." Ante esta oración, exclamaste: "Yo engrandeceré mi misericordia con su Reina. La visitaré como lo hice con santa Isabel, al convertirla en madre. Siento piedad hacia las humillaciones de esta buena princesa." Al hablarme de este modo, mi espíritu estalló en esta suspensión de alegría; pero para no faltar a la palabra dada al P. Voisin, salí de mi gabinete para asistir a su misa en Nuestra Señora de Chassaut, recordando que este padre me había dicho hacía unos días: "Fíjate bien si es Dios quien te habla, o es tu inclinación." [201] No dejé de sentir cierta aprehensión ante estas palabras: podría muy bien equivocarme; pero al encontrarme en el dintel de la puerta de la capilla de Nuestra Señora de Chassaut, escuché: "¿Sobre quién reposará mi Espíritu, si no es sobre aquella que se humilla ante mí, y que tiembla ante mis palabras?" Pero en ése pondré mis ojos: en el humilde y en el abatido que se estremece ante mis palabras (Is_66_2). Estando en el recinto de la iglesia, escuché: El justo crecerá como un lirio (Os_14_6). "Hija mía, Luis el Justo crecerá como los lirios y florecerá en mi presencia." Estando arrodillada ante la balaustrada, me encontraba en un dulce entusiasmo por la dulzura de la cual salió de sí mi espíritu por medio de un éxtasis sagrado, durante el cual me hiciste ver una espada rodeada de rayos semejantes a los que coronan las cabezas de los santos, que se llaman diademas. Los colores de estos rayos se asemejaban a los diversos colores del arco iris. Una virtud celeste llevaba esta espada, envainada en terciopelo negro. Tú me explicaste: "Hija mía, esta es la espada de Luis, que saldrá victorioso en La Rochelle." (No sabía yo que el Rey sitiara La Rochelle.) Sentí después un rayo de luz diferente a los que recibo de ordinario, y que procedía del sagrario donde estaba el divino Sacramento, del cual escuché: "Deseo apacentarme entre los lirios. Estableceré mi Orden después de las victorias y bendiciones que concederé al Rey y a la Reina." [202]

Al volver de este éxtasis, me acerqué al confesionario. El P. Voisin había confesado a todas las religiosas. El me esperaba, pero como pensaba confesarme, sufrí un asalto amoroso que me privó de la palabra. El mencionado padre tuvo la paciencia de esperar a que pasara este asalto. Deseaba saber qué me había pasado, después de lo cual me prometió guardar secreto hasta el tiempo en que tu Majestad hubiera cumplido las promesas. Los Reverendos Padres Jacquinot, de Meaux, Voisin y Gibalin, que aún viven, se han enterado de lo que digo aquí, por lo escrito en diversos cuadernos, y por lo que les he dicho de viva voz antes de que las cosas sucedieran, sobre todo al P. Voisin, quien no ha visto todos los cuadernos que los otros leyeron y guardaron sin tomarlo en cuenta. Unos me dicen que los han perdido; los otros los quemaron y a los demás se los robaron. Cuando llegué de París se hablaba mucho de lo que yo había dicho a este respecto. Cuando regresé de Avignon, la Hna. Francisca, mi

secretaria, lloraba porque alguien le había robado mis papeles. En cuanto a mí, los considero con bastante indiferencia, y lo sigo haciendo al presente.

Todo el resto de este año 1627, tu bondad me comunicó tantas maravillas, muchas de ellas en favor del Rey, que me llevaría mucho tiempo el describirlas. La noche siguiente, ya el 4 de octubre, vi del lado de oriente tres soles que me hiciste entender, eran un signo de que tus Tres Divinas Personas alumbrarían los años del Rey, asistiéndole como anteriormente a Josué. En otra ocasión, el mismo año, vi el cielo en armas, todas marcadas de plata, que venían en socorro de los ejércitos del Rey. Algunos días antes de la fiesta de Todos los santos, fui asegurada varias [203] veces de las gracias que concederías a nuestro Rey. Así, me dijiste: "Hija mía, yo venceré a Buckingham." San Martín me aseguró que, en poco tiempo, él haría que el Rey ganara el lugar del cual él era el patrón. Un día, durante este mes de octubre, me parece fue el 24, estando en la capilla de san Denis, ahora dedicada a santa Genoveva, recordando que él es el santo patrón de Francia, y la santa, patrona de París, les encomendaba a nuestro Rey y sus ejércitos. El gran san Miguel se ofreció para cuidarme, como lo hizo en tiempo de Juana la Doncella, diciéndome que deseaba conducirme en espíritu ante el Señor de las batallas, que enviaría de Sión la vara de su virtud para poner a sus enemigos no solamente bajo el escabel de sus pies, sino de los de Luis XIII, quien repararía sus templos sagrados, que los herejes habían convertido en ruinas, diciendo: "Destruyamos las iglesias de los católicos;" que si él permitió que este Rey bebiera de torrentes amargos en el curso de guerras justificadas, él levantaría su cabeza. Este gran Príncipe de los ejércitos del Dios vivo me prometió asistir al Rey de tal manera, que el primer día de siembre de 1627 reuní varias veces a mis pequeñas pensionistas, como inocentes en tu presencia, divino Cordero, para pedirte fueras el león vencedor de Buckingham.

El 5 de ese mes, estando en la recreación de la tarde con las hermanas, sentí tu atracción que me llamaba a la oración. Exclamé: "Señor, como me has llamado a la oración, te pido no tardes en conceder la victoria a nuestro Rey. Dispara las flechas contra mi pecho, y haz que salga victorioso." Transportada de fervor, te dije: " ¡Te aseguro que él establecerá tu Orden!" Al volver de este arrebató, el fervor me llevó a asegurarte que el Rey hará establecer tu Orden; dispón de todo, de suerte que pueda él enterarse de la promesa que el celo de verle triunfar por tu gloria y la salvación de las almas me obligó a hacerte por él. Dejo esto y todo el resto a tu Providencia [204]. Este Serafín, todo en llamas, Príncipe de tu ejército celeste, se me ha aparecido a menudo, para darme el valor de proseguir, según tus intenciones, el establecimiento de tu Orden, de la cual tu Divina Majestad le ha dado la superintendencia, el cargo de protegerla y a mí en particular. Se me ha hecho ver, además, en diversas formas desde que tú me dijiste que al guardarme como tu paraíso de delicias, impediría que todos los amores de las creaturas penetrasen de algún modo en mi espíritu, y que con la espada de tu palabra, espantaría a todos mis enemigos. La forma en que aparece de ordinario es una claridad radiante que me hace sentir muy recogida y gozosa en ti. Fue de tu agrado, como ya he dicho, el decirme que me le habías dado como uno de mis maestros, y que él producía en mí iluminaciones e irradiaciones mediante las cuales me enseña grandes misterios al mismo tiempo que derrota a mis enemigos, reduciéndoles a la parte inferior de su rango mientras que la parte superior, iluminada por rayos celestiales, contempla tus bondades adorables.

OG-01 Capítulo 51 - Que Nuestro Señor me predijo, en dos diversas ocasiones, la muerte de Mons. Mirón, y cómo yo iría en seguida a París. Cómo este Dios de bondad me consoló de la muerte de aquél; yo pedí, por arzobispo, a Su Eminencia.

Un día, durante el mismo año, estando en la Iglesia de los Carmelitas descalzos, me dijiste en una suspensión: Hija mía, heriré al pastor y se dispersarán las ovejas (Mc_14_27). [205] Sentí temor ante estas palabras, y respondí: " ¿Cómo, Señor, al herir a nuestro pastor dispersarás nuestra

Congregación, tu rebaño?" "No sientas dolor ante este golpe, hija mía, pues él te hará ir a París." El 29 o 30 de abril, un año después, estando todavía en la misma capilla de los Padres Mínimos, fui arrebatada y me dijiste una vez más: Heriré al pastor y se dispersarán las ovejas del rebaño (Mc_14_27). En esta segunda ocasión, mi corazón se sintió como herido o rasgado. "Mi bien amado, me siento desolada; este arzobispo me favorece en todo y me lo quieres quitar." "Hija mía, irás a París." Tuve que resolverme a este golpe, porque tú lo querías. Comunicué a Monseñor lo que me habías dicho, con el fin de que se preparara, pues yo no le ocultaba cosa alguna de lo que le mandabas. El recibió esto como venido de ti, afirmándome que sometía su alma a tu poderosa mano, según el consejo de san Pedro, tu Vicario General: Por eso háganse humildes, para estar bajo la mano poderosa de Dios, que él a su tiempo los levantará (1Pe_5_6s).

Se acercaba el penoso tiempo de esta visitación que era la peste que habías resuelto enviar a Lyon. Durante varios meses, los versículos, las antífonas y las lecciones del Oficio de Difuntos fueron mis oraciones jaculatorias. El 5 de mayo [206] comuniqué a mi pastor, no sin pena, lo que me habías dicho, y a lo que había tenido que resolverme por ser tu voluntad. Al poco tiempo, volvió a su diócesis, mostrándome su deseo de contentarte en todo. La víspera de san Ignacio, penúltimo día de julio, los Padres Milieu y Arnoux vinieron a invitarlo a la solemnidad. Como yo estaba con él, les respondió: "Padres, hace falta que estas jóvenes insistan en Roma. Si Dios me concede la gracia de vivir, lo llevaré a cabo con alegría. Hija mía, ¿qué puedo hacer para darte gusto?" Viéndome abrumada por sus ofrecimientos, le respondí: "Monseñor, me ha dado tanto, que me siento confundida. Nuestro Señor quiere dar a otro su corona." El se dio cuenta de que yo tenía otras cosas que decirle, e insistió para que no temiera; que yo podía adivinar que él gozaba con lo que yo le comunicaba de tu parte; que tenía un gran deseo de mejorar lo que había hecho, y que trataba de aprovechar todo aquello que yo le daba a conocer.

"Hija, tengo el deseo de hacerte algunos pequeños servicios." No volví a verle [207] a partir de este día. El 5 de agosto, estando en Petit Foret con Mademoiselle Particelle para hablar con los Padres Pontiam e Ireneo, capuchinos (los dos viven todavía) que me parece, estaban aquí para su Capítulo o por pertenecer a esos conventos, vinieron a decirnos que Mons. Mirón estaba en la Deserte, atacado de apoplejía. Recordando lo que me habías dicho, me conformé a tu voluntad. "Señor, tú lo quisiste y lo quieres; yo guardo silencio." El Padre Pontiam me dijo: "Hija, ¿por qué me curaste cuando los médicos me abandonaron en Roanne y dejas morir a tu buen pastor que tanto te ha favorecido?" "Padre, hay tiempo en el que Dios acepta que nos opongamos, como Moisés, y que le pidamos con lágrimas revoque las prohibiciones condicionales, y que obremos como el Rey Ezequías. En dos ocasiones me he opuesto al juicio de los médicos respecto a usted y al P. de Meaux, jesuita; el Espíritu Santo oraba en mi interior con gemidos indecibles. El me hacía pedir con gran simplicidad lo que deseaba concederme por bondad; en esta ocasión [208] no puedo pedir, a pesar de la pérdida que experimento. Es necesario que mi pastor me deje y que consienta yo al divino decreto no solamente con resignación, sino con indiferencia."

Por la noche, al orar por él, tuviste a bien llevarme al Monte Tabor para encantar, con tu gloria, todos los resentimientos que hubiera podido sentir, pues no era ingrata. Todos los que sabían a qué punto se preocupaba por mí este prelado se afligían de mi pérdida, pero después de hablar con nuestras hermanas, se alejaban consolados. Ellas les decían: "Nuestra Madre espera en Dios; ella se conforma a sus mandatos. El ha llamado a Monseñor Mirón; ella consiente a este deseo suyo; como le debe tanto, reza por su alma y espera de Dios su ayuda y socorro." Querido Amor, desde que me dijiste que deseabas privarme de este prelado, te pedía nos concedieras a Monseñor el Arzobispo de Aix, quien es, al presente, Su Eminencia. Me hiciste comprender que así sería, pero que estaba yo destinada al sacrificio como la hija de Jefté.

Yo me explicaba esto favorablemente, porque por entonces no me diste a entender de qué manera sería yo sacrificada. La experiencia me lo ha aclarado, sin llorar con mis compañeras por mi

virginidad, sino por el largo tiempo que debía esperar para consagrártela con los votos solemnes, lo cual será cuando tú lo quieras. Adoro tu Providencia que en todo hace lo mejor. Mi eminentísimo prelado ha relevado el trono de tu gloria que aparece en el escenario de nuestra debilidad, la cual fortificas con la paciencia. No me quejaba de estas pruebas sino contigo y con él mismo, porque tú así lo quieres. A quienes me dicen que es demasiado probar la constancia de las jóvenes, les doy la siguiente respuesta: El corazón de su Eminencia está en las manos de Dios, quien pudo dividir las aguas, para inclinarlas hacia donde le plazca. Espero tu salvación, Señor (Gn_49_18). En ocasiones adoro la punta de esta vara, que florecerá para la bendición de tu Orden; no dudo que todo se cumplirá.

OG-01 Capítulo 52 - Que los reverendos Padres Milieu y Arnoux me aconsejaron salir de Lyon a causa de la peste, para dirigirme a París, con lo cual se realizó la predicción de Nuestro Señor, y de Lo sucedido durante este viaje.

[209] A fines de agosto la peste había arreciado tanto y estaba tan extendida, que casi toda la ciudad sufría por esta causa. Al ser herido el pastor, las ovejas fueron dispersadas y desoladas por esta inundación que tu justo rigor envió para obligarnos a enmendarnos. Pero es una pena, mi Salvador, que no seamos mejores; no te hemos aplacado en nada por la penitencia. No existe sino tu bondad que, en medio de su justa cólera, como lo dijo el profeta, recuerda su misericordia, sin la cual una parte de la tierra sería destruida. Si ella está desolada, se debe a que los hombres no repiensen de corazón las obligaciones que tienen para con tu caridad. Muchas personas huyeron al campo para evitar este látigo, más no para hacer frutos dignos de penitencia: Restáuranos, Dios salvador nuestro, calma tu enojo con nosotros (Sal_85_5). Durante el mes de septiembre, todo el aire de la ciudad estaba contaminado, y no se veían en ella sino muertos o enfermos moribundos que se arrastraban. La carreta que se los llevaba iba y venía sin parar.

Nuestras hermanas, que eran seis en total, fueron presa del miedo ante el mal, por lo que tres de ellas insistían en que yo saliese; las otras tres se oponían a ello, diciendo que tu Providencia que me había destinado para servirse de mí para el establecimiento de la Orden, me [210] preservaría de este mal. Las otras tres decían que esto era arriesgar no solamente mi persona, sino toda la Orden junto conmigo; que era tentar a Dios obligándole a hacer milagros, cuando se podía evitar este peligro con prudencia. Si me contagiaba, decían, todas se ocuparían en atenderme, y así toda la Comunidad se contagiaría. ¿Quién atendería a las pensionistas, quienes por tenerme cariño no podrían dejar de visitarme?

Yo consideraba sin alterarme los males de esta pobre ciudad, las divisiones que el amor propio, la prudencia y la caridad obraban en los espíritus de nuestras hermanas, sintiéndome tan indiferente como insensible hasta una noche, entre el 10 y el 11 de septiembre, en que la desolación de los vecinos de Ainay me despertó con gritos que podía yo escuchar desde mi cuarto: Mis ojos, que hasta entonces no habían podido derramar una lágrima, testimoniaban a tu Majestad que me compadecía del sufrimiento de todos. Te rogué tuvieras piedad de tu pueblo.

Podía decirte con David que podía yo ser la criminal que causaba esta aflicción, pero no deseabas tú que esta espada me hiriera. Me ordenaste, por medio de los Padres Milieu y Arnoux, saliera de Lyon. El Padre Arnoux escribió a París al P. Jacquinet, para que me mandara ir allá [211] y que mientras duraba esta espera, aceptase yo el favor que me ofrecían el Sr. y la Sra. de Puré, de llevarme a Bermon, ya que a un lado de este castillo había religiosas que no eran de clausura, ni tenían instrucción acerca de sus deberes para ser fieles. Como tenían buena voluntad, podría yo moverlas a la devoción al hablar con ellas. La obediencia y estas consideraciones me hicieron resolverme a salir de Lyon.

El día de la Exaltación de la santa Cruz, dos de nuestras hermanas me vinieron a acompañar hasta la Iglesia de la santa Cruz, donde quise ir con aquella que debía acompañarme a París. Estas dos hermanas me dijeron adiós en esta iglesia después de haber adorado la santa Cruz. Una de ellas, enferma ya del mal, me dijo al darme el beso de despedida que le dolía la cabeza y se sentía mareada. La tristeza que ella sentía ante mi ausencia podría haber sido la causa. Yo les rogué se alegraran, afirmándoles que me arrancaban de su lado por obediencia. La otra, que estaba muy desolada, no se contagió sino hasta tres semanas después. La primera, que era sobrina del P. Irenée d'Avalon, capuchino, murió a los seis días y la otra a las pocas semanas [212].

Permanecí en Bermon hasta fines de octubre, atendiendo a las religiosas de Dorieux, que carecían de instrucción. Eran muy buenas por naturaleza; su sencillez me hacía esperar que tu Providencia les prodigaría cuidados especiales, lo cual ha hecho, al retirarlas del lugar donde no podían ser instruidas, para llevarlas al Antiquaille, en el convento de la Visitación. Al enterarme de la alegría que tu Providencia les había procurado, me alegré y se lo agradecí de corazón.

Alrededor de la fiesta de Todos los santos, Mons. de Puré me dijo que deseaba conducirnos a París él mismo después de leer las cartas en que el P. Jacquinot me pedía ir allá y sobre todo, siguiendo el consejo del P. Arnoux. Salimos por el Loire a dos leguas de Roanne; no pudimos pasar porque la peste había invadido muchas casas.

Querido Amor de mi corazón, ¿hace falta que experimente siempre tanta repugnancia para hacer los viajes que tu Providencia me ordena? Me parecía que en este barco me encontraba en una galera y que mi espíritu era arrastrado con fuerza por cadenas que me parecían insoportables. Vertía torrentes de lágrimas cuando podía estar sola en algún rincón del barco, donde [213] se pensaba me dedicaba a orar; la oración me servía de pan, y comía tan poco de noche y de día, que era una maravilla el poder tenerme en pie; pero no podía comer más, porque hacía un gran esfuerzo para pasar lo poco que tomaba. La náusea y otras enfermedades me desgastaron casi todo el tiempo que duró la navegación. Fue por eso que me detuve en Orleáns, donde pedí al Sr. de Puré informara al P. Jacquinot, quien había pedido al P. Ignacio de Renes, rector del Colegio de la Compañía, de hospedarme algunos días en Orleáns.

Este sacerdote no recibió la carta sino hasta haberme recibido por caridad y benevolencia. Se alegró de haber previsto, mediante su inclinación, la súplica del P. Jacquinot, por entonces superior de la casa profesa de san Luis, en París.

Permanecí diecisiete días en Orleáns, donde los cuidados del P. Rector fueron tan grandes que me confundían. El me hizo visitar a varios señores y damas de la ciudad que profesaban gran piedad. El teniente procurador de justicia quiso costear estos diecisiete días, y pagar todo lo que necesitaba yo para el viaje. El padre rector me dijo: "Hija, no rechaces las ofertas del Sr. Omin; todos los padres de nuestro Colegio desearían ofrecerte lo que este señor nos ha pedido: que le demos [214] el gusto de pagar por ti estos diecisiete días."

Todos los días, este buen padre rector hablaba conmigo sobre cosas espirituales, diciéndome al final: "Hija, me parece que eres la criatura a quien Dios regala más sobre la tierra; desde que he hablado contigo, he sido librado de una pena que ha blanqueado mis cabellos, como lo ves al presente. Desde que era muy joven, ni la soledad, ni la mortificación interior y exterior me habían aliviado en algo este sufrimiento. Admiro la pureza, privilegio que Dios te ha concedido, y que se contagia a quienes tratan contigo."

Querido Amor, bien caí en la cuenta que eras tú quien obraba estos favores en este buen padre, y que le libraste después de haberle probado largo tiempo, habiéndote permanecido siempre fiel. Tu justa bondad le quiso dar la corona estando al fin de su carrera, después de haber combatido valerosamente.

El día de la fiesta de santa Catarina, virgen y mártir, murió con la muerte de los santos después de haber ganado la indulgencia plenaria. De muy buen juicio, con un entendimiento iluminado por tus

luces, la voluntad inflamada por tu [215] amor divino, edificó, al expirar, a todos los padres y hermanos que se hallaban presentes para ayudarle a bien morir. El P. De Lingendes, que tuvo la dicha de estar de paso en Orleáns para ir a predicar a Tours, me dijo que si tu misericordia le concedía la gracia de morir como el P. Ignacio, se consolaría plenamente de tener en esta última hora una devoción parecida a la del padre, cuya memoria es en sí una bendición.

OG-01 Capítulo 53 - De mi llegada a París, y de las grandes aprensiones que experimentaron varias personas, temiendo que esta fundación aminorase la importancia de las otras, y cómo no omitieron nada para impedirla, tratando de persuadirme de abandonar esta real ciudad, y cómo la Providencia divina me retuvo en ella.

Llegué a París la víspera del Apóstol san Andrés. Todo era cruz para mi espíritu. Trataba de saludar a la santa Cruz junto con este gran santo. El albergue que nos habían preparado estaba en la calle san Andrés, colindando con el Hotel de Lyon. Me dirigí a la iglesia del santo donde estabas expuesto. La Srita. Guilloire me hizo el favor de llevarme allí. Mis ojos se deshicieron en lágrimas en cuanto me arrodillé para adorarte al decirte: "Te adoro y doy gracias por que, según tus promesas, me has conducido hasta París. Sabía bien que ahí sufriría y encontraría cruces. Salí de Lyon el día de la Exaltación de tu Cruz; no rehúso todas las que me tienes destinadas. Mi padre se encuentra en esta ciudad; abrazo las que él me hará sufrir. Dame valor, si te place, o dispón su espíritu a tu voluntad, pues está encolerizado contra mí por haber salido de su casa por seguir tus mandatos."

Tu bondad le ablandó, y no me trató tan duramente [216] como había amenazado hacerlo en las cartas que había escrito. No le pedí nada para mi sostenimiento, temiendo que me ordenara volver a su casa.

La Srita. Guilloire nos proporcionó todo lo necesario hasta dos semanas antes de la Pascua. Me volví a ti cuando supe que ella no pensaba hacerlo sino durante este tiempo, diciéndote: "Salí de Lyon con dos monedas de diez francos cada una, con las cuales compré en Bermon todo lo que podía enviar a nuestras hermanas para provisiones. Tú me has provisto de todo. Mientras que los hebreos tuvieron harina en Egipto, no hiciste caer el maná; pero en cuanto aquella les faltó, hiciste llover sobre ellos este pan del cielo. Espero en tu Providencia. He llegado al lugar donde me has pedido que venga."

Tu bondad me hizo ver que se ocupaba de mí, al darme a la Sra. de la Rocheguyon, que me amaba como a hija suya; pero como aún no administraba sus bienes, sino que vivía junto con sus damas de compañía a expensas de la Srita. de Longueville, tía suya, no pudo darme algo al principio, sino que me dijo te rogara que pudiera recibir su dote. Al poco tiempo fue así, pudiendo alquilarnos una casa el Jueves Santo de 1629. Esto duró tres años y fue una gran Providencia, [217] como lo haré ver más tarde.

Al día siguiente, Viernes Santo, vi, al despertarme, un lagar que debía hacer girar yo sola durante varios días. Llevaba en mi espíritu estas palabras: Hicieron un plan para condenar a muerte a Jesús, (Mt_27_1) y te decía: "Señor, ¿quién se conjura actualmente contra ti y tu Orden?" Ignoraba que la gran reputación que el padre rector de Orleáns me había dado en esa ciudad llegó a oídos de la Sra. de Sainte Beuve, por las palabras del Sr. de Montry, a quien el mencionado padre había contado las maravillas de gracia que tú me dabas.

Temerosa de que el fulgor de una nueva Orden disminuyera el de las ursulinas, de quienes era fundadora, hizo llamar al P. de la Tour, jesuita, y a otros que eran sus amigos, pues también había fundado el noviciado de la Compañía en el barrio de san Germán, para presentarles sus quejas contra el P. Jacquinot, quien, según ella, había hecho venir a París a una joven de la diócesis de Lyon, que venía a establecer bajo su protección y mediante sus cuidados, a las jesuitas; que este nuevo Instituto atraería a todas las jóvenes, con detrimento de otros conventos. Esto fue suficiente para obligar a tres o

cuatro padres a escribir al Padre General, diciendo que el P. Jacquinot deseaba establecer a las jesuitas; que ello iba en contra [218] de los designios de san Ignacio y de toda la Compañía y que, al ser la Sra. de Sainte Beuve, la fundadora de su noviciado, ella se oponía a esta fundación. Se mencionaba además que ella recurriría al Sr. Procurador General, que era su sobrino; que rogaría al prelado de París se resistiera a dicho establecimiento, que el Guarda Sellos, el Señor de Marillac, recibiría también la petición de no acceder a esta novedad, y que todo el pueblo de París protestaba contra los nuevos institutos religiosos, y teniendo cierta aversión hacia los jesuitas, de los cuales desconocían los méritos, tendrían por enemigos a la mayoría de los habitantes de esta ciudad real.

Era demasiado para no retirar la ayuda del P. Jacquinot hacia aquella a quien él mismo había invitado con tu complacencia. El jueves de la octava de Pascua llegaron de Roma las cartas de prohibición para intervenir en lo referente a este Instituto, tan perjudicial a la Compañía según ellos y según parece, también a la República. El consejo más caritativo era deshacerse de esta joven extraña en la ciudad y no seguirla guiando, abandonándola a todos los contratiempos que una hija a quien su padre no amaba más podría sufrir por haber seguido, por inspiración tuya, los consejos de los reverendos padres jesuitas.

Querido Amor, tu Providencia me llevó a decir al P. de Lingendes que le rogaba me diera los ejercicios, ya que él se encontraba más cerca de mí que el P. Jacquinot, [219] porque el Padre de Lingendes predicaba en san Benito. Le dije que al P. Jacquinot le gustaría mucho que él me confesara y me diera los ejercicios yendo y viniendo a la casa profesa. "Padre mío, como es necesario que haga girar sola un lagar, es necesario disponerme a ello mediante los ejercicios." Los inicié el lunes o martes de Pascua. Ese mismo día, mientras asistía a misa en una capilla de los Grandes Agustinos, vi, en una suspensión, un brazo poderoso que salía de las nubes. El P. de Lingendes me dijo que aceptaba con gusto, y que este lagar era la contrición que tenía yo de mis faltas, pues hice con él una confesión general, aunque mi alma no sentía dolor alguno, pero para disponerme al sufrimiento me mostraste que las palabras de un consejo reunido en contra tuya no se referían al tiempo en que estuviste en la tierra, sino al presente, recordándome que el año 1627 o 28 me habías pedido escribir al P. Benoît, sacerdote del Oratorio, que es ahora secretario de san Nizier, advirtiéndole por mi carta que durante el tiempo de mi estancia en París habría una agitación muy parecida a la que ocurrió cuando tu Majestad entró al templo de Jerusalén: Al entrar en Jerusalén, la ciudad entera preguntaba alborotada: "¿Quién es éste?" (Mt_21_10).

El P. de Lingendes no me dijo nada más al respecto. El viernes siguiente, dentro de la mencionada octava de Pascua, se enteró por medio del P. Ignace Armand de las cartas de Roma, lo cual lo afligió al considerarme presa de una extrema aflicción, al verme abandonada de [220] todos mis padres. Respondió, al P. Armand: "Padre, no tengo sino tres días para permanecer en este Colegio. Volveré a la casa profesa el lunes. Ruego a su reverencia no tome a mal si le digo que recibiré esta obediencia del P. Jacquinot, quien es mi superior." Sin embargo, me pidió venir a verle al Colegio de Clermont, porque no podría acudir ese viernes al lugar donde me hospedaba para darme las pláticas. Su compañero, que había observado en este sacerdote una tristeza extraordinaria, dijo a mi compañera que el P. de Lingendes había suspirado con impaciencia casi todo el día, que no había estudiado nada, y que tenía una tristeza que él ignoraba. Como yo guardaba el silencio requerido durante los ejercicios, no sabía lo que decía este buen hermano a mi compañera.

Había recibido ya las noticias de Roma, pero habiéndole llamado vino a verme, disimulando su contrariedad, hasta que le di cuenta de mi oración. Me dijo en seguida: "Y bien, ¿estás preparada a mover sola el lagar y a llevar la cruz más grande que hayas tenido en toda tu vida? [221] No te la diré esta tarde, porque te afligirías demasiado." "Padre, me aflige más el que me la oculte, que si me la revelara, porque no sabe usted que a nosotras, las mujeres, la aprehensión a veces nos desgasta más que el mal cuando ha sido descubierto." "Hija mía, existen prohibiciones venidas de Roma y nuestros padres no pueden ayudarte más. El Padre Jacquinot, a quien no he vuelto a ver desde la llegada de

estas cartas, tiene prohibición del Padre General de venir en tu ayuda; lo mismo ha sucedido con el provincial, P. Filleau, y el P. Armand. Al cabo de tres días, no podré hablar contigo. ¿Qué piensas de esta cruz?"

"Padre mío, es grande, pero ¡tengo un Dios que es todavía más grande!" "Te sientes valiente, pero mañana y los otros días este valor será vencido." "Padre, si su Reverencia me asegura que todas las luces que he recibido y que le he comunicado no son ilusiones, y que es verdad todo lo que sus sacerdotes que me han conducido desde mi infancia me han asegurado, no tengo miedo alguno a esta cruz. Con Dios lo puedo todo. El me dará el valor y la fuerza [222]. Mientras no reciba usted la prohibición de darme consejo, démelo y yo lo observaré."

"Hija, no salgas de París, a pesar de lo que otros te aconsejen. En presencia de los nuestros, te diré al menos por prudencia, que vuelvas a Lyon, pero no lo hagas. Es un consejo forzado, a causa de la malicia de las circunstancias, por no decir de los envidiosos. Iré a ver al P. Jacquinot para comunicarle mi parecer. Tú no has hecho el voto de obediencia; nuestros padres no pueden referirse a él para obligarte a quienes te ordenarán y aconsejarán contra sus sentimientos, por seguir la pasión de los y las que piensan obrar de manera que te contraríe." El me dijo estas y otras cosas que sería muy largo repetir aquí. Le respondí: "Padre, me duele ser la causa de sus penas, pero ¿qué dirán quienes saben que siempre he obedecido y seguido los consejos del P. Jacquinot? ¿Qué sucedería si me valiera de la autoridad de mi padre, pidiéndole ahora que me mire con benignidad y diga que no quiere que salga de [223] París por complacer a la Sra. de Sainte Beuve y algunos padres jesuitas?" "Hija, esta proposición es muy buena; ponla en práctica. Tu padre se sentirá, a no dudar, herido en su honor. El tiene autoridad y valor para retenerte si tú le pides consejo para que no te persigan y seguir los designios de Dios. Admiro la Providencia que te ayudó a rentar una casa grande durante tres años. Hay que tener precaución de no alarmar a la Señora de la Rocheguyon, en caso de que se entere de que nuestra Compañía te abandona."

"Hablaré seriamente con el P. Jacquinot, haciéndole ver el daño que este abandono puede hacer a tu reputación y a la obra de Dios; que se podrá decir que hemos reconocido que eran puras ilusiones tuyas, y que la prudencia que se nos atribuye nos ha llevado a retirarte nuestro apoyo espiritual sin decir palabra." El me dijo estas o parecidas cosas en el mismo sentido después de que me despedí de él para venir a hacer la oración requerida por los ejercicios espirituales.

"Querido Amor," exclamé, "¿Acaso he presumido de instituir una Orden por un deseo ambicioso, o eres tú [224] quien, por una bondad incomparable me has inspirado y destinado para esta obra? Si soy yo, entonces, Señor mío, no te asombres si me atrevo a hablarte así: confúndeme en el tiempo, pues esta falta sería más por ignorancia que por malicia. Ya he afirmado en Lyon que no buscaba mi gloria en cosa alguna, cuando una persona trató de disuadirme de este proyecto, temiendo que no se realizara, y me decía: Si usted no fuera conocida sino en Roanne, la confusión no sería tan grande. Le respondí que estaba yo contenta de ser incomprendida no solamente en Lyon, sino en Roma y aún en todo el mundo, por amor a ti. Siento al presente la gracia y el valor de sufrir una humillación universal delante de toda clase de personas; este sentimiento procede de tu bondad, y no de mis méritos."

Al pronunciar estas palabras, mi corazón fue oprimido por un dolor sensible, como si alguien hubiera puesto una enorme roca sobre mi pecho; de mis ojos brotaron solamente dos lágrimas que te ofrecí. Pude contenerlas ayudada de tu poder y decirte: "Señor, recuerdo el discurso de Gamaliel y las palabras que dirigió a los judíos cuando querían [225] cohibir a tus Apóstoles la proclamación de tu gloria: Mi consejo es éste: no se metan con esos hombres, suéltelos. Si su plan o su actividad es cosa de hombres, fracasarán; pero si es cosa de Dios, no lograrán oprimirlos y se expondrían a luchar contra Dios (Hch_5_38s).

"Hija mía, esta empresa no es ni tuya ni de los hombres, sino mía. Soy yo, el que sólo hace maravillas, quien permite que seas abandonada de todos, afín de llevar a cabo mi obra. Al tomar su

naturaleza, la adopté privada de la hipóstasis humana, y la apoyé en mi divina Persona. Este misterio de mi inefable Encarnación se obró divinamente, sin otros poderes que el de Dios. Bien dijo mi Madre que no conocía varón. Gabriel, quien fue formado en la escuela del cielo, dijo a mi Madre que el Espíritu Santo descendería sobre ella y que la virtud del Altísimo la cubriría en la concepción y nacimiento de Aquél que sería llamado el Hijo de Dios y el suyo sin división alguna, y que soy yo." Ante estas palabras, ¿quién no se embelesaría y confiaría en ti? Respondí después: El Señor es mi luz, y mi salvación, ¿a quién temeré?: El Señor es la defensa de mi vida, ¿quién me hará temblar? (Sal_26_1).

[226] "Querido Amor, si tú eres mi luz, mi salvación, mi protector y mi vida, ¿qué he de temer? Mi iluminación divina, mi salvación eterna, mi protector en gracia y mi vida espiritual y eterna, ¿qué me importa perder la corporal o la incorpórea? Te amo por encima de mi propia salvación; te amo por amor de ti mismo, y no por mi propio interés." Al día siguiente, sábado, me disponía a acostarme cuando me rodeaste de luz, diciéndome: "Hija, me tendrás en el santo Sacramento; no temas. Las contradicciones te harán como a José: la envidia te elevará dentro de mi Iglesia y llegarás a una posición más alta que la de él en Egipto, porque deseo servirme de ella para adornarte de gracias y de gloria." Hallándose el P. de Lingendes de regreso en la casa profesa, se asombró mucho al saber que el P. Jacquinot había sometido a consulta las prohibiciones del Padre General; tres de los consultores eran los mismos que habían redactado esos pareceres para enviar a Roma. No pedían ellos sino exponer sus sentimientos, a los cuales el P. Jacquinot unió los suyos. Yo ignoraba que eran secretarios de la Sra. de Sainte Beuve. El resultado fue que se juzgó necesario prohibir a todos los padres de las tres casas de París mezclarse en estos asuntos, y aconsejar a esa joven que saliera de ahí. El P. Jacquinot parecía ser el más resuelto a este tratamiento riguroso hacia una joven que hubiera atravesado mil mares por [227] obedecerle.

Querido Amor, bien dijo san Pedro que no te conocía por temor a una sirvienta. Era excusable la conducta de este padre; todos los otros podían acusarle por segunda vez a Roma, sin sentirse criminales por ello. Esto se debió, me atrevo a decirlo, que olvidó el poder que tienen los padres de esta Compañía para exponer sus razones, al ver que el Padre General había sido tan mal informado, ya que mi intención no era crear jesuitas, ni hacer sombra a otras religiosas, sino unir en caridad mi barca a la de ellas, para llevar a las jóvenes al puerto seguro de la religión, y para que las redes de tu gracia se enlazaran industriosamente en medio del mar del mundo, del cual no pueden salir sin la ayuda de las pescadoras, lo mismo que los peces recogidos por los pescadores. Como unas redes no cautivan sus inclinaciones, se sienten más inclinadas a entrar en una Orden que en otra, al dejarles Dios la libertad de escoger la que más les agrade.

Fui a ver al P. Jacquinot, quien me hizo comprender que deseaba obedecer las órdenes de Roma y poner en práctica todas las conclusiones de la consulta. Yo le dije, "Y usted. Padre, ¿me abandona!; ¿no tiene acaso el poder de escribir al Padre Vicario?" "Hija, es preciso obedecer." "¿Y es a mí, padre, a quien habla de obediencia?" [228] "No, hija mía." "Le digo esto porque deseo saber de su Reverencia si esta prohibición le obliga a darme un consejo contrario a los que me ha dado personalmente, y si no piensa que esta obra sea de Dios." "Sí, hija mía, la obra no es tuya. Me da tristeza que los corazones estén tan condicionados por los celos, que deseen poner límites a las intenciones que Dios desea hacer de su gloria. ¡Pobre inocente! ¡Es necesario que la estrechez de estos corazones te hagan sufrir y que me obliguen a decirte que no vuelvas más a verme!" "Tomo entonces la libertad que, sin voto, había entregado a usted, pues veo que está impedido y no puede darme sino consejos contrarios al designio que Dios tiene sobre mí." "Hija, escribe al P. Vicario, haciéndole ver como se te trata; quéjate de mí; no vuelvas más a verme hasta recibir respuesta suya."

Pronunció estas palabras con el corazón oprimido y los ojos empañados en lágrimas. "Padre, no me quejaré sin motivo: su rigor es un poco cruel. ¡Adiós, Padre! Me voy a Egipto; volveré a Israel." Esta despedida no fue sin lágrimas. El respondió: "Ve con el P. de Vaillat, que es mi amigo, y dile que

[229] le suplico te recomiende un director espiritual." No habiendo encontrado a este último, me acerqué a un confesionario donde confesaba el padre superior, Ignacio de Jesús María, que es muy piadoso. No le pregunté su nombre, pero alguien me lo dijo; yo volví. Este padre mostró una gran caridad hacia mí.

Una tarde, después de 3 meses de abandono, el P. de Lingendes me mandó que fuera a san Luis, ya que el Padre General estaba satisfecho con las cartas que le habían escrito, mediante las cuales se había cerciorado que ni el P. Jacquinot ni yo deseábamos fundar jesuitas, ni hacer a un lado a las ursulinas fundadas por la Sra. de Sainte Beuve. Fui a ver al P. Jacquinot, sin decirle que se había guiado por la prudencia humana; que bien hubiera podido enviar a Roma sus razones antes de someterlas a consejo, pues dos o tres de sus consejeros eran los mismos que habían escrito a Roma. Uno de ellos había dicho a la Sra. Quisquant que se quejaba con él del abandono de la Compañía hacia una joven que había venido a París sólo por una orden de ellos. "Nuestro Superior la hizo venir," respondió el padre, "y luego no tuvo valor de sostenerla." El R. P. Jacquinot me dijo que le dijera quién era ese padre, pero yo me rehusé a decírselo, temiendo que se lo reclamara. Le dije que tú, oh mi Dios, permitiste este abandono de tres meses para mostrarme tu extraordinaria protección. El Señor de Montreuil, doctor de la Sorbona, siendo el señor cura de san Sulpicio, me vino a ver pues yo era su parroquiana; yo vivía en el barrio san Germán.

Constatando tanta educación y una caridad tan continua al ofrecirme sus servicios que eran verdaderamente grandes favores, me confesé con él y le comuniqué las luces que tu bondad me regalaba. Vio lo escrito sobre el Cantar de los Cantares que yo estaba haciendo. Después de haber considerado y examinado las gracias que me hacías y las luces con que elevabas mi entendimiento se quedó tan sorprendido que dijo que tu Majestad había puesto en mi cabeza una biblioteca de ciencia tan clara y sólida que no se podía dudar que fuera el dedo de Dios que escribía y expresaba en mi espíritu esas luces maravillosas. Testimonió lo que los Padres de Lingendes y Morin no sabían antes de que fuera enviado a Roma y que confirmaba lo que me había dicho muchas veces de viva voz.

El segundo domingo de Pascua, estando en el confesionario, me sentí llena de dulzuras inenarrables, las cuales me sumergían en un dulce entusiasmo que me puso en éxtasis, durante el cual escuché a tu bondad, que me decía: "Hija, no perderás nada; tendrás en grado eminente todo lo que deseaban quitarte."

OG-01 Capítulo 54 - De las maravillosas consolaciones que el Verbo Encarnado me comunicó durante el abandono de los hombres, y de sus deliciosas conversaciones, que se sucedieron casi sin interrupción.

Permanecí tres meses sin hablar con el P. Jacquinot. Durante este tiempo tu amorosa bondad no me dejó de día ni de noche, desbordando, en todas las potencias de mi alma, torrentes de delicias. Viendo que mi corazón y mi cuerpo desfallecían con esta sobreabundancia que te complacías en comunicarles, te dije: "Señor, es bastante, es demasiado, si me permites hablar de este modo; retén o conserva [230] en ti mismo estas preciosas delicias, si no quieres que muera de gozo. Mi corazón no puede soportarlas sin morir.

"Permíteme decirte que mi muerte será atribuida a la tristeza de haber sido abandonada de los hombres, puesto que permitiste, oh mi Dios, este abandono de tres meses para hacer patente en mí tu protección extraordinaria. No pensarán que fue causada por la alegría de ser acariciada por un Dios divinamente amoroso, cuyos excesos de amor me arrebatarían la vida. Se dirá a propósito que, privada de consolaciones humanas, ha muerto de tristeza, a pesar de la confianza que parecía tener en Aquél que está con los que, por su amor, se encuentran en tribulación." Preocúpate por la gloria de tu Nombre, queridísimo Esposo. Mi muerte será preciosa delante de ti, porque te dignas estar a mi lado al

hacerme morir de alegría con tus deliciosas caricias. Pero si se piensa que habré muerto de tristeza, estos pensamientos no permitirán las alabanzas a tu gloria delante de aquellos que ignoren las causas de mi muerte. ¿Por qué esperar al Juicio Final para darles a conocer tu amor hacia la que, sin merecerlo, mostrará, con su vida, que estos favores proceden únicamente de una [231] bondad divina que es en sí misma comunicativa? Si al morir en este exceso de júbilo pudiera mi alma decir a las creaturas de aquí abajo capaces de escuchar tus liberalidades, que la impotencia de recibir en sí la plenitud de tus gozos redoblados la han hecho salir de su cuerpo y de ella misma, para saborearlos en tu inmensidad, no pediría mayor dilación. Tú res mi vida, y morir por ti es ganancia, la más ventajosa que podría recibir." Vivamos, corazón mío, para exclamar con David: El Señor guarda a los que lo aman; Pronuncie mi boca el elogio del Señor, todo viviente bendiga su santo nombre por siempre jamás. Alabaré al Señor mientras viva, tañeré para mi Dios mientras exista (Sal_144_20s),(Sal_145,2). No pongas tu confianza en los hombres; en ellos no hay salvación: exhalan el aliento y vuelven al polvo, ese día perecen sus planes. Dichoso a quien auxilia el Dios de Jacob, el que espera en el Señor, su Dios, que hizo el cielo y la tierra, el mar y cuanto hay en él (Sal_145_4s).

Es él quien es fiel a sus verdaderas promesas, las cuales cumple del todo, teniendo piedad de los que sufren menosprecios e injurias por su amor. El es el alimento de quienes fijan en él sus pensamientos: si los hombres parecen estar ligados por apariencias de autoridad, él los desliga con su verdadero poder; y cuando el espíritu que [232] se abandona a él ya juicio de los hombres, parece estar abatido y disipado en sus pensamientos, él le unificará y sostendrá para elevarle a sí.

El recibe las almas que parecen peregrinar en la tierra de que se dicen habitantes suyos por derecho: El Señor guarda a los emigrantes, sustenta al huérfano y a la viuda y trastorna el camino de los malvados (Sal_145_9). Querido Amor, tengo la experiencia de todos estos versículos; como pobre huérfana, recurro a ti, que te dignas ayudarme. Tienes cuidado de mí, que soy extraña en esta ciudad de la que desearían verme salir.

Esto se debe a que he venido para extender tu gloria. Expulsaron de la sinagoga al ciego de nacimiento a quien diste la vista porque respondía con alabanzas tuyas a los que, por malicia permanecían ignorantes de tu ser eterno, de tus dos nacimientos admirablemente adorables, de tu procedencia y del lugar de donde viniste a visitarlos. Pues eso es lo raro, que no sepan de dónde procede cuando me ha abierto los ojos. Jamás se ha oído decir que nadie le haya abierto los ojos a un ciego de nacimiento; si éste no procediera de Dios, no podría hacer nada (Jn_9_30s). Señor, por haber sido iluminada con tus divinos esplendores, puedo yo repetir a quienes se oponen a tu gloria, estas mismas palabras por amor a ti.

No conocía tus claridades ni los motivos que te inclinaban a darme estas gracias; en todos los siglos no ha existido persona alguna, [233] de cuantas has prevenido con tus bendiciones, que las haya merecido menos y que fuera más indigna de ellas que yo. Si no fueras Dios, cuya sabiduría es buena y la bondad esencial que se complace en estas comunicaciones que favorecen a los pequeños, no me gratificarías de esta manera. Si yo proclamara tus maravillas, todos me dirían, como los Fariseos a este ciego divinamente iluminado, que yo deseo enseñarles, siendo sólo una joven cuya enseñanza interpretarían como un signo de vanidad y de ambición de llegar a ser fundadora de una nueva Orden que, según piensan, son puras ideas forjadas por mi imaginación.

Quienes me han rechazado a causa de mis deseos de extender la gloria de Jesús, ignoran que tú has venido a mi encuentro, diciéndome amorosamente: ¿Crees en el Hijo de Dios? (Jn_9_35). Señor, yo no te respondí: " ¿Dónde se encuentra, y yo creeré en él?" Yo te veo presente con una presencia amorosa, y te adoro con todas las adoraciones. Creo firmemente en ti. Dios de Dios, Luz de luz, Dios verdadero de un verdadero Dios, engendrado y no creado, que nació antes de los siglos, que emanaste eternamente de la sustancia de tu divino Padre; que por amor has venido a tomar un cuerpo en las puras entrañas de la Virgen, tu santa Madre; haciéndote Hombre para habitar con nosotros; [234] y

para hacernos ver el exceso de amor que tu divino Padre tiene por los hombres, tú mismo te entregaste para salvarlos.

Todos en general, y cada uno en particular, deberían, como signos de tu amor, decir con san Francisco: Moriré por amor de tu amor, que se dignó morir de amor por mi amor. Pero una muerte dolorosa como la tuya por ellos, y que me haría expirar ahora mismo, sería demasiado deliciosa. Es esto lo que me lleva a pedirte modifiques estos deleites; que sea yo crucificada antes de ser glorificada. ¿De dónde me viene este atrevimiento delante de mi Soberano? Tu amor me lo ha dado, ya que sin el los pensamientos de la muerte, al verme culpable, me infundirían temores y estremecimientos que merezco por los delitos que he cometido en tu presencia y contra el cielo; pero como te complaces en alegrar y deleitar mi alma, haz tu voluntad sobre aquella que ves que te ama, aunque sea indigna de estas caricias. Ella las acepta para engrandecerte junto con tu santa Madre, alegrándome en ti, mi divino Salvador, porque has mirado con benignidad la pequeñez de la más indigna de tus creaturas, para colmarla de bendiciones [235].

A pesar de ser tan pequeña, puedes engrandecerla, porque tu Nombre es santo; y hacer que las generaciones venideras reconozcan en ella tus insignes misericordias; siendo ellas incapaces por sí mismas de buenos sentimientos, y pudiendo ofender tus bondades, te buscarán con sencillez de corazón, y encontrarán en ti la dulzura misma. Yo les repito las mismas palabras de la Sabiduría: Amen la justicia, los que rigen la tierra; piensen correctamente del Señor y búsqüenlo con corazón entero. Lo encuentran los que no exigen pruebas y se revela a los que no desconfían. Los razonamientos retorcidos alejan de Dios (Sb_1_1s).

Tus pensamientos, que eran pensamientos de paz sobre mí, me hacían alegrarme en la tierra, como un anticipo de aquella que los bienaventurados gozarán en la Jerusalén celestial y que sobrepasa todos los sentimientos de aquí abajo. Mi alma parece ser tu Sión, donde te complaces en habitar. Podía experimentar las palabras del Rey Profeta: Dios se manifiesta en Judá, su fama es grande en Israel (Sal_75_2). Mi alma conocía a tu Majestad a la manera en que un alma que camina en la vida encerrada en un cuerpo puede hacerlo, alabándola y proclamando a su Dios, que se digna fortificarla para gozar de estas claridades, concediéndole en la fe los privilegios de Jacob, y anunciándola victoriosa porque el amor con que amas parece llegar por bondad, diciéndole que si ella es fuerte contra tí, con mayor razón lo será contra los hombres, haciendo en ella tu morada bajo esta forma: Su albergue está en Jerusalén su morada en Sión. Allí quebró los relámpagos del arco, el escudo, la espada y la guerra (Sal_75_3s).

[236] De esta manera, destruyes a todos los ejércitos que desearían perseguirme, no permitiendo gesto alguno, ni en mi parte inferior ni en la superior, la cual iluminas admirablemente, y con triple intensidad, con los esplendores de tus Tres Augustas Personas, para mostrar que quienes se abandonan a tí son divinamente protegidos, mientras que los que presumen de ser sabios se ven turbados porque no son sabios sino de la sabiduría del mundo que es locura ante tí. Entonces me dirigiste estas palabras del Rey Profeta: Tú eres deslumbrante, magnífico, con montones de botín conquistado. Los valientes duermen su sueño y a los guerreros no les responden sus brazos (Sal_75_5s). Me dijiste: "Hija mía, bien puedes decir al confiarte a mí: ¿Por qué se amotinan las naciones y los pueblos planean fracasos? (Sal_2_1). Es en vano que se haya tenido una conjura para impedir mi designio: El soberano del cielo sonríe, el Señor se burla de ellos (Sal_2_4). Ya te he dicho que, desde toda la eternidad, he sido constituido Rey sobre Sión, y que tú eres mi Sión, cuyas puertas amo más que todos los tabernáculos de Jacob. Cosas gloriosas se dirán de tí por que tú eres mi ciudad. Por tí, las otras naciones se acercarán a mí, admirando cómo te he favorecido, al renacer por tí mediante una reproducción y extensión mística de mi Encarnación en esta Orden nueva."

Tu bondad me ocupaba continuamente y me dejaba en medio de un júbilo que hacía a mi alma salir de ella misma. No pudiendo comer ni dormir, te pregunté, Señor, si me permitieras dormir un poco, a lo que me respondiste: Por amor de Sión no callaré, por amor de Jerusalén no descansaré, hasta

que rompa la aurora de su justicia y su salvación llamee como antorcha (Is_62_1). Todos verán que estoy contigo para justificarte y darte un nombre nuevo [237]. Te pondrán un nombre nuevo impuesto por la boca del Señor. Serás corona fúlgida en la mano del Señor y diadema real en la palma de tu Dios. Ya no te llamarán "la Abandonada" ni a tu tierra "la Devastada" porque el Señor te prefiere a ti (Is_62_2s). Pronunciaste el resto de este Capítulo haciéndome gozar de tan gran júbilo, que te decía que mi corazón se dilataba de tal modo, que podría causarme la muerte.

Querido Amor, perdóname por pedirte una vez más me dejes reposar un poco, o será necesario que obres un milagro, pero ¿para qué hacerlo sin necesidad? Sabía que sería una tontería hablarte en estos términos, si no deseara yo conservar este cuerpo para seguir sirviéndote, que en todo se haga tu voluntad, puesto que desees que vele contigo y me regocije al recibir tus gracias divinamente amables. Yo lo deseo: Alaba, alma mía, a tu amoroso Salvador: Desborde de gozo con el Señor, y me alegro con mi Dios: porque me ha vestido un traje de gala y me ha envuelto en un manto de triunfo, como novio que se pone la corona o novia que se adorna con sus joyas. Como el suelo echa sus brotes, como un jardín hace germinar sus semillas, así el Señor hará brotar la justicia y su fama frente a todos los pueblos (Is_61_10s).

OG-01 Capítulo 55 - De los trámites hechos en Roma para obtener la Bula; del nombre de esta Orden, bautizada por los labios mismos del Señor; cómo la santa Virgen me alimentó de su seno, dándome leche celestial de sus pechos benditos.

Al saber el P. de Lingendes que el Padre General había sido enterado de mis intenciones, y que había escrito a quienes le informaron erróneamente que el P. Jacquinet jamás había estado ni obrado en contra de las Constituciones y las intenciones de la Compañía, deseoso de agradarte, me urgió a enviar una solicitud a Roma a nombre de la Señora Duquesa de la Rocheguyon, suplicando a Su Santidad la concesión de una bula para el establecimiento al que se refería la dicha solicitud. El mismo padre me sugirió pidiera al P. Morin, del Oratorio, la enviara al P. Bertin, de la misma Congregación, que se encontraba entonces en Roma. Este padre se ocupó en esto de corazón, pero se formó una oposición de personas que urgían el establecimiento de las Hijas del Santísimo Sacramento, para impedirnos que el nombre de nuestro Instituto no fuera parecido al de ellas, porque veía que en la bula que fue concedida según nuestra petición, [242] se informaba a Su Santidad que deseábamos honrar a su Persona encarnada en todos sus misterios, y como resides verdaderamente en el divino sacramento de la Eucaristía por nuestro amor; deseábamos, tanto como estuviera a nuestro alcance, y ayudadas de tu gracia, reparar con nuestra adoración y servicio los desprecios que los judíos te hicieron mientras estabas visible y los que los herejes y los malos cristianos te hacen todos los días.

Los señores Cardenales Cayetano y Bentivoglio examinaron en particular esta petición y los testimonios de los Padres Jacquinet y Arnoux, jesuitas, y las de Mons. de Montreuil, doctor de la Sorbona y párroco de san Sulpicio; de Dom Pierre de san Bernard, Feuillant, y la del P. Morin, en la que mencionaba los sentimientos del difunto Mons. Mirón. Después de haberla examinado con suma exactitud, por recomendación de este último prelado, dieron sus pareceres a la Congregación de Regulares, que encontró en esta petición y en estos testimonios razones más que valiosas para obtener una bula de Su Santidad, restando solamente saber qué nombre pedíamos, ya que Mons. de Sangres suplicó que se nos diera [243] el mismo título de Santo Sacramento, que había sido concedido en la bula de las señoritas de Port-Royal. El R. P. Bertin nos pidió de parte del Cardenal de Bentivoglio solicitar el nombre que deseábamos.

Me dirigí entonces a tu Majestad con mi acostumbrada confianza, diciéndote: "¿Qué nombre desees dar a tu Instituto, que comprenda todo lo que me has prometido?" Mi Oráculo divino, no me hiciste esperar; elevando a ti mi espíritu, me dijiste: "Hija, yo soy la verdad infalible. Cumpliré todas

mis promesas y el nombre de mi Orden es Verbo Encarnado; deseo que se pida este nombre, pues comprende con eminencia y por excelencia todo lo que se refiere a mí como Verbo creado y Verbo Encarnado; en este Nombre lo tendrás todo. Quien tiene el todo, tiene las partes; y yo te aseguro, hija, que este nombre será dado a mi Orden sin contradicción. Soy yo, hija mía, quien te adjudico este Nombre augusto y glorioso; desde la eternidad he sido, y sigo siendo, el Verbo Increado [244] Seré infinitamente el Verbo Encarnado. La boca de Yahvéh ha hablado. Mirad, no es demasiado corta la mano de Yahvéh (Is_58_14);(Is_59_1). Ella te dará con supereminencia todos los atributos contenidos en este Nombre."

Tu amable bondad me acarició con tanta dulzura, que me embelesaba de delicias y para colmo de favores, tu santa Madre se me apareció, ofreciéndome sus pechos sagrados para alimentarme con su leche virginal, como hizo con su devoto san Bernardo, ratificando nuevamente las promesas que me habías hecho de acercarme a los pechos divinos y reales, de los cuales deseabas nutrirme delicada y divinamente con la misma leche que mamaste, diciéndome: "He aquí el signo visible de la cosa invisible; este es un sacramento y un secreto de amor con el cual mi Madre te ha querido premiar. Es esta divina Profetisa quien desea darte a su Hijo, que soy yo, según las palabras de mi divino Padre. Te hago este don en presencia de los ángeles y de los hombres que gozan de la gloria en el empíreo. El Profeta Isaías recibió del Espíritu Santo la orden de tomar un gran libro para escribir en él, tomando el estilo de un hombre que debía ser este Dios reducido. Yo te doy, esta tarde, el mismo mandato de tomar un libro para consignar en él el estilo de este Dios que ha querido ser hombre. Este Hombre-Dios es el Verbo Encarnado, de cuya bondad debes proclamar las maravillas, después de lo cual confiesa que te quedas corta en la narración de las mismas, y de todos los favores que él te ha hecho y te hará si eres fiel a mi amor. Me apresuraré a darte gracias que retiraré a quienes se opongan a ti: Porque el que tiene se le dará, y al que no tiene, aún lo que tiene se le quitará (Mc_4_25). Yo los privaré de favores que podrían recibir de mi misericordia, a la cual se oponen, resistiendo a mi bondad por las contradicciones que hacen al Espíritu Santo, resistiendo a sus inspiraciones al oponerse a sus designios mediante obstinaciones maliciosas: Quien tenga oídos para oír, que oiga (Mc_4_23). Apartaré las fuerzas de Damasco y de Samaria antes de que mi bula sea fulminada. Ni la grandeza de la sangre, ni las protestas de los grandes pueden impedir mis designios. Repite, hija mía: Oh Emmanuel, Dios con nosotros" (Mt_1_23).

OG-01 Capítulo 56 - Que Su Santidad concedió la Bula después de escuchar el informe de los Señores Cardenales, y cómo, mientras esperaba recibirla, la divina bondad me visitó por sus santos; y cómo Su Majestad me ordenó poner por escrito los sagrados matrimonios basados en el Cantar de Los Cantares.

Los Señores Cardenales quedaron admirados de tu Providencia en este Nombre de Verbo Encarnado, el cual encontraron conforme al Instituto. Así lo expresaron a Su Santidad, quien fue del mismo parecer, diciendo: "se concede la petición." Sólo faltaba a las Hijas del Santísimo Sacramento pedir la suya a Monseñor de París, antes de ver la nuestra, pues la de ellas tendría por superiores a tres obispos. Temía él que fuera rechazada y la nuestra concedida. La Sra. Marquesa de la Lande, que quiso ser nombrada en nuestra bula como segunda fundadora junto con la Sra. de la Rocheguyon, instó al R. P. Morin presionara al R. P. Bertin para el envío de nuestra bula. Este no se apresuró a pesar de tantas solicitudes. Este largo retraso me molestaba; tu bondad me envió a san Miguel y a san Dionisio para consolarme. Me encontraba haciendo oración en una capilla de la iglesia de los padres de santo Domingo del barrio de san Honorio, que en la actualidad se encuentra dentro de la ciudad. San Miguel blandía una espada en una mano y en la otra una balanza. Yo comprendí que esta espada era para defendernos y la báscula para pesar nuestra paciencia.

[246] San Dionisio llevaba su cabeza entre las manos, mostrándome que había sufrido por el Verbo Encarnado, y que me protegería como Patrón y Apóstol de Francia. En otra ocasión se me apareció revestido de alba y estola, como cuando se disponía a celebrar los sagrados misterios. Después de él, se me apareció san Jerónimo, revestido como se pinta a san José, a la usanza de los judíos. Cuando todos estos santos desaparecieron, me hiciste comprender que me los habías enviado para instruirme, alegrarme y consolarme, y que me los dabas para ser mis maestros.

San Miguel, como dije antes, me enseñaría tus misterios divinos mediante irradiaciones e ilustraciones brillantes y sublimes; san Dionisio tenía orden tuya de instruirme en la teología mística, y san Jerónimo en la santa Escritura. Lo confirmaste diciéndome: "Hija, por medio de estos favores, puedes conocer las inclinaciones de mi bondad hacia ti." Mientras esperaba esta bula, tu Majestad me ordenó escribir sobre los cuatro desposorios que había deseado realizar con nuestra humanidad, con la santa Virgen, y con la Iglesia, así como el que se dignó hacer conmigo, la más indigna [247] Me dijiste explicara el Cántico de Amor, y que tu Espíritu me instruiría con abundancia de luces que confiara en él, ya que realizaría en mí las palabras escritas por san Juan: El que crea en mí, como dice la Escritura, de su seno correrán ríos de agua viva (Jn_7_38).

"Con esto me refería a los que han recibido mi Espíritu, que enseña toda verdad a quien le place: El viento sopla donde quiere, y oyes su voz (Jn_3_8) a ti, hija mía, es dada la gracia de escuchar mi voz, de sentir mi aliento, de ver el esplendor del Padre de las luces, que de su benigna voluntad te ha enviado el don más alto y perfecto, no permitiendo que los obstáculos de las creaturas te hagan sombra. El engendra en tu alma y hace nacer felizmente claridades cautivadoras, que no debes ocultar, sino iluminar con ellas a todos los que viven en mi casa, a fin de glorificar a tu Padre celestial, cuya gloria debes buscar, y no la tuya. Que al hacer la voluntad divina no te preocupe el juicio de los hombres. Recuerda que yo mismo envié a Magdalena a los Apóstoles para anunciar mi Resurrección, y aunque su misión fue verdadera, mis discípulos no quisieron creer ni a ella ni a las otras mujeres que yo había resucitado. Regresando del sepulcro, anunciaron todas estas cosas a los Once y a todos los demás. Las que decían estas cosas a los apóstoles eran María Magdalena, Juana y María la de Santiago y las demás que estaban con ellas. Pero todas estas palabras les parecían como desatinos y no les creían (Lc_24_9s).

[248] "Pedro, que estaba destinado para conocer y decretar las verdades de la fe, se levantó y corrió al monumento: Pedro se levantó y corrió al sepulcro. Se inclinó, pero sólo vio las vendas y se volvió a su casa, asombrado por lo sucedido (Lc_24_12). Pedro, quien había recibido la revelación de mi divina filiación; Pedro, que había visto mi gloria en mi transfiguración en el Tabor; Pedro, que había estado en el Jardín de los Olivos, donde fui transfigurado de otro modo, cubierto de sudor sanguinolento causado por los pecados de los hombres, quiso cerciorarse si las visiones y las revelaciones de las mujeres eran verdaderas. Conoció que era así: al inclinarse ante el sepulcro vio a los ángeles; vio signos visibles de la cosa invisible que era mi resurrección, la cual no era vista sino de aquellos y aquellas a quienes me plugo manifestarme. Pedro creyó y admiró las maravillas que se habían realizado después de ver los lienzos o sudarios en los que mi cuerpo había sido envuelto y cubierto.

"Pedro, que después de mí debía ser la piedra fundamental, como Vicario General mío, que yo dejaba como cabeza visible de mi Iglesia, contra la cual las puertas del infierno no podrían prevalecer, quiso asegurarse él mismo de mi Resurrección como el misterio más importante de la religión católica, según el dicho del vaso de elección: Y si no resucitó Cristo vacía es nuestra predicación, vacía también vuestra fe. Y somos convictos de falsos testigos de Dios (1Co_15_14s).

[249] "Pedro no fue solo al sepulcro, sino que vino acompañado de Juan, mi predilecto, quien recibió el favor de asistir al Tabor, la gracia de encontrarse en el huerto, y la fuerza de permanecer firme en el Calvario cuando tembló la tierra, las piedras se partieron y los sepulcros se abrieron para dejar salir a sus muertos que resucitaban para afirmar la Resurrección del primer nacido de entre los

muerdos. Juan, que había visto el agua y la sangre correr de mi costado abierto, y a quien yo destinaba a ser testigo de las más augustas visiones que serán jamás comunicadas a los hombres; Juan, a quien debían ser revelados los misterios más profundos; Juan, cuyo Apocalipsis no es sino un conjunto de misterios, lo mismo que palabras, secretos y sacramentos que todos los siglos no podrán expresar.

"Soy yo, el Verbo Increado y Encarnado, quien aparece en ellos como el Alfa y el Omega. Yo los declaro a quien me place; soy un espejo voluntario que hace ver mis bellezas según mi voluntad. Soy este Verbo de vida del que mi favorito habla claramente, diciendo: Lo que existía desde el principio, lo que hemos oído, lo que hemos visto con nuestros ojos, lo que contemplamos y tocaron nuestras manos acerca de la Palabra de vida, pues la Vida se manifestó y nosotros la hemos visto y damos testimonio (1Jn_1_1). Querida Hija, este discípulo bien amado escribió las visiones y los favores que le comuniqué. El dijo la verdad impulsado e inspirado por el Espíritu de la verdad, que es el mismo Espíritu que [250] desea que tú escribas las que nuestro amor te ha comunicado y te comunica. Recuerda, hija, que te dije, hace ya más de veinte años, que eres como la pluma de un ágil escribano, y que no fue sin una Providencia singular que, siendo niña, encontraste al abrir el Oficio de las Horas estos versos del (Sal_44_1s): Bulle mi corazón de palabras graciosas; voy a recitar mi poema para un rey: es mi lengua la pluma de un escriba veloz.

Mi muy querido Esposo, me admiraba mucho ante estas palabras, pues no entendía en ese tiempo lo que me querías decir con ellas. Mi corazón, mi lengua y mi pluma son tuyas; dales los movimientos que más te agraden; y si te place, obra según tu promesa: que escriba yo siempre según tu Espíritu de verdad, y continúes, por bondad, el don que me hiciste del agua y de la sangre que esta águila vio correr distintamente de una misma fuente, lo cual nos muestra tus dos naturalezas, que no tienen sino un mismo cimiento, y que podemos adorar en ti sin mezclar las sustancias, y que la comunicación de idiomas no admite confusión alguna.

Muy querido Amor, concédeme el favor de que, al hablar de tus maravillas, no embrolle los espíritus de quienes las leerán con intenciones sinceras tal y como yo las escriba, que son seguir en todo tu voluntad, procurando tu gloria y la salvación de las almas. Tú me [251] prometiste que en mí y por mí darás testimonio de ti, y que lo seguirás dando, apropiándome estas palabras: Yo soy el que doy testimonio de mí mismo y también el que me ha enviado, el Padre, da testimonio de mí. El que me ame, será amado de mi Padre; y yo le amaré y me manifestaré a él (Jn_8_18) (Jn_14_21).

Muy querido Amor, cuántas veces te he preguntado: ¿Qué te lleva a manifestarte tan claramente a mí? Tu misericordiosa bondad que se complace en ofrecerme estos grandes favores, que tantas personas más dignas que yo no reciben, es del agrado de tu Padre y del Santo Espíritu visitarme y hacer su morada en mi alma, siendo para ella testigos irreprochables al decirme: "Hija, proclama con fuerza todo lo que te mandamos decir sobre nosotros; nuestro testimonio es verdadero: Pues tres son los que dan testimonio: el Espíritu, el agua y la sangre, y los tres convienen en lo mismo. Si aceptamos el testimonio de los hombres, mayor es el testimonio de Dios (1Jn_5_7s).

"Podemos ver claramente que en tu alma, que es nuestro cielo, las Tres Divinas Personas dan testimonio de ellas mismas, valiéndose de las palabras y de los escritos, y que ellas no son sino un Dios muy sencillo en esencia; siendo tres hipóstasis distintas, ellas no tienen sino una naturaleza. En tu cuerpo siguen manifestándose las operaciones de Aquél que ha venido a ti por el Espíritu, el agua y la sangre.

[252] "Por el Espíritu, pues si él mismo no te condujera, en qué dédalo o laberinto te meterías al escribir con tanta frecuencia sobre los misterios divinos que no pueden ser conocidos de una joven sin estudios, sin la unción de este Espíritu que te ilumina con tanta claridad, que hablas de ellos como si se tratara de cosas visibles y familiares, pero con tanta abundancia, que parece claramente que llevas en ti a Aquél que es la fuente de agua viva, y que su sangre te vivifica lo mismo que a tus palabras, siendo tú quien distribuye lo que esta sangre te ha dado y vertido en ti con abundancia, para curar las picaduras de tus enemigos, que desearían hacerte morir con su veneno. No temas, hija, las Tres

Divinas Personas no te abandonarán. El que viene a ti por el Espíritu, por el agua y por la sangre, es tu Esposo fiel.

"Soy yo quien ha testimoniado y quien dará testimonio de sí mismo. Si se acepta el testimonio de los hombres, el que viene de Dios es más fuerte para persuadir de las verdades que se manifiestan plenamente. Te confirmo, además, estas palabras: ¡Feliz, la que ha creído que se cumplirían las cosas que le fueron dichas de parte del Señor!" (Lc_1_45).

Espíritu de Amor, te respondo por labios de aquella que te ha recibido en una superabundante manifestación: Engrandece mi alma al Señor y mi espíritu se alegra en Dios mi salvador (Lc_1_46).

OG-01 Capítulo 57 - [253] Que el Verbo Encarnado quiso consolarme y aliviarme; en su bondad, me prometió que concedería un gran favor al Rey, por medio del Santísimo Sacramento. Cómo me manifestó no ser su deseo que la Orden del Verbo Encarnado fuera unida a la del Santísimo Sacramento, y de otras gracias que Dios me concedió.

La víspera de san Lorenzo, encontrándome indispuesta, me acosté después de haber comulgado. Tu bondad, que se inclina siempre favorablemente a mí, quiso alegrarme en el lecho, donde estaba postrada no solamente por enfermedad corporal, sino afligida espiritualmente por una hermana que no viene al caso nombrar. Me dijiste: "Hija, vine a consolarte y para decirte que tengas confianza en mí. Estableceré mi Orden por medios que nadie imagina. Tú verás la unión de la tiara y de la corona de Francia en esta fundación. Repite con David: Tengo fe, aún cuando digo: "Muy desdichado soy", yo que he dicho en mi consternación: "Todo hombre es mentiroso." ¿Cómo a Yahvé podré pagar todo el bien que me ha hecho? La copa de salvación levantaré, e invocaré el nombre de Yahvé (Sal_116_10s). Habla, hija mía, de mis maravillas porque no puedes dudar de las verdades que te enseñó. Yo he permitido que te veas afligida, a fin de hacerte practicar este gran sentimiento de humildad que sientes en tu alma, y puedes decir a quienes ignoran el exceso del amor que siento por ti, que todo hombre es mentiroso cuando piensa afligir al alma que yo consuelo." Mi divino Consolador, ¿qué puedo ofrecerte en reconocimiento [254] de tantas gracias que continuamente me das? "Tomarás el cáliz de tu salvación invocando mi Nombre sobre ti, mientras espero que me ofrezcas tus votos delante de todos los pueblos que haré testigos de mis misericordias sobre ti. Obraré una maravilla para Luis XIII, quien se encuentra al presente en Lyon, para gloria de mi divino Sacramento. Espera con paciencia y mansedumbre; no temas nada, rebañito mío, porque mi Padre celestial se ha complacido en darte el reino en el tiempo divinamente previsto y asignado."

Durante el mes de septiembre, el R. P. de Lingendes supo que nuestro buen Rey se encontraba enfermo. Me pidió rezara por su salud, y que por la virtud del divino Sacramento te pidiera la salud de Su Majestad. Me puse a orar día y noche delante de este trono de la gracia, pues me hallaba en la tribuna que la Señora de Longueville había mandado construir en la Iglesia de santa Magdalena, que es la iglesia parroquial en la calle Ville l'Evêque. Conjuré a tu bondad diera alivio a nuestro buen Rey, lo cual no me rehusaste. El R. P. de Lingendes pidió al R. P. Souffrain rogara a nuestro Rey favoreciera el establecimiento del Verbo Encarnado, pero el R. P. Souffrain respondió que la Señora de Longueville estaba en Lyon con sus Majestades y había pedido al Rey [255] favoreciera con su autoridad la fundación de las Hijas del Santísimo Sacramento, por cuyo medio había obtenido la gracia de su curación. El piadoso Rey le había prometido su apoyo con Mons. de París, y expedir cartas para dicho establecimiento, las cuales habían sido ya firmadas y selladas por el Señor Guarda-Sellos, y que no se atrevería a interceder al mismo tiempo en favor de la fundación del Verbo Encarnado. Sería mejor, sugirió, unirse a estas religiosas, ya que ambos institutos tienen tanto en común, y que nuestra bula tenía incisos que se encontraban en la de ellas.

El P. Souffrain, que tenía reconocida reputación de sabio, santo y hombre de gran virtud, dijo en su respuesta al R. P. de Lingendes, que pensara en esta unión y comisionó a la Sra. de la Lande encontrara el modo de hacer hablar a la Sra. Duquesa de Longueville, nombrada fundadora en la bula del Santísimo Sacramento. La Señora de Longueville quería esta unión, habiéndose enterado en Lyon. Al consultar al R. P. Voisin, lo que éste pensaba de mí y mi proyecto, el padre habló con su caridad ordinaria, y según el conocimiento que tenía de las grandes gracias que me habías concedido. El R. P. Morin quiso sondear los sentimientos de las Hijas de Port-Royal con referencia a esta unión, y encontró en ellas grandes esperanzas de lograr su fundación, y que si se dignaban unirnos [256] a ellas, debíamos adoptar su bula y sus Constituciones, y sumergir nuestro Instituto en el de ellas, como una gota de agua en el mar.

Al enterarme de sus exigencias, humillé mi espíritu delante de ti, Señor mío, y exclamé: "Querido Amor, haz patente tu voluntad. Todos los espíritus de quienes tratan nuestros asuntos se inclinan a esta unión. El mío se encuentra muy lejos de ello; si esto es un deseo de mi propia gloria y una resistencia al desprecio que se muestra a nuestro designio, renuncio a mis propios sentimientos para seguir los tuyos." Habiendo dicho estas palabras y otras parecidas, me hiciste escuchar: Separadme ya a Bernabé y a Saulo para la obra a la que los he llamado (Hch_13_2).

"Hija, no deseo que sean unidas estas dos Ordenes. Quiero que ustedes vivan separadas de estas religiosas, que por ahora son hijas de la consolación, pues todo les sonrío. Bernabé significa hijo de la consolación, y tú eres un pequeño Pablo, a quien mi Providencia ha destinado a sufrir grandes contradicciones. Endureceré el corazón de quienes deberían ayudarte, para hacer ver en ti y en esta Orden el poder de mi derecha, que con su virtud te exaltará cuando llegue el tiempo para ello. No dudes, hija; soy yo quien te predice estos sufrimientos. Estaré contigo para hacerte crecer en medio de las contradicciones; podrás, así, decir: En la angustia tú me abres salida (Sal_4_2). Estas religiosas no se extenderán como ellas presumen, porque se apoyan en los grandes de la tierra. [257] Entiende lo que quiero decirte, pues el Señor te dará la inteligencia de todo (2Tm_2_7). Este Señor es tu Esposo, que está ante ti y que contempla lo que vas a sufrir por él.

"No puedes decir que esta profecía no se refiere a ti, ni que el oráculo de la verdad calla ante ti. Si se desea afligirte al contradecirte para suprimir las luces que te comunico y que la prudencia de los tiempos te hace callar, sabe, hija mía, que: La Palabra de Dios no está encadenada. Es cierta esta afirmación (2Tm_2_9s). Repite con mi Apóstol: Por eso todo lo soporto por los elegidos, para que también ellos alcancen la salvación que está en Cristo Jesús con la gloria eterna (2Tm_2_10). Hija, si te unes a mis sufrimientos, reinarás conmigo. Sin embargo, el sólido fundamento puesto por Dios se mantiene firme, marcado con este sello: El Señor conoce a los que son suyos (2Tm 2,19). Les conozco y bendigo, así como las marcas del signo de mi Cruz, que las invitan a seguirme llevando la que mi sabiduría les permite y envía para ser mis imitadores."

OG-01 Capítulo 58 - Cómo Nuestro Señor se me apareció, llevando mis lágrimas a manera de ceñidor, habiéndolas enaltecido divinamente sobre sus hombros sagrados, y cómo me explicó las maravillas de su bondad hacia mí.

El P. Bertin envió nuestra bula después de enterarse que el Rey y el Parlamento habían concedido cartas [258] de autorización para el establecimiento de las Hijas del Santísimo Sacramento, y que el Sr. de la Ville l'Evêque se había dirigido por escrito a Mons. de París, de parte del Rey, para la fundación de las Hijas del Santísimo Sacramento. Durante estos trámites, esperábamos tu hora con paciencia.

Yo te decía: Tenme piedad, oh Dios, tenme piedad, que en ti se cobija mi alma; a la sombra de tus alas me cobijo (Sal_57_2). Aguardando que tu Providencia dispusiera de todos sus designios,

escribí, según tu mandato, sobre el Cantar de los Cantares. Al tener la pluma en la mano, no pensaba en los disgustos y aflicciones de una esperanza diferida; pero al estar en oración, me deshacía en lágrimas, sin poder retenerlas a pesar de la violencia que me hacía. Señor, te decía, si mi esperanza en ti es tan firme, ¿por qué lloro tanto? ¿Es que deseas hacerme ver la debilidad de mi sexo? Mis ojos son dos canales que fluyen continuamente, sin que mi alma conozca la causa. Cuando tú le hablas, no se asombra de tus ternuras, ni cuando tu Espíritu sopla con todo ardor para fundirla. Ella recuerda entonces las palabras del Salmista: Envía su palabra y se derriten, sopla su viento y corren las aguas (Sal_147_18). Sabe que; tú eres la fuente y que te dignas fluir en tus jardines de recreo: ¡Fuente de los huertos, pozo de aguas vivas, corrientes del Líbano fluyen! (Ct_4_15).

[259] Cuando ella sabe que estás presente, sus lágrimas son delicias para ella; las ve como testimonios del amor que te tiene, del cual tiene un signo seguro, que es la llama viva que produces en mi corazón. Ahora, sin embargo, este fuego está escondido como en un pozo profundo y seco, así como el fuego sagrado del tiempo de la cautividad de los judíos. No sabe qué pensar de estas lágrimas, cuya causa y motivos desconoce; al encontrarse en estos fríos, exclama: Levántate, cierzo, ábrego, ven! ¡Soplad en mi huerto, que exhale sus aromas! (Ct_4_16).

Tu bondad, que es todo un mediodía ardiente de caridad, no se puede contener sin hacerme sentir los ardores que ella siente por mí. Fue ella quien te urgió, en forma divina, a visitarme: te me apareciste glorioso, portando un ceñidor admirablemente confeccionado, del que pendían lágrimas maravillosas en forma de brillantes. "Hija," me dijiste, "estas lágrimas son mis delicias y las de mi corte celestial; son lágrimas que tú has vertido sin saber su principio ni su fin, ni a qué pueden ser útilmente dirigidas y empleadas. Esposa querida, son más preciosas para nosotros en el cielo que las perlas orientales son para ustedes [260] en la tierra y la pedrería que tanto estiman los hombres. Todo ello no sirve sino para ornar el cuerpo durante esta vida mortal, pero estas lágrimas derramadas por mi amor son recompensadas y metamorfoseadas en perlas que embellecen el alma y que adornarán el cuerpo durante la vida eterna después de la resurrección universal. Las lágrimas son admiradas en el Louvre de la gloria, el cielo empíreo, porque ahí no pueden producirse, por ser un lugar de felicidad, a cuya entrada los bienaventurados han recibido la corona después de haber yo enjugado sus lágrimas al terminar su vida mortal.

"Las lágrimas acrecientan el gozo accidental de los santos cuando son derramadas por actos de amor y de contrición por las personas durante su vida, y que imitan las virtudes de estos afortunados ciudadanos del empíreo. Estas almas simples y pacíficas son como ovejas que acaban de lavarse y como palomas que residen cerca de los manantiales y ríos de las aguas de la gracia: Sus ojos como palomas junto a arroyos de agua, bañándose en leche, posadas junto a un estanque (Ct_5_12).

"Estas almas de paloma y estas tórtolas sagradas son agradables a los santos que les han dado ejemplo de llorar por la ausencia de una Majestad a quien ellas aman, y que les ha amado desde la eternidad para hacerlas felices. Los santos presentan en sacrificio estas lágrimas al Dios todo bondad, como David presentó el agua que los soldados habían conseguido con peligro de sus vidas, para satisfacer su necesidad y su deseo. Hija, me agrada esta ofrenda, pero más aún la de las lágrimas que el amor produce y hace merecer la [261] vida eterna. Magdalena derramó lágrimas a la medida de su amor. Ella amó mucho; ella lloró mucho. San Pedro derramó tantas como amarga fue su contrición. Gozó de tanta dulzura en la misma proporción en que sufrió de amargura y de dolor durante su vida, desde el momento en que le miré después de sus negaciones: Y el Señor se volvió y miró a Pedro. Y, saliendo fuera, rompió a llorar amargamente (Lc_22_61s). este flujo continuó todo el resto de su vida, pudiendo decirme: De mi vida errante llevas tú la cuenta, ¡recoge mis lágrimas en tu odre! (Sal_56_9). En el colmo de mis cuitas interiores, tus consuelos recrean mi alma (Sal_94_19). Hija, al revestirme de tus lágrimas, me glorifico; ¿las ves transparentes y brillantes?

"Confieso, delante de mis bienaventurados, que tal adorno me place y que lo estimo como bello y precioso: Vestido de esplendor y majestad, arropado de luz como de un manto (Sal_104_2). Estas

lágrimas son un firmamento que me rodea; son aguas que se han levantado hasta mí: Dijo Dios: Haya un firmamento por en medio de las aguas, que las aparte unas de otras." E hizo Dios el firmamento; y apartó las aguas de por debajo del firmamento, de las aguas de por encima del firmamento. Y así fue. Y llamó Dios al firmamento "cielos" (Gn_1_6s). Te ofrezco un cielo sólido sobre el cual yo reposo al llevarte yo mismo por divina inclinación. Yo ensancho tus pensamientos al multiplicar en ti mis luces admirables. Tú despliegas los cielos lo mismo que una tienda, levantas sobre las aguas tus moradas (Sal_103_2s). Querida hija, estas lágrimas suben hasta mí como un vapor agradabilísimo, que yo convierto en nubes sobre las cuales me agrada hacer ascensiones maravillosas y volar sobre los vientos de tus suspiros."

Querido Amor, esto es entonces lo que David proclama en voz muy alta, extasiado de admiración ante tus ascensiones amorosas: [262] Haciendo de las nubes carro tuyo, sobre las alas del viento te deslizas (Sal_103_3b). "Estas lágrimas son agradables a mis ángeles, que son espíritus, ministros de fuego y de llamas. Ellos vienen a contemplar estas aguas maravillosas que manan de los ojos de quienes me aman, que envió desde los cielos. Ellos admiran estos cielos elevados de las almas que las atraen a mí. Ellos miran los cuerpos que ellas informan exentos, por mi gracia, de movimientos impuros, como si no fueran frágiles. Soy yo, hija mía: Sobre sus bases asentaste la tierra, incommovible para siempre jamás, (Sal_104_5) porque estos cuerpos, en virtud de la recepción del mío, santo y sagrado, resucitarán y serán inmortales e incorruptibles durante toda la eternidad. Esto es lo que admirará a los ángeles, porque ellas serán espiritualizadas, habitando en el empíreo en una bienaventurada felicidad que se puede definir como libertad celestial.

"Ya no se verán atadas por matrimonios, como en esta vida, pues en la resurrección, ni ellos tomarán mujer ni ellas marido, sino que serán como ángeles en el cielo (Mt_22_30). Del océano, cual vestido, la cubriste, sobre los montes persistían las aguas (Sal_104_6).

"Hija, admira cómo un abismo de dolor ha llamado a otro abismo de dulzura; tus lágrimas, que parecían ser un abismo de aflicciones, han atraído a mi bondad, que es un abismo de amor; mi bondad desea revestir mi cuerpo glorioso, que es la tierra sublime de sus preciosas lágrimas, como de un vestido que hago brillante de hermosura; mi cuerpo santo se ha hecho el cielo sublime; y la más elevada montaña que haya en el reino estima una gloria verse cubierta de tus lágrimas. Mi espalda sagrada fue capaz, aunque en figura, de dar a Moisés una muestra de todo bien; se complace al presente en llevar las aguas de tus lágrimas como un [263] tahalí glorioso, como una cadena que este Dios amoroso ha confeccionado él mismo. Y a la manera de una capa deslumbradora de belleza, mucho más agradable que si hubiera sido de las más ricas telas realzadas con bordados y sembradas de brillantes: Sobre los montes persistían las aguas (Sal_103_6). Tus lágrimas son divinamente realzadas por la gracia de Aquél a quien el sabio llama: la fuente de sabiduría del Verbo de Dios que está en lo alto; (Si_1_5) las porta cuando desea aparecer con el atuendo completo de fiesta solemne. Los ángeles recogen las lágrimas de los pecadores convertidos, que es el día de su más grande gozo. Ellos hacen por ellas sus grandes solemnidades. Ellos las presentan a la santa Trinidad como el fruto que más le agrada.

"Admiro, mi bien amada, el placer que el divino Padre experimenta al contemplar a su Hijo bien amado, que es su campo bendito, regado por las lágrimas que dignamente le ofrezco en reconocimiento del rocío de agua que él te ha dignado destilar, porque es en sí amorosamente bueno y comunicativo. El es el Padre de las misericordias y el Dios de toda consolación, que para consolarte envía a la tierra a su Hijo único, imagen de su bondad, manantial fuerte y vivo: Tú haces brotar en los valles los manantiales, que corren luego entre los montes (Sal_104_10). Soy yo quien personifica esta sabiduría que descende a los valles, y que hace brotar en los corazones humildes fuente de gracias. Soy yo quien envía las aguas que pasan sutilmente entre las montañas de las elevaciones del espíritu; ella se presenta delante de mi trono en presencia de mis santos, que son por tanto los montes que se alegran al ver estas lágrimas, que obtienen de mí por mi gloria y por la salvación de las almas.

Experimenta, hija, esta verdad: Bienaventurados los que lloran, porque ellos serán consolados (Mt_5_5). De tus altas moradas abrevas las montañas, (Sal_104_13) y a cambio de estas lágrimas serán concedidas gracias sublimes. Es un don del Padre celeste que viene de lo alto, quien hace producir a las almas las obras que me complacen.

"Magdalena había llorado antes de verter sobre mí su perfume, anticipando mi sepultura. Yo afirmé que ella había hecho una buena obra, la cual sería mencionada junto con la predicación de mi Evangelio. Yo reprendí a mis discípulos de los pensamientos que tuvieron contra esta acción, así como me quejé a Simón el Fariseo por no haberme rendido un testimonio de amor parecido a los de esta penitente, [264] que sabía amar de verdad, diciéndole: ¿Ves a esta mujer? Entré en tu casa y no me diste agua para los pies. Ella, en cambio, ha mojado mis pies con lágrimas, y los ha secado con sus cabellos. No me diste el beso. Ella, desde que entró, no ha dejado de besarme los pies. No ungiste mi cabeza con aceite. Ella ha ungido mis pies con perfume. Por eso te digo que quedan perdonados sus muchos pecados, porque ha mostrado mucho amor (Lc_7_44s).

Querido Amor, debo amarte mucho, porque me has perdonado tantos pecados, los cuales se me prohíbe mencionar en este relato de mi vida. Tu sabiduría lo ha permitido para hacerme conocer que ella dispone de todo sabiamente, a fin de que olvide lo que es mío y recuerde lo que procede de tu bondad, y así, diga con el Apóstol: Pero una cosa hago: olvido lo que dejé atrás y me lanzo a lo que está por delante, corriendo hacia la meta, para alcanzar el premio a que Dios me llama desde lo alto en Cristo Jesús (Flp_3_13s).

OG-01 Capítulo 59 - Que Dios defiende su Orden contra la rabia de los demonios, ordenando a san Miguel y a sus ángeles combatir por él, cómo lo hicieron por la Encarnación. Nuestro Señor me apropió las palabras de Jeremías, del Apocalipsis y de Isaías.

Olvidándome de mí y de las imperfecciones que cometo, no debo olvidar la secuencia de esta narración de tus misericordias, que sigues prodigando sobre mí como si ellas fuesen para mí sola y para todo lo que puede hacerme feliz. Ellas previenen todo aquello que podría causarme disgusto, para desviarlo y en verdad, puedo [265] afirmar que no me siento ofendida sino por mí misma, y que los demonios furiosos contra el establecimiento de tu Orden no la podrán dañar, pues tienen poder tanto cuanto se los permites.

El que tentó al Faraón, que se me apareció en forma y apariencia de un muerto obstinado a resistir todo lo que es para tu gloria en esta Orden, y el que tentó a Ario, que adoptó la figura de una persona que se complace en burlarse y mofarse de lo que no puede impedir completamente; ellos no han podido detener el curso de tu Providencia sobre este Instituto. San Miguel y sus ángeles están para socorrernos. Estos tienen la misma naturaleza y están iluminados con la gracia y la gloria que les hace más fuertes que aquellos que tienen este natural y los atributos que tu poder les habría dado si no se hubieran hecho culpables de lesa majestad divina y humana, al rehusar adorar la divinidad que deseaba unirse a la naturaleza humana. No pudiendo impedir que tu amor, oh divina bondad, inclinara y urgiera a la segunda Persona a revestirse de un cuerpo en las entrañas de una Mujer, haciéndose hombre para llegar a ser el Hombre-Dios, ni que fueses llamado el Verbo Encarnado para hacernos consortes de tu naturaleza divina. La vista de esta Virgen incomparable, que estaba destinada desde la eternidad a ser tu Madre, para encerrar en su cuerpo virginal al Hombre Oriente que debía ser esta novedad admirada sobre la tierra, según el dicho del Profeta, quien anunció: Pues ha creado Yahvéh una novedad en la tierra: la Mujer ronda al Varón, (Jr_31_22) este anuncio acrecía las furias de [266] estos espíritus rebeldes contra ti y contra todos los hombres, cuya naturaleza hubieran querido destruir si hubieran podido hacerlo, lo cual muestra claramente el Capítulo 12 del Apocalipsis: Una gran señal apareció en el cielo: una Mujer, vestida de sol, con la luna bajo sus pies, y una corona de doce estrellas sobre su cabeza; está encinta, y grita con los dolores del parto y con el tormento de dar a luz. Y apareció otra

señal en el cielo: un gran Dragón rojo, con siete cabezas y diez cuernos, y sobre sus cabezas siete diademas. Su cola arrastró la tercera parte de las estrellas del cielo y las precipitó sobre la tierra. El Dragón se detuvo delante de la Mujer que iba a dar a luz, para devorar a su Hijo en cuanto lo diera a luz. La Mujer dio a luz un Hijo varón, el que ha de regir a todas las naciones con cetro de hierro; y su hijo fue arrebatado hasta Dios y hasta su trono. Y la mujer huyó al desierto, donde tiene un lugar preparado por Dios para ser allí alimentada mil doscientos sesenta días. Entonces se entabló una batalla en el cielo: Miguel y sus Ángeles combatieron con el Dragón. También el Dragón y sus Ángeles combatieron, pero no prevalecieron y no hubo ya en el cielo lugar para ellos (Ap_12_1s).

"Hija, esta Mujer adorable, que estaba encinta de un Hijo varón, era la figura de mi Madre y de mí que debía ocultarme en su vientre, en el cual quise tomar un cuerpo y hacerme el primer nacido entre muchos hermanos, permaneciendo vivo en el seno de mi Padre al mismo tiempo que visitaba a la humanidad para iluminarla con mi luz, la cual oculté en este seno materno, pero no tan completamente que el dragón no tuviera el presentimiento [267] de la ruina de su imperio. Armado de cólera, se levantó con arrogancia, lo cual puedes notar en estas palabras: Un gran dragón rojo, (Ap_12_3) apareciendo con siete cabezas, cada una teniendo su diadema y atrayendo con su cola la tercera parte de las estrellas como soldados suyos, para que viéndolos se asustara esta Mujer, en cuya presencia permanecía para atemorizarla él mismo, creyéndose lo suficientemente temible para infundirle miedo y para hacerla abortar de pavor y devorar a su hijo varón con su hocico bestial.

"Aparentaba majestuosidad con sus cuernos, ignorando las invenciones poderosísimas de la amorosa Providencia de un Dios que ama a los hombres y al hijo de esta Mujer, el cual era indiviso y único de su Padre Eterno, con el que es igual y sin quitarle nada, posee la misma divinidad que le atrajo al trono y levantó en vuelo a esta Mujer admirable que era su augusta Madre en la soledad donde este Dios todopoderoso le había preparado una morada singular conveniente a aquella que es incomparable, cuyas excelencias sólo Dios puede conocer y darle el trato conveniente a la dignidad que le estaba destinada desde la eternidad. Miguel, teniendo más celo por la gloria de mi Madre que odio tenía el dragón hacia sus preeminencias, combatió con sus ángeles [268] contra este dragón inflado de orgullo y toda su corte, echándolos del cielo al cual jamás volverán, y si guardan su malicia envenenada para afligir a la descendencia de esta Mujer, la tierra de mi Humanidad santa absorberá este diluvio, confundirá a los demonios y será la muerte de la muerte que el dragón y serpiente antigua ha procurado a los hombres mediante las solicitudes que les hace y les ha hecho todos los días para ofender a su Creador. Yo seré la mordedura del infierno; yo engulliré este río: Pero la tierra vino en auxilio de la Mujer: abrió la tierra su boca y tragó el río vomitado de las fauces del dragón (Ap_12_16).

De hecho, he devorado a la muerte, la he absorbido: La muerte ha sido devorada en la victoria. ¿Dónde está, oh muerte, tu victoria? ¿Dónde está, oh muerte, tu aguijón?" (1Co_15_54). Al conversar sobre los poderes, los esplendores y la fecundidad que tu divina bondad ha comunicado a tu Madre, y siendo tú Hijo suyo, arrebataste mi espíritu, lleno de admiración ante sus maravillas; habiéndolo elevado por amor, me dijiste: "Hija, hablaba yo de las supereminencias de mi Madre con estos dos textos de la Escritura: el de Jeremías y el del Apocalipsis, cuyo cumplimiento reconoce toda la Iglesia, por haberse hecho realidad en mí y en mi augusta Madre. Cuando tomé de ella mi Humanidad y absorbí la muerte con mi muerte, vencí al infierno, del cual he sido y sigo siendo el bocado que no ha podido digerir. Los limbos me han reconocido; todos los Padres y todas las [269] almas que se encontraban cautivas en ellos salieron en pos de mí. Yo conduje cautiva a la cautividad, elevándome sobre todos los cielos y concediendo a la humanidad dones de los que mi Apóstol hizo distinciones, asegurando que subí a lo alto para llevar todas las cosas a su plenitud: Este que bajó es el mismo que subió por encima de todos los cielos, para llenarlo todo (Ef_4_10).

Querida hija, entre todos los destinatarios de los dones, te miraba para dártelos con largueza, y para hacer ver en ti a los ángeles y a los hombres una reproducción mística de los misterios más

renombrados y más orientados a mi gloria visible y a la salvación de los hombres. Sufre, aunque te sientas confusa, pues te digo que tú sigues siendo esta mujer maravillosa sobre la tierra, que encierra en forma mística al Hombre Oriente que soy yo. Eres tú esta mujer que fue un signo prodigioso revestido de sol, coronada de estrellas y calzada con la luna, que tienes bajo los pies, despreciando las vicisitudes y las vanidades de la tierra; tu mente rebosa de ciencia. Los doctos, en Daniel, son comparados a las estrellas que brillarán en perpetua eternidad; los esplendores con que adorno tu alma, irradian al exterior. Tienes varios testigos de estas claridades, aunque ignores, como Moisés, que tu mente y tu rostro aparecen iluminados con frecuencia. Estos rayos que tú no ves, son visibles a los demás cuando yo lo juzgo conveniente para infundirles devoción y respeto a mi Majestad, que se hace ver en quien le place.

[270] "Debes saber que esto es un signo visible del sol invisible, que te hace su cielo iluminado con sus luces. La constancia que otros perciben al perseverar tú en mis designios muestra tu firmeza, y que no estás agitada por incesantes inconstancias, que son propias de tu sexo. Es mi gracia, hija, que te afirma en mi voluntad. Es mi gracia que te hace agradable a mis ojos. Es mi gracia que desea hacerte mi madre en forma maravillosa, y que te hará dar a luz en la Iglesia, mediante un nacimiento místico una extensión de mi Encarnación, a Aquél que mi Madre parió en Belén. Esto se hará a pesar de las envidias, la ira, la furia de los demonios y las contradicciones de los hombres. Te he dado ojos y alas de águila para verme en el seno de mi Padre, en el foco de los divinos resplandores, y para volar a la soledad de este seno paterno, donde se encuentra el Hijo único que te revela estos misterios, porque ha sido del divino placer honrar de esta manera a aquella a quien se complace en honrar con insignes favores. Como mi Madre jamás levantó la voz, quiso clamar a través de los Profetas que deseaba este nacimiento, y así dio a luz sin dolor.

"Los dolores de parto previnieron a los patriarcas y profetas sobre lo que se muestra claramente en la Escritura. No es necesario que te detengas en ello y en constatar las citas; el Profeta Isaías las proporciona suficientemente, lo cual prueba esta verdad. El deseó que los cielos enviaran su lluvia y que la tierra se abriera para dejar brotar o surgir el germen [271] de David, del cual debía yo nacer. El esperaba que el tallo de la raíz de Jesé saliera y creciera floreciente, pues el Espíritu vendría a reposar sobre ella. Sus esperanzas no fueron defraudadas; sus profecías se han cumplido, y se reproducirán en este Instituto. No lo dudes, hija. Mi espíritu reposa en ti. El se hará conocer bien. ¿Podrías dudar de ello sin afectar la verdad conocida? Ofenderías su bondad, que se llega a ti como amiga muy querida. Puedes ver cómo te sigo favoreciendo con mis dulzuras, y que no eres tú quien sufre los dolores de parto de mi Orden. Los padres que te dirigen los sienten, porque se afligen a causa de esta larga tardanza, mientras que tú aguardas en silencio y en espera confiada al Salvador divino. Yo estoy contigo para regocijarte, para hacerte sentir que mi compañía no causa molestias."

Querido Amor, al estar san Bruno sumergido en la admiración de las dulzuras que experimentaba, se maravillaba y la ensalzaba por medio de exclamaciones: "Oh Bondad, oh Bondad" llamándola por su nombre, para que pudiera reconocer ella misma, divinamente, sus excelencias divinas. Deseosa de imitar a este gran patriarca de los santos, te ruego llegue a ser digna alabanza tuya y tu remuneración suficiente. No ignoro que me has prevenido de bendiciones y dulzuras antes de haberme revelado que deseabas establecer una Orden para honrar tus sagrados misterios junto con tu divina Persona humanada por amor de los hombres. Ya no sé como testimoniarte mi humilde reconocimiento. Permanezco abismada en mi impotencia, adorando tus excelencias supremas y diciendo a todas las creaturas a quienes he invitado a bendecirte y alabarte: Con vuestra alabanza ensalza al Señor cuanto podáis, que siempre estará más alto; y al ensalzarle redoblad vuestra fuerza, no os canséis, que nunca acabaréis (Si_43_32s).

Si por ahora no encuentro palabras para agradecerte los favores que tu [272] bondad ha compartido conmigo, qué puedo hacer sino admirarte en adoración y exclamar con los Serafines: Santo, Santo, Santo es el Señor de los ejércitos. La tierra entera está llena de tu gloria; todo se

estremece de respeto delante de tu Majestad y yo, ¿debo entonces hablar? Isaías dice que siente mal permanecer callado en un silencio que había guardado porque sus labios eran impuros, por habitar en medio de aquellos cuyos pecados le habían ensuciado la boca, y que, estando en esta mala o indigna disposición, había visto con sus propios ojos al Rey y Señor de los ejércitos, el cual miraba con horror los labios manchados de quien debía pronunciar sus oráculos divinos.

"Hija, los labios del Profeta fueron purificados con el carbón encendido que el serafín tomó con tenazas. Después de escuchar que mi Padre, el Espíritu Santo y yo deseábamos enviar una misión a los hombres, exclamó: Heme aquí: envíame, (Is_6_8) a lo cual respondimos: Ve y di a ese pueblo: "Escuchad bien, pero no entendáis; ved bien, pero no comprendáis." Engorda el corazón de ese pueblo; hazle duro de oídos, y pégale los ojos, no sea que vea con sus ojos y oiga con sus oídos, y entienda con su corazón, y se convierta y se le cure (Is_6_9s). Hija, te envío en una misión parecida. Aquellos a quienes hablarás no comprenderán al escucharte; me verán en ti, pero me desconocerán; tus luces los cegarán, tus palabras endurecerán sus corazones; se tapan sus oídos. Cerrarán los ojos a mis claridades; sus esplendores les parecerán tinieblas, porque desearán comprender de un modo natural lo que no puede ser conocido sin una iluminación sobrenatural, la cual no concedo [273] sino a quienes humillan sus almas bajo mi poderosa mano, que porta la luz y lleva en el puño a las estrellas que representan la ciencia como bajo su sello. Ciegos son, hija, los que presumen saber lo que en realidad ignoran."

¿Hasta cuándo, Señor? "Hasta que acepten su ceguera, su ignorancia de mis caminos, y que se refugien en mi misericordia, sin la cual, como tú misma has dicho, ya habrían desaparecido."

Querido Amor, te dije: Escucha mi súplica, Yahvéh, presta oído a mi grito, no te hagas sordo a mis lágrimas, (Sal_39_13) que mis lágrimas lleguen y sean recibidas por ti. Sé bien que las miras, que tus oídos escuchan estas lágrimas que te piden me perdones, así como a todos los que se te oponen: Haz gala de tus gracias, tú que salvas a los que buscan a tu diestra refugio contra los que atacan. Guárdame como la pupila de los ojos. Más yo, en la justicia contemplaré tu rostro, al despertar me hartaré de tu imagen (Sal_16_7s). Mi divino Salvador, si tú eres mi justificación, no sentiré confusión alguna al aparecer en tu presencia. Me sentiré segura cuando tu gloria se me aparezca; es decir, cuando vea que los hombres la procuran en todas sus acciones. Es esto lo que pido de tu bondad y que en esta misión que me has dado de la fundación que te honre, no busquemos sino a ti y la salvación de las almas.

[274] Al volver de este largo éxtasis, me apené mucho al enterarme de que la Srita. Guilloire me había estado esperando tanto, pues nos encontrábamos en la Iglesia de Saint-André-des-Arts, que es su parroquia. Dios mío, ¡hubiera deseado tanto en esa mañana estar en mi soledad teniendo un festín con los pensamientos que después del éxtasis me llenaban! Pero como me aguardaba para llevarme a cenar con ella, su paciencia y cortesía me hubieran hecho sentir culpable, a pesar de no dar yo muestras de lo que me había retenido, y dejándola con sus propios pensamientos, pues la conocía como una persona tanto discreta como caritativa.

OG-01 Capítulo 60 - Cómo se demoró el establecimiento del Verbo Encarnado hasta después del viaje que Monseñor de París debía hacer a san Aubin, lo cual fue Providencial, pues la señora de La Lande se resolvió a dar su dinero de fundación a la Orden de san Benito.

Transcurrieron algunos meses en espera del tiempo oportuno para presentar nuestra bula a Mons. de París, por lo cual no sentía ninguna prisa. La Srita. de Longueville y la Sra. de la Rocheguyon, sobrina suya, fueron de la opinión de presentarla, pero se nos dijo que había que esperar, que la hora no había llegado aún; que Mons. de París deseaba examinarla con su Consejo, compuesto de personas doctas [275] y piadosas, cuya piedad no podía ponerse en duda. Sin embargo, es de pensar

que hay mucha verdad en las palabras de san Pablo: los hombres se fían mucho de lo que sienten y sin llegar a pecar, se permiten tener más celo por las cosas que creen ser según Dios, que por aquéllas a las que no sienten inclinación alguna. En Daniel, los ángeles mostraban claramente diferentes inclinaciones; unos y otros tenían razón, y hubieran resistido santamente más de veintiún días si la Divina Majestad no hubiese enviado a Miguel en socorro de Gabriel, ante quien el Ángel de Persia había resistido tres semanas con buena intención, deseando retener al pueblo de Israel ocupado en el culto divino, para atraer con su ejemplo a quienes tenía a su cargo (Dn_9_11).

Es posible que el buen Señor del Val, llevado de un santo afecto hacia la Orden carmelitana, haya deseado dar a París otro Monte Carmelo, deseoso de ver a las almas entregadas a altas contemplaciones. El señor cura de san Nicolás des Champs, llevado de celo caritativo hacia las almas pecadoras, pensaba estar imitándose al buscar y cargar sobre su espalda y cuidarlas en el convento de las Hijas de la Magdalena, dejando a tu Providencia las noventa y nueve que vivían en tu temor. Mons. Le Blanc, a quien se pidió favorecer a las Hijas del Santísimo Sacramento, pensaba que debía honrar a este sol sobre todos los astros, y procurar que sus esplendores iluminasen nuevamente toda la ciudad de París.

[276] El señor le Blanc dijo a la Sra. Marquesa de la Lande que era necesario unirse con las Hijas del Santísimo Sacramento, ignorando que éstas no se inclinaban a ello, y que tu Majestad me había dicho: Separadme ya a Bernabé y a Saulo para la obra a la que los he llamado (Hch_13_2). La Sra. Marquesa de la Lande vino a decirme lo que el Señor le Blanc le había sugerido. Le respondí: "Señora, sabe usted bien que las religiosas de Port Royal desean establecer esta Orden sin admitirnos junto con ellas. Parece ser que Dios no desea esta unión, y que se conforma con que ellas y nosotras, en nuestros diferentes institutos, convengamos en unidad de fe y de amor hacia este santo Sacramento." El Señor Guial, gran vicario de Mons. de París, mandó decir a la Srita. de Longueville que prometía seriamente ocuparse de la ejecución de nuestra bula sin que pasara por el Consejo de Mons. de París, cuyo espíritu no se opondría, habiéndosele informado que el documento estaba sometido a la jurisdicción del Ordinario.

Como la Señorita de Longueville estaba de acuerdo con el sentir del Señor Guial, dispuso que la Sra. de la Rocheguyon, su sobrina, enviara la bula al Señor Guial, pero la Sra. Marquesa de la Lande, presionada por el celo que le era característico y temiendo que este prelado prolongara mucho dicha ejecución mientras esperaba encontrar el momento oportuno para hablar de ella a Mons. de París, pidió la bula para [277] hacer que fuera presentada por otras personas que tuvieran mayor insistencia que el Señor Guial. La Srita. de Longueville dijo a la Sra. de la Rocheguyon: "Mi parecer es no precipitar este asunto; haga usted lo que le parezca bien, usted y la Sra. de la Lande."

La Sra. de la Rocheguyon, que por deber y por inclinación deseaba seguir el sentir de la Srita. de Longueville, respondió que seguiría con sumisión todos estos consejos, y que sabía bien que yo los seguiría con toda clase de respeto. Entre tanto, Mons. de París fue a visitar a la Srita. de Longueville, con la que se encontraba la Sra. de la Rocheguyon. Les aseguró que deseaba la fundación de la Orden del Verbo Encarnado, pero que les rogaba escucharan las razones que le obligaban a diferirla, que tenían que ver con las Hijas de Port Royal quienes, por mediación de la Sra. Duquesa de Longueville, habían obtenido cartas del Rey para su establecimiento, y que su Majestad había ordenado al Señor de la Ville au-Clerc escribiera al notario con referencia a la ejecución de su bula, en la que se mencionaban tres obispos como superiores, y que posiblemente no se había hecho notar a su Majestad que, si en una diócesis era suficiente un solo obispo, con mayor razón debía bastar un obispo en su diócesis para ser superior de un monasterio. "No pongo en duda la justicia de mi buen príncipe, quien de haber sido informado sobre mis derechos, y de que le hubieran dicho que esta bula rebasaba la autoridad del Arzobispo de París, su bondad, siempre tan ecuánime, hubiera considerado las [278] razones que tengo para rehusar la bula de estas damas y las que me disponen a establecer la Orden del Verbo Encarnado. Si la estableciera rechazando la otra, sin haber informado a mi buen príncipe sobre

mis razones, algunas personas mal informadas podrían decir que no obedezco a sus inclinaciones, y que esto es una desconsideración hacia la autoridad de mi Rey. Señorita, no pido a usted sino cuatro o cinco meses, durante los cuales estaré en san Aubin." Y dirigiéndose a mí, me dijo ¿no puedes esperar más? Veo que la Srita. de Longueville y la Sra. de la Rocheguyon son de mi parecer." Como respuesta, dije: "Monseñor, haría mal en resistir, reconozco el exceso de su bondad, ya que pide la opinión de quien se gloria de seguir y obedecer a lo que es tu voluntad sin haberme yo informado de las razones que le hacen diferir con toda justicia, y que le impiden la ejecución de la bula tan pronto como lo desea. Habrá tiempo suficiente cuando regrese de Saint Aubin."

Este viaje me hizo pensar que la Señora de la Lande, llevada de un santo celo y no pudiendo esperar, se inclinaría a una fundación en la Orden de san Benito; así lo hizo. Tu Providencia, oh mi divino amor, gobernaba los espíritus de estas damas, conservándoles la paz y el amor, y me libraba de los temores que sentía yo de no saber dar gusto a las dos en caso de que ambas llegaran a ser fundadoras.

OG-01 Capítulo 61 - Que se me mandó hacer un viaje a Lyon para gobernar la Congregación que estaba a punto de disolverse; y como la divina Providencia me consoló, prometiéndome su ayuda en abundancia, exhortándome a la perfección.

Al cabo de algunos días recibí cartas de la Congregación de Lyon, donde se me notificaba que ya no eran sino cuatro, y que dos habían tomado la resolución de dejar si no me regresaba inmediatamente a Lyon, y para persuadirme de que no estaban disimulando, hicieron que los padres jesuitas me escribieran. Al P. Binet le repugnaba que saliera yo de París. Se dirigió al P. Milieu para enterarse por él si era absolutamente necesario que hiciera yo el viaje a Lyon. El respondió que sí, y que llevara el dinero necesario, porque las cuatro hermanas de la Congregación carecían de todo, y estaban endeudadas. Me dijo entonces el P. Binet: "Hija, es necesario que [279] vayas a Lyon mientras que Mons. de París realiza su viaje a Saint Aubin, pero no dejes de estar de regreso después de Pascua; quien deja la partida, la pierde. Trataré de mantener a Mons. de París en sus buenas disposiciones; tu bula puede ser puesta en práctica sin someterla a su consejo." La Srita. de Longueville y la Sra. de la Rocheguyon me permitieron ir a Lyon durante cuatro meses.

Todo estaba arreglado para este viaje y yo, como en otras ocasiones, sentía indecible resistencia, derramando en tu presencia, Señor mío, torrentes de lágrimas y preguntándome atemorizada cómo podría yo alimentar cuatro hermanas en Lyon y tres más que llevaría conmigo. divino Paráclito, tú quisiste darme a conocer que eras mi consolador, mi protector y mi Providencia, diciéndome: "Hija, repite con el Rey Profeta: El Señor es mi pastor, nada me falta. Por prados de fresca hierba me apacienta (Sal_23_1s). El Señor te guía; nada te faltará. El proveerá a todo. No temas sufrir necesidad; confía en la Divina Providencia. Descarga en Yahvéh tu peso, y él te sustentará (Sal_54_23).

Pocos días después de recibir de parte de tu voluntad esta seguridad entré en la iglesia de los padres del Oratorio, en la calle de san Honoré. Al estar de rodillas delante del gran altar, elevaste a ti mi espíritu haciéndome ver un cielo que se inclinaba hacia mí, el cual estaba cubierto de maná en forma de semillas de cilantro blancas como la nieve. En el centro de este cielo estaba una paloma que me parecía ser el Espíritu Santo. Yo admiraba cómo este cielo podía estar suspendido, ser movido y producir el maná que sostenía milagrosamente del lado de la tierra. Este maná caía sobre mí, y me parecía comprender, en una forma mística, que me iba a Lyon, y que me seguía como si él hubiera tenido sentido y conocimiento para seguirme. Pero todo esto no debe sorprenderme, porque bien puedes hacer que [280] este maná místico venga en seguimiento mío, así como se lo ordenaste y diste

la dirección o el instinto al agua milagrosa que brotó de la piedra tocada por Moisés para que siguiera al pueblo de Israel y remediara sus necesidades.

Tu amor es tu peso; él te lleva a emplear a tus creaturas al servicio y socorro de aquellos o aquellas a quienes amas, porque eres bueno e infinitamente misericordioso. Viendo que deseabas que viniese a Lyon y habiéndome prometido lo que Jacob te pidió: la vida y el vestido no solamente para mí, sino para todas las hijas que me darías, hice todo lo posible para obtener el permiso de la Sra. de la Rocheguyon de ir a Lyon durante cuatro meses. Como prenda de mi pronto regreso, me dijo que deseaba guardar la bula, a lo cual no opuse resistencia para no darle a pensar que no volvería tan pronto como ella pensaba y que había yo deseado en el momento de hablarle. Sabía muy bien que no sería yo religiosa en Lyon tan pronto como lo sería en París, de lo cual tú mismo quisiste advertirme. No sé si esto fue para poner a prueba mi valor, mi confianza y mi fidelidad. Quise obedecer tus órdenes por acción, como las había seguido por escrito, de palabra y por pura intención de tu gloria y el bien de mi prójimo.

La Señora de Beauregard vino a verme para decirme que mis hijas de Lyon le habían rogado me hablara de la necesidad que tenían de mi regreso, y que ella les había prometido hacer todo lo posible para [281] llevarme. Le dije entonces: "Señora, estoy pronta a partir cuando usted lo desee. Bendigo al Verbo Encarnado que me pone bajo su protección y guía, que espero siga siendo igual ahí donde él me puso al salir de Lyon; es decir, el Señor de Puré a quien le debo todo mi agradecimiento por los cuidados que tuvo para conmigo y los favores que él y su señora esposa me prodigaron."

Habiendo sabido que el P. Jacquinet, después de sus visitas como provincial, había llegado a París, fui a verle y le dije que nuestras hijas de Lyon me urgían a hacer un viaje a esa ciudad, lo cual le pareció prudente, por temor a que ellas abandonasen la Congregación. Había llegado a París la víspera de la Fiesta del Apóstol san Andrés, en 1628; cuatro años después el mismo día, víspera de san Andrés en 1632, salí de París con el alma triste y el rostro bañado en lágrimas, llevando conmigo a tres señoritas; yo era la cuarta.

La que intimaba más conmigo era la Hna. Isabel Grasseau, cuya fidelidad hacia ti y hacia mí es admirable. Toda la Orden del Verbo Encarnado debe alabarla hasta el último día por sus virtudes, principalmente por su constante resolución, que no pudo ser quebrantada por ninguna clase de presiones que se le hicieron para que me dejara, tratando de hacerle ver que perdía su tiempo y buscaba seguridad en esperanzas falsas, pues la Orden del Verbo Encarnado jamás sería establecida; que yo estaba enferma continuamente, y que si moría se vendría abajo todo el proyecto. Querido Amor, hace falta esperar contra toda esperanza la fundación de este pobre [282] Instituto. "Hija, haz como Abraham: camina en mi presencia y serás perfecta." Dios de mi corazón, si al hablar, me dieras la perfección sin esperar mi correspondencia, sería perfecta de inmediato; pero no juzgas prudente darme la perfección, diciéndome que trabaje por adquirirla, deseando que conozca mi debilidad al ver mis propias caídas, hasta que te lo pueda decir, reconociéndome enferma en mí misma. De este modo, me veré fuerte en ti, pudiéndolo todo en Aquél que me conforta. En ocasiones me acercas a ti, dándome confianza con las palabras de este Vaso de Elección: Sacudamos todo lastre y el pecado que nos asedia, y corramos con fortaleza la prueba que se nos propone, fijos los ojos en Jesús, el que inicia y consume la fe, el cual en lugar del gozo que se le proponía, soportó la cruz sin miedo a la ignominia, y está sentado a la diestra del trono de Dios. Fijaos en aquel que soportó tal contradicción de parte de los pecadores, para que no desfallezcáis faltos de ánimo. No habéis resistido todavía hasta llegar a la sangre en vuestra lucha contra el pecado (Hb_12_1s).

OG-01 Capítulo 62 - De mi llegada a Lyon; de las lágrimas que derramé al tomar la dirección de la Congregación del Verbo Encarnado por encargo de tu santísima Madre y de los sufrimientos que me hicieron pasar dos personas

Llegamos a Lyon el 11 de diciembre, un sábado, pero la carroza de la Señora de Pure, que nos había recogido al descender del coche, no pudo llevarnos hasta nuestra comunidad, pues no tenía sino dos caballos y tuvo que dejarnos en casa de la Señora Colombe, quien nos rogó pasáramos la noche en su hogar, ya que era demasiado tarde para subir a nuestra montaña. Seguimos su consejo y aceptamos su caridad [283] Al día siguiente por la mañana quise ir a san José para recibir la luz necesaria para el gobierno de tu familia en la iglesia de este santo. Oh divino Verbo Encarnado, que escogiste a este gran patriarca para ser tu padre nutricio, del cual quisiste ser hijo y súbdito al nombrarle padre tuyo. Le pedí tierno amor, reverencia y fidelidad hacia ti. Rogué a tu santísima Madre me mirara como alguien que dependía absolutamente de sus órdenes y que la consideraría siempre como la superiora de nuestra Congregación; que de ella recibiría la comisión de gobernarla en su nombre, siendo su vicaria a pesar de reconocermela tan indigna de este nombre y tan incapaz de prestar este servicio; pero que al considerarla, después de Dios, mi esperanza, recibía con humildad este cargo.

Subí a la santa montaña después del medio día. No lo hice con espíritu alegre, sino de tristeza. Vertía mi corazón por los ojos al llegar a nuestra capilla, mientras que nuestras hermanas me esperaban en el coro, cantando el Te Deum. Bañada en mis propias lágrimas, abracé a todas como hermanas e hijas mías; la vista de las pequeñas pensionistas me alegró. Señor, que de la boca de estas niñas tu alabanza sea perfecta; nútre las con tus pechos amorosos, como espero lo harás.

Algunos días después de mi llegada, el P. Poiré vino a verme, y me ofreció, con gran caridad, toda la ayuda del gran Colegio del que era rector. Mi Hna. Catalina Fleurin me describió las virtudes y la prudencia de este sacerdote, pidiéndome ratificara [284] la petición que ella misma le hizo de tomarse la molestia de dirigir nuestra Congregación, contándome las aflicciones que habían tenido por las importunidades de dos personas incapaces de gobernar y que buscaban con pasión tener el cargo. Estas dos personas dieron tantas muestras de alegría ante mi llegada, que les parecía obtendrían las ventajas que imaginaban tener, que eran de gobernar la Congregación de modo absoluto. La advertencia de esta hija, y la experiencia que tuve de la poca capacidad de estas personas me hizo resolverme a rogar de nuevo al P. Poiré me asistiera con sus consejos, como su caridad me los había ofrecido.

El me dijo: "Con todo gusto. Madre." Le rogué continuara guiándome como su hija espiritual, y que hiciera progresar la Congregación del Verbo Encarnado hacia la perfección a la que estaba obligada, que es imitar a Aquel cuyo nombre llevan. Viéndose lejos de lo que habían esperado, los dos que pensaban ser autoridad resolvieron emplear tácticas que yo no había previsto. Hablé al uno y al otro con mi franqueza ordinaria, haciéndoles ver la resolución que tenía de seguir bajo la guía del padre rector, que estaba lleno de prudencia, de sabiduría y de piedad.

[285] Ellos me aconsejaron de manera que yo sintiera aversión hacia este padre, pero no pudieron lograr su propósito. El más suficiente, no queriendo aparecer deseoso de hacerme odiar a este padre, sugería al otro todo lo que podría haberme hecho concebir aborrecimiento hacia el sacerdote y su dirección. El consejero, que ocultaba su veneno, no pudiendo verme tan seguido como aquél a quien prodigaba estos consejos, resolvió quitarme a las pensionistas y a aquellas de mis hijas que él pensaba yo amaba más, lo cual sigue haciendo al presente, cuando tiene ocasión de hablarles o hacerlas hablar por medio de otros; pero como tú dijiste, oh mi Señor: Nadie las arrebatará de mi mano. El Padre, que me las ha dado, es más grande que todos, y nadie puede arrebatarnos nada de la mano del Padre (Jn_10_28s).

Sin embargo, a pesar de todas sus artimañas, no ha podido arrancarme a las que he querido retener, porque tú mismo me las diste, y porque tu mano, que es más fuerte que yo, las ha retenido a pesar de lo que ha urdido para hacerlas salir. Las que ha sacado son aquellas que tu Providencia no quiere dentro de su Orden, y que he dejado ir según su voluntad [286]. Queridísimo Amor, como no tengo hiel para quienes me han hecho sufrir, tampoco deseo tener pluma para especificar y describir

los males que han querido hacerme, ya que tu bondad siempre me ha consolado cuando ellos pensaban afligirme.

Deseo repetir con el Apóstol que estos sufrimientos, aunque quienes los han conocido, en una pequeñísima parte, los estimen muy grandes, no son comparables a las delicias que me has comunicado. He descrito únicamente parte de ellos en los cuadernos que Su Eminencia se llevó el 1° de diciembre; él puede ver lo que escribí a partir de 1633. Comencé el mes de abril, después de mi regreso de París y si recuerdo bien, fue para anotar el favor que me hiciste por tus cinco llagas.

Pasé cuatro meses sin consignar por escrito las gracias que me dabas. No podía escribir mucho porque me dolían los ojos y me encontraba enferma, como sigue sucediendo ahora. El cuidado que tu bondad ha tenido de alegrarme mientras que se buscaban toda clase de artificios para afligirme era grande, sabiendo que no me quejaría con él, lo cual no ha sido para mí una pequeña mortificación. Y tú, mi Dios y mi todo, seas eternamente bendito. Así lo has permitido y no me desahogo con las criaturas de la tierra; a ti, mi Señor me dirigí muchas veces cuando esta privación me parecía dura.

Tú me dijiste que así lo permitías para tu gloria y para probarme; que no perdiera el valor y recordara estas palabras: La piedra [287] que los constructores desecharon en piedra angular se ha convertido; esta ha sido la obra de Yahvéh, una maravilla a nuestros ojos (Sal_118_22s). "Querida hija, la Orden comenzará el día en que muestre el poder de mi diestra, día en que podrás decir: ¡Este es el día que Yahvéh ha hecho, exultemos y gocémonos en él!" (Sal_118_24). Querido Amor, nosotras te decimos en general y en particular: ¡Ah, Yahvéh, da la salvación! ¡Ah, Yahvéh, da el éxito! ¡Bendito el que viene en nombre de Yahvéh! (Sal_118_25s). Tú nos bendecirás en tu mansión de gracia con bendiciones de tu mansión de gloria: Yahvéh es Dios, él nos ilumina (Sal_118_27). Tú solemnizarás este día y nos colmarás de tu gozo con abundantes favores que recibimos en tus altares, donde te ofrecemos nuestros votos. Cada una de nosotras te dirá: Tú eres mi Dios, yo te doy gracias, Dios mío, yo te exalto. ¡Dad gracias a Yahvéh, porque es bueno, porque es eterno su amor! (Sal_118_28s).

OG-01 Capítulo 63 - Como el Verbo Encarnado cambió los sentimientos de un Padre que durante cuatro años había sido adverso a su Orden y después fue el más celoso por su adelantamiento.

Teniendo al padre rector por director nuestro, tuvimos casi todo el Colegio a nuestra disposición. Me enteré que el P. Gibalin se había declarado, me atrevo a decirlo, el perseguidor de la Orden del Verbo Encarnado y que clamaba contra la que nunca había conocido. Las cartas que escribía a su sobrina, en la actualidad superiora y primera religiosa de la Orden, respiran [288] los sentimientos de aversión que había él concebido contra todas las imaginaciones de Jeanne de Matel, de la cual hablaba según el juicio que se había formado de ella. Estas cartas se han convertido para mí, al leerlas, en causa de alegría. Su sobrina las guardó para que yo las viera escritas cuando aún no me conocía. Todavía conservo una de ellas.

La antevíspera de Navidad, le mandé pedir que nos predicara el día de tu Nacimiento. Oh mi todo humilde Verbo Encarnado, hiciste ver que llamas a los débiles para confundir a los fuertes. El mencionado R. Padre vino a verme armado de razones, según él irrefutables, para probarme la poca seguridad que tenía de que sus sobrinas se mantuvieran en la esperanza de llegar a ser de la Orden del Verbo Encarnado. Comenzó su primera visita con una expresión de rostro tanto desdeñosa como su palabra. Yo traté de ser lo más cortés que me fue posible, y después de haberle escuchado, le dije que ya había él resistido bastante, y que te había pedido que fuera nuestro san Pablo convertido. El padre encontró más dulzura en mis respuestas que rigores había él preparado en sus proposiciones.

Yo admiraba cómo tu Majestad le convencía, pues yo hablaba muy poco; tal vez le decías: Te es duro dar cosas contra el agujón [289]. "Padre, le dije, Dios le destina para cuidar de todas las casas de la Orden, así como san Pablo lo tuvo de todas las iglesias."

Muy querido Amor, bien sabes que mi trato con mis confesores ha sido sencillo y llano, y que jamás he ocultado ni tus gracias ni mis imperfecciones. El P. Poiré, deseoso de que el P. Gibalin le ayudara al florecimiento de esta Orden, le testimonió una confianza particular en conversaciones familiares. Mi contento fue grande al verles unidos a contribuir con todos sus cuidados al bien del Instituto. Me dijeron que, como en mi ausencia había habido comunicación con Roma sin hacerlo de mi conocimiento, debía yo esperar en Lyon la bula que se había solicitado. No debía, por tanto, pensar en el regreso a París; de ser así, esta Congregación de Lyon no sobreviviría, y que aparentemente tu Majestad deseaba que permaneciera en esta ciudad para establecer la casa lo más pronto posible. "Padres, me aguarde una larga espera, pero como salí de París por consejo de los Padres de la Compañía, permaneceré en Lyon siguiendo el de ustedes."

Las primeras noticias que recibimos fueron que el Cardenal de Bentivoglio no había encontrado la petición que se había enviado de Lyon, igual a la que se envió de Paris, lo que hace pensar cómo, sin advertirme, se envió de aquí una solicitud tan mal redactada y tan alejada del designio que tu Majestad me había mostrado, que este documento fue la causa de esperar tres años sin recibir la bula; si no se hubieran pagado por adelantado los fondos al banquero, que es una medida contra la prudencia ordinaria [290] la bula no me hubiera costado el doble: cerca de 1.200 libras. a pesar de no ser solicitante, no dejé de pagarla. De haber sido advertida, tal vez me hubiera parecido mejor pedir un *sumptum* de la de Paris.

Queridísimo Amor, yo sé que la persona que pagó por adelantado una parte del dinero que yo le había dejado no estaba capacitada para ocuparse de asuntos para los que era necesario un espíritu y un juicio muy diferentes al suyo, y que tendría yo que sufrir mucho si no despedía a este hombre que deseaba tener un dominio absoluto en nuestra Congregación. Sin embargo el P. Gibalin abogó por él, para que me resolviera a sufrir lo que no viene al caso contar aquí.

Bendito seas por todo, oh divino amor mío, que me has consolado en todas mis aflicciones con tanta abundancia que puedo decir que tus consuelos han sobrepasado mis cruces, aunque éstas hayan sido grandes según la opinión de los más sensatos, que me han dicho (después de ser obligada a mencionar las razones por las cuales despedí a la persona que las causaba) que el P. Gibalin se había portado, no sólo con severidad, sino con crueldad al persuadirme de tolerar a esta persona cuyos malos tratos podían haberme hecho morir de aflicción, lo cual ocultaba a mis hijas. Alababa a esta persona en presencia de ellas, a pesar de que me es difícil expresar el odio que había concebido hacia mí y que explico valiéndome de las palabras de Job: Su furia me desgarrar y me persigue, rechinando sus dientes contra mí. Mis adversarios aguzan sobre mí sus ojos (Jb_16_10).

[291] Resuelto a sufrir conmigo, el P. Poiré no quiso darme orden de despedir a la causa de mis penas, dejando todo a la discreción del P. Gibalin. Al lamentarme con él, me dijo: "Hija, tienes mucho valor para no poder sobreponerte a todo con la bondad de tu corazón y la ayuda de tantas gracias de Dios, que te acaricia de un modo tan especial por medio de favores tan extraordinarios." He narrado estos favores por escrito tanto como mi poca salud me lo ha permitido, como he dicho antes, y Su Eminencia puede leerlos, si le place, en diversos cuadernos cuyo número ignoro, así como los que me fueron quitados durante mi ausencia. Pido a tu Majestad que quienes los tengan saquen provecho de tus bondades, derramadas sobre mí con tanta largueza, a pesar de ser tan indigna de estas grandes caricias que has querido comunicarme porque eres bueno, y porque me viste privada de las consolaciones que tienen todas las religiosas de esta diócesis, de las cuales me reconozco poco merecedora, ya que todo lo que es gracia no puede ser merecido.

Algunas veces te he presentado mis quejas, oh mi divino consolador, preguntándote por qué permites que [292] mis inocentes hijas sean abandonadas a causa de mis faltas, ya que pienso ser yo la causa de sus penas y hasta donde puedo saberlo, digo la verdad y en lo que a mí concierne, no me aflijo por tan larga prórroga. No deseo nada, sino tu voluntad como regla sobre mí, sobre todas mis intenciones y todos mis deseos.

OG-01 Capítulo 64 - Que los serafines me prometieron proveer todo lo que fuera necesario para fundar lo temporal de la Orden del Verbo Encarnado, promesa que han cumplido fielmente según las divinas inclinaciones.

En 1633, el viernes o sábado, víspera de Pentecostés, lloraba por la noche delante de tu Majestad, que reposa en su tabernáculo, que es su trono de amor. Escuché a tus serafines, que son los vecinos próximos a tus llamas, como espíritus ardientes y amorosos según tus divinas inclinaciones, que se decían los unos a los otros: Tenemos una hermana pequeña: no tiene pechos todavía. ¿Qué haremos con nuestra hermana el día que se hable de ella? - Si es una muralla, construiremos sobre ella almenas de plata (Ct_8_8s). Al preguntarles en qué sentido pronunciaban estas palabras de los Cánticos de amor, me hicieron escuchar: "Tú eres nuestra hermanita que carece de pechos para alimentar a las hijas de esta Orden. Cuando se hable de la fundación temporal, te prometemos procurar de la Divina Providencia todo lo necesario para fundar en tu Nombre, y obtener lo que la Divina Providencia te dará para que le des esta fundación, sin necesitar agradecer a las creaturas de la tierra.

[293] "Sabe, oh querida hermana nuestra, que el Rey magnífico, Esposo y Señor tuyo, así como nuestro, hará retrasar su establecimiento hasta que el momento en que hayamos, por mandato suyo, suministrado todo lo que será necesario. No desea él fundar la primera casa de esta Orden por medio de damas que desean su momento y no el suyo, y que vendrá a su tiempo. No desea dar a otro la gloria de esta fundación; su gracia, su espíritu y los bienes que te dará serán suficientes para fundar. Consuélate y pon tu confianza en Aquél que no eligió otra materia para revestirse de un cuerpo sino la pura sustancia de una Virgen. El ha decidido darte lo que desea recibir de ti para establecer su Orden; ten paciencia y verás grandes cosas; conserva siempre sentimientos positivos del amor que su bondad tiene hacia ti.

"El cielo y la tierra pasarán y su palabra permanecerá. El cumplirá todo lo que te ha prometido, porque así le place. Como él posee todos los tesoros de la ciencia y sabiduría del divino Padre, por ser el Verbo divino y su Hijo único, tiene, siendo el Verbo Encarnado, en sus manos todos los destinos y los tesoros que desea dar a quienes ama. Tú eres una de ellas por su infinita caridad, de la que eres infinitamente deudora."

Su elocuencia, espíritus puros y sin materia, embelezó mi [294] entendimiento y su celestial retórica me convenció de lo que yo no podría dudar sin ser desagradecida por los favores de este Dios de bondad, que les ha ordenado no sólo de guardarme, sino de proveer lo necesario para edificar su templo. Queridísimo Amor, no me es difícil creer en estas promesas que tus serafines hacen a la que te dignas alimentar de los pechos de tus misericordias, pues sé por mi propia experiencia que siempre me has dado más de lo que podría pedir. Deseo, según tu palabra, buscar en primera intención tu reino de amor y su justicia, y recibiré, en consecuencia, todo lo que necesito. Padre benditísimo. Esposo incomparable, muchas veces me has hecho escuchar: "Aquél que cuida de vestir los lirios del campo de bellezas seductoras que jamás hilan, que alimenta a los pájaros, quienes no siembran para recoger su alimento; y que cuida de los cuervos abandonados, ¿podría olvidarse de dar alimento y vestiduras variadas a la grandeza real de una esposa; podría dejarla en necesidad sea de cuerpo, sea del espíritu, viendo que por serle fiel, ella ha sido abandonada por su padre natural, y que lo sigue siendo de quien lo es según el espíritu? No, mi bien amada, no temas ser abandonada por mí: Ten tus delicias en Yahvé, y te dará lo que pida tu corazón. Pon tu suerte en Yahvé, confía en él, que él obrará; hará brillar como la luz tu justicia, y tu derecho igual que el mediodía. Vive en calma en Yahvé, espera en él, no te acalores contra el que prospera, contra el hombre que urde intrigas [295], pues serán extirpados los malvados, más los que esperan en Yahvé poseerán la tierra. Mas poseerán la tierra los humildes, y gozarán de inmensa paz (Sal_37_4s). Hija, vive alegre en la abundancia de la paz que te doy; deléitate

en mí, que soy el don más favorable que tu corazón puede desear. No espero a que me pidan tus labios; yo escucho los deseos de tu corazón, vacío de los afectos de las creaturas."

Mi bien amado, si no me aseguraras tú mismo que este corazón permanece en tal disposición por Providencia tuya, tendría miedo, alguna vez, que todo esto fuera una soberbia que me hace despreciar todo lo que es bajo. Habiendo recibido de tus ángeles, todos de fuego, la promesa de parte tuya de cuidar de lo que me será necesario, creo en sus promesas, que estimo tan constantes como su esencia, pues son espíritus inmutables. No debo dudar como si se tratara de hombres que están sujetos a los cambios. Job dijo que el hombre no permanece en un mismo estado mientras se encuentra en esta vida. La confianza que tengo en estos espíritus caritativos me ha levantado el corazón en muchas ocasiones, experimentando su pronto socorro cuando me veía asaltada por aflicciones que una esperanza postergada puede con frecuencia representar a un alma que va en camino y está sujeta a las imperfecciones inherentes a esta vida miserable. Los invoco en mis necesidades con tanta fe como fidelidad sé que tienen ellos.

OG-01 Capítulo 65 - Al Verbo Encarnado le agradó que los serafines me recibieran en su coro y que los otros ocho coros me instruyesen sobre su jerarquía de una manera muy familiar. Me comunicó luces sobre el capítulo once de Ezequiel para su gloria y de su augusta Madre.

[296] Un día de la fiesta de san Edmond, 16 de noviembre, al asistir a la santa misa, al quejarme de que permanecía tanto tiempo sin poder ser religiosa, tu bondad urgió a estos espíritus seráficos a que me consolaran. Ellos arrojaron mi espíritu en presencia de tu Majestad, diciéndome que me recibirían en su coro para alabarte con ellos al decir: Santo, Santo, Santo. A partir de este día, fui tan abrasada de su llama viva, que me veía quemada por este fuego seráfico. Mi corazón y mi pecho parecían un horno. Los espíritus abrasados y los otros ocho coros han sido los embajadores que tu Majestad me ha enviado con frecuencia para enseñarme los misterios que no podía aprender de los hombres.

Me hiciste comprender que te complaces cuando converso con ellos, que les has mandado me iluminen con sus luces; explicarme cómo él purifica, ilumina y perfecciona, cómo ellos son purificados, iluminados y perfeccionados en su orden jerárquico, siendo ésta una purgación que instruye, una claridad que embellece, una perfección que les eleva y les introduce en el sublime conocimiento de las excelencias divinas. Ellos me enseñan cómo son los tronos donde tu Majestad se complace en reposar, y cómo los querubines reciben las luces de ciencia y de sabiduría y los serafines las llamas puras, siendo tus vecinos más cercanos del fuego que está sentado a la diestra de gloria que es tu santa Madre, oh mi divino amor, la cual era ya en esta tierra, el arbusto ardiendo sin consumirse que ahora vive ya en el Empíreo. Este trono admirable que fue visto por el Profeta [297] Ezequiel cuando, encontrándose a la orilla del Río Chobar, rodeado de prisioneros, recibió el favor de contemplar las visiones de Dios: Encontrándome yo entre los deportados, a orillas del río Kebar, se abrió el cielo y contemplé visiones divinas (Ez_1_1). El vio, libre de espíritu, a esta Virgen que es un trono superior a los querubines y serafines: Por encima de la bóveda que estaba sobre sus cabezas (Ez_1_26). Este firmamento, que está sobre la cabeza de los querubines y los serafines, nos muestra que su ciencia y sus luces son fijas y permanentes, porque tu sabiduría los ha hecho esencias espirituales inteligentes, inmutables, no solamente al elegirlos, sino en la gracia y en la gloria que les diste después de su testimonio y confirmación de fidelidad a tu Majestad, de la cual reconocieron tener la naturaleza y la gracia. Este reconocimiento los dispuso a recibir la gloria que fue en ellos una consecuencia de la confirmación de la gracia, gloria que se compara con el firmamento, porque jamás les será quitada. Su entendimiento será iluminado, como firmamento sólido, durante toda la eternidad, con tus luces adorables: Por encima de la bóveda que estaba sobre sus cabezas, había algo como una

pedra de zafiro en forma de trono, y sobre esta forma de trono, por encima, en lo más alto, una figura de apariencia humana. Vi luego como el fulgor del electro, algo como un fuego que formaba una envoltura, todo alrededor, desde lo que parecía ser sus caderas para arriba; y desde lo que parecía ser sus caderas para abajo, vi algo como fuego que producía un resplandor en torno. Con el aspecto del arco iris que aparece en las nubes los días de lluvia: tal era el aspecto de este resplandor, todo en torno. Era algo como la forma de la gloria de Yahvé. a su vista caí rostro en tierra y oí una voz que hablaba (Ez_1_26s).

La Madre del Soberano Dios es este trono que se levanta a la diestra de su Hijo; ella es su trono adorable de la materia, del que tomó un cuerpo que está hipostáticamente unido a su Persona divina, y que es su soporte. Ella es, en su alma, toda fuego y llamas, porque ella sola puede amar más que todos los bienaventurados juntos. En su cuerpo es ella esta piedra de zafiro donde se encerró el Hijo de Dios al hacerse hombre en ella y tomando de ella su humanidad. El le ha conferido, de una manera inefable, su divinidad que es fuego, la cual llevó nueve meses completos. Al salir su Hijo de sus entrañas, él habitó en ella como su Dios, no solamente de esta habitación de gracia igual a todos los justos, sino de una habitación privilegiada que la hizo reconocer en su alma: Vi luego como el fulgor del electro, algo como un fuego que formaba una envoltura, todo alrededor, desde lo que parecía ser sus caderas para arriba: y desde lo que parecía ser sus caderas para abajo, vi algo como fuego que producía un resplandor en torno (Ez_1_27). Sus entrañas, que llevaron al Verbo Encarnado, están llenas y rodeadas de resplandores. Ella es este arco, este iris, esta nube admirable que nos ha dado la lluvia que ella dio a luz y produjo en la tierra. Y como ella es el centro de la tierra, Dios ha obrado en ella y con ella nuestra salvación, rodeándonos de gracias por su medio. Ella es el signo de nuestra paz; ella nos ha traído la abundancia: Con el aspecto del arco iris que aparece en las nubes los días de lluvia (Ez_1_28).

No ha existido espíritu alguno, iluminado con la luz de la fe católica, que quiera disputar contra esta verdad que tú eres la imagen de tu divino Padre. Yo deseo anotar que no existe un verdadero católico que no confiese al menos por conveniencia que en tu humanidad eres la imagen de tu santa Madre, la cual te llevó [298] en su seno y en sus entrañas virginales, a ti que eres fuego y el Verbo del Padre que es el principio que te engendra. Tú eres con El y el Espíritu Santo una misma esencia, un Dios todo fuego, lo cual conoció Moisés y afirmó san Pablo al hablar del reino inmutable que él es.

Sus imitadores recibían como consecuencia de la gracia, diciendo: Por eso, nosotros que recibimos un reino incommovible, hemos de mantener la gracia y mediante ella, ofrecer a Dios un culto que le sea grato, con religiosa piedad y reverencia, pues nuestro Dios es fuego devorador (Hb_12_28s). Y san Juan dijo: Sabemos que, cuando se manifieste, seremos semejantes a él, porque le veremos tal cual es. (1Jn_3_2). No podemos dudar que la Virgen Madre del Verbo Encarnado sea conforme, configurada, transfigurada y transformada por una admirable transformación en la imagen del Padre, que es su Hijo indivisible, así como él es la impronta del Padre que lo engendra en los divinos splendores desde la eternidad.

"Tengo la semejanza más genuina con mi Madre, que me concibió y engendró en la plenitud de los tiempos. Yo soy la imagen viva de mi Padre; en mí la Virgen, mi Madre, se reproduce al vivo y al natural, porque yo formo parte de su sustancia.

"Soy hueso de sus huesos, carne de su carne, sangre de su sangre, habiendo recibido de ella las mismas cualidades naturales, si es posible hablar así al hablar de mi humanidad: quien me ve, ve a mi Madre; quien ve a mi Madre, me ve a mí. Existe entre los dos tanto y tan real parecido como una madre única y un hijo único pueden tener. Mi Madre es [299] toda hermosa, y yo soy el más bello de los hijos de los hombres. Mi Madre es la Madre del Amor hermoso y yo soy el Hijo de su amor. Mi Madre es toda de fuego y yo soy todo de llamas. Mi Madre es mi trono de zafiro, y yo soy su casa de marfil; ella está en mí y yo en ella. Mi Madre ha sido siempre transformada de claridad en claridad, de gracia en gracia, hasta llegar a la sublime transformación de la gloria por el Espíritu que el Padre y yo producimos, el cual encuentra un placer singular en hacerla como el santo complemento de toda

nuestra Augusta Trinidad, en la que la Tercera Persona cesa de obrar, siendo el término de todas las operaciones internas.

"El quiso obrar maravillas continuamente hacia fuera en mi Madre; y como nuestras operaciones al exterior son comunes, hemos obrado con él estas maravillas que los hombres y los ángeles admirarán, y que nosotros amaremos durante una eternidad entera, ya que en ella hay maravillas de naturaleza, de gracia y de gloria; en ella, que es Hija, Madre y Esposa del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, que dieron, que dan y siguen dando en ella un testimonio eterno de su infinita caridad, porque Dios es amor. Quien vive en el amor mora en Dios. Mi Madre está sentada a mi derecha y yo a la diestra de mi Padre, donde se encuentran todos los deleites divinos de los que habla David: Me enseñarás el camino de la vida, hartura de goces, delante de tu rostro, a tu derecha, delicias para siempre (Sal_15_10).

Mi Madre y yo somos un todo de fuego y de ámbar para amar nuestra divinidad. Somos de fuego y de ámbar para amar nuestra humanidad y atraer a nosotros los hombres, que son de paja. El ámbar atrae a la paja, y la maravilla es que esta paja atraída por el ámbar no es consumida por las llamas de un Hombre y de una Mujer de fuego; al contrario, se conserva admirablemente en el horno de la divina caridad, que hace ver el efecto de mi oración. Todos los bienaventurados son convertidos y consumados en uno como mi Padre y yo somos uno por el Santo Espíritu, que es el lazo de unión y el beso en nuestra Trinidad, y el que procede de nuestra única voluntad, de la cual es el término inmenso. Querida hija, alégrate, aunque seas débil como la paja; nosotros somos de ámbar para atraerte a nosotros. Nuestro fuego ardió sin consumir cuando mi Madre me engendró en Belén. El fuego fue colocado sobre la paja y el heno, y es por ello que el Profeta Isaías recibió el mandato de clamar que toda carne era como el heno, y la gloria de la carne como la flor de los campos: Una voz dice: " ¡Grita!" Y digo: " ¿Qué he de gritar?" Toda carne es hierba y todo su esplendor como flor del campo. La flor se marchita, se seca la hierba, en cuanto le dé el viento de Yahvé pues cierto, hierba es el pueblo (Is_40_6s). La carne sobre la que sopló el Espíritu Santo es admirable en su privación de propio soporte, lo cual es hablar con toda propiedad al explicar este pasaje: Toda su gloria es como la flor del campo, (Is_40_6) y esta carne, privada de subsistencia humana, fue honrada por mi soporte divino, que jamás le quitará lo que una vez tomó; por esto, puedes exclamar: Mas la palabra de nuestro Dios permanece por siempre (Is_40_8).

OG-01 Capítulo 66 - Que la sangre preciosa del Verbo Encarnado me rodea como una fosa, de la elección que hizo Dios de Su Eminencia Ducal, y el agrado que mostró por la castidad del Rey y como su divina bondad me dio cinco tierras en visión.

[300] En el mes de agosto de 1634, estando en el confesionario después de haberme confesado, te complaciste, misericordioso Salvador mío, en felicitarme por las grandes gracias que me habías concedido y me concederías en el futuro, todas las cuales considero como venidas de tu bondad. Te doy las gracias por ellas, consciente de mi bajeza, que me confunde en presencia de tu Majestad, la cual, llevada de su divina caridad, me dijo que me había hecho templo suyo, y que establecería su Orden donde ella se agrada de habitar.

Al mismo tiempo, me hiciste ver un templo al lado de un castillo que parecía un palacio. Vi después una ciudad y todo estaba cimentado sobre una Roca. Los fosos que rodeaban todos estos bellos edificios estaban llenos de sangre, lo cual me asustó. Me dijiste entonces: " ¡No tengas temor! Estos fosos llenos de sangre no deben asustarte, porque están puestos para defender e impedir el acercamiento y la entrada de tus enemigos. Están repletos de mi sangre y de la sangre de los mártires, para hacerte ver el amor que tengo hacia ti. Mi cuerpo sagrado es el puente levadizo que te introduce cerca de mi Padre y del Espíritu Santo, que están conmigo [301] por concomitancia y consecuencia

necesaria al Sacramento del Amor que recibes todos los días, para que puedas decir con el Apóstol: Teniendo, pues, hermanos, plena seguridad para entrar en el santuario en virtud de la sangre de Jesús, por este camino nuevo y vivo, inaugurado por él para nosotros, a través del velo, es decir, de su propia carne." (Hb_10_19s).

Tú tienes parte en la Comunión de los santos; eres como un árbol plantado no sólo cerca de la corriente de las aguas, sino de la sangre de los mártires, la cual corre a borbotones alrededor de la casa donde te encuentras. Si santa Inés se ufana de que sus mejillas estaban adornadas con mi sangre, hija mía, repite con fuerza que tú estás resguardada, lavada, alimentada, enriquecida y embellecida con mi sangre y la de los mártires que son mis miembros gloriosos." Me dijiste muchas maravillas que no puedo recordar por ahora.

Algunos días después me hiciste comprender que además, por medio de esos fosos de sangre, deseabas hacerme conocer que la paz no se lograría en mucho tiempo; que los pecados de los hombres atraían tu justa cólera, permitiendo guerras tan largas, que la sangre derramada mediante ellas sería suficiente para llenar fosos más grandes y profundos que los que me mostraste: Yahvé, da paz a nuestros días, pues no hay otro que luche por nosotros sino tú. Dios nuestro. El mismo año de 1634, el P. Carré, superior del noviciado de santo Domingo, en el barrio de san Germán de París, que me había confesado cuando estaba yo en la Ville l'Evêque, junto al convento san Honoré donde él estaba en este tiempo, me escribió suplicando te pidiera fervientemente por el Cardenal de Richelieu, y que le mandase la respuesta que me dieras [302] Yo quise obedecer y orar de una manera extraordinaria por Su Eminencia Ducal, por la que he pedido desde 1622 sin pedirte me comunicaras cosa alguna al respecto; cuando te place, me enseñas lo que deseas que yo aprenda.

Te hice ver que obedecía a este padre que había sido mi confesor, al cual me habías ordenado decir muchas cosas relacionadas con el establecimiento del noviciado del que es superior, las cuales pudo ver con claridad, procedían de ti por los efectos que producían. Te dije entonces: Señor, no tengo curiosidad de saber secretos, sean los que sean, pero ese padre pensará que, estando yo lejos de él no hago caso de lo que me dice por carta. Tu bondad, que conoce los corazones que no desean otra cosa que agradarte, obedeciendo a los que te representan, al ver el mío que no tenía sino el deseo de obedecer a ese padre para tu gloria, me hiciste ver una vara que reverdecía, diciéndome: "Hija, soy yo quien ha elegido al Cardenal de Richelieu como otro Moisés para gobernar a Francia y causar asombro de toda Europa. Con esta vara que has visto, él gobernará al pueblo. Haré ver mi poder en los ejércitos que mandará por medio de excesos maravillosos, de la misma manera en que ya he tomado por asalto y confundido los consejos congregados contra él; así como lo hice con el de Achitophel, destruiré a los que crearán contra él en el futuro. El pasará el Mar Rojo de las contradicciones de los hombres y de los demonios. Yo mostraré que mi poderosa diestra obra más por su mediación, que la prudencia ordinaria y extraordinaria de un ministro de estado."

[303] "Hija mía, serás testigo de grandes maravillas, y por las victorias que concederé al Rey, sabrás que me complace en su castidad, cuyos lirios son más bellos que toda la gloria de Salomón. Deseo apacientarme entre estos lirios." El R.P. Gibalin sabe que le comuniqué todo esto, lo mismo que Monseñor de Nesme, pues me pediste se los dijera en el mismo momento en que me lo revelaste, afín de que si el R. P. Carré perdía o rompía mi carta, de la que olvidé guardar una copia, hubiera dos testigos de todo lo que me dijiste: Pero bueno es ocultar el misterio del rey, y honroso, en cambio, revelar y alabar las obras de Dios (Tb_12_7).

Ya dije más arriba que jamás te he pedido me conduzcas por medio de revelaciones ni visiones, sino por el camino que es el más perfecto, y que me llevará más directamente a ti. Me dijiste un día: "Hija, No se trata de querer o de correr, sino de que Dios tenga misericordia (Rm_9_16). Me agrada llevarte yo mismo por el camino de las visiones. Te he hecho ver en el Verbo, que soy yo, el espejo necesario a mi Padre, el cual se ve en mí, que soy la figura de su sustancia, el esplendor de su gloria y la imagen de su bondad. Yo soy la alegría de estas visiones por mi raigambre en la región de los vivos;

el Padre y el Santo Espíritu están en mí, viviendo la misma vida que yo vivo en ellos; mi Padre me engendra en las claridades eternas. El ve en mí y en mis pensamientos [304] todas sus divinas perfecciones. Soy tanto su visión, como su dicción, el vapor de su virtud, la emanación sincera de la divina claridad, el espejo sin tacha de la Majestad; yo produzco junto con él al Espíritu común, que es un Dios simplísimo en nosotros. Muchas veces te he elevado hasta la contemplación de la simplísima esencia y de las distinciones personales. He deseado instruirte acerca de la estructura de todo el ser divino y al enseñarte de esta suerte:

1 - Te he conducido a la tierra de visión que es la divinidad que vive en ti, y tú en ella.

2 - Te he comunicado los misterios adorables de mi Humanidad, que has contemplado en diversas figuras, en diferentes visiones.

3 - Te he dado la Comunión diaria, que es una tierra de visión.

4 - Te enseñé por la Escritura, que es un lugar de visión.

5 - Estableceré por tu medio mi Orden, que será una tierra de visión, lo cual ya has experimentado, y seguirás experimentando en el futuro.

No permitiré que te equivoques; no me has pedido tú esta senda, y te he destinado para atraer otros a mí, y para ser guía de muchas almas. Cuando te mostré la corona de espinas colocada sobre un sol, disponía tu espíritu a contemplar y admirar esta maravilla. Te haré pasar por grandes contradicciones, de las que saldrás victoriosa en el tiempo designado por mi Providencia. Seré misericordioso con quien yo quiera; me apiadaré del que yo quiera apiadarme. Por tanto, no se trata del que quiere o del que corre, sino de Dios que tiene misericordia. Pues dice la Escritura a Faraón: Te he suscitado precisamente para mostrar en ti mi poder, y para que mi nombre sea conocido en toda la tierra. Así pues, usa de misericordia con quien quiere y endurece a quien quiere (Rm_9_14s).

OG-01 Capítulo 67 - De la protección, misericordia y caridad de la divina bondad sobre mí, y de la alegría, confianza y favores que el Espíritu Santo me comunicó cuando Su Eminencia rehusó ejecutar la Bula.

[305] "Hija mía, yo te protegeré en todo si eres constante y fiel en seguir mi voluntad. Mi Providencia te precederá y mi misericordia te seguirá todos los días de tu vida. Confía tu corazón a mi poder." Querido Amor, eres tan bueno como verdadero. Tengo puesta mi esperanza en ti, como en mi soberano Protector. Carezco de virtud; me confío a tu infinita caridad, que cubre la multitud de mis pecados, disimulándolos por la penitencia que tu amor producirá en mi corazón, el cual desea convertirse enteramente en ti con amorosa contrición por haber ofendido a una bondad infinita.

"Mi bondad y mi Providencia te darán siempre signos para el bien y mi Espíritu te ayudará en tus debilidades. El te fortificará y rogará contigo con gemidos inenarrables: El que escruta los corazones conoce cual es la aspiración del Espíritu, y que su intercesión a favor de los santos es según Dios. Por lo demás, sabemos que en todas las cosas interviene Dios para bien de los que le aman (Rm_8_27s). Confía en las promesas que te ha hecho mi gracia, y cree, hija, que [306] las cumpliré. Abraham creyó y su fe le fue reputada en justicia. El creyó que le haría padre de multitudes. Lo hice Padre de los fieles que he bendecido en él. Pon atención a lo que de él dice mi Apóstol: Abraham, Padre de todos nosotros. Como dice la Escritura: "Te he constituido padre de muchas naciones: padre nuestro delante de Aquél a quien creyó, de Dios que da la vida a los muertos y llama a las cosas que no son para que sean. El cual, esperando contra toda esperanza, creyó y fue hecho padre de muchas naciones, según le había sido dicho: Así será tu posteridad. No vaciló en su fe al considerar su cuerpo ya sin vigor, tenía unos cien años, y el seno de Sara, igualmente estéril. Por el contrario, ante la promesa divina, no cedió a la duda con incredulidad; más bien, fortalecido en su fe, dio gloria a Dios, con el pleno convencimiento de que poderoso es Dios para cumplir lo prometido. Por eso le fue

reputado como justicia. Y la escritura no dice solamente por que le fue reputado, sino también por nosotros, a quienes ha de ser imputada la fe, a nosotros que creemos en Aquél que resucitó de entre los muertos a Jesús Señor nuestro, quien fue entregado por nuestros pecados (Rm_4_17s). Que tu espíritu esté en paz, acércate a mi divino Padre por mí, con la confianza y la esperanza de hija de este Padre de misericordia, quien verá la paciencia que ejercitarás en las contradicciones; tu esperanza en él no será confundida. Su caridad se difundirá en ti por la inhabitación que el Espíritu Santo hará en tu corazón."

Querido Esposo, sé bien que me acaricias para prepararme [307] al sufrimiento: a punto está mi corazón, oh Dios, mi corazón a punto; voy a cantar y a salmodiar. ¡Gloria mía, despierta!; porque tu amor es grande hasta los cielos, tu verdad hasta las nubes (Sal_57_6s). Henos aquí en la fiesta del gran san Andrés, quien saludó la Cruz según sus amables inclinaciones, ya que esperaba, por su medio, entrar en posesión de su Soberano Bien. Se dirigió a ella con cumplimientos que podrían parecer piropos si no las hubiese dirigido a un madero, y si el santo amor no las produjera en labios de un enamorado que hablaba de la abundancia de su corazón, el cual estaba lleno de gozo, y se expansionaba en la tribulación.

Envío, porque así te place, la bula de tu Orden a su Eminencia, mi augusto prelado, por conducto del buen Padre Milieu, por el cual te rogué en el año 1633, cuando estuvo a las puertas de la muerte, después de que me mostraste en una visión el lugar donde se pensaba sepultarlo. Te pedí entonces que este padre no nos dejara tan pronto; es un santo que va creciendo en méritos.

Me diste a probar entonces unas muestras de la gloria que le preparabas. Te respondí que no ponía en duda la felicidad que le aguardaba en ti; que tu Providencia la seguiría conservando para él después de algunos años, y que te pedía un poco más de vida para que te sirviera aquí abajo. Concediste mi petición, por lo que te doy las gracias, oh mi benigno Salvador.

Los Reverendos Padres Poiré y Gibalin supieron entonces por mí lo que digo al presente; el primero ya murió y el segundo aún vive. Lo consideraría indigno de la profesión que ejerce, si el afecto que siente hacia mí le llevara a mentir, pensando favorecerme al hacerlo. Temería que tu justicia hiciera de él y de mí un escarmiento ejemplar, si lo indujera yo a mentir. Espero que tú confirmarás tu misericordia sobre mí, y que tu verdad sobrepasará todo en [308] el tiempo y en la eternidad. Puedo repetir con el Apóstol que no recibí mi Evangelio de los hombres, y que nada he aprendido de ellos. Por que os hago saber, hermanos, que el Evangelio anunciado por mí no es de orden humano, pues yo no lo recibí ni aprendí de hombre alguno, sino por revelación de Jesucristo; Y en esto que les escribo Dios me es testigo de que no miento. No se creará en lo que concierne a mi causa, que considero únicamente tuya (Ga_1_11s):

Diré lo que se puede probar mediante un tercer testigo, que es el R. P. Baltasar de Villard, jesuita, quien al presente es compañero del R. P. Milieu, provincial. El mencionado P. de Villard vino a verme en este día de san Andrés, y estando en mi pequeño recibidor me dijo: "Madre, ¡hoy parece estar muy alegre!" Le respondí: "Es Dios quien me colma de gozo mientras que el R.P. Milieu presenta nuestra bula a su Eminencia, el cual la rechazará. Si su Reverencia desea esperar una media hora en esta sala, será testigo de la aflicción del buen P. Milieu, quien vendrá a decirme con su acostumbrada humildad, encogido de hombros y como enteramente desolado, que otra persona podía hacer más que él, y que su Eminencia declaró que no puede ejecutar esta bula." El R.P. de Villard comentó: "¿Se siente Ud. alegre al pensar en eso?" "Sí, Padre, al creerlo, que es mucho más que pensarlo únicamente, pues no sabría entristecerme cuando Dios me consuela y me previene del modo como lo ha hecho desde que me levante [309] Usted, que es tan serio, podría acusarme de ligereza con justicia, si no supiera que por naturaleza no estoy inclinada al disimulo, y que no deseo ocultar a su Reverencia el contento interior que siento por la presencia de Aquél cuya compañía echa fuera y aleja todos los disgustos, trocándolos en consuelos." Todavía estaba hablando, cuando llegó el R.P. Milieu. Entró humillado, como ya dije, encogido de hombros, afligidísimo, como si hubiera sido él la causa de lo que, según pensaba, me apenaría; pero quise prevenirlo con palabras alegres que procedían del corazón

que tú llenaste de gozo, diciéndole: "Mi buen Padre, Dios quiso que Ud. hiciera este acto de caridad al presentar la Bula. Si el mismo Dios, por razones que él sabe, no permitió que recibiera Ud. la respuesta que su piadoso celo hubiera deseado y merecido, no por ello piense ser indigno de esta gracia: el corazón de Su Eminencia está en sus manos. El lo inclinará a lo que él desea; ¡que se haga su voluntad! El R.P. de Villard, a quien ve aquí presente, puede confirmarle que no esperaba otra respuesta sino la que me trae. Suplico a S. R. crea que estamos en gran deuda con su caridad, y que ninguna otra hubiera progresado más que ella, pues la hora del establecimiento de la Orden del Verbo Encarnado no ha llegado todavía."

[310] Al día siguiente, primer día de diciembre, asistiendo a la santa misa, te plugo enviarme a tu divino Espíritu en forma de paloma, pero no sobre mi cabeza como la víspera de Pentecostés, en 1625, estando todavía en casa de mi padre, y que espantó a la sirvienta que me peinaba, obligándola a detenerse hasta que la paloma hubo desaparecido; sino sobre mi corazón, en forma de escudo, cubriendo con sus alas mi pecho para protegerme.

El sacerdote que decía la misa era Mons. Nesme, a quien comuniqué, al concluir esta visión, lo cual le llenó de alegría. Hacia el mediodía, el P. Gibalin me escribió una nota para enterarse de la aflicción que el rechazo de Su Eminencia al P. Milieu me había causado. Le contesté con otra nota, diciendo que mi espíritu estaba en tan perfecta calma como el lecho del divino Salomón, custodiado por 60 fuertes de Israel, quien no permitió al demonio ni a la tristeza acercarse a mí con sus tinieblas; que adoraba yo la Providencia que mantenía el corazón de Su Eminencia a su disposición para inclinarlo a su voluntad; que no se afligiera en vano por aquella que estaba bajo la protección de Dios, que se complace en favorecerla con excesos de amor que le es difícil expresar.

Hacia las seis de la tarde, al verme libre de todas las ocupaciones que me impedían ir a la oración, subí de mi cuarto a la iglesia para adorar al que me concedía tantas gracias. Su bondad me previno, por así decir; Aquél que está en todas partes por su inmensidad, me salió al encuentro con tanto amor, que me asombraba y me extasiaba por la dulzura de las delicias con las que llenaba mi alma, absorta y sumergida en el torrente de su divino apasionamiento. Escuché: La pequeña fuente, crece hacia el río y la luz se ha convertido en grande sol, y alimentará muchas aguas (Est_10_6).

"Mi bien amada, tú eres esta fuentecilla que crecerá hasta convertirse en un gran río y como un sol que [311] alumbrará la Iglesia. Este río de mis gracias se extenderá en ésta con abundancia de ciencia y de elocuencia. El Santo Espíritu se ha puesto sobre tu corazón a modo de escudo, para recibir y reparar él mismo los golpes que tus enemigos desearán descargar sobre ti; alégrate a la sombra de sus alas, hija mía, adhiriéndote a su bondad. Mi diestra te lleva asida para hacerte insensible a todas las contradicciones; quien te toque, tocará la niña de mi ojo, que está amorosamente fijo en ti."

Querido Amor, puedo decir con razón: Y yo exulto a la sombra de tus alas; mi alma se aprieta contra ti, tu diestra me sostiene (Sal_63_8s). "Hija mía. He aquí que yo pongo por fundamento en Sión una piedra elegida, angular, preciosa y fundamental: quien tuviere fe en ella no vacilará (Is_28_16). No pertenece sino a ti Salvador mío, colocar los cimientos de tu Instituto, que será fundado sobre ti, que eres la piedra angular y preciosa. Habiéndome prometido y jurado en tu bondad y por ti mismo que establecerías tu Orden, creo que así lo harás; por ello no me apresuro: Quien cree, no se precipita (Is_28_16).

OG-01 Capítulo 68 - Que el viaje de Su Eminencia ocasionó que las que el Verbo Encarnado no había llamado a su Congregación se salieran; el propósito y los votos de estabilidad que él inspiró a las que llamó.

[312] A partir del día de san Andrés hasta la Cuaresma del año 1635, tus liberalidades hacia mí parecieron cambiar de nombre; antes eran excesos y si me lo permites, ahora las llamo prodigalidades,

previniendo así el disgusto que tendría, viendo que Su Eminencia se fue a Roma sin dirigirnos una palabra amable. Muchos, como los Apóstoles, la pedían por nosotras, sin que yo se los hubiera pedido, pues yo no deseaba provocar el enojo de nuestro prelado con nuestras importunidades. Una cosa me hirió en el corazón: el saber que había dicho a Mons. Su gran Vicario quien le habló de nosotras siguiendo la recomendación que Su Eminencia le hizo de todas las religiosas de su diócesis: "Estas no cuentan."

Recordé las palabras de Oseas. ¿Por qué? Señor, me apropias estas palabras: Ponle el nombre de no-compadecida, lo mismo que a todas tus hijas: No-mi-pueblo (Os_1_6s). Viéndome afligida, me dijiste: "Consuélate, [313] hija mía, Yo soy el buen pastor, y conozco a mis ovejas y las mías me conocen a mí, como me conoce el Padre y yo conozco a mi Padre y doy mi vida por las ovejas (Jn_10_14). Valor hija mía, acércate a mi costado; mira mi corazón que se abre para ti. Vengo a ti con abundancia de gracia: Apacentaré a mis ovejas y las haré recostar (Ez_34_15).

No se había alejado Su Eminencia más de tres leguas de Lyon, cuando los padres de mis hijas tomaron la resolución de sacarlas, y otras que carecían de padres que ejercieran su autoridad sobre ellas, no tuvieron el valor de esperar el regreso de Su Eminencia. Estando en oración, me dijiste: "Hija, no te aflijas por las jóvenes que saldrán; el dragón sacará la tercera parte de ellas, como lo hizo con los astros del cielo. Las jóvenes que arrebatará hubieran sido cometas de mal agüero en mi Orden, más bien que estrellas. No hagas nada ni trates de impedir su salida, y tú verás cumplirse la verdad de lo que te digo."

Querido Amor, hay una a quien prometí no despedir, y que tiene el valor de aspirar a la perfección. "Dices bien, pero será para darte disgustos que no podrías sufrir; yo mismo la sacaré, y en el lugar donde estará sufrirá para obtener la humildad." [314] No había llegado aún la Pascua, cuando de treinta hermanas no quedaban sino 20 exactamente, según tu palabra, lo cual admiró al P. Gibalin. Le hice esta observación: "Padre, reuní al pequeño rebaño que me queda, y les dije: Hijas y hermanas mías, han visto Uds. que el Sr. Cardenal no ha prometido hacernos religiosas. Informó al Archidiácono, Mons. de Gilbertes, que deseaba investigar en Roma de qué manera fue concedida nuestra bula. Esto no significa que nos hará religiosas ni tampoco que no lo hará a su regreso. Les recomiendo rueguen por él, como siempre lo hemos hecho. Su viaje fue Providencial para la Orden, porque Nuestro Señor lo dispuso para proporcionar un pretexto justo y aparente a las que no deseaba tener en su Orden, de salir por iniciativa propia, afín de librarme de las penas que me hubieran dado. De ellas no les diré otra cosa sino que no eran para esta Orden. Entre ellas había algunas con dotes más ventajosas que las de ustedes, pero esta circunstancia no me inclinó a retenerlas; vean si, con lo poco que [315] tienen ustedes, las recibirían en otros monasterios. Pidan a sus familiares que soliciten un lugar, no me parecerá mal; manifestaría la satisfacción que me dieron ustedes mediante su obediencia, y a qué grado están deseosas de practicar la virtud y de caminar hacia la perfección; si las rechazan después de que sus familias hayan hecho los trámites, y si ustedes desean permanecer en la Congregación, las retendré, aunque parte de ustedes no posea nada, y algunas otras muy poco en comparación de lo que se requiere, hoy en día, para que una joven pueda ser recibida en los conventos de Lyon."

Querido Amor, al decir esto, tenía en mente lo que escribió san Juan, cuando gran parte de tus discípulos te dejaron mientras enseñabas en Cafarnaum: Muchos de sus discípulos, al oírle, dijeron: "Es duro este lenguaje. ¿Quién puede escucharlo?" Desde entonces muchos de sus discípulos se volvieron atrás y ya no andaban con él (Jn_6_60s).

La Hna. Isabel Grasseteau, como un segundo san Pedro, dijo muy fuerte: "¿A quién iremos, Madre mía? Yo, que dejé todo por seguir a usted, no puedo abandonarla; ¡moriría de aflicción al separarme de usted!" Se arrodilló entonces a mis pies y las demás hicieron lo mismo, diciéndome [316] que no deseaban dejarme, ni querían tener a otra por madre; que tratarían, mediante su obediencia, de reconocer la amorosa caridad que tenía yo hacia ellas. Dios de mi corazón, ¡qué feliz se

sintió mi espíritu al ver que las que tú llamabas estaban resueltas a seguirte y de amarse, como lo hacen, en tu dilección!

Al enterarse el R.P. Gibalin de su firme resolución, se sintió feliz. Les dio los ejercicios, que hicieron con tanto fervor, que muchas de ellas hicieron el voto de castidad y de perseverancia en la Congregación sin comunicármelo, aunque sí al Padre Gibalin, quien me advirtió de ello el día de tu Ascensión, o de la fiesta de tu Cuerpo sacrosanto, exhortándome a hacer lo mismo, a lo cual me resistí un poco, por razonamiento. Culpaba al que les dio permiso sin mi conocimiento, diciéndole: "Pero ¡qué! Padre, es verdad que amo a mis hijas, y que no las despediré mientras sigan demostrando la buena voluntad que tienen; sin embargo, lo que hago no conlleva obligación alguna para mí; sus votos les obligan sólo a ellas, pero eso necesita caritativamente mi aprobación, que significa el alimentarlas y sostenerlas de por vida: a unas, en todos sentidos; a otras, en parte.

"Usted y ellas tienen razón: usted por caridad [317] y ellas por devoción y necesidad en todo lo que usted les permitió hacer. En cuanto a mí, no hago mal en decirle a usted la carga que me echaré a costas." La respuesta del padre fue: "Madre, tiene usted un corazón compasivo para rehusar la caridad a sus hijas, por la que siempre estarán agradecidas; veo su buen corazón, que las recibe en el amor. El Verbo Encarnado y sus ángeles le prometieron todo lo que será necesario para su Orden." El decía verdad, pues mi alma estaba tan unida a la de mis hijas como la de Jonatás lo estuvo a la de David.

Nuestra Hna. Isabel no emitió este voto. Dije al R.P. Gibalin: "Si mi Hna. Isabel desea hacerlo, consentiré en ello." Habiéndola interrogado al respecto, me dio esta respuesta: "Madre mía, es tal mi resolución de no dejar la Congregación ni a usted, que no tengo necesidad de pronunciar el voto de perseverancia." "Y yo, hermana mía, le respondí, tengo tanto valor, que me parece que el Padre ofende mi generosidad al tratar de persuadirme para que haga el voto de cumplir un designio que el Verbo Encarnado me ha ordenado lleve a su realización, y que me obligaría, aún cuando no fuera sino por consideraciones de orden moral, a no parecer inconstante en un proyecto que es en sí moralmente bueno y laudable [318]. Añada a todo esto la consideración de la gloria de Dios y las obligaciones que tengo de seguir las mociones que para este fin me ha concedido y sigue concediéndome continuamente. Pienso que esto sería pecar contra el Santo Espíritu, quien me hace conocer que es su voluntad santificar, por medio de este Instituto, a muchas jóvenes que entrarán a la Orden. Consultemos al padre, pues nos promete celebrar misas como preparación a este voto hasta el día de la Transfiguración." El nos prometió todas las que no serían de obligación. Al llegar el día de la octava, me confirmaste que era de tu agrado el que impulsara el espíritu de nuestra Hna. Isabel a hacerlo, y que también yo me resolviese a ello. Así lo hice, al saber que era de tu agrado.

Éramos diez, lo cual me admiró, pues éramos igual en número a los diez primeros padres de tu Compañía. Oh mi divino Jesús, te hablé así: "No pertenecemos al sexo que podría adjudicarnos esta profecía, explicada y aplicada místicamente a estos diez padres jesuitas: En aquellos días, diez hombres de todas las lenguas de las naciones asirán por la orla del manto a un judío diciendo: "Queremos ir con vosotros, porque hemos oído decir que Dios está con vosotros." (Za_8_23).

Tampoco quisimos aplicarnos la parábola de las diez vírgenes, por haber en ella cinco necias, a quienes faltó el aceite por culpa suya, lo cual fue ocasión para que les dijeras que no las reconocías como tuyas. [319] Nosotras no rehusamos tomar la orla de tu vestidura, como la hemorroisa, con la confianza de que nos librarías del flujo de nuestra sensualidad e imperfecciones naturales, esperando que tu amor producirá su virtud en nosotras, la cual es caridad y nos urgirá a estimar como el mayor favor poder morir por ti, que moriste por nosotras, o al menos mortificarnos por tu amor todos los días de nuestra vida. Providencia adorable, podría decirte que antes dejarías el mar sin agua que abandonar mi espíritu en la sequedad, produciendo en él continuos arroyuelos de bondad por medio de tu Escritura santa.

Me dijiste: "Querida hija, la Escritura santa, que es mi código, se ofrece a ti para decirte que las diez hermanas que hicieron sus votos de castidad y de perseverancia esta mañana me agradan tanto como mi salterio de diez cuerdas, pero deben permanecer en mi Orden unidas en caridad."

Amor muy querido, tu real Cantor nos invita con estas palabras a cantar tu alabanza: Dad gracias a Yahvé con la cítara, salmodiad para él al arpa de diez cuerdas; cantadle un cántico nuevo, tocad la mejor música en la aclamación. Pues recta es la palabra de Yahvé, toda su obra fundada en la verdad; él ama la justicia y el derecho, del amor de Yahvé está llena la tierra (Sal_33_2). Hija mía, el Profeta te dice que yo soy la rectitud misma. Soy el Verbo divino y la Verdad Eterna que hará realidad, por la fe que te he dado, todo lo que prometí. Amo, por mí mismo, el hacer misericordia y juicio a mis creaturas, así como por naturaleza soy bueno y justo hacia ellas. Ustedes se entregaron a mí con votos, y yo me doy a ustedes por amor, lo que llamo justa recompensa. Esto es del agrado de mi bondad, que por misericordia vence al juicio, pues desea colmarlas de sí mismo: Del amor de Yahvé está llena la tierra. Por la palabra de Yahvé fueron hechos los cielos por el soplo de su boca toda su mesnada (Sal_33_5s). Por el Verbo divino fueron asentados los cielos [320] y por su Espíritu de Amor, que es el espíritu de su boca, fueron adornados de virtudes; estos cielos son los ángeles engalanados de gracia y de gloria. "Hija, yo confirmaré lo que he designado desde toda la eternidad: es mi Orden. Ten confianza."

OG-01 Capítulo 69 - La respuesta que el Verbo Encarnado me dio al preguntar yo cuándo establecería su Orden y cómo me prometió que su amorosa Providencia haría nacer mi gloria de mis humillaciones.

Al considerar los desprecios y sufrimientos de tus hijas mientras perseveran en la Congregación esperando llegar a ser religiosas, te dije: "Señor, ¿cuándo será que tu Providencia establecerá esta Orden?" Tu Majestad me respondió como sonriendo: "Me preguntas lo mismo que mis discípulos cuando quise subir al cielo: Señor, ¿es en este momento cuando vas a restablecer el Reino de Israel? (Hch_1_6). Hija mía, yo les respondí: a vosotros no os toca conocer el tiempo y el momento que ha fijado el Padre con su autoridad, sino que recibiréis la fuerza del Espíritu Santo, que vendrá sobre vosotros, y seréis mis testigos en Jerusalén, en toda Judea y Samaría, y hasta los confines de la tierra (Hch_1_7s). Después de haberles hablado así, me vieron subir al cielo para tomar posesión de mi gloria. Partí del mismo lugar donde recibí una tristeza y una turbación indecibles cuando mi propio discípulo me entregó a mis enemigos, a la hora en que el infierno y los espíritus de las tinieblas tenían levantada la mano para ejercer su poderosa crueldad sobre mí. Fue por ello que dije a los judíos: Esta es vuestra hora y el poder de las tinieblas (Lc_22_53). Yo me ofrecí a mi Padre para cargar con todas las maldiciones, como un novillo expiatorio. La confusión que sentí al verme cargado con pecados que mi divino Padre aborrece por esencia (así como por esencia es amor) fue tan grande, que intimidado por ella, y el respeto y reverencia que tributo a mi Padre, me doblé y pegué mi rostro [321] contra la tierra, como si este elemento hubiera sido capaz de cubrir la vergüenza que me causaban los pecados.

"Hija, mi angustia fue tan grande, que por ella sudé sangre, viéndome reducido al estado que anunció el Profeta Isaías: No tenía apariencia ni presencia; le vimos y no tenía aspecto que pudiésemos estimar. Despreciable y desecho de hombres, varón de dolores y sabedor de dolencias, como uno ante quien se oculta el rostro despreciable, y no le tuvimos en cuenta. Y con todo eran nuestras dolencias las que él llevaba y nuestros dolores los que él soportaba. Nosotros le tuvimos por azotado, herido de Dios y humillado (Is_53_2s).

"Hija, mi sabiduría escogió el Monte de los Olivos para recibir en él la más grande ignominia. Fue ahí donde se me arrestó como a un ladrón, y donde se rodeó con una soga el cuello de mi bondad. En este mismo lugar quise mostrar mi gloria a los míos, partiendo de ahí al cielo. Convertí este sitio en escabel de mis pies adorables, dejando en él sus huellas sagradas, y no permitiendo que fuera cerrado,

sino que siguiera siempre abierto para asegurar a mis predilectos que siguen en la tierra, que me complazco en este lugar, por ser el principio de su gloria, pues yo recibí la mía desde el limbo y el sepulcro. Consuélate, hija mía; también tus hermanas. Te prometo que, desde el lugar donde se te humilla, haré brotar tu gloria de las personas mismas que parecen afligirte y despreciarte. Haré adorar el escabel de mis pies en esta Congregación; te haré tan grande, que se verá que soy yo quien obra esas maravillas, levantando a quienes los hombres abajan. [322] Estas elevaciones nacerán de tus humillaciones. No tengas otra preocupación sino el recibir la plenitud del Espíritu Santo, que te revestirá del poder de lo alto.

"Sabes bien que careces de él aquí abajo, y que atribuyes todo socorro a mi bondad, la que hace parecer como si me divirtiera y riera contigo al escuchar lo que me dices: '¿En qué tiempo establecerás tu Orden?' No deseo que te aflijas con estos pensamientos. Yo me encargo de esta fundación, tal como mi Madre y yo te lo hemos asegurado. Me preguntas cuándo estableceré mi Orden. Deja eso a la poderosa presciencia y Providencia de Dios que te ama y escucha lo que te digo acerca del reino de Israel: ya estaba establecido cuando mis discípulos me hicieron esas preguntas, pero no como lo imaginaban.

"Ellos pensaban que este reino sería exteriormente glorioso como el de Salomón y que el pueblo judío sería restaurado con sus antiguas magnificencias. No conocieron ellos con claridad mi reino espiritual sino hasta después de la venida del Espíritu Santo, el cual les manifestó mi reino y todas las verdades que les prometí después de que recibieran a este divino Paráclito. El Santo Espíritu vino a confirmar mi reino; por fin nació mi Iglesia. El vino para gobernarla y para fortalecer a mis Apóstoles y a mis discípulos, [323] concediéndoles, con las lenguas de fuego, la ciencia y la intrepidez necesaria para anunciar mis palabras, el poder de obrar signos y milagros que asombraban a todos los que se encontraban ahí como espectadores y como oyentes de la sabiduría que él les concedió junto con el don de hablar las diversas lenguas. De todos aquellos que estuvieron en Jerusalén en el día de su descendimiento, majestuoso y glorioso a causa del fuerte viento y las lenguas de fuego que se colocaron sobre cada uno de ellos, llenando la casa donde se encontraban, ¿quién no se hubiera sentido presa de admiración al escuchar a los tímidos e iletrados anunciar en voz alta las maravillas del Dios Hombre, a quien los Pontífices y los Reyes habían despreciado y hecho clavar sobre una Cruz que consideraban infame?

"Querida hija, me preguntaste cuándo será que te establecería como mi reino delante de los hombres. Ya lo está en ti, donde he sido constituido Rey por mi Padre, como en mi Sión y mi Jerusalén pacífica. Tú eres mi ciudad, donde he constituido mi fortaleza. He colmado tus debilidades con mis grandezas; mi humanidad y mi divinidad reposan en ti; he edificado en tu alma mi templo. [324] ¿En qué consiste el Reino de Israel si no en reinar con Dios y contemplar sus bondades inclinadas a derramarse en ti con tanta abundancia que luchamos casi continuamente, pero con una lucha que te da mayores ventajas de las que obtuvo Jacob cuando forcejeó conmigo, estando yo escondido en el ángel? Nuestra lucha consiste en que tú insistes en demostrarme que eres indigna de mis grandes caricias, y en que yo deseo convencerte de que mi amor hacia ti las ha merecido, y que no puede reprimirlas sin resistir a las inclinaciones de mi bondad. Yo no me retiro al llegar la aurora, pues soy el Sol Oriente, que desea iluminarte hasta el mediodía, con el puro amor y la caridad perfecta; en lugar de debilitar los nervios, deseo fortalecer tu espíritu. No deseo retirarme después de haberte dado mi bendición, sino que deseo permanecer en ti como Dios de bendición. Baruc 3 predijo que vendría yo a la tierra a conversar con los hombres, después de haber enviado y llamado a las estrellas, que están prestas en todo momento a la ejecución de mis órdenes.

"Hija, estas estrellas son mis ángeles, que tienen la comisión de visitar a los hombres según mis órdenes, ajustándose a la ley de la naturaleza, la ley escrita, y sobre todo, una vez iniciada, a la ley de la gracia, anunciándoles mi voluntad por medio de apariciones visibles."

Querido Amor, escucho lo que me enseñas por este Profeta: Brillan los astros en su puesto de guardia llenos de alegría, los llama él y dicen: ¡Aquí estamos! y brillan alegres para su Hacedor (Ba_3_34s). Ellas dicen con este vidente, que tú las creaste: Este es nuestro Dios, ningún otro es comparable a él (Ba_3_36). Eres tú quien, por su medio, enseñas tus caminos a Jacob tu hijo, y a Israel tu bien amado [325] después de que estos ángeles lo hubieron instruido de tu voluntad, tú mismo viniste para hacerte visible a los hombres y conversar con ellos. La Iglesia así lo cree, y yo con ella, pues por tu gracia tengo la dicha de ser su hija, pero poseo tantas seguridades, que te ruego me permitas preguntarte: "Señor, ¿es posible creer cuando se ven tantas maravillas?" Me respondiste que se trata de la fe iluminada por el Padre de las luces, que fue concedida al Príncipe de los Apóstoles, cuya octava solemnizamos hoy, así como la claridad comunicada a su colega, y que me equivocaría al separarlos, puesto que la Iglesia, guiada por el Santo Espíritu, los une en la misma solemnidad.

OG-01 Capítulo 70 - Del amor que tiene el Verbo Encarnado por los hombres, dándose a ellos en el Santísimo Sacramento, amor explicado por las palabras del cuarto capítulo de Baruc y del mismo Verbo Encarnado a san Juan.

¿No es suficiente, oh Enamorado de la humanidad, el haberle concedido este favor durante el tiempo que estuviste en misión para obrar la copiosa redención, sin quedarte además en el Sacramento de Amor, donde pareces ocultarte para mejor darte a conocer, perdiendo tu esplendor? Este velo no es sino un crespón que amortigua o desluce tus rayos, haciendo tu presencia menos impresionante para permitir el trato familiar con Aquél que es Dios oculto y Salvador. Tu amor, que se basta a sí mismo, igual que tu divinidad en su intimidad, no se contentó con permanecer en la inmensidad de su divina suficiencia. Quiso salir fuera de sí mismo, permíteme la expresión, para comunicarse a la humanidad mediante una iniciativa que no procede sino de él.

¿Quién se hubiera atrevido a imaginarla, si no la hubiera manifestado él mismo, mediante los resplandores de sus propias llamas, a quienes se digna visitar? [326] Verbo Encarnado, en este Sacramento permaneces como extasiado. No hablas en él como un hombre; dices ahí maravillas, como Dios, a quienes acaricias como a tus queridas hijas y esposas amadísimas, a quienes enseñas las leyes de la amorosa dilección y los caminos de vida sin los cuales moriríamos. La ley que subsiste eternamente: todos los que la retienen alcanzarán la vida (Ba_4_1). La esposa que mora en ti y tú en ella, ha entrado a la verdadera vida que prometiste a los que comulgaran según tus intenciones: La ley que subsiste eternamente: todos los que la retienen alcanzarán la vida, mas los que la abandonan morirán (Ba_4_1).

Habla, Verdad infalible, por tu propia boca, y aprópiate esta profecía de Baruc mediante tu divina palabra y tu augusto Sacramento, que encierra la vida eterna, el memorial de todas tus maravillas, la derogación de todas las leyes; es la consumación de la ley del amor; es el amor divino y la vida divina. Este es el pan que baja del cielo, para que quien lo coma no muera. Yo soy el pan de la vida. Yo soy el pan vivo, bajado del cielo. Si uno come de este pan, vivirá para siempre; y el pan que yo le voy a dar, es mi carne por la vida del mundo. El que come mi carne y bebe mi sangre, permanece en mí, y yo en él. Lo mismo que el Padre, que vive, me ha enviado y yo vivo por el Padre, también el que me coma vivirá por mí (Jn_6_48s). El que no coma la carne del Hijo del hombre, apoyada sobre la naturaleza del Verbo, y el que no beba su sangre, apoyada por esta divina hipóstasis, no tendrá en él su vida divina [327].

En este sacramento, el Verbo Encarnado es el Libro de la vida. El es el libro de los mandamientos de Dios. El es Dios, el mismo que los hizo y los dio. El es el Hombre que los observó con toda perfección. El es la ley del amor mediante la cual los hombres viven si la guardan en ellos. El

producirá en ellos la vida eterna. La ley que subsiste eternamente: todos los que la retienen alcanzarán la vida, más los que la abandonan morirán (Ba_4_1).

"Hija mía, continúa explicando lo que sigue." Querido Amor, lo haré por medio de tu Espíritu, ya que insistes en ello: Vuelve, Jacob, y abrázala, camina hacia el esplendor bajo su luz. No des tu gloria a otro, ni tus privilegios a nación extranjera (Ba_4_2s). Queridísimo Amor, si Pablo se afligía ante la dureza de sus hermanos según la carne, que no quisieron aceptar tus amonestaciones; yo me aflijo con él por los hijos de Jacob, que no siguieron las enseñanzas de este profeta. Desdeñaron su mensaje. Cedieron toda su gloria y su dignidad a los gentiles; ellos solos se decían bienaventurados por tener a su Dios cerca de ellos, y que entre todas las naciones ninguna otra tenía el privilegio de la nación judía; estos hijos de Jacob se negaron a seguir el camino de la vida. Rehusaron caminar en su esplendor.

No quisieron aprisionar su entendimiento bajo [328] la acción de la fe ni avanzar por los rectos senderos del Verbo Encarnado: Camina hacia el esplendor bajo su luz (Ba_4_2). No aceptaron creer que él podía dar su carne como alimento y su sangre como bebida, pero de un modo espiritual. No tuvieron fe en que Aquél que les hablaba como hombre y que obraba milagros como Dios, fuera el Mesías, cuyo esplendor vislumbraban a través de sus grandes signos y por su doctrina, que no podían proceder de un hombre ordinario. Vino a los suyos, y los suyos no lo recibieron.

Los gentiles poseen su gloria y su dignidad; los verdaderos católicos caminan por la ley de tu esplendor bajo la luz de los sentidos, la cual falla en la consideración de este augusto Sacramento y en varios misterios tuyos. Al adorarlo como lo ordena la Iglesia, cantan al unísono con ella en gozo y sumisión de espíritu, arrebatados de admiración ante este misterio.

El Verbo hecho carne, por su palabra hace de su carne verdadero pan, y el vino se convierte en sangre de Cristo, y si nuestros pobres sentidos no lo perciben, la fe es suficiente para cerciorar de ello al corazón puro.

Ellos reconocen el exceso de amor que te llevó a darte en la noche de la Cena, después de haber comido el cordero Pascual y observado todas las prescripciones de la ley. [329] Ellos creen que, por tu palabra todopoderosa, cambiaste el pan en tu cuerpo y el vino en tu sangre, y aunque sus sentidos son incapaces de conocer estos grandes misterios, sus corazones, encendidos de tu amor, afirman que la fe es suficiente. Con esta viva fe se acercan a tus altares, adorando con amor y reverencia tu cuerpo, tu alma y tu divinidad; el todo velado bajo las Especies.

Ellos no se resisten a dejar cautivo su entendimiento bajo la acción de la fe. Adoran lo que no pueden comprender, y creen lo que no pueden ver con los ojos corporales. Caminan por la vía de tu divino esplendor, que es el don de la fe, el cual es contrario a los sentimientos y razonamientos humanos. Obran según el consejo del Profeta Baruc a Jacob: Vuelve, Jacob, y abrázala (Ba_4_2). Ellos se unen a ti para convertirse en ti, según lo que dijiste a nuestro Padre san Agustín, que no convertiría este pan en su sustancia, sino que sería convertido en ti. Vuelve, Jacob, y abrázala, camina hacia el esplendor bajo tu luz (Ba_4_2). Ellos reciben este divino Sacramento en el camino que es para ellos una senda de amor y de vida. Con la luz de la fe, caminan contra la luz de los sentidos que les diste para guiarse en la tierra. Ellos creen que tu [330] cuerpo sagrado se encuentra todo en un fragmento, y que no está sujeto a ser dividido cuando el sacerdote rompe y fragmenta las Especies. Ellos creen que es un verdadero cuerpo, aunque no tenga en este Sacramento su extensión local ni su cuantitatividad exterior. Ellos creen que se encuentra en este augusto Sacramento a manera de espíritu impasible, inmortal y glorioso, que el Padre y el Santo Espíritu te acompañan en él por concomitancia y continuidad necesaria, que tú has podido hacer creíble esta maravilla, oh esplendor de la gloria del Padre, y que haces caminar, o mejor dicho, volar, mi espíritu por ti mismo, por tu esplendor en la nube de la fe, contra la claridad que concediste a mis sentidos.

Mi espíritu no tiene dificultad alguna al ser llevado por el viento del tuyo e iluminado por tu luz, para sobrepasar la luz natural de mis propios conocimientos. El es Jacob, suplantador de todo lo

que es bajo. Está unido a ti, que pareces estar en este Sacramento como vencido por mi amor, sumiso a lo que me agrada. Jamás un religioso mostró una obediencia semejante: tú obedeces a todos los sacerdotes. Cuando te dejan en algún lugar que no deseo nombrar, guardas en él una pobreza sin par, revestido y sostenido por un fragmento casi imperceptible.

Tu castidad es admirable, por ser un cuerpo a manera de espíritu. Jamás existió una clausura más estrecha, ni tan perfectamente guardada y observada. Tu esplendor fabricó en ella un camino que va contra su propia luz (permíteme expresarme así) para poder unirse a nosotros: Camina hacia el esplendor bajo su luz (Ba_4_2). Deseas, al permanecer [331] visiblemente en la tierra, que la bondad de nuestro Padre celestial haga brillar su sol tanto sobre los malos como sobre los buenos, por lo que te digo que tu excesiva caridad te llevó a instituir el divino Sacramento, al que has bajado como el sol a nuestro horizonte, y donde haces brillar tu misericordia sobre todos; y donde, aún en detrimento de tu luz y tu esplendor, entras en las almas que te ofenden y que son otros Judas.

En este rasgo veo tu benigno esplendor penetrar dentro del traidor contra la luz de tu conocimiento: Camina hacia el esplendor bajo su luz (Ba_4_2). Si san Pablo no hubiese percibido esta incomprensible caridad, la humanidad difícilmente habría podido darse cuenta de las ofensas que te inflige al recibirte en pecado en este Sacramento en el que tu exceso de amor te lleva a entrar en ellas: Camina hacia el esplendor bajo su luz, (Ba_4_2) sabiendo que las almas que te recibirán se obstinarán hasta llegar a ser réprobas y te ofenderán todavía más después de haberte recibido.

OG-01 Capítulo 71 - Como la divina bondad me ha favorecido con las ventajas de Benjamín; de la vista de un admirable triunfo del Rey y de los Príncipes, sus hijos, todo conducido por celestiales conocimientos; y como la divina sabiduría me consoló y me encargó de encomendarle estos triunfadores.

Al expresar de qué manera te entregaste en este Sacramento de Amor: Camina hacia el esplendor bajo tu luz, (Ba_4_2) hice una digresión muy grande en contra de la brevedad que me propuse en esta narración. El esplendor de tu [332] caridad me hizo obrar contra la luz de la prudencia que deseaba yo tener para no resultar tediosa mediante una larga prolijidad. Tu Majestad me enseña la paciencia: contra mi voluntad, este Capítulo resultó apropiado para que la ejerzan quienes lo lean. Podrán constatar aún más tu bondad y longanimidad, que perdurará en este Sacramento: todos los días, hasta el fin de los siglos. Cuidarán de no seguir ofendiéndote en este amoroso Sacramento, por temor a desagradarte y acumular un tesoro de ira para el día de la justa venganza.

No te contentas con acariciarme en la mañana al comulgar, tomando mi presa y mi porción, ni por la tarde, al hacer lo que Jacob dijo de Benjamín: repartir los despojos de tus victorias entre todas tus iglesias: Benjamín, lobo rapaz, de mañana devora su presa, y a la tarde reparte el despojo, (Gn_49_32) presentando para ello a la Triunfante tus méritos, para incrementar el gozo accidental; a la Militante, gracias justificantes; y a la Sufriente indulgencias, afín de que con ellas sean liberadas gracias a tus méritos. Benjamín dijo: Querido de Yahvé, en seguro reposa junto a El, todos los días le protege, y entre sus hombros mora (Dt_33_12). Durante la noche continúas colmándome de tus favores y conversando conmigo entre delicias que más pueden sentirse que expresarse: La noche sea en torno a mí un ceñidor (Sal_138_1).

El 25 de agosto de 1635 o 36, a eso de las tres de la madrugada, tuve visiones admirables. Mi divino Jesús, me pareció estar en espíritu cerca de la iglesia del Colegio de tu Compañía en Roanne, la cual está dedicada a san Miguel, Príncipe de tu milicia celeste. Vi ahí una multitud de personas atentas a considerar un maravilloso triunfo, en el que percibí a dos jóvenes príncipes, entre los diez y doce años de edad, de una belleza sobrehumana. Los dos reales mancebos iban montados sobre dos caballos

blancos como la nieve; sus monturas tenían un aire misterioso, puesto que trotaban y volaban al mismo tiempo, al igual que los enigmáticos animales que [333] vio el Profeta Ezequiel.

Me pareció que los corceles más bien dirigían a sus regios jinetes que éstos a ellos. Cada uno portaba una oriflama que era como un gran estandarte de rojo carmesí, con el que se envolvían y cubrían a sus caballos a manera de funda, y que dichos estandartes, por un poder oculto, se plegaban y los rodeaban por sí mismos en forma de columnas, las cuales, apoyadas sobre los corceles, subían hasta el cielo. Al llegar a lo alto se abrieron, como si con esta apertura estuvieran dispuestas a recibir fuerza y plenitud de felicidad proveniente del cielo y no de la tierra.

Vi además cómo estos estandartes se trasladaban y se arremolinaban por su propia virtud, no teniendo necesidad alguna de las manos de estos niños a quienes protegían con tanta eficacia, como a príncipes de gran esperanza. Vi en seguida a un venerable anciano de cabellos blancos como la nieve y rostro majestuoso. Cubría su cabeza un solideo rojo y llevaba en la frente una lámina de plata admirablemente trabajada, de la que nacía una corona terminada en punta, toda de oro fino. Le seguía otro que llevaba el Santísimo Sacramento, cuyo rostro no pude ver por estar vuelto a otro lado, como si quisiera que no lo viera yo sino de espaldas. Venía un tercero, encargado de las ceremonias, que iba y venía de un lado a otro. Estas tres personas cautivaron mi admiración de tal manera, que fuera de ellas no presté atención a cosa alguna relacionada con este triunfo ni a las personas que asistían a él. A pesar de todo, lo que más me admiró fue el escuchar a este anciano pronunciar con una majestad admirable: [334] Alaba a Dios; alaba a la Madre; alaba a Judá. No hubo persona que respondiera después de estas palabras.

Volví en mí para ser presa de un asombro que me hacía sufrir. Ello se debió a que veía una multitud de pueblos espectadores de todo lo que arriba menciono, sin admirarse y sin prestar atención a esas palabras, tan majestuosamente pronunciadas, en las que la divinidad se complacía. Permanecí en un respeto indecible, esperando con humildad que el Verbo Encarnado me instruyera acerca de estas visiones, que confié al R. P. Gibalin en cuanto pude verlo. La víspera de santo Tomás, 1636, a las ocho de la mañana, el R.P. Gibalin rogó a Su Eminencia, después de su regreso de Roma, se dignara tener piedad de la larga espera de tus hijas, amoroso Verbo Encarnado; que no podía seguir teniéndolas afligidas y sin consuelo. Me dijiste a la misma hora, sin saber yo que el Padre le hablaba: "Hija mía. Su Eminencia rehúsa, en este momento, la petición del Padre Gibalin." Llamé a mis Hermanas Isabel Grasseateau y Catherine Richardon, para decírselo. Me había sentido mal toda la noche, por lo que me fue imposible dormir. Quise descansar durante el día, pero escuché estas palabras con mis oídos corporales, sin ver a la persona que me las dirigía: "Su Eminencia rechaza la súplica del Padre Gibalin, hija mía; no temas que la Orden se logre. Yo mismo la estableceré." Después de mediodía, Mons. Nesme vino a verme para informarme sobre lo que el P. Gibalin no quiso comunicarme, y para saber en qué estado me encontraba después de este segundo rechazo. Me vio igualmente contenta. Cuando me lo dijo, hice llamar al recibidor a nuestras dos hermanas, diciéndoles: "¿Qué les dije esta mañana?" Ellas manifestaron al prelado lo que antes mencioné, [335] quedando él admirado ante la paz y alegría en la que mantenías mi espíritu. Por la tarde, al entrar en la iglesia, mi alma fue colmada de consuelo, y absorta en un dulce entusiasmo. Escuché: Nacerá en sus días la justicia, y habrá paz en abundancia.

Al mismo tiempo, vi que se me presentaban flores blancas de las que llamamos muguete. Los globitos o corolas son pequeños y todos llevan una corona; las hojas son grandes y largas. Después de que esta clase de flor desapareció, se me presentó un iris, que a su vez desapareció, para dejarme ver cómo plantan la lavanda, y escuchar que mi lavanda había sido aspirada por el Rey de paz, el Verbo Encarnado, quien quiso recrearme en su jardín, y que era muy difícil afligir a un alma a la que tú mismo te dignas consolar.

Amor muy querido, no sabría yo explicar las delicias que me diste a probar en esta noche sin par; al hacer de mí tu morada pacífica, tuve el deseo, si lo encontrabas de tu agrado, de que todo este reino y todos los príncipes cristianos estuvieran en paz. Tú, que conoces los corazones, colocaste al

mismo tiempo dos lirios sobre mis espaldas; sus tallos eran muy largos. Me explicaste que se trataba de dos lirios del árbol que había yo visto el año 1625, los cuales me encargabas para rogarte por ellos en mis oraciones; que fuera paciente hasta que me explicaras tú mismo esta visión de los dos lirios; que gozara con agradecimiento los deleites que te complacías en concederme, por un exceso de bondad, en tanto [336] que dos, a quienes tú no consolabas como a mí, pudieran repetir estas palabras de Job: Mis días han pasado con mis planes, se han desecho los deseos de mi corazón (Jb_17_11). "Hija mía, yo recojo los tuyos y los uno por mi amor, que se complace en acariciarte; estas caricias continuarán durante el Adviento, y todo el tiempo que permanezca yo en el establo."

OG-01 Capítulo 72 - De mis contrariedades de Espíritu y enfermedades corporales; de la privación de consolaciones divinas por un poco de tiempo; del fuego ardiente que recibí de lo alto que presionó al Verbo Encarnado a visitarme y consolarme divinamente.

Ignoro si fue deseo tuyo el que experimentara yo la privación que Judea tuvo de su dicha cuando emigraste a Egipto, pero diré que casi al llegar la Cuaresma de 1637, me sentí extraordinariamente indispuesta. Parecía que no debía vivir sino algunos meses en estos males del cuerpo; a ello quisiste añadir aflicciones de espíritu, sin que supiera yo tu designio. Pensaba que estos males corporales me ensombrecían, porque no podía respirar, y había el temor de que me volviera hidrópica. Comía muy poco y estaba extremadamente alterada.

El R.P. Boniel dijo al P. Gibalin que hacía falta controlar los males que comenzaban. Recomendó tanto al Padre que se me diera un tratamiento, que me vi obligada a recurrir a remedios que no fueron inútiles, porque con tu ayuda me vi libre de esta opresión, que se temía fuera un comienzo de asma. Una noche, estando en oración, vi la paloma que vino a mi corazón el 2 de diciembre de 1635, la cual se posó sobre el dosel del Santísimo Sacramento. No me diste la explicación de esta visión a la misma hora en que ocurrió, por lo que dije al R.P. Gibalin: "Padre, vi una paloma sobre el dosel de nuestro altar, pero Nuestro Señor no me la [337] explicó. Esperaré a que se digne darme a conocer lo que desea comunicarme por esta visión."

El segundo viernes de Cuaresma, hacia las 10 de la mañana, comprendí por una ruda experiencia que el escudo que me había hecho insensible a todos los rechazos de Su Eminencia no estaba más sobre mi corazón, y que se trataba de la misma paloma que se posó sobre ti, oh divina Vara de Jesé, pues querías informarme de la gracia que me concediste al enviarme tu Espíritu, para impedir que el mío y mi corazón fuesen afligidos, pero que tu sabiduría juzgó a propósito hacerme sentir, en este día las tristezas extremas que me hacían sufrir. Parecía como si me retorcieran y arrancaran las entrañas, produciéndome fuertes dolores internos. Derramé un torrente de lágrimas, diciéndote: Se agotan de lágrimas mis ojos, las entrañas me hierven (Lm_2_11) pero no deseo derramar mi hígado por tierra, como este doliente Profeta. No debes volver a entrar al sepulcro para visitarlo ahí. Prefiero ofrecértelo con mis suspiros inflamados, levantando mis ojos al cielo, de donde me vendrá el auxilio que espero. Al contemplarme en estos amargos dolores me hiciste escuchar: ¿A quién te compararé? ¿A quien te asemejaré, hija de Jerusalén? ¿Quién te podrá salvar y consolar, virgen hija de Sión? Grande como el mar es tu quebranto: ¿quien te podrá curar? (Lm_2_13).

Tú, mi Señor, puedes consolarme, pues por ti estoy en estas grandes desolaciones, las cuales por ventura me durarán hasta la muerte [338] Las deseo, Señor, las recibo de tus mandatos o de tus permisiones. Todos los santos o santas, si son ustedes quienes me dijeron: "¿A quién te compararé?" comuniquen al Verbo Encarnado, nuestro divino Salvador, que le respondo con Job, el milagro de paciencia: Aunque me matara, esperaré en El (Jb_13_15). Vosotros, todos los que pasáis por el camino, mirad y ved si hay dolor semejante al dolor que me atormenta (Lm_1_12). Ignoro por qué esta desolación me fue enviada o permitida. Todos ustedes, que han pasado por el camino de la

contemplación, y que han sido comisionados por su Majestad para cosas grandes, consideren si existe algo semejante al dolor que siento. Tal es el extremo sentimiento de las almas desoladas como la mía, al ignorar la causa o el motivo; pero al hablarles de mis males, siento un fuego que me ha sido enviado de lo alto: Ha lanzado fuego de lo alto, lo ha metido en mis huesos. Me ha dejado desolada (Lm_1_13).

Aquél que se esconde me ama, por tanto, al afligirme, puesto que desde su trono elevado envía su flama a mis huesos, me enseña que no se ha ocultado sino para probar si le amo tanto al estar ausente, como cuando está presente. Amor muy querido, así como los discípulos de Emaús notaron, como efecto de tu enseñanza, que el fuego ardía en su corazón, siento una tan pura y ardiente llama en el mío, en mi pecho y en mis entrañas, que no puede proceder sino de Aquél a quien Moisés y san Pablo llaman un fuego devorador: Pues nuestro Dios es fuego devorador (Hb_12_29); (Dt_4_24). No te digo con los discípulos que esperaba tu Resurrección, sino mucho más: creo que resucitaste, [339] y que estás aquí, cerca de mí, como un Dios oculto y Salvador. Los que se ven reconocidos, se quitan la máscara.

Al considerarme con esta confianza, me dijiste que tu amor te apremió a darte a conocer, como hacen los niños al esconderse; los que aman no se ocultan sino para probar el amor de quienes aman, afín de hacerles ver después las llamas redobladas de sus corazones abrasados, y que todas estas pruebas no fueron sino un poco de agua para hacer arder con mayor fuerza, o más ardientemente, este santo fuego. Me dijiste muchas más cosas provenientes de tu amor hacia mí, pero debo abreviar.

Siendo el Verbo humanado, sabes disculparme, pues tengo un dolor de cabeza tan fuerte, que apenas puedo ver lo que escribo; lo he padecido desde el domingo de la octava de la Ascensión de 1642: al subir al cielo, tal vez llevaste contigo la parte superior de mi cabeza, o quizá permitiste que los lirios que estaban sobre el altar, con su fuerte aroma, me causaran estas suspensiones, que son bien diferentes de las descritas anteriormente, las cuales elevan el entendimiento hacia ti, iluminándolo; mientras que estas últimas lo dispersan o disipan, aturdiéndolo. No sé Señor mío, si debo atreverme a decir que entre las gracias que me concedes, esta de escribir en medio de tan violentos dolores de cabeza no es de las menores.

Yo misma me sorprendo al recordar lo que anoto, pues no puedo expresarlo sino en este papel, sobre el cual me haces hablar por mi pluma, a la que guías y conviertes en la pluma de los vientos, para expresar aquí las maravillas de tu bondad, que produce los vientos de sus tesoros: Levanta las nubes desde el extremo de la tierra; para la lluvia hace él los relámpagos, saca de sus depósitos el viento (Sal_135_7).

Al dulcificar los males, cambias [340] el rayo en lluvia; tu justicia cede con frecuencia ante tu misericordia. Escondes tu terrible Majestad para mostrar tu piadosa benignidad. Haces todo lo que quieres en el cielo y en la tierra, según las palabras del Profeta que menciono: Todo cuanto agrada a Yahvé lo hace en el cielo y en la tierra, en los mares y en todos los abismos (Sal_134_6).

El abismo de las aflicciones fue transformado en un océano de gozo, porque, no pudiendo o no deseando contener por más tiempo tus amorosas inclinaciones sin comunicármelas, me dijiste: "Hija, las desolaciones que has sufrido te hacen ver que la paloma se retiró cuando tú la viste sobre el dosel del altar. Tú has estado sufriendo y sin la particular protección de Dios, que te sirve de escudo, te verías con frecuencia desconsolada y agobiada por las aflicciones que una esperanza diferida y obstaculizada lleva consigo. Valor hija, acepta lo que se te presente, tanto placentero como doloroso; sufre esta llama que une en mí a todos los espíritus, y que parece consumir las entrañas; yo soy su causa y objeto." Señor, obra según tu voluntad [341].

OG-01 Capítulo 73 - Que el Verbo Encarnado me prometió multiplicar su Orden que quería establecer sobre el zafiro, ordenándome comprar esta casa en honor de la sangre de sus mártires. Él me invitó a elevarme a él de esta santa montaña por las palabras del Cantar 4.

En este mismo año 1637, alrededor del tiempo de Pascua, al representarte un día el crecimiento de algunas Congregaciones, cuyos monasterios se llenaban, mientras que nuestra Congregación apenas si crecía, me dijiste: "Hija mía, te puedo decir con más amor que Elcana: Ana, ¿por qué lloras? ¿Por qué se aflige tu corazón; es que no soy mejor para ti que diez hijos? Ana, ¿por qué lloras? (1S_1_8). Hija y esposa mía, ¿por qué lloras? ¿Por qué se aflige tu corazón? ¿No soy más agradable para ti que si tuvieras diez monasterios? ¿No encuentras en mí todo lo que puedes tener? Espera mi hora, queridísima mía, y goza de mi amor, que vale más que diez mil hijas. Grita de júbilo, estéril que no das a luz, rompe en gritos de júbilo y alegría, la que no ha tenido los dolores; que más son los hijos de la abandonada, que los hijos de la casada, dice Yahvé. Ensancha el espacio de tu tienda, las cortinas extiende, no te detengas; alarga tus sogas, tus clavijas asegura; porque a derecha e izquierda te expandirás, tu prole heredará naciones y ciudades desoladas poblarán. Por un breve instante te abandoné, pero con gran compasión te recogeré. Porque los montes se correrán y las colinas temblarán, más mi amor de tu lado no se apartará, y mi alianza de paz no se moverá dice Yahvé, que tiene compasión de ti (Is_54_1s).

"Hija mía, pareces estéril a los ojos de los hombres. Alégrate, pues te haré fecunda por mí mismo. Te multiplicaré mucho más que aquellas [342] que consideras asistidas por favores humanos; dilata tu esperanza, no escatimes nada; ten siempre un gran corazón, confíate a mí. Te prometo una multitud tan grande, que se extenderá a derecha e izquierda; por un poco de tiempo parezco abandonar mi Congregación en el desprecio aparente, delante de las personas, pero dentro de poco será reunida y extendida con signos bien visibles de las amorosas e inmensas ternuras de mi eterna misericordia: Pobrecilla, azotada por los vientos, no consolada, mira que yo asiento en carbunclos tus piedras y voy a cimentarte con zafiros. Haré de rubí tus baluartes, tus puertas de piedras de cuarzo y todo tu término de piedras preciosas (Is_54_11s).

"Hija mía, todos tus sufrimientos son comparables a una tempestad pasajera; por un poco de tiempo estás sin consuelo, porque eres mi delicada, que no puede consolarse con las creaturas; esto es muy duro para ti, a quien he alimentado con mis delicadezas. Colocaré con mi mano, tan industriosa como poderosa, las piedras que son tus hijas. Te cimentaré con el zafiro. Hija mía, el cielo ha tenido cuidado de cautivarte; ese cielo que está representado por el zafiro. Pon atención, hija mía, pues según el Éxodo, Capítulo 24: Moisés subió con Aarón, Nadab y Abihú y setenta de los ancianos de Israel. Bajo sus pies había como un pavimento de zafiro tan puro como el mismo cielo (Ex_24_9s). [343] En los Cantares, puedes verlo en la descripción que mi esposa hace de mí: Su vientre, de pulido marfil, recubierto de zafiros (Ct_5_14). En Ezequiel, en el primer Capítulo: Había algo como una piedra de zafiro en forma de trono. Y en el décimo dice: Miré y vi que sobre el firmamento que estaba sobre la cabeza de los querubines parecía, semejante a la piedra de zafiro, algo como una forma de trono, por encima de ellos (Ez_1_26). Fíjate, hija mía, que en el Éxodo mis pies se asientan sobre el zafiro, y en los Cantares mi vientre es de marfil, cubierto y embellecido de zafiros. En Ezequiel, Capítulo 1º, el zafiro es mi trono, y en el décimo mi trono aparece sobre el zafiro, el cual descansa sobre el firmamento, que a su vez se asienta sobre la cabeza de los querubines. ¡Qué insigne favor te prometo, hija mía, por las palabras de Isaías, de cimentar mi Orden y tu persona sobre el zafiro! Es tan grande, que todos los ángeles y los hombres admirarán mi bondad hacia ti y hacia la Orden que deseo establecer.

Sube conmigo, hija: ven a verme con mis santos sobre el cielo. Mi cuerpo sagrado es el cielo supremo, adorable zafiro. Ven, mi bien amada, a reposar en mi propio seno sobre el zafiro engastado en el marfil de mi pureza divina. Ven, mi muy amada, a ver con ojos de águila este zafiro sobre el firmamento colocado sobre la cabeza de los querubines a modo de trono, y participa de mi reino como esposa mía."

El mismo año 1637, tu Majestad me dijo que comprara la casa que estamos habitando, porque deseabas honrar la sangre de tus mártires, que fue derramada en abundancia por causa de tu Nombre en torno a ella, de cuya profusión ha conservado su nombre la calle, habiendo cambiado el vulgo la palabra bouillon [344] por la de Gourguillon. Habiéndome enterado que así era tu voluntad, la compré al Sr. Viau. Nos pusimos de acuerdo en dos palabras. El me dio a conocer sus condiciones; yo, lo que deseaba ofrecerle. Aceptó mi oferta, y aunque amaba esta residencia, sintió gran contento al vendérmela, para verte servido y alabado en ella por religiosas consagradas a este ejercicio. Querido Esposo, real y divino, haz de ella tu templo, como me lo prometiste; tú eres como el ojo del divino Padre, y nos verías con complacencia, al reposar en tu tabernáculo. Tu común Espíritu, que es tu corazón y único amor, morará en ella para amarnos con benevolencia. Llena nuestras bajezas con tus grandezas y establece en ella tu fortaleza. Es lo que espero de tu amor, que animará a esta Sión, según los signos que me has dado, más que todos los tabernáculos de Jacob, a cuya vista el Profeta Balam quedó tan sorprendido, que exclamó: ¡Qué hermosas son tus tiendas, Jacob, y tus moradas, Israel! Como valles espaciosos, como jardines a la vera del río, como áloes que plantó Yahvé, como cedros a la orilla de las aguas (Nm_23_5s). Todas estas tiendas distaban de parecerse a tu Sión, en la cual tú mismo te has detenido para fijar en ella tu morada. Después de que esta casa fue comprada y pagada por tu Providencia, me invitaste amorosamente, diciéndome: "Ven del Líbano, novia mía, ven del Líbano, vente. Otea desde la cumbre del Amana, desde la cumbre del Sanir y del Hermon, desde las guaridas de leones, desde los montes de leopardos (Ct_4_8). Ven, esposa mía, del Líbano, porque mi cuerpo sagrado y mi preciosa sangre reposan en esta capilla; esta sangre preciosa blanqueó la túnica de mis mártires, los cuales son Líbanos blanquísimos por la participación que tuvieron en mi sangre, y el derramamiento de la suya, la cual, unida a la mía, se torna blanca como la leche; es por ello que la Iglesia les atribuye estas alabanzas: Blancos fueron hechos por su Nazareno; dieron gloria a Dios, y como cuajo de leche se tornaron. Mis dos grandes doctores, en el himno de alabanza y de confesión que compusieron, dicen: a ti te alaban los ejércitos de los mártires (Te Deum).

"Mi sangre y la de mis mártires blanquea tu alma; es por ello que te llamo con ese nombre del Líbano, de la cabeza de Amana, donde la fe y la verdad triunfaron por la confesión y la muerte de mis mártires, pues Amana es: Otea desde la cumbre del Amana, desde la cumbre del Sanir y del Hermon (Ct_4_8). Esta montaña o esta cima fue el lugar donde los emperadores desearon destruir y abolir la religión cristiana, deseando borrar mi Nombre mediante [345] la muerte de quienes lo confesaban, ideando tormentos que su rabia y la de los demonios les sugerían para quitarles la vida. Ven, mi bien amada, a esta montaña donde se levantaba el anfiteatro de Vienne. Ven a estas guaridas de leones, a esta montaña de leopardos, porque aquellos emperadores paganos eran más crueles que todas esas bestias feroces, más encarnizados y sanguinarios que ellas en las persecuciones que fraguaron para atormentar a mis mártires.

"Ven, pues, hija mía, ven a mí sobre este monte en el que se sentó su crueldad para perseguirme en mis miembros: mis fieles mártires que imitaron a su Maestro. Ven, pues mi sangre y la de ellos te coronan sobre este monte donde reposo, gracias a la respuesta que has dado a mis inspiraciones y amorosas revelaciones. Siguiendo mis órdenes viniste a Lyon, a la montaña que te mostré en visión, en la que he reservado un lugar para ti, haciendo realidad la visión y la promesa que te hice de alojarte en la casa de marfil. Esta montaña está adornada con la sangre y los cuerpos de mis mártires, que se comportaron como verdaderos elefantes; al ver mi sangre, derramaron la suya, animándose los unos a los otros a estas leales efusiones, de las que nacieron nuevos cristianos; el marfil es la estructura ósea del elefante. Puedes ver por tanto, hija, cómo permanezco fiel al cumplimiento de las promesas que te hice, exhortándote a salir de la casa paterna y diciéndote que te albergaría en casas de marfil corporal y espiritualmente; en lo interior y en lo exterior.

"Cuando comulgas, ¿no penetras en mí, que soy Dios y hombre? Mi divinidad es marfil, mi humanidad es marfil, la sangre de mis mártires es fuerte y blanca como el marfil. La casa está fundada

sobre marfil. Permanece en ella, hija mía, entre los placeres y honores que los mártires te brindarán. Y escucha el canto real que te dirige este verso: Mirra, áloe y casia son todos tus vestidos. Desde palacios de marfil laúdes te recrean. Hijas de reyes hay entre tus preferidas; a tu diestra una reina, con el oro de Ofir (Sal_45_9s). La mirra es la más preciosa, y es la que te doy voluntariamente; es mi sangre, que te comunico por divina inclinación [346] y la casia para servirte de refrigerio en los ardores que, aunque santos, sientes algunas veces. Tu cuerpo es preservado en la pureza por medio de esta mirra y esta casia y además, querida hija, el hábito de mi Orden ha sido blanqueado y teñido con mi sangre.

"Revisto a mis esposas de mí mismo; mi discípulo amado vio la nueva Jerusalén descender del cielo, preparada por el mismo Dios y adornada de mí, su Esposo. Mi Orden y mis hijas poseen estos adornos, pues yo soy el Esposo blanco y rojo. Al ver esta Orden revestida de mis libreas, se alegran las almas bienaventuradas que son, en su totalidad, hijas del divino Rey." Querido Amor, eres para nosotras un Esposo de sangre; deseamos derramar la nuestra cuando así lo quieras; haz, si te agrada, que seamos como árboles plantados junto a la corriente de la sangre; que demos frutos ahora y en el porvenir. Que todas nuestras intenciones, atenciones y expectativas incrementen tu gloria, aunque no parezcan sino mero follaje a quienes nos vean sin ser religiosas. Habiendo escuchado lo que dicen, que esperamos en vano, les respondo con las palabras del Apóstol: Estamos en paz con Dios, por nuestro Señor Jesucristo, por quien hemos obtenido también, mediante la fe, el acceso a esta gracia en la cual nos hallamos y nos gloriamos en la esperanza de la gloria de los hijos de Dios. Más aún; nos gloriamos hasta en las tribulaciones, sabiendo que la tribulación engendra la paciencia; la paciencia, virtud probada; la virtud probada, esperanza, y la esperanza no falla, porque el amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo que nos ha sido dado. (Rm_5_1s). Este Espíritu nos fortifica en la confianza, bendiciendo nuestra paciencia y la esperanza que tenemos en ti, la cual jamás se verá defraudada.

OG-01 Capítulo 74 - De la fuerza de Dios en su paciencia, de la caridad que me concedió hacia aquéllos que contradecían a su Orden; cómo su Providencia hizo que todo triunfara para su gloria y mi mayor bien, afirmando mi fe y consolidando mi esperanza; y de las dos apariciones de san Jerónimo [347]

Cuando el Rey Profeta quiso dar a conocer tu poder, te llamó el Dios fortísimo y paciente, que espera día con día nuestra conversión. Como demuestras tu fuerza mediante tu paciencia, nosotros debemos, en la medida en que tu gracia nos fortifique, esperar pacientemente tu hora. Nos corriges con apariencias de rigor, pero siendo bueno como eres, lo haces para hacernos experimentar tus misericordias, disimulando y perdonando los pecados por la penitencia, cuya vista te hace aflojar el arco que habías tensado para disparar flechas mortales. Al llorar delante de ti las faltas que una persona cometía contra ti, me hiciste ver un arco con armazón de hierro de cuatro dedos de ancho; la flecha aplicada sobre este arco era de hueso, la aguda punta estaba teñida de sangre. Comprendí que tu paciencia esperaba durante algún tiempo, apuntando esta flecha sin dispararla. En otras dos ocasiones vi el rayo que parecías lanzar contra esta persona. Me ofrecí para recibirlo, pero no quisiste aceptar mi ofrecimiento, sino que, con gran destreza, lo desviaste y lo vi caer en el agua. Querido Amor, el Apóstol san Pablo nos enseña que debemos poner un carbón ardiente sobre la cabeza de nuestro enemigo al hacerle el bien a cambio del mal que ha querido hacernos. Deseo seguir su consejo, recibido del Espíritu de bondad que te apremió a morir por nosotros cuando éramos tus enemigos y que te hizo descender glorioso para favorecer al que te perseguía [348] y convertirlo, de perseguidor tuyo, en tu predicador. El atribuyó a tu bondad la operación de estos cambios maravillosos, los cuales son mutaciones realizadas por tu diestra todopoderosa. Algunos días después, me hiciste ver un navío de guerra muy bien equipado, en el que se izaron dos estandartes. Favorecido por un viento

sobrenatural, bogaba su ruta sobre el mar, sin que viera yo timonel alguno que lo gobernara. Supe entonces que tu Espíritu invisible se ocupaba de ello. Escuché estas palabras: Nave de mercader que de lejos trae su provisión (Pr_31_14).

"Hija mía, tú eres esta nave equipada por mi gracia, armada por mi amor, y dirigida por el Espíritu que gobierna la Iglesia. El ha enarbolado en ti dos estandartes: el amor de Dios que te ama, y el amor al prójimo; tú traes tu pan desde lejos, yo soy ese pan. Llegarás al puerto con alegría, y triunfarás por mí de todas las tormentas. Sé esta mujer fuerte, y no temas cosa alguna; mi corazón confía en tu fidelidad. Lee el 31° y último Capítulo de los Proverbios: en él verás lo que mi bondad ha destinado para ti desde la eternidad." Querido Amor, me alargaría mucho si explicara lo anterior aquí; me dispensas de ello al pedirme que te ame con todo mi corazón, con toda mi alma, y a mi prójimo como a mí misma, por amor a ti. Concédeme esta gracia.

Se me comunicó que el R.P. Roux, jesuita, tenía la fiebre cuartana, por lo que decidí enviar un sacerdote a san Buenaventura para que ofreciera la misa con intención de librarlo de este padecimiento. Sanó el mismo día. El R.P. Gibalin le dijo que por la mañana mandé decir una misa en san Buenaventura por su salud; en ese día debía presentarse la crisis, lo cual no sucedió. Este buen padre quedó de tal modo encantado con esta curación, que vino a verme para disculparse por haber estado en contra de nuestro establecimiento en tiempo de Mons. Mirón, porque, [349] me dijo, pensaba que deseábamos fundar jesuitas lo cual no aprobaba. Madre su caridad me ha sobrepasado vengo a hacer honorable reparación al Verbo Encarnado, por habérmele opuesto sin conocer bien sus designios.

El R.P. Decret, también jesuita, me dijo: "Madre, tiene usted buen motivo para alabar a Dios, quien cambia a los que han tenido pareceres opuestos a sus propósitos. El difunto Sr. Ménards, secretario de san Nizier, y vicario general sustituto, dijo al R.P. Guillot, un poco antes de entregar el alma, que moría con un grande arrepentimiento por haber puesto resistencia a su fundación; que si Dios le concedía la vida, la ayudaría con su autoridad y con sus bienes." "Padre mío, el Sr. Ménards era un buen eclesiástico. Dije claramente a Mons. Mirón que se opondría a este establecimiento, pues temía que disminuyera el renombre de un monasterio que él protegía, y del que la superiora no era con él sino un mismo espíritu. No guardo resentimiento alguno en su contra. Las personas obran según su sentir. Pueden resistir a un designio y favorecer a otro sin ofender al Inspirador de ambos, al no conocer su inspiración sino en la persona a quien aman y protegen. Los ángeles y los santos se han contradicho santamente por no saber con seguridad el decreto del Soberano.

Mientras dura su resistencia, Dios obtiene su gloria de todo, para utilidad de aquellos a quienes se digna amar y a cuyo bien hace que cooperen todas las cosas. Mi querido Amor, conozco, por mi propia experiencia, que la demora de nuestro establecimiento es un signo de tu amorosa Providencia: perdona mi debilidad si lloro algunas veces delante de ti cuando, como hija débil o como frágil hoja, soy agitada por los vientos de diversos temores. Tu [350] bondad no me permite desprenderme del árbol de tu confianza; la esperanza en tu poder ha reverdecido siempre en mi alma, y así será, por tu gracia, hasta mi último suspiro. Obraré como el Profeta me aconseja: Porque es aún visión para su fecha, aspira ella al fin y no defrauda; si se tarda, espérala, pues vendrá ciertamente, sin retraso. "He aquí que sucumbe quien no tiene el alma recta, más el justo por su fidelidad vivirá." (Ha_2_3s).

Esta fiel expectación no suprime todas las tristezas de una esperanza diferida, que afligen el alma en esta larga prórroga; dos contrarios se encuentran en un mismo sujeto: la fe en que Dios cumplirá lo prometido y la pena de languidecer esperando la realización de estas promesas. El alma desearía que pasara este cáliz cuanto antes, diciendo al mismo tiempo: "Que no se haga mi voluntad, sino la tuya. Dios mío." Un día del mismo año 1637, estando en la habitación donde se trabaja en común, considerando a todas mis hijas en una tan prolongada paciencia, mi alma sintió una tristeza que no les quise mostrar, pero sí a ti, mi divino Consolador, que te dignaste confortarme por medio de san Jerónimo, el cual se me apareció vestido de negro, teniéndose en pie a mi lado derecho. Lo vi tan extenuado que parecía un esqueleto; sus cabellos y su barba habían encanecido completamente, como

si hubiera tenido veinte años más que la primera vez que se me apareció en París, cuando su barba y su cabello apenas si comenzaban a blanquear. Recibí un gran consuelo a la vista de este santo. El me comunicó que envejeció y se consumió en tu servicio, oh mi Soberano, y que veía como un gran favor el sacrificar su vida y todo lo que era para tu honor. Este hábito negro daba a conocer que él estaba vestido de negro como sus religiosos y que se me presentaba tan lívido y enjuto para mostrarme que esa fue su apariencia al final de su vida [351].

La vista de este maestro mío me consoló, de suerte que esta tristeza por la espera de mis hijas se desvaneció por un dulce éxtasis, que las hermanas tomaron por un sueño, por estar yo sentada en su compañía. Creyeron que me había dormido de cansancio.

OG-01 Capítulo 75 - Del gran arrobamiento en el que el Verbo Encarnado me instruyó por su secretario favorito; de las excelencias de san Dionisio; de la soberana beatitud, de la gloria accidental y cómo todo esto está presente y representado por el Verbo Encarnado; los pecados que él odia tanto como él se ama.

La víspera de san Dionisio, en 1637, habiéndome retirado por la noche a nuestra capilla para orar delante de tu Majestad, que reposa en su tabernáculo, tu bondad quiso arrebatarme y extasiarme, porque el entendimiento y la voluntad fueron atraídos por ti de un modo sublime y amoroso; el primero para ser instruido e iluminado, y la segunda para verse unida y besada por la belleza y la bondad de Aquél que este gran santo dice ser el Bueno y el Hermoso, pero por una instrucción, iluminación, abrazo y transformación que eran una participación de la beatitud. Te plugo, oh Verbo divino, espejo voluntario, hacerme ver divinamente lo que escribió san Dionisio de más sublime sobre tu ser supersubstantial, de la soberana beatitud, de los nombres divinos y sobre la jerarquía celeste.

Me hiciste conocer, tanto como un alma peregrina puede saberlo, la diferencia entre gloria esencial y gloria accidental. La gloria esencial es un bien soberanamente amable, que de sí, se comunica por inclinación divina, dando fuerza al sujeto a quien atrae para recibir sus esplendores y soportar sus ardores. Este divino objeto, por una maravilla que no es posible expresar, confiere una aptitud a la potencia que llamaría yo, de alguna manera, capacidad, [352] por no encontrar, en el momento en que esto escribo, una palabra o un término más adecuado para expresar o explicar lo que me es inexplicable. Esta aptitud y capacidad de la potencia hacia el Objeto, hace que el alma pueda recibir en ella a Aquél que la previene, la sostiene y la atrae a sí, penetrando en su interior; su mayor felicidad consiste en desaparecer; no que el alma pierda su ser ni su existencia, sino que sufre deliciosamente las cosas divinas; eso que san Dionisio llama pena divina. Así como un cristal recibe un rayo luminoso, y como el bálsamo restituye el calor y se disuelve o se derrite dulcemente a causa del ardor, ella es devorada por este Océano; la diferencia es que el cristal iluminado por este rayo es incapaz de conocer su felicidad y admirarla por exultación y delectación; el bálsamo no puede sentir el placer y la fruición que esta clara y ardiente llama produce en el entendimiento, ni los divinos placeres que experimenta la voluntad. El cristal no es capaz de alabar la claridad que lo traspasa y aclara ni el bálsamo de amar este ardor que lo disuelve dulcemente. Así como el cristal iluminado y brillante y el bálsamo derretido, dilatado y calentado están privados de sentimiento y de razón, el entendimiento, en cambio, recibe la capacidad para entender y ser divinamente instruido por las excelencias de esta luz, y la voluntad se ve dulcemente atraída y felizmente sepultada en este centro de amor. El entendimiento y la voluntad son creados para gozar de la felicidad de Dios, que es principio y fin de estas dos potencias del alma, las cuales perciben augustamente su beatitud. Ellas están dentro de tu común y distinto gozo; y aunque la presencia del Objeto beatífico y beatificante no recurre a la tercera potencia, que es la memoria, que no sirve, [353] propiamente hablando, sino para recordarnos las cosas pasadas, de las que el alma no tiene necesidad, puesto que ve el pasado y el porvenir en Aquél a quien todo está

presente, complace, sin embargo, al Dios de bondad, el representar al alma los favores que ha recibido de él y las correspondencias que su gracia le ha hecho dar, cuya representación y recuerdo redoblan en el alma gozos particulares y comunes, por lo que parece decir con el Esposo: El Rey me ha introducido en sus mansiones; por ti exultaremos y nos alegraremos. Evocaremos tus amores más que el vino; ¡con qué razón eres amado! (Ct_1_4). El alma dice que su divino Rey la introdujo en su bodega para alegrar y deleitar el entendimiento y la voluntad en él; ella dice en ti, afirmando que el entendimiento y la voluntad se ven divinamente unidos a Dios por ser las dos potencias idóneas para gozar de la visión y la comprensión del esplendor, y el ardor, la belleza y la bondad, y para mostrar a la memoria lo que le es propio. El alma feliz exclama: Evocaremos tus amores más que el vino (Ct_1_3). Recuerdo los dones que has puesto en mi camino, al elevarme a los pechos de tu gracia, la cual ha engendrado en mí la gloria. El alma peregrina que es arrebatada y extasiada se encuentra unida a Dios con tanta felicidad, que parece participar en el gozo de la paz y la beatitud de su meta.

Es por ello que no encuentro dificultad para decir del alma arrobada y extasiada lo que digo de la que llegó a su meta, porque parece que la diferencia no está en que la que aún camina extasiada no conserva su felicidad sino durante el tiempo de su éxtasis; y en que la otra lo poseerá por toda una eternidad, sin ser privada de él. La que va todavía en camino está en peligro de perder esta gracia gratuita, y aún la gracia justificante con la cual, al morir, puede adquirir la gloria permanente. El alma que desde el camino goza de las prerrogativas del término, puede decir: desde que correspondo a tu bondad, aprecio tus delicias sagradas más que las del vino, porque recuerdo, en mi alegría, la solicitud que has tenido de ayudarme a crecer en este camino, en el que soy libre, y en el que puedo ser embriagada por la copa de la mujer de Babilonia, o apegarme a los consuelos propios, que entretienen a tantos.

Querido Amor, deseo tener un recuerdo eterno de los pechos que me crían y me alimentan como [354] a un niño pequeño que debe crecer, mientras que tú mismo me unirás a ti, adornada como una esposa, embellecida y amada de su divino esposo, el cual le comunica sus claridades y sus llamas, haciéndole ver y experimentar de qué manera es ella consorte de su divina naturaleza.

Este recuerdo producirá en mí el reconocimiento de los favores pasados; si este éxtasis me diera la entrada para la eternidad en ti, en la sede de la gloria que es el término, aceptarás que diga yo a todos tus elegidos lo que haz hecho a mi alma, aunque lo vean en ti, puesto que todo permanece amorosamente en ti; en ti están todos los tesoros de la ciencia y la sabiduría del Padre; en ti residen todas las ideas. Tú eres el Archivo de todo lo creado y lo increado.

Todo fue hecho por ti, y nada se hizo sin ti de lo que ha sido hecho; aún el pecado, que es una decadencia, una nada infeliz opuesta al ser, una aversión de la criatura y una conversión a la criatura, se ha cometido delante de ti, contra ti, aunque hayas sufrido la muerte para librar a los hombres del pecado, siendo el Cordero que quita los pecados del mundo, y al cual clavaste en tu Cruz, como dijo san Pablo a los Colosenses: Perdonó todos nuestros delitos. Canceló la nota de cargo que había contra nosotros, la de las prescripciones con sus cláusulas desfavorables, y la suprimió clavándola en la cruz. Y una vez despojados los Principados y las Potestades, los exhibió públicamente, incorporándolos a su cortejo triunfal (Col_13_14). El pecado se verá [355] en ti no solamente porque, no habiendo conocido el pecado te hiciste pecado para librarnos de él, y tú destruiste el cuerpo del pecado, el cual murió una vez y Dios vive para siempre, porque, en tu calidad de Verbo Divino, representas todo lo que es, ha sido y lo que será; y aunque este monstruo horrible te desagrade, tanto como te complaces en tu esencia, él aparecerá eternamente, no para afligirte a ti, ni a los bienaventurados, sino para mostrar tu bondad y la malicia de aquél que lo inventó, así como la de sus tentadores, y que nada puede ocultarse en el espejo inmenso que representa todos los pensamientos y acciones de las criaturas, lo cual afirma san Pablo en Hechos: Por más que no se encuentra lejos de cada uno de nosotros; pues en él vivimos, nos movemos y existimos (Hch_17_28). Puede citarse aquí, pues dijo estas palabras en otro sentido,

para demostrar que el Dios que predicaba era el verdadero Dios, adorado sin ser conocido, que es dador del ser, la vida, la inspiración y el movimiento.

Querido Amor, permanezco elevada de asombro: que vivamos en ti, que nos movamos en ti, y que seamos en ti, cuando te ofendemos y que sigas concurriendo mediante la vida, el ser, el movimiento que nos das, con el pecado que aborreces, y en el que tu equidad, pureza y santidad no participa, puesto que no puedes cometer pecado, y que por esencia lo detestas en la misma medida que amas tu esencia. Es necesario que en este espejo sin tacha de la Majestad divina, se vea la fealdad que convirtió a los ángeles, creados en gracia y belleza admirable, en horribles demonios. Alma mía, odiamos el pecado por varias razones: porque nos ha privado de la gracia, porque costó la muerte del Verbo Encarnado, porque Dios lo abomina [356] con un odio perfecto, y porque aparece y aparecerá eternamente ante el Verbo. Verbo adorable, el pecado destacará el brillo de tu santa gracia y de tu gloria, y por antítesis hará ver la excelencia del ser subsistente, que es todo belleza y bondad, que es soberanamente amable, como lo bueno y lo bello, que son opacos y densos, al cual no puedo alabar de mejor manera que por negación, confesando que él está sobre toda alabanza, y soberanamente abstraído de todo lo que es visible y de todo lo que puedo pensar. Dios es un ser simplísimo, un acto purísimo. Es supraesencial y supradivino: humíllate, alma mía, junto con san Dionisio, tu maestro, el cual se abisma al humillarse en sus escritos, ensalzando a Aquél que es inefable y también la gloria esencial. Hablando de la gloria esencial según san Dionisio, me parece que olvidé la accidental, pero tu sabiduría me ha guiado suavemente hacia los discursos que me hiciste sobre esta última, mostrándome un ramo de jacintos levantado en alto, los cuales, me dijiste, eran figura de los grados de gloria accidental que concedes a los santos, y que esas sortijas son además gracias concedidas a quienes se encuentran todavía en camino, y son para ellos gloria esencial y que, cuando las obtienen mediante el favor de las oraciones de los santos y santas del cielo, o que a imitación suya practicaron las virtudes en vida, acrecientas la gloria accidental de los santos concediendo este anillo a todas tus esposas que pertenecerán a tu Orden, y que, a su vez, tus manos están hechas para dar todo, y para dejar colocar amorosamente estas alianzas en quienes son de tu agrado, y que bien sabía yo que, estando todavía en la casa paterna, me hiciste ver los diamantes que prepararías a mis hijas, y entre todos, me hiciste ver uno en forma de cruz que me habías destinado, puesto que debía sufrir muchas contradicciones comparables a golpes de martillo, y a ser con frecuencia moldeada y golpeada para ser más conforme a ti.

Me dijiste que [357] me lo hiciste ver en forma de cruz, y al escuchar lo que me decías, me asombré al no ver más a san Dionisio, sino a san Juan, tu preferido, cuya conversación era tan agradable que conocí que hablabas por su medio, habiéndote ocultado diestramente, sutilmente, divinamente en este secretario favorito, el cual se complacía en explicarme y expresar las excelencias de san Dionisio, que tú mismo le dictabas y producías.

Escuché intelectualmente cómo le sugerías lo que decía de san Dionisio, el cual estaba abismado en la adoración de tu Majestad y en la admiración de tu bondad, pero muy especialmente durante la descripción que me hiciste de sus gracias, méritos, virtudes y de la gloria que le concediste. Me parecía que se escondía como si se encontrara en una confusión de reconocimientos inexplicables, de un sentimiento que le hacía salir de sí, que vi terminar para entrar en ti, que eres inmenso, como si en su humilde reconocimiento me hubiera dicho: "Al admirar lo que el Verbo te dice de las maravillas que hizo en mí, dirígete al principio de toda mi felicidad, que es su bondad; haz una circunvolución, hija, con todos los coros de los ángeles y de los santos." Mientras más se humillaba este santo, más grande me lo mostraba el Verbo por mediación de san Juan, expresándome las excelencias que le comunicó en vida y lo que le había de dar en el cielo, exhortándome a escribir lo que escuché en esa noche, durante dos horas de arrobamiento y éxtasis. Te dije: "Señor, ¿cómo podré escribir estas maravillas cuando mi entendimiento, suspendido y fortificado por ti de un modo tan sublime, ha sido testigo y escucha de [358] tu divina retórica y bellezas?"

"Lo espiritualizaste de tal modo durante este éxtasis y arrobamiento, que comprendí un poco de qué manera la persona espiritual juzga de todas las cosas, por encontrarse en tu compañía por encima de todas ellas, y cómo tampoco puede ser juzgada por ninguna de ellas por estar debajo de todas ellas. De todas formas, Señor, haré lo que sea de tu agrado, a condición de que, al escribir, ilumines mi entendimiento con las mismas luces, y que guíes mi pluma. Así lo hiciste, como se puede ver en el tema que comencé a escribir al día siguiente, fiesta del santo, y aunque tomé un medicamento, este tema procedió de ti de tal manera, que puedo asegurar haberlo escrito a la luz misma con que me lo comunicaste y por la dilección intelectual que me dabas al escribir, sin que fuera elevada. Tomé agua de san Herbam a la misma hora. Quienes la beben saben, por propia experiencia, que estas aguas producen bochornos que suben a la cabeza, que algunas veces aturden, de suerte que parece imposible leer, escribir, o discurrir intelectualmente. La lengua puede hablar, pero el entendimiento casi se imposibilita para razonar, y se incapacita para meditar. Su Eminencia tiene este tema, junto con mis otros escritos [359].

OG-01 Capítulo 76 - De cómo la divina bondad se comunicó a mi alma, que la adoraba en una semioscuridad; del gran favor que concedió a Francia al darle a san Dionisio y a san Miguel, quienes cuidan de ella por amorosa correspondencia.

Después de haber escrito el cuaderno que trata de las excelencias que concediste a mi maestro san Dionisio, de las que hiciste participante a su insignificante discípula, me asombró lo que pude expresar y mostrar esos rayos luminosos con mi pluma, por medio de la tinta, ilustrando un rayo deslumbrante con un carbón ennegrecedor. Te adoraba y agradecía el favor que me concediste de poder manifestar tus claridades, el cual no concedes a todas las personas a quienes elevas a semejantes luminosidades, porque como ya dije antes; muchas reciben gracias, pero carecen de la facilidad para expresarlas o escribir sobre ellas. Me dijiste que en dos diversas ocasiones me hiciste ver, por medio de dos vasos, lo que habías obrado en mi alma. La primera, que fue un día de Reyes 1627, me tuviste suspendida durante largo tiempo, [360] mostrándome mi alma como un vaso elegido para recibir en ella una abundante infusión de tu bondad, la cual la sostenía y la llenaba sin derramarse. Esta infusión era como un vapor sagrado pero caliginoso, que me representaba tu santo ocultamiento, el cual obrabas en mi alma, que no comprendía o conocía con claridad tu acción sobre ella ni lo que deseabas pedirle, fuera de que te recibiera en ella por el exceso de tu amorosa bondad, que la llenaba de admiración y de un gran respeto. Te adoraba en esta semioscuridad y si, en ese tiempo, hubiera sido discípula de san Dionisio, habría dado un nombre a lo que no podía penetrar: lo oculto de Dios, que no es conocido sino de Dios mismo; hubiera amado ella estos velos, y junto con los serafines velados, se hubiera ocupado en decir: Santo, Santo, Santo, al ver la tierra llena de tu gloria. "Gran san Dionisio, ¡cuántas veces te he rogado por sus cristianísimas Majestades y por toda Francia, de la que fuiste designado Apóstol por mandato de Aquél que no puede mentir, [361] el cual te permitió llegar, aquí en la tierra, a una edad avanzada! Todo esto lo supe cuando te me apareciste mostrando un rostro majestuoso y una barba venerable. Esta longevidad no disminuía en nada la vivacidad de tu espíritu; tu frente, amplia y cuadrada, me dio a conocer que fuiste naturalmente dotado de un juicio bueno y perfecto; tus ojos conservaban su fulgor; podría afirmar de ti lo que se decía de Moisés: Tenía Moisés ciento veinte años cuando murió; y no se había apagado su mirar ni se había perdido su vigor (Dt_34_7).

Pueden constatarse, en esta narración que escribí en 1637, las ventajas que la ley de la gracia te daba por encima de Moisés; no las enumeraré aquí. Francia tiene motivos para agradecer a Dios por su bondad, que tanto la favoreció al enviarte a ella como Apóstol, lo cual me aseguraste una vez más la última octava de Todos los santos, 1641, diciéndome que quienes niegan esto, aminoran en Francia la alabanza y el culto que en ella te son debidos, puesto que tal es la voluntad del soberano y el

sentimiento de la Iglesia, que quiere seas reconocido como el Apóstol [362] de las galias, el protector de nuestros reyes, cuyos cuerpos sagrados están bajo tu protección. Así como en tiempos pasados las almas de los buenos eran llevadas al seno de Abraham, el Padre de los creyentes, deberías ser nombrado Padre de los fieles franceses, defensor de nuestras flores de lis, de cuya conservación has cuidado con solicitud paternal mediante el admirable convenio que hiciste con san Miguel, el cual ama y asiste a nuestros Reyes como a hijos mayores de la Iglesia lo mismo que toda Francia, hacia la que profesa tanto celo como el que tuvo en tiempos pasados por el pueblo judío, por ser ésta la orden que recibió de Dios. La ama por consideración a ti, reconociendo las alabanzas con las que honraste, en sus distintos niveles, a todos los coros angélicos de la jerarquía celeste; sin ellas tal vez ignoraríamos hoy en día las excelencias de toda la esencia invariable de estos puros espíritus inmateriales. Desconocemos los tres órdenes admirables que integran, su purgación, su iluminación y su perfección, su actividad en torno al principio divino que los creó, y cómo, después del Verbo Encarnado y su santa Madre, son imágenes ultra-perfectas del Soberano Arquetipo, que es increado y supradivino [363] David dijo, que son espíritus, ministros de fuego que entienden las divinas voluntades y están prontos a ejecutarlas; que tenían el mandato de guardar a los hombres, si lo que dice de unos cuantos puede aplicarse a todos: Que él dará orden sobre ti a sus ángeles de guardarte en todos tus caminos. Te llevarán ellos en sus manos, para que en piedra no tropiece tu pie (Sal_90_11s).

El, los otros profetas y san Pablo, nos hablan, con lenguaje muy oscuro, de nueve coros. David habla de querubines, diciendo que la Majestad divina se muestra sobre los querubines. Ezequiel coincide con él; Isaías dijo que vio a los serafines, y san Pablo nos menciona a los otros ocho coros. Dice (Rm_8_38s): Ni la vida, ni los ángeles ni los principados, ni las potestades, ni otra criatura alguna podrá apartarnos del amor de Dios manifestado en Cristo Jesús Señor nuestro. y en (1Co_15_24): Cuando entregue a Dios Padre el Reino, después de haber destruido todo Principado, Dominación y Potestad; en (Ef_3_10): Sea ahora manifestada a los Principados y a las Potestades y en (Col_1_16), refiriéndose al Salvador, nuestro divino Verbo Encarnado: Porque en él fueron creadas todas las cosas, en los cielos y en la tierra, las visibles y las invisibles, los Tronos, las Dominaciones los Principados, las Potestades; en (1Ts_4_16): El Señor mismo a la orden dada por la voz de un arcángel y en (Hb_9_5): Los querubines de gloria que cubrían con su sombra el propiciatorio.

Sin embargo, ni los profetas ni el mismo san Pablo nos instruyen como san Dionisio acerca de los órdenes jerárquicos de estas inteligencias celestes; ello fue reservado al Apóstol de Francia, ô mi divino maestro, que no has desdeñado instruir a una pequeñuela con las mismas luces que comunicaste a su entendimiento. El se complació en favorecer incomparablemente al sexo frágil, al entregar con sus propias manos su cabeza degollada a una mujer llamada Catulla [364] Gran santo te dirijo palabras casi semejantes a las que el Rey Profeta dirigió a Dios: ¿Qué es este sexo débil y frágil para que te complazcas en comunicarle tus sublimes luces? Tu cabeza es un vaso admirable y obra del Altísimo. ¿Por qué nos comunicas tus rayos con tanta abundancia, si no es para que podamos decir: Pero llevamos este tesoro en recipientes de barro para que aparezca que una fuerza tan extraordinaria es de Dios y no de nosotros?" (2Co_4_7).

Una mujer guardó tu cabeza y ocultó tu santo cuerpo junto con los de tus dos compañeros fuera del alcance del tirano, afín de que los franceses les rindieran homenaje y veneración en lugares donde la Providencia divina les deparó sepulturas dignas, aunque no condignas a sus méritos, puesto que después del juicio serán elevados en el empíreo, brillando más allá de las estrellas. Has aceptado la devoción de tus devotos y concedido tu favor a tu más pequeña discípula, de visitar las iglesias que honraste con tu presencia, y de venerar tus santas reliquias no con la gran fe que hubiera yo deseado, sino con la que plugo al Verbo Encarnado concederme.

Aprecio tanto esta gracia, que no puedo expresarla. Gran santo, si tuviera yo esa felicidad, irradiaría tu luz por todo el mundo, puesto que la sabiduría amorosa me hizo ver un vaso de cristal que permanecía suspendido al recibir estos rayos que lo llenaban [365] y lo rebasaban, diciéndome: "Hija,

en otra ocasión te viste como un vaso que recibía en él la participación de nuestra infusión hasta llenarse de ella, sin desbordarse hacia afuera como en esta última comunicación de luz que llena tu alma, y que por tu medio deseo comunicar a los demás; eres para mí un vaso que he elegido para llevar mi luz al mundo; no te disculpes a causa de tu sexo, aduciendo que no eres predicador para anunciar mi palabra en la Iglesia. La proclamarás de la manera en que te lo pedí, hablando de mis testimonios delante de los reyes, que son los sacerdotes y doctores, en cuya presencia no quedarás confundida."

OG-01 Capítulo 77 - De las visiones que tuve durante el sueño en el año 1637; Sus Majestades me recibían favorablemente; que Nuestro Señor me dijo que simbolizaba la concepción del Delfín a quien vi en la noche del 5 de septiembre de 1638

En este año 1637, a principios del mes de diciembre, me pareció ser llevada al Louvre durante varias noches. Ahí me arrodillé para rendir mis deberes y humilde sumisión a sus cristianísimas Majestades; pero ellas me levantaron y se abajaron ellas mismas delante de mí, por lo que me sentí avergonzada. Al despertar pensé: " ¡Estas visiones son sueños!" pero como me fueron [366] reiteradas, recordé las palabras de Joel. El Señor Abad de san Just vino a verme y entre charla y charla le dije gozando: "Explíqueme mis sueños, o yo se los interpretaré, como lo hizo José con sus hermanos. No envidiará usted mi felicidad al dormir, y es que sin tener parte alguna en ello, cada noche soy conducida al Louvre, donde sus Majestades me confunden con las acogidas que me dan, por no decir el respeto que me demuestran." "Son visiones de vuestra futura grandeza." Yo no me siento inclinada a estas cosas.

Tendría gran necesidad del doble espíritu que el Profeta Elíseo pidió a Elías; el mío no es propio para permanecer en la corte. Soy demasiado sencilla e ingenua. Tu Espíritu, celoso de ser mi Expositor, como el espíritu de los dos videntes que lo espiraban, no me quiso tener más tiempo en suspenso, sino darme a conocer que la Reina estaba encinta. Cuando esta noticia llegó a oídos del P. Jean Roux por medio de uno de sus amigos de la corte, la comunicó al R.P. Gibalin, quien habló más de lo debido que me permita culparlo, por no haber guardado un secreto inviolable, como lo hizo el R.P. Voisin [367]. Por medio de sus argumentos, hizo conjeturar al P. Jean Roux que él sabía, desde hacía algunos años, que tu bondad concedería descendencia al Rey; el mencionado padre lo apremiaba con mucha frecuencia para que le dijera claramente y con todo detalle, lo que la Madre Matel le había dicho al respecto. El P. Gibalin me previno acerca de las preguntas del P. Roux, por lo que le dije: "Padre, si revela usted mi secreto, no volveré a confiarle lo que me suceda en la oración. Le pido no dé ocasión para que sea yo proclamada en la corte como una profetisa. He vuelto de París con este secreto, del cual se enteró usted al leer mi escrito del año 1627, que dejé en mi cofre en esta ciudad de Lyon. No he deseado hablar con la Reina, a pesar de la amistad que existe entre la Srita. Philandre y yo. Padre, si este papel no se hubiera encontrado, el R.P. Voisin no me hubiera impedido el poder decir con el Profeta Isaías: Mi secreto es para mí (Is_24_16). Mi buen Padre, la más grande mortificación que podría llegarme sería la de ser estimada como vidente" [368].

Viendo el P. Gibalin que me causaría un gran disgusto, no confió del todo mi secreto al R.P. Jean Roux, quien lo hubiera revelado en la corte. Seguí pidiendo al Dios de toda bendición por la salud de la Reina y de su fruto, regalo del cielo, esperando de tu bondad la gracia, para esta buena princesa, de dar a luz con toda felicidad. Mi espera no fue vana ni frustrada, pues fue tu beneplácito el que viera a mi señor el Delfín. La noche del sábado al domingo 5 de septiembre de 1638 vi a este niño bendito, mi señor el Delfín, cuya vista produjo en mi alma tanta alegría, que nuestras hermanas percibieron un extraordinario júbilo en mí, sin revelarles yo la causa. La hija que escribe bajo mis órdenes las llamó y les dijo: " ¡Vengan a ver a nuestra Madre: su cara está radiante!" En el transcurso de esa mañana, me importunó varias veces para que no le ocultara la gracia que Dios me concedía; que pediría al R. P.

Gibalin, después de comer, me mandara ponerla por escrito. En cuanto llegó el R.P. Gibalin, [369] ella y otra insistieron en que me presionara para descubrir, al menos a él, lo que pasó en mí durante la mañana. El R. P. Gibalin insistió, según su costumbre, en que le comunicara lo que no debía ocultarle por ser mi director.

Le dije que nuestro señor el Delfín había nacido, y que lo había visto la noche anterior; que mi divino amor había deseado complacerme con la vista de este lis, producido por el hermoso árbol que vi en 1625, y que había preguntado a mi bien amado por qué había tardado tanto en conceder este Delfín, después de haberme dicho el 3 de octubre de 1627 que engrandecería su misericordia sobre la Reina, y que me había enseñado mediante su código acostumbrado: "Hija, la salud de Exequias fue asegurada con un signo en el reloj de Acab, por el retraso de diez líneas que hizo el sol; todos los misterios que te enseño están iluminados en la Escritura. Quiero decirte, además, que dejé pasar diez años completos antes de dar mi bendición a la Reina para concebir a su Delfín. [370] Cuenta desde 1627 hasta 1637, cuando ella concibió al mismo tiempo en que, estando tú dormida, fuiste conducida a la corte, mostrándote que un día sus Majestades llegarían a conocer a la que tanto me pidió les concediera esta bendición."

OG-01 Capítulo 78 - Que el Verbo Encarnado por la intercesión de san Miguel, me concedió el deseo que tenía de conocer su voluntad; de las luces que él me comunicó que fueron vistas de una persona que me hablaba.

Tu amorosa dilección, mostrando que se complacía en realizar las promesas que me había hecho, me concedió el atrevimiento para decir: "¿Cuándo será que establecerás tu Orden? El Rey ha obtenido ya muchas victorias y le has concedido un Delfín; sólo falta establecer la Orden." Gran san Miguel, ¿cuándo se hará realidad este establecimiento? ¿Terminará por extinguirse la paciencia de estas pobres hijas? La Señora de la Rocheguyon insiste en que regrese a París, tan grande es su deseo de verme. Tú asististe a san Gabriel cuando el ángel de Persia le opuso resistencia; fuiste el nuncio de las órdenes divinas. Haz que conozca yo el divino agrado, para conformarme a él. Si me envías veinte pensionistas, veré en ello un signo de que no debo aún salir de Lyon". Después de algún tiempo accediste a mi petición, [371] enviándome siete u ocho pensionistas, puesto que sólo teníamos doce o trece, lo cual me llevó a tomar una resolución que no me desagradó del todo, pues tenía en extremo los aplausos que se prodigan en París a las personas que tienen la reputación de verse agraciadas con visitas celestiales, a causa de la bondad, piedad y credulidad del buen pueblo parisiense.

OG-01 Capítulo 79 - El Apóstol san Pedro se me apareció después de que le había pedido el establecimiento de la Orden del Verbo Encarnado, me hizo grandes favores; de los privilegios excelentes de La virginidad

Una vez asegurado mi espíritu de que no deseabas fuese yo a París, se llenó de gozo a causa de esta certeza, aunque sin dejar de sentir un poco de pena ante la prolongada prueba a la que Su Eminencia sometía la paciencia de sus hijas. Me dirigí entonces a san Pedro, tu Vicario universal, diciéndole: "Gran Pontífice, considera la gran paciencia de las hijas del Verbo Encarnado hacia quienes todo el pueblo de Lyon siente compasión, en vista de su larga espera. Los principales de esta ciudad desean vivamente este establecimiento; sentimos mucha gratitud por su buena voluntad. Obtén para ellos las gracias del Padre de las luces, por la dedicación que han demostrado por esta fundación.

No ignoras el poder que te ha concedido el Verbo Encarnado; Su Eminencia es tu súbdito; ¿no podrías, o no querrías inspirarlo a ejecutar la bula que tu sucesor le dirigió?" En cuanto hablé así, este

Pastor universal, teniendo piedad de sus ovejitas, se me apareció de pie sobre una roca, diciéndome que se ocuparía de dicho establecimiento [372] que protegería a todas las hijas del Verbo Encarnado, por ser hijas de la Iglesia.

Mi querido Amor, después de esta aparición de tu Apóstol, tú mismo quisiste consolarme diciendo: "Hija, ten siempre gran confianza; yo cumpliré mis promesas: Dentro de muy poco tiempo sacudiré yo los cielos y la tierra, el mar y el suelo firme, sacudiré todas las naciones (Ag_2_6s). Espera un poco de tiempo y verás después el establecimiento de mi Orden." Al hacer los ejercicios la cuarta semana le Cuaresma en 1639, el día del Evangelio de la resurrección del hijo de la viuda de Naim, me dijiste: "Hija, soy yo quien te dice: 'Levanta hasta mi tu espíritu,' así como ordené a ese joven adolescente levantarse del ataúd para entregarlo vivo a su madre, que le lloraba como muerto. Ven, mi bien amada, al seno de la divinidad que te ha engendrado; ven al lecho dolorido de tu divino esposo."

Al escuchar con cuánta dulzura me invitaba tu amor, mi alma se maravillaba y se abandonaba amorosamente en tu seno, diciéndote: Nuestro lecho es florido. El Señor Bernardon, el joven, vino para ayudar a la misa de su hermano, por no tener la edad para celebrarla él. Se acercó a la reja donde hacía mi oración, durante la cual me acariciabas divinamente, invitándome, como ya dije, a reposar sobre tu seno y repitiendo en mi alma estas palabras: Nuestro lecho es florido. El Señor Bernardon me dijo: "Madre, su cara está llena de luz y veo caer de lo alto flores blancas sobre usted. Desde su cabeza resbalan graciosamente sobre sus rodillas; durante largo rato he estado admirando estas flores maravillosas, y el modo como le son enviadas. Se parecen a las flores de los arbustos que se llaman espino blanco, cayendo sobre usted como una suave lluvia. Madre mía, ¿no esconda lo que Dios ha hecho presente en su alma!"

"Señor, hoy en su alma, quiso él mostrar a usted exteriormente estas flores; por ello le confieso que debo, al mismo tiempo, dedicarme a ponderar estas palabras: Puro verdor es nuestro lecho. Las vigas de nuestra casa son de cedro, nuestros artesanados, de ciprés" (Ct_1_15s). ¡Que mi bien amado y divino esposo quiera ser nuestro lecho floreciente y nuestra casa de cedro y de ciprés! Muriendo a mí, te veo a ti; al verme abrumada por tu amor, me rodeas de flores, sin esperar que les niegue tomar en cuenta lo que san Pablo dijo en el Capítulo 7 de 1 Corintios: Mas si te casas, no pecas. Y, si la joven se casa, no peca. Pero todos ellos tendrán su tribulación en la carne, que yo quisiera evitaros. Os digo, pues, hermanos: El tiempo es corto. Por tanto, los que tienen mujer, vivan como si no la tuviesen (1Co_7_28s).

"El me regala flores a cambio de las espinas que ha recibido de mí. El R.P. Gibalin salió de aquí después de haber oído mi confesión, que no fue sino una relación de faltas. Admiro la bondad de este Rey de los enamorados, que ha tomado para sí mis espinas para regalarme con flores, diciéndome: Yo soy el narciso de Sarón, el lirio de los valles. Como el lirio entre los cardos, así mi amada entre las mozas (Ct_2_1s). Si las jóvenes del mundo conocieran la gran felicidad que el divino esposo comunica a sus esposas, verían con claridad que los aparentes placeres que buscan en el matrimonio no son sino espinas. Los casados no pecan al casarse, porque el matrimonio es un sacramento que reverencio y que debe ser respetado. Pido a los ángeles me concedan este amor que reclama la esposa de los Cantares cuando, enarbolaba sus sagrados pendones al ser ella introducida en la bodega de vino, exclamó: Confortadme con pasteles de pasas, con manzanas reanimadme, que enferma estoy de amor (Ct_2_5). Mi divino esposo ejerció conmigo todos estos oficios, y por el exceso de su amor, quiso además darme todas las cosas: él es mi Dios y mi Todo. Colocó su mano izquierda bajo mi cabeza; y al abrazar dulcemente mi cuerpo con su derecha, atrajo mi alma hacia su corazón divino, haciéndola toda para él así como él es todo para ella."

OG-01 Capítulo 80 - Que por faltas de un particular la divina bondad no detiene el curso de sus grandes designios que son para su gloria y la salvación del prójimo. De las coronas con que premia la paciencia de sus hijas.

La tarde del 24 de marzo de 1639, estando sumamente cansada por la agitación que la visita de tantas personas me causó, te presenté mis quejas, oh mi divino amor, diciéndote: "Señor, has cumplido las profecías que prometían tu Encarnación. ¿Cuándo será que realizarás las que has hecho, sea a mí, sea a otros, del establecimiento? ¿Qué significa el que tus promesas se hayan retrasado?" "Hija, cuando se trata de profecías que conciernen una redención o un bien universal, las cumplo porque el efecto de ellas es una secuencia infalible [373] al decreto eterno, por no tener en ellas condición alguna del lado de la libertad de la criatura, o que por mi bondad y mi previsión veo que ella no se les opondrá, convirtiéndose en un digno instrumento de mi gracia. Esto se aplica al decreto de la Encarnación y de mi Pasión, por referirse a la salvación de la humanidad después de la gloria debida a la divinidad, que había sido ofendida. Cuando las disposiciones remotas parecían retardar la ejecución, mi poderosa bondad no se detuvo, como está marcado en Isaías, el cual, de mi parte, ofreció a Acab, Rey de Judá, un signo de la encarnación en el lugar que él deseaba. Este rey, no por fidelidad, sino por guardar las apariencias, rehusó el ofrecimiento del Profeta, diciendo que no deseaba tentar al Señor.

"El Profeta, movido por el poderoso amor de nuestra bondad, clamó con fuerte voz: Casa de David: ¿Os parece poco cansar a los hombres, que cansáis también a mi Dios? Pues bien, el Señor mismo va a daros una señal: He aquí que una doncella está encinta y va a dar a luz un hijo, y le pondrá por nombre Emmanuel (Is_7_13s). Aunque este rey no merecía que yo tomase la carne de su raza, ni que le diera por tanto, la seguridad de este favor, quise concedérselo para mostrar la verdad de las profecías y el ardor de mi amor hacia [374] la humanidad entera. Hija, no debes temer que, tomando en cuenta tus numerosas faltas, deje de cumplir lo que he prometido, ya que esta Orden debe extender mi gloria y salvar muchas almas; un bien general no se ordena a un particular, aunque parezca retrasarse. Es que mi Providencia lo ordena justamente, para humillar y con frecuencia convertir a quien, por tibieza y ligereza, no está dispuesto a ser el instrumento de mi obra.

Es por esta razón, y por la salvación particular, que la Iglesia repite con tanta frecuencia: Para que seamos dignos de alcanzar las promesas de Cristo, pidiendo a mis santos el favor de su intercesión para que los cristianos peregrinos sean dignos de mis promesas, que correspondan a mis admoniciones y a mis gracias mediante la adhesión total de su voluntad, a la que no deseo forzar, sino más bien atraer amorosamente cuando no se me resisten con obstinación, pues he sometido el fuego y el agua a la disposición del franco arbitrio, mostrando por mi bondad el camino de la salvación, afín de que se lo siga en la observancia de mi ley, que manda el bien y prohíbe el mal, prometiendo recompensar a los fieles y amenazando con el castigo a los que la quebrantan."

Durante estas enseñanzas que me daba mi Amor, vi coronas hechas de zafiros y marcadas o distinguidas por estrellas. Comprendí en seguida [375] que se trataba de las coronas que su bondad preparaba para las hijas que esperaban con humildad y constancia el establecimiento de esta Orden tan diferida y combatida por las personas de la tierra, diciéndome que estas oraciones de zafiro me aseguraban que el cielo se complacía en engarzarlas. Vi además dos trompetas moldeadas como cuernos de cacería, las cuales formaban un óvalo, pero seguían siempre unidas. Sin resonar en los oídos corporales, repercutían en los de la divinidad, diciéndome que aguardara en silencio y esperanza al Salvador divino, quien une sus peticiones a las nuestras.

Al permitirme la Divina Bondad expresarle con toda franqueza mis inclinaciones, me permitió decirle: "Debo aprender de ti, oh Amor mío, otros diferentes pensamientos de los que me revelaste en otras ocasiones sobre la Encarnación. Perdona a una hastiada que pide una nueva salsa para este divino manjar. He comprobado tantas veces la diversidad y multiplicidad de los tesoros que me has dado acerca de este inefable misterio, que derivo, en consecuencia, que será de tu agrado si te pido me instruyas en él de una manera diferente; conversaré contigo sobre esto. Es atributo de tu fecundidad el

producir en mí nuevas luces para retener amorosamente a una hija [376] extraviada, distraída y hastiada, cuando hizo oración esta tarde."

¡Oh exceso de caridad perfecta! me respondiste con exquisita cortesía: "Hija, contempla cómo durante una eternidad entera permanecí en la plenitud esencial en medio de divinos e indecibles deleites, esperando la plenitud de los tiempos para encarnarme. Esta plenitud es María, mi Madre, que fue llena de gracia en forma singular y supereminente. Hacia esta plenitud nacida, la Plenitud Increada se inclinó amorosamente para unirse a ella, cumpliendo así el anuncio de Esdras: "llena de plenitud", y esto de una manera admirable conocida sólo a la divinidad y al Dios-Hombre, pues María, mi Madre, fue amparada bajo la sombra para que su existencia no fuera destruida por los ardores y esplendores divinos. Ella se sumergió en una agradable vacuidad en la humildad, y Aquél que la miraba para tomar cuerpo en ella, mediante el designio de inanición privó de subsistencia humana a la humanidad que deseaba tomar en ella, para verificar, aunque en otro sentido, las palabras anteriores de Esdras, el escriba: vacía de vacío. Hija, desea entonces que te enseñe por medio [377] de un pasaje, que parece referirse al Juicio Final, las maravillas de este misterio inefable." Habla, Amor mío, dime tus palabras y tus maravillas, y los pueblos que las escuchen te alabarán después de mi muerte: Se escribirá esto para la edad futura, y un pueblo renovado alabará a Yahvé: que se ha inclinado Yahvé desde su altura santa, desde los cielos ha mirado a la tierra para oír el suspiro del cautivo, para librar a los hijos de la muerte (Sal_102_19s). "Sabe, hija mía, que en el momento de mi Encarnación opté por el tiempo, habiendo poseído una eternidad eterna. Quise, desde ese momento, convertirme en temporal y mortal, para convertir un día a los hombres en seres inmortales, después de la Resurrección General. En el momento de esta amorosa Encarnación, fui constituido Juez de toda justicia divina y humana, así como angélica, sentado en mi trono de marfil como Rey y Juez universal.

"Hice justicia a la divinidad ofendida, diciendo a mi Padre, al Espíritu Santo y a mí mismo, que tenía con qué pagar, en riguroso juicio, todo lo debido a nuestra divina Majestad y amorosísima bondad, que era obra maestra de la razón divina y humana; que desde mi entrada a las entrañas maternas, respondía de todas las deudas; que sería el holocausto perfecto debido [378] a la divinidad; que mi corazón era la mesa y mi cuerpo el pergamino o el pliego virginal donde esta ley divina estaba escrita; que la aceptaba y deseaba sujetarme a ella, a fin de cumplirla por deber a partir de ese momento.

"Este sólo acto, amorosamente ofrecido a mi Padre Eterno, se cumplió de una manera inenarrable e incomprensible a los humanos y a los ángeles, por todo aquello que la humanidad podía deber, y mi Padre encontró en mí una complacencia inefable que se acrecentó en cada momento, hasta el día de mi muerte sobre el Calvario, viendo a un Dios que recibía satisfacción de un Dios hecho hombre, que no escatimó un solo minuto, porque mi valor deseaba aparecer magnífico delante de la divinidad, y munífico ante los ángeles y los hombres. Era Rey de un reino eterno; me convertí en Rey temporal por ser Hijo de David y de mi Madre, la cual, con san José, pertenecía al reino de Judá por disposición divina, como se dice en las alabanzas de san José, que escribiste con anterioridad. Fui Juez por derecho al pertenecer a mi santa Madre, elevándola sobre todas las creaturas, los ángeles y los hombres, en su calidad augusta de Madre de Dios y por sus admirables perfecciones. A partir del momento de mi Encarnación, heredó los derechos de toda soberanía, después de la divinidad esencial. Ella fue mi Soberana Dama, por ser yo hijo y súbdito suyo, y por ella fui sometido al tiempo [379] de mi divino Padre, a quien soy igual desde la eternidad. Juzgué a los ángeles fieles junto con su Príncipe, san Miguel, los cuales rendirían adoración y protestas de fidelidad a mi Majestad divina y humana, al prometerles una recompensa digna de mi excelencia, además de la información en la gracia y en la gloria que poseían y habían recibido con previsión a mis méritos. Toda la humanidad estuvo presente con Adán, que los vinculó con la culpa original. Me hice fiador de todos: respondí de la retribución a la justicia divina lo mismo por uno que por todos. Vi a los elegidos y a los réprobos, y aunque supe que estos últimos abusarían de mis gracias, mis méritos y mis bondades, no quise exentarme de pagar

su deuda y de comprar la gloria eterna para ellos y los elegidos; si ellos se alejaron deseando tentar mi presciencia, ésta no impide la libertad y mi bondad no rehúsa la gracia suficiente para la salvación.

"Juzgué a los demonios por medio de mi entrada en el mundo; y al venir en calidad de Redentor y Juez, armado de poder divino y de debilidad humana, anonadándome a mí mismo y humillándome hasta ser el último de todos, me conformé perfectamente al deseo equitativo de la divina grandeza de mi Padre Eterno, de quien me di a conocer como el Hijo Único. Es por ello que los demonios que tomaban posesión [380] de los cuerpos y que tuvieron el atrevimiento de pertrecharse entre los sepulcros, se espantaron a la vista de mi poder, lanzando fuertes gritos al preguntarme: ¿Qué tenemos nosotros contigo, Hijo de Dios? ¿Has venido aquí para atormentarnos antes de tiempo? (Mt_8_29). como si quisieran decirme: "Sabemos bien que debes juzgar como último recurso en el último día, como anunciaron los profetas. Job nos asegura lo mismo, al decir que sabe con gran seguridad que su Redentor vive, y que en el último día se levantará de la tierra en la Resurrección General: Yo sé que mi Defensor está vivo, y que él, el último, se levantará sobre el polvo. Tras mi despertar me alzaré junto a él, y con mi propia carne veré a Dios (Jb_19_25s).

" ¿Por qué vienes antes de tiempo para despojarnos de los cuerpos y de los sepulcros en los que hemos establecido nuestra fortaleza, desde la cual afligimos a todos los que van por este camino? Tú nos impediste volver al Jardín del Edén, colocando un querubín a la entrada, no solamente para impedir el acceso a Adán y a Eva, sino para infundirnos rabia y temor, al ver un espíritu, creado como nosotros, desafiarnos nuestro espíritu y descubrir nuestra astucia. Encontrábamos en el mundo un imperio en los corazones de los hombres que se dejaban seducir; velábamos por ellos hasta el término de su vida, a fin de atraparlos en esa postrimería. Nos escondemos en los sepulcros, huyendo de la [381] presencia de Aquél que tiene en sí la palabra de vida, y que es la vida esencial, hasta que en el gran día de ira y de venganza, reúnas a todas las creaturas de razón para comparecer en el Último Juicio, que deberás pronunciar con equidad. No ignoras que somos leones rugientes que rondamos y cercamos por todas partes, buscando a los hombres para devorarlos; y que, como aves de presa, nos cebamos en los cadáveres, que se convirtieron en nuestro alimento desde que caímos al ofenderte. Respiramos, de algún modo, dentro de los sepulcros, en espera del fin del mundo. ¿Qué tenemos nosotros contigo, Hijo de Dios? ¿Has venido aquí para atormentarnos antes de tiempo? (Mt_8_29). Nos atormentas al obligarnos a confesar nuestra refinada malicia y a salir de nuestra habitación, exhibiendo ante la humanidad nuestra debilidad. ¿Qué tenemos nosotros contigo, Hijo de Dios? ¿Has venido aquí para atormentarnos antes de tiempo? (Lc_4_4). ¿Vienes floreciente a salvar a los hombres y obligarnos a perder a quien se encuentre entre tú y nosotros?

"Una bondad sin medida que condena su extrema malicia, una profunda humildad que juzga su soberbio camino; santidad perfecta que demuestra su iniquidad e [382] impureza: ¡Sé quién eres tú: el Santo de Dios! (Lc_4_34)." Yo les permití este conocimiento para confusión suya y gloria de mi Padre, obligándolos a confesar mi poder, a fin de que los hombres adquirieran, al ver su confusión, una amorosa confianza hacia Aquél a quien el amor convirtió en el Hijo del hombre, y a quien se dio todo poder para escrutar, juzgar y condenar en todo tiempo. Este poder le fue otorgado por el Padre de las luces, de quien soy el esplendor que aclara todas las astucias de los demonios. Hice ver a los hombres la debilidad de sus enemigos, y cómo, revestidos con las armas de mi gracia, todo lo pueden; y cómo, con esta fuerza, lograrán vencer con facilidad a estos espíritus, a pesar de que Job haya dicho que en la naturaleza inferior no existe fuerza alguna comparable a la de los demonios. El no me oyó hablar del poder que la gracia concede al ser humano.

"Cuando así lo deseaba, les arrojaba velos oscuros, cegando así sus conocimientos naturales, por estar privados de la luz de la gracia. Con ellos no podían verme, a causa de la privación de lo que les era habitual. No había vuelta de hoja. Los juzgaba tanto por mis humillaciones como por mis grandezas y milagros. Hicieron caer, con su refinada [383] malicia, a la primera mujer; pero mi Providencia ordenó que la nueva Eva, mi santa Madre, por su juiciosa prudencia, produjera tinieblas en

los ojos de sus entendimientos. Ella obró tan sabiamente al estar yo visible en la tierra, que no pudieron saber con claridad el misterio de la Encarnación; su maternal virginidad les fue desconocida. Veían ellos una creatura de pureza admirable, pero no podían acercarse a este tabernáculo divino, como castigo del acceso temerario con que obraron en presencia de la primera Eva. Fueron condenados a acechar el talón de esta augusta Virgen; su rostro luminoso resplandecía demasiado para ser visto por estos búhos. Los vestigios de mi Madre los espantaban, y después de su Asunción gloriosa, aplastó a todos cuando vieron que subió a mi diestra por su sabia humildad, y que está sentada a mi lado, pues soy el Monte de la Alianza del que ella es Madre, y que todo, tal como lo digo a mi verdadero Padre, al dirigirme a Aquél de quien yo emano eternamente en el esplendor de los santos por la adorable generación, así lo digo a María, mi verdadera Madre, por la admirable Encarnación: En el tiempo yo soy su Hijo común por indivisibilidad. Sé que, como Hijo del hombre, todo juicio se me ha dado, y que en el Último Día debo juzgar [384] a los vivos y a los muertos por poder y por mis méritos, habiendo aceptado ser juzgado de Dios, de los hombres y aún de los demonios, puesto que, hasta el tiempo de mi Pasión, fue dado a los demonios y a los hombres el poder para hacerme sufrir la muerte. Por ello dije a los judíos: 'Ha llegado su hora y el poder es concedido a las tinieblas para atarme y hacerme morir sobre la Cruz. Es verdad que seré ofrecido a la muerte, porque así lo he querido, y que la voluntad de mi Padre y mi amor me han llevado a esta aceptación y a esta incomprensible privación, de la cual quise quejarme filial y amorosamente, a fin de que los ángeles y los hombres supieran hasta qué punto la justicia divina y el amor a los hombres, mis hermanos, me habían reducido.'"

OG-01 Capítulo 81 - De cómo, orando a san León, éste se me apareció, invitándome a fundar el primer monasterio en Avignon. De los grandes favores que el Verbo Encarnado me concedió el día de nuestro Padre san Agustín.

El 9 de abril de 1639, antevíspera del gran san León, rogando a este eminente Pontífice empleara su celo en el progreso de la Orden del Verbo Encarnado, al que tanto amó, y de la Encarnación, de la que escribió maravillas, según he oído, pues no he leído a los Padres; únicamente he hojeado, de paso, las obras de san Dionisio. [385] Este caritativo Pontífice se me apareció portando la tiara. Me despertó bondadosamente y lo escuché decir que me invitaba a ir a Aviñón, donde el Verbo Encarnado establecería su Orden. Algunos días después de esta aparición, el R. P. Jean Baptiste Guesnay, rector del Colegio de la Compañía de Jesús en Aviñón, habiendo venido a Lyon para asistir al Capítulo provincial, pasó a visitarme. Preguntó si deseaba yo agilizar el establecimiento de esta Orden tan esperada. Le respondí: "Desearía que fuese establecida en Aviñón." Ante estas palabras, me dijo: "Madre, si dispone usted de personas que aporten lo temporal, no habrá oposición alguna que no podamos vencer con la ayuda de Dios." "Padre, yo contribuiré con una casa totalmente amueblada; pagaré los gastos de viaje y de las bulas, así como 500 libras de renta para cinco jóvenes, concediendo a cada una 100 libras vitalicias."

Todo esto le satisfizo; me prometió ocuparse de los trámites, y lo cumplió con toda eficacia. Teniendo por nombre Juan Bautista, [386] desempeñó su oficio de precursor del Verbo Encarnado, preparando los espíritus de los prelados de Aviñón que debían recibir esta Orden. La víspera de nuestro padre san Agustín, durante la recitación de Maitines, habiéndome recogido en presencia del Santísimo Sacramento, para recomendar a mi divino amor y Padre el establecimiento de sus hijas, fui dulcemente consolada. Tu benignidad me dijo: "Escucha con atención el himno que se canta en honor de este gran santo, en especial las palabras: Caminó entre los mundos, que pueden apropiársele admirablemente. Su espíritu, sumamente elevado por mis amorosos favores, caminó siempre, o más bien, voló más allá de los astros. Con ello quiero decir que es el sol de los Doctores y el águila real

que, al contemplarme, se elevaba en mis resplandores. Tú eres hija suya; por ello, debes evitar que tu espíritu se detenga en cosas de aquí abajo."

Habiendo comulgado el día de la fiesta, y al meditar en la supereminente gloria con la que el amor divino destacó a este grande y querido santo, me dijiste: "Estas palabras son para ti: Que lindos son tus pies en las sandalias, hija de príncipe (Ct_7_2). Los astros te sirven de calzado y de carroza, elévate ardorosa y velozmente, aguilucho del corazón de tu padre [387] Agustín. ¿Por qué piensas que se dice en los Cantares que la esposa avanzaba como la aurora, que parecía tan bella como la luna cuando se vuelve luminosa en presencia de su sol? Esto es lo que la hace aparecer elegida como él: uno preside el día, y la otra la noche.

"Esto es, hija mía, lo que sucede en ti; eres como una aurora que anuncia el día. Eres abundante en la afluencia que comunicas en la tierra; eres todo a través de mí, pues me apasiona el hacerte crecer en gracia, y por tu mediación, sigo obrando en contra de los otros. Te convierto en sol para iluminar a la Iglesia; es decir, te hago terrible ante el enemigo mediante los rayos e iluminaciones que toman su brillo de tus palabras, de tus escritos y de tus contemplaciones. ¿Has notado alguna vez en qué consiste la vestidura de la esposa del Cantar?"

Mi divino amor, jamás he pensado en ello, ni me he fijado. En una ocasión, ella dice que se despojó de su túnica; y en otra, que los guardias de la ciudad le quitaron su manto, así que la veo sin ropa tanto en su habitación como por las calles. La primera vez, ella misma [388] se desvistió; la segunda, fue privada de su manto, que había tomado cuidadosamente cuando la dejaste para obligarla a seguirte y pudiera así alcanzarte.

"Hija, es porque mi amor deseaba revestirla de su divina claridad, de acuerdo a la afirmación del Apocalipsis de que la esposa es la nueva Jerusalén, adornada por su esposo. Sabes bien que no posees nada por ti misma, y que, gracias a mí, te ves adornada como Axa. Te he desposado, hija del Gran Caleb Agustín -Caleb es como el corazón- y tienes en mí todos los tesoros de la sabiduría y de la ciencia de mi divino Padre.

Quise que tuvieras, por una divina participación, el conocimiento de la santa Escritura; es la ciudad de las letras: Cariath-Sepher; es decir, ciudad de las letras (Jc_1_11) que te he dado junto con la aspersion inferior y superior; son éstos dones que debes a mi bondad que es incomprendible a la humanidad y a los ángeles. Considera, con humilde agradecimiento, cómo te ha favorecido mi bondad por encima de tantos otros."

Amor, no puedo agradecerte dignamente tantos favores; que todos los santos, en unión con mi Padre san Agustín, que es todo corazón como Caleb, [389] te alaben por todo mientras dure la eternidad. Que me gloríe en ti y no en las cosas creadas, para ser revestida de ti, que eres increado. Eres Othoniel, que significa Dios de mi corazón. Tú eres el Dios de mi corazón. Fuera de ti no hay nada para mí. Que mis tendencias y mi afecto no se inclinen como el agua sobre la tierra. Me vería en peligro de convertirme en lodo, lo cual no deseas, habiéndome afirmado que me has destinado para caminar con una delicada majestad sobre los astros, a los que deseabas convertir en mis carros.

Me dijiste que soy tu montura, que te lleva en triunfo con más gloria que la de Faraón. La gloria del mundo, a semejanza de la egipcia, es siempre lodosa y tenebrosa; la tuya resplandece con solidez y penetra todo entendimiento por la pureza de sus rayos, que están siempre adheridos a la fuente de donde proceden. No podrían separarse de ella sin dejar de existir. Es verdad, Amor mío, que dependo constantemente de tus luces. Si me las [390] quitaras, me convertiría en la oscuridad misma. Sabes bien que no poseo virtud alguna; que eres mi Dios, mi refugio y mi fuerza en todas las tribulaciones que me salen al paso, o en las que ocasiono debido a mis imprudencias. Estando tú en mí, nada temo. Eres ese río impetuoso que alegra la ciudad divina, santificando tu tabernáculo. ¡Oh Dios altísimo, haz tu morada en el centro de mi ser! Me diste a entender que las esposas de los hombres poseen adornos prestados, y que sus lechos están rodeados de cortinas y colgaduras aún en medio de las tinieblas de la noche, pero que la pureza de las tuyas es tal, que puedes unirte limpiamente a tu

esposa en plena claridad meridiana, adornando su cabeza con estrellas, revistiéndola del sol, calzándola con la luna, y que cuando concibe lleva en sí misma su fruto divino. A éste, por ser Hijo del Altísimo le corresponde por derecho el trono de gloria; diciéndome además que deseabas verla refulgir desde su principio o comienzo, al avanzar y al llegar a su término, a fin de que los ángeles y los hombres exclamaran arrebatados de admiración: Qué bella y radiante es la generación de los castos: su recuerdo será perenne; [391] porque es reconocida en presencia de Dios y de los hombres. Quien pueda entender, que entienda (Sb_4_1s); (Mt_19_12).

OG-01 Capítulo 82 - Que el Verbo Encarnado recibió el sacrificio que le ofrecí acompañada de mi buen ángel custodio y todos los demás ángeles. Cómo la Orden fue plantada en mi seno. De mi salida de Lyon para Avignon.

El día de la fiesta del ángel Guardián, en 1639, habiéndome retirado a eso de las siete de la tarde para unir mi oración a la de los ángeles, me acerqué al altar, permaneciendo de pie como el sacerdote que sacrifica y ofrece el cuerpo preciosísimo de mi Esposo, y le dije: Señor y Dios mío, como mi sexo me priva de este gran sacerdocio y del carácter sagrado, permíteme ofrecerme a mí misma en sacrificio en compañía de los ángeles. Son espíritus puros que no pueden ofrecer cuerpos, pues carecen de ellos; en cambio, ellos son todo fuego y llamas para ascender junto con mi sacrificio."

Ante estos pensamientos, mi puro Amor aceptó mi ofrenda y el sacrificio en espíritu y verdad de estos ministros de fuego que tienen la dicha de ver su divina faz, ante cuyas señales se mueven o se detienen, según sus inclinaciones, ya sea como espíritus servidores, o que asisten delante de su Majestad. [392] El querido guardián de esta indigna esposa no dejó de hacerme sentir su caridad. Decir de qué manera me regaló, no lo intentaré; más bien diré que me vi próxima a expirar ante el ímpetu de los amorosos deleites que sentí, ofreciéndome para cumplir todas las divinas voluntades en presencia de estos espíritus encendidos y pidiendo a mi Esposo cumpliera con prontitud las promesas que me había hecho de establecer su Orden.

El me manifestó que así lo haría, pero, oh maravilla de amor, quiso que su Orden fuese plantada primero en mi corazón, y de un modo admirable sembró esta Orden de sus complacencias en mi pecho, diciéndome que la había plantado, hecho germinar, crecer y brotar a la manera de un bulbo que lleva en sí las propiedades de las flores, de los árboles y de la carne. Me dijo entonces: "Hija mía, he aquí lo que te prometí en el año 1626, después de que saliste de tu casa paterna: ofrecí darte el germen de David, que es rey según mi corazón. "Es necesario que te dispongas a ser así; mira que he guardado, plantado y establecido en tu seno, como en la madre de mi Orden, una nobilísima semilla - estas cualidades de la flor, el fruto y el germen admirable [393] de una simiente virginal y divina-manifiesta mi amor hacia ti y hacia mi Orden; lo que has visto es un signo visible de la cosa invisible. Los ángeles admiran el sacramento nuevo que instituyo al erigir esta Orden dentro de tu corazón, antes de fundarla en Aviñón. Una vez me dijiste, a la edad de nueve años, que si te hacía comprender el Evangelio como santa Catalina de Siena, me amarías tanto como ella. Te concedí este favor; tú tienes obligación de amarme."

Amor, si los demás tienen una deuda, yo tengo diez mil. Viviré no moriré insolvente si tu Espíritu, el Amor sustancial y subsistente que tú produces, no ama por mí tus divinas perfecciones. Le ruego que venga en auxilio de mi debilidad y que obre en mí según su poder. El sabe mejor que yo que debo devolver purificado todo lo que el Padre, él y tú me han dado [394] Quien no te ame Señor Jesús, merece ser anatema. El 6 de noviembre de 1639, al atender visitantes en el recibidor, te plugo, divino amor mío, inflamar mi pecho con una divina llama, que llevaba en sí la figura de todos los instrumentos de tu Pasión. Dispusiste mi alma de modo que me vi abrasada por esta llama de fuego que representaba todos los enseres de la Pasión, como pintan a san Bernardo. La vista de esta llama y

el ardor con que envolvió mi corazón me arrebató; mi espíritu se hubiera sentido feliz de subir hasta la cúspide de la flama, así como el ángel que anunció el nacimiento de Sansón a la cima de la hoguera del sacrificio que Manóaj y Ana te ofrecieron en acción de gracias. Intuí que esta llama me aligeraría las cruces y las aflicciones que tu Providencia me enviaría. Viendo que era tu voluntad que yo fuese a Aviñón, rogué al R. P. Gibalin preguntara si Su Eminencia estaría de acuerdo con este viaje.

Habiéndome dado el mencionado padre la seguridad del permiso de Su Eminencia, mostré el deseo de recibir su bendición antes de salir de Lyon, pero la persona a quien pedí me informara si Su Eminencia lo haría, no me dio respuesta alguna. El mismo día, al pasar los RR. PP. Mazet y Gibalin del puente al puerto, encontraron un patrón que esperaba ser contratado por personas deseosas de bajar a Aviñón. Se pusieron de acuerdo en el precio, [395] y de paso regresaron a decirme que debía partir al día siguiente a las ocho de la mañana. Al apresurarme de esta manera, me privaban de la bendición que tanto deseaba, diciéndome que contaba ya con el permiso que de palabra el prelado había dado al P. Gibalin; que debía contentarme con eso y partir.

Me volví a ti, mi divino Consolador y admirable Consejero. Me dijiste entonces: "Hija mía, sal de Lyon con prontitud, para venir a ofrecerme el sacrificio que deseo. ¿Ignoras que me llamo: Toma rápidamente el botín, aduénatelo de prisa?" (Is_8_1s). Habiéndome manifestado tu voluntad de este modo, el R.P. Gibalin rogó al Sr. Bernardon, primer Prior de Denicé, nos condujera.

Su caridad fue tan grande, que no quiso dejarme, permaneciendo en Aviñón todo el tiempo que estuve ahí, y prodigándome cuidados dignos de su piedad. El jueves 17 de noviembre, 1639, partimos de Lyon, y a pesar de estar muy enferma, no quise resistir a la obediencia ni a tus inspiraciones. Tenía confianza en el gran san Gregorio, el taumaturgo, cuya fiesta celebrábamos ese día. Tenía confianza en que él movería las montañas de las oposiciones que se formarían contra esta fundación, y así lo hizo. [396] Llegamos a Aviñón el lunes, día de la Presentación de tu santa Madre. Al escuchar algunas salvas de cañón, te dije: "Amor, esta ciudad celebra el voto que te hizo. Recibe estos fuegos de alegría por tu nuevo establecimiento, aunque esta ciudad no piense en tu nueva llegada." Los recibiste con doble agrado, oh mi divino amor.

Entramos a la ciudad por la puerta que conduce a Nuestra Señora de Domes. Al ver esta roca, te bendije por haberme conducido al sitio desde el cual presidió tu Apóstol san Pedro, el cual me recordó su aparición. Mandamos decir una misa en esta iglesia escogida por ti por Providencia particular. Encomendé a tu santa Madre tu designio, rogándole lo presentara junto con ella, por ser éste el día de su admirable Presentación al templo, y que te pidiera obraras las maravillas que ella me prometió. Esto fue suficiente, por ser este Instituto una de sus sagradas inclinaciones, y por amar ella tu gloria más que todas las puras creaturas [397).

Saludé a todos los ángeles tutelares de las iglesias de la ciudad y de los habitantes de Aviñón. Después de haberte adorado en espíritu en todos los sagrarios donde estabas presente en el Santísimo Sacramento, les pedí nos asistieran en esta fundación. Así lo hicieron, por lo que les doy humildemente las gracias. No fue ésta la primera vez que los ángeles me hicieron el favor de auxiliarme en favor de la Orden y de mi persona. Fui a cumplir mis obligaciones a san Pedro de Luxemburgo, al que tengo devoción desde 1627. Le recomendé tu Instituto, y fui grandemente consolada en su templo.

OG-01 Capítulo 83 - Del afecto que tenían los habitantes de Avignon para la Orden del Verbo Encarnado; Cómo él se me apareció en la noche, víspera del establecimiento, y de lo que pasó en mí ese día y los siguientes.

En cuanto llegué, experimenté la bondad y cortesía del pueblo de Aviñón; los señores y damas de más alcurnia vinieron a visitarme y a ofrecerme su ayuda con tanto celo, que me sentí confusa ante su piedad. Queridísimo Amor, devuélveles al céntuplo el afecto que demostraron para procurar tu

gloria, concediendo a todos, además, [398] la vida eterna después de una larga vida temporal, si es de tu agrado. Eres munífico en tus dones y un magnífico remunerador. Así lo espero de ti, oh mi Divino Amor.

La Sra. de Vedeine demostró ser toda corazón hacia ti y hacia tus hijas. Debemos reconocerla como nuestra buena madre que nos ama con entrañas maternas; no omitió cosa alguna de todo lo que pensaba ayudaría al progreso de la fundación. La mencionada dama nos presentó al Gran Vicario del señor Arzobispo de Aviñón, quien era legado de Su Santidad en Polonia. El sábado, 26 de noviembre, el Sr. Vicario General y el Sr. De Salvador nos hicieron el honor de venir a nuestro alojamiento. Les hablé con mi franqueza ordinaria. El Sr. de Salvador se admiró al oírme hablar de esta fundación como si se tratara de algo que debía hacerse en [399] veinticuatro horas.

Pidió tres meses para pensarlo. Yo respondí que no podía esperar en Aviñón y que deberían escribirme a Lyon; que si deseaba un plazo, esperaría allá su respuesta. Se despidió pensando que yo lo apremiaba demasiado, y aunque me había favorecido más de lo que yo pensaba, se dirigió a su gabinete, arrodillándose ante un crucifijo para saber qué responder. Le pareció que su alma le reprochaba por haberse opuesto. La Señora de Salvador, su esposa, recurrió a todos sus argumentos para urgir este establecimiento; me había visto solamente en una ocasión. Me retiré para orar, y estando en ello, mi alma se sintió afligida ante el temor de un largo retraso; pero, oh mi soberano Consolador, no pudiste sufrir el verme llorar sin consolarme. Me dijiste: "Animo, hija. La mujer, cuando va a dar a luz, está triste, porque le ha llegado su hora; pero cuando ha dado a luz al niño, ya no se acuerda del aprieto por el gozo de que ha nacido un hombre en el mundo (Jn_16_21). Hija mía, ha llegado la hora en que debes darme a luz en el mundo; falta muy poco; te llenarás de gozo cuando nazca de ti, por segunda vez, en la tierra."

Al día siguiente, el Sr. de Salvador se sintió apremiado de tal manera a impulsar este asunto, que se detuvo en el Colegio de la Compañía para formar un consejo que lo discutiera. El Gran Vicario, el Señor de Vente y el Señor de Salvador se reunieron ahí y el P. Rector y el P. Doniol. La decisión final se tomó para gloria tuya. El Señor de Salvador me mandó decir que se había aprobado la fundación. El Señor de Serviére, primer consejero, la aprobó con toda la ciudad. [400] Me dijiste entonces: "Hija, alégrate, apresúrate a tomar el botín: Toma el botín con rapidez, apresúrate a llevártelo (Is_8_1). Presiona esta fundación con la misma urgencia con la que el pueblo de Israel se apresuró a comer el cordero Pascual."

El jueves siguiente escribí a Mons. de Nimes pidiéndole viniese a Aviñón. En cuanto recibió mi carta, su celo le llevó a presentarse ahí el domingo 3 de diciembre por la noche. El lunes cuatro por la mañana, vino a verme acompañado de varios señores de la ciudad, y me dijo: "Mi querida hija, vine para servirte en esta fundación, pero me enteré por estas personas que has obtenido todo lo que podías desear; me alegro y participo en gran manera contigo. Doy gracias por ello a todos los presentes y a toda la ciudad, que en general se siente inclinada a favorecerte. Ya ves, hija, cómo el Verbo Encarnado ha puesto a todo el mundo de tu parte, haciendo realidad su promesa. No dejaré esta ciudad hasta ver esta Orden establecida; ten la seguridad de ello, mi querida hija." [401]

Permaneció ahí hasta el jueves 15 de diciembre, día de la octava de la Inmaculada Concepción de tu santa Madre. Pasé la noche anterior a este día en la habitación de la Sra. de Vedeine, sin poder dormir un solo momento. Justo a media noche, dije a todas las potencias de mi alma: "Viene el Esposo, salid a recibirlo." Mi alma, junto con todas sus inclinaciones y afectos amorosos, quiso salir a tu encuentro, pero tu bondad no las hizo esperar a la puerta. Te me apareciste prontamente, permaneciendo de pie a mi lado. Abriendo entonces tu pecho, me mostraste tu corazón amoroso, abierto y dilatado en forma de una rosa admirable, para albergar en él a todas tus esposas. Vi dentro de este corazón divino esta flor, este árbol y este germen de carne virginal que era tu Orden plantada en tu pecho, en medio de tu corazón. Veía el seno de tu divino Padre, el tuyo en cuanto Verbo Increado y

Encarnado, y el mío estando unidos de tal forma, que estos tres senos no eran sino uno; tú y yo permanecíamos en el seno inmenso de tu Padre.

Me dijiste: "Mi toda mía, considera el amor que tengo por esta Orden, que será una flor y una rosa de buen olor, un árbol que fructificará en mi Iglesia y el germen de David que te prometí: [402] una carne virginal que engendrará vírgenes. Seré para ellas Padre y Esposo, y te constituiré madre de todas." Mientras que me comunicabas estas maravillas, vi a la derecha al Espíritu Santo, quien se dirigió hacia mí con la impetuosidad del amor en forma de paloma, a la manera en que los pintores lo representan bajando sobre tu incomparable Madre en el momento de la Encarnación, y aunque soy tan indigna de esta comparación, no encuentro palabras más apropiadas para describir la venida de este Espíritu de amor hacia mí. Pasé todo el resto de la noche sin poder dormir, por estar sumamente indispueta; pero en mi debilidad podía exclamar que era fuerte en ti, mi Dios, que me confortabas.

Al llegar el día, me encontraba en una indiferencia inexplicable hacia esta fundación. Me sorprendí al notar mi frialdad ante esta solemnidad, admirando la disposición que produjiste en mi alma, que no experimentaba complacencia alguna en todo lo que sucedía. Tu Majestad suspendió todos los sentimientos de la naturaleza y del amor propio. No sentía vanidad alguna, y aunque debí estar inmensamente alegre al presenciar el cumplimiento de las promesas del Verbo Encarnado, estaba como insensible a todo, diciéndote: "Eres tú, Señor, quien obra estas maravillas sirviéndote de mí como indigno instrumento de [403] poderosa bondad, a la que doy gracias por todo lo que sucede, y por no permitirme sentir deleite alguno en esta fundación." Mi Señor, mi Rey y Esposo mío, pongo en tus cinco llagas a las cinco jóvenes que van a ser revestidas de tu librea. Te alabo porque mi alma no participa en estas maravillas. Me conformo a tu designio de mantenerme en esta indiferencia. Tu santa Madre me dijo, hace ya veinte años, que tú solo obrarías estos prodigios; que me ofreciera a tu voluntad. No he sido tan fiel como debo, pero te doy gracias por todo lo que has hecho, conforme a lo que ella me prometió. Por ello te digo con el Rey Profeta: Son veraces del todo tus dictámenes; la santidad es el ornato de tu Casa, oh Yahvé, por el curso de los días (Sal_93_5). Querido Amor, no experimenté gozo alguno, pero sí mucha tristeza. El R.P. Lejeune, jesuita, por un celo que pensó era bueno, predicó la homilía en la toma de hábito de mis hijas. Las exageradas alabanzas que me tributó en presencia de muchos asistentes, estando yo a la vista de todos, se me hicieron [404] insoportables. Cualquier persona, estando en su sano juicio, se habría sentido apenada y su rostro habría enrojecido del mismo modo. La confusión y la vergüenza eran el ornato de mi cara, por lo que los asistentes tuvieron piedad de mí. De buen grado hubieran pedido al Padre que me ahorrara esa vergüenza. Mi tristeza no terminó ese día; al día siguiente lloraba casi sin consuelo por todas las faltas que he cometido. Oh Amor mío, te pido humildísimamente perdón de todas ellas, y te agradezco cien millones de veces las bendiciones que diste a este comienzo, y que das al progreso; tú la iniciaste; perfecciona tu obra; yo así lo espero.

OG-01 Capítulo 84 - Que el Verbo Encarnado me dijo la noche de Navidad que él era mi Booz y yo su Ruth y cómo por los cuidados de la santísima Virgen me había unido felizmente a él. De los grandes misterios encerrados en su santa Orden y de mi partida de Avignon.

La noche de Navidad, nuestras cinco novicias y la Hna. Françoise me rogaron con tanta insistencia que me acostara para dormir mientras esperaba el anuncio de la misa de media noche, que quise complacerlas, afín de que no temieran por mi salud. Me retiré a mi habitación para recostarme, según sus deseos, pero no pegué un ojo, debido a que tu Majestad quiso conversar amorosamente, [405] diciéndome: "Hija, tú eres mi Ruth y yo soy tu Booz. Como te he dicho en otras ocasiones, me has agradado al seguir los consejos de la Virgen, mi Madre por naturaleza, y la tuya por adopción, la cual es una bella y prudente Noemí que te ha procurado el bien de ser mi esposa.

"Tú le has dicho que la seguirás por todas partes, que su tierra será la tuya, su pueblo el tuyo, y su Dios será también tu Dios. Así como la muerte no pudo separar a Ruth del lado de Noemí, será esa la que te unirá aún más a ella, ayudada por sus misericordiosas oraciones, que yo acojo por la gracia. Has venido a Aviñón, que podría llamarse como Yo otra Belén, porque ahí he nacido por segunda vez mediante la institución de mi Orden.

"Booz ordenó a sus segadores que dejaran caer intencionalmente algunas espigas para Ruth, de permitirle recoger junto con ellos, si así lo deseaba, para que no se avergonzara al rebuscar; él la mandó a comer junto con los segadores y las sirvientas, diciéndole que no fuera a otra parte mientras que durase la cosecha. Noemí, viendo las concesiones que Booz hizo a Ruth, y conociendo bien que él mismo se daría a ella en calidad de esposo, exhortó a Ruth a perseverar y a esperar a ser su esposa: Hija mía, ¿es que no debo procurarte una posición segura que te convenga? (Rt_3_1). [406] Querida hija, mi santa Madre conoció, por los favores precedentes que te hice, que continuaría en ti mis dones, y que me entregaría a ti y a mi Orden; por ello te dijo que Aquél que obraba maravillas establecería su Orden, pero que te ofrecieras enteramente a él: Hija mía, ¿es que no debo procurarte una posición segura que te convenga? (Rt_3_1).

"Ella te aconsejó que vinieras a buscarme a mi era, en el Sacramento del Altar, donde se encuentra el trigo de los elegidos y el vino que engendra vírgenes, y que me dijeras que por ella soy tu pariente, por haber asumido la naturaleza humana, la cual tomé de sus virginales entrañas. Te pusiste a mis pies con tanta humildad como confianza en mi incomparable bondad, diciéndome que soy tu pariente, que extendiera mi manto sobre ti. Querida hija, ya lo hice, viendo a aquél que te ha rechazado. Llamé a los ángeles y a los hombres, no a la puerta de la ciudad, sino a Aviñón, que es mi segunda Belén, la cual me recibió en medio de aclamaciones.

"Es el reino del Hijo predilecto del Padre, pues aunque soy Rey de toda la tierra y de todos sus reinos, el Santo Espíritu no los ha nombrado reinos del Hijo de la dilección, como al reino de la Iglesia. El Papa es mi vicario y mi virrey en la tierra [407] El lugar donde él es soberano en lo espiritual y en lo temporal es propiamente mi reino, así como Belén fue cuna de la familia de David, que fue un hombre según el corazón divino, pudiendo llamarse el hijo bien amado de la divina elección, porque entre todos los hijos de Isaac, David fue divinamente elegido para ser ungido Rey de Judá y de Israel. Querida hija, alégrate porque el Espíritu común transportó para ti esta Orden al reino del Hijo del amor del Padre, que lo produce conmigo." Escucho las palabras de tu Apóstol que nos dice a todos: que ora afín de que caminemos con dignidad en tu presencia; Para que viváis de una manera digna del Señor, agradándole en todo, fructificando en toda obra buena y creciendo en el conocimiento de Dios; confortados con toda fortaleza por el poder de su gloria, para toda constancia en el sufrimiento y paciencia; dando con alegría gracias al Padre que os ha hecho aptos para participar en la herencia de los santos en la luz. El nos libró del poder de las tinieblas y nos trasladó al Reino del Hijo de su amor (Col_1_10s). De él obtienen ustedes la redención y el perdón de los pecados por medio de su sangre, de la que están revestidas interior y exteriormente [408] Hija, el escapulario de mi Orden representa mi Cruz ensangrentada; por este escapulario, deben pedirme la paciencia y la pureza interior y exterior. Por la sangre de mi Cruz reconcilié y pacifiqué el cielo y la tierra; el manto rojo que les he dado por una amorosa protección, las muestra como esposas bien amadas. Es ésta una prenda real y divina; es la púrpura real. Hija mía, al cobijarte bajo mi sangre, la cual se apoya en la naturaleza divina, me complaciste; si pudiera decirte que esta confianza es para mí una segunda misericordia, así lo haría. Mi corazón amoroso la tiene como tal. Te dije una vez en casa de tu padre que me había herido con uno de tus ojos al no amar sino a mí. Ahora te digo que me has herido con uno de tus cabellos, porque tu afecto no te une sino a mí. Dejaste todas las órdenes establecidas para recibir de mí la comisión de fundar ésta; has permanecido constante y fiel en procurar mi gusto y mi gloria.

"Querida esposa, soy tuyo y de esta Orden que lleva mi Nombre, y que honra a mi Persona Encarnada, la cual reside en el Sacramento del amor y la dilección. Belén significa casa del pan. Ruth

fue colmada. Se convirtió en señora de todos los bienes de Booz; y Booz significa fuerza. Booz se declaró vencido por ella [409] y pariente suyo, después de haber visto y escuchado sus inclinaciones. Manifestó a los diez testigos que se detuvieron a la puerta de la ciudad, que estaba contento de llegar a ser su esposo en lugar de aquél que le había quitado su sandalia o su calzado, es decir, que él le ha cedido los deseos y el afecto que él hubiera debido tener por Ruth.

"Los diez testigos que tomo son los nueve coros angélicos y toda la naturaleza humana, es decir, a toda la humanidad. Querida hija, alégrate al poseer mi amor y recibe con humilde reconocimiento las bendiciones que todos los ángeles y los santos te desean para gloria mía, al decirme: Somos testigos: haga Yahvé que la mujer que entra en tu casa sea como Raquel y como Lía, las dos que edificaron la casa de Israel. Hazte poderoso en Efratá y sé famoso en Belén (Rt_4_11). Debes estos favores divinos y celestiales a mi caridad y a la solicitud de mi santa Madre, quien te ha guiado mediante mis mandatos para llevar esta fundación al punto en que se encuentra." [410]

Te doy las gracias, Madre de Dios, Emperatriz universal, divina Noemí, que eres toda hermosa y sin mancha. Reconozco que esta Orden fue engendrada en tu regazo. Nació para honrar a tu Hijo Encarnado, y para gloria tuya. Hace profesión de honrar afectuosamente tu Inmaculada Concepción. No me atrevería a decir que te amo; soy muy imperfecta, pero bien puedo afirmar que en este Verbo Encarnado, que ha querido tener un nuevo y místico nacimiento por medio de esta Orden, tienes un Hijo que te ama más que todos los hombres y todos los ángeles; recibe su Orden en tu seno. Es tuya, aliméntala con tu leche, llévala entre tus brazos, preséntala al divino Padre con tus santas y sacratísimas manos, para que todas las hijas de esta Orden sean fieles servidoras de tu Majestad. Oh Reina de los hombres y de los ángeles, hazlas muy humildes delante de Dios, en presencia de los ángeles, para la edificación de la humanidad.

Permanecí en Aviñón hasta después de Pascua. Un día, encontrándome sin la dulzura ordinaria, te dije: "¿Y ahora qué, Señor, te escondes de mí? ¿No basta el padecimiento de la vista que permites me aqueje? ¿Me atreveré a presentarte mis quejas con la amorosa libertad que siempre me has permitido por exceso de bondad, pues habiendo establecido, con tu gracia, el primer convento de tu Orden en esta segunda Roma, según tus inclinaciones, me vea hundida en la ceguera?"

[411] ¿Es necesario que después de haber visto este establecimiento no vea nada interesante en la tierra? Querido Amor, que tu voluntad se haga en todo. Me conformo a ella completamente. No pudiste más verme enferma, me calmaste el dolor de ojos, pero la devoción deliciosa que yo tenía antes de este establecimiento no me la devolviste muy pronto que digamos.

Me contestaste: "Hija mía, ¿Has considerado que el maná no cayó más cuando el pueblo de Israel llegó a la tierra prometida, por tener ya sus frutos? Ahora que estás en la tierra de la promesa, puedes saborear los nuevos frutos. ¿No son tus hijas fruto de mis promesas? Alégrate en ellas y en el cumplimiento de mis promesas." Habiendo comulgado, elevaste mi espíritu hasta tu Augustísima Trinidad, diciéndome que deseabas viera yo cómo la Trinidad entera moraba en mi alma de un modo admirable, añadiendo que estas Tres Personas eran, sin comparación, más preciosas y deleitables que todo cuanto existe en el cielo y en la tierra. "A ti, hija mía, se ha dado el conocer y recibir el reino divino. Nuestra sociedad viene a tu alma en su totalidad, porque el Dios todo bueno ama quienes guardan su palabra. Yo soy la Palabra del Padre, y tú guardas [412] mi palabra en tu espíritu, en tu corazón y en tu Orden, que es la mía, por haberse me consagrado y dedicado."

Todavía en Pascua, me despedí de los señores y damas de Aviñón, agradeciéndoles tantos favores que su bondad me hizo experimentar, rogándote, Amor mío todopoderoso, preservar a esta ciudad del mal contagioso que asolaba los lugares circunvecinos; yo confiaba por el agrado que sentiste ante la amable recepción que el pueblo aviñonés ofreció a tu Orden y a tus hijas, que esta ciudad sería librada del mal que tanto temía. Te doy mil gracias por no haber rechazado mi oración. El 22 de abril de 1640, asistí a la vestición de nuestra querida Hna. María Catalina d'André de Visant,

sobrino del señor Presidente de Orange. Me alegré al ver que se entregaba a ti, Amor mío, con un corazón sincero y generoso, olvidando a su pueblo y la casa de su padre para complacerte del todo.

Al día siguiente, el 23, me despedí de mis seis hijas novicias, lo cual no se hizo sin lágrimas. Las dejé en buenas manos. Tres de nosotras salimos de Aviñón, acompañadas por los dos priores Bernardon, quienes se ocuparon, con toda la solicitud posible, de nuestras necesidades espirituales, diciendo misa para todas, confesándome y dándome la comunión diariamente.

OG-01 Capítulo 85 - De mi llegada a Lyon; el desagrado que tuve por la falta de espíritu en algunas de mis hijas; los consuelos que recibí en los ejercicios espirituales y luces que una hermana vio sobre mi cabeza.

[413] La Sra. de Lauson nos detuvo en su casa en Vienne, devolvió la litera y los caballos, y nos hospedó ella durante dos días. Al tercero ella misma nos ofreció su carroza para llevarnos hasta Lyon, donde mis hijas me esperaban con gran cariño. Sin embargo, encontré a varias muy alejadas del fervor, la humildad y la mortificación que tenían a mi salida de Lyon, lo cual me causó una muy sensible aflicción. Obré conforme a lo que tu Apóstol aconsejó a su discípulo Timoteo cuando le dijo: Proclama la Palabra, insiste a tiempo y a destiempo, reprende, amenaza, exhorta con toda paciencia y doctrina. Porque vendrá un tiempo en que los hombres no soportarán la doctrina sana, sino que, arrastrados por sus propias pasiones, se harán con un montón de maestros por el prurito de oír novedades (1Tm_4_2s).

Viendo que estas jóvenes no deseaban sino seguir sus inclinaciones, que no eran ciertamente la perfección -se dejaban llevar por los argumentos de la persona que desvía del servicio de tu Majestad a las almas que no tienen suficiente confianza para permanecer fieles a las promesas que te hicieron- viendo, pues, que no gustaban más de la piedad, las dejé ir hacia donde ellas mostraban tanta preferencia, y como además se sentían ricas, obraron más libremente conforme a sus sentimientos.

Estuve más inclinada a retener a las que eran pobres, empleando para ello todos los medios, porque tú llamaste a los pobres. Me alegré de conservarlas en nuestra Congregación; la caridad se practica de este modo, y se da testimonio de que eres tú quien hace triunfar tus designios, cuando desaparecen los medios que las personas tanto estiman. Pedí a tu bondad enviara su Espíritu. Resolví hacer los ejercicios para pedírtelo diciendo: [414] Envía tu soplo y son creados, y renuevas la faz de la tierra. ¡Sea por siempre la gloria de Yahvé! (Sal_104_30s).

Durante los primeros días de estos ejercicios, me sentí sin devoción, me desconsolaba en medio de tantas penas. Me hiciste ver que no estabas lejos de la que tenía tanta aflicción y que deseabas ayudarla. Tomaste su corazón entre tus manos, protegiéndolo así de sus enemigos. Lo apretabas amorosamente, como para hacerlo, por una divina expresión, destilar un dulce licor. Lo vi también como una flor que conservabas, a fin de que no se marchitara. Estos dos contrarios me causaron admiración: que fuera una flor oprimida y que se conservara íntegra en toda su belleza.

Este día hice la meditación sobre la muerte. Me dijiste: "Hija, no tengas miedo a la muerte; tu corazón está en manos de la vida. La muerte no puede alcanzarte estando tú en mis manos: Las almas de los justos están en las manos de Dios y no les alcanzará tormento alguno (Sb_3_1). La muerte es una privación de la vida eterna y del Ser Soberano; alma que me posee y que es poseída por mí, está unida a su Todo y sumergida en la inmensidad de su centro, que es su principio y su fin: la meta a la que aspira.

El alma que sabe que su felicidad consiste en gozar de su todo, abandona fácilmente su [415] complemento; y si le permito conservar después de la muerte una inclinación a reunirse al cuerpo que es suplemento, ella no desea esta unión sino para llevarlo al cielo, donde gozará, hasta donde su capacidad se lo permita, de la gloria de mi humanidad puesta sobre el poder divino que es la gloria del

alma y este todo que ella ama como soberanamente amable, que es para ella plenitud de felicidad, sin que su cuerpo le sea un obstáculo como en la vida terrena, que es una prisión y una masa que la atrae hacia abajo, puesto que es pesado por naturaleza, mientras que el alma es ligera de por sí. Ella es espíritu y fuego que tiende hacia lo alto: es por ello que el Apóstol decía: Desgraciado el hombre que yo soy (Rm_7_24). Me hiciste entender muchas otras hermosas verdades que no viene al caso mencionar aquí, porque me resultaría muy largo el escribirlas. Algún día podrán ser anotadas en un cuaderno, si tengo más salud que al presente. Diré de paso, que al hacer después de la meditación de la muerte, la referente al juicio, quisiste que tu misericordia dominara a tu juicio. Mi proceso fue ganado con tanta ventaja que la justicia declaró encontrarse más que satisfecha, y que tú la habías compensado con todo rigor, quedando además, entre tus manos, los tesoros infinitos de méritos que podrían salvar miles y millones de mundos [416]

El celo que tenía entonces me impulsaba a desear reparar el mal que hice a tu bondad, pero como ella es buena de sí, no quiso aparecer justa por iniciativa mía. Me disculpó ante el trono divino, alegando benignamente que mis faltas eran movimientos primos y debilidades. De sus ojos amorosamente dulces procedían rayos que me juzgaban favorablemente, haciendo signos a mi favor, confundiendo a todos mis enemigos y asegurándome sus bondadosas gracias. Todas las potencias de mi alma, acariciadas por la dulce atracción de tus ojos resplandecientes de luz, te decían: ¡Alza sobre nosotros la luz de tu rostro! Yahvé, tú has dado a mi corazón la alegría (Sal_4_7). Mi entendimiento, iluminado por tus esplendores, y mi voluntad, abrasada de tus ardores, gozaban de la gloria ya en la tierra; y por añadidura, quisiste hacer un descenso de un modo admirable.

Me pareció que te acercabas a mí; tu divinidad, que está en todas partes, no está sujeta a detenerse en lugar alguno; tu humanidad, que puede reproducirse en cualquier momento cómo y dónde le place, teniendo todo poder en el cielo y en la tierra, pudo hacer este descenso mediante las inclinaciones amorosas que tenía hacia aquella a quien se digna amar [417] sólo por misericordia suya. Impulsada por la caridad, tu Persona descendió hasta mí con abundancia de dulzura y gloria, sin abandonar el seno paternal, que es inmenso. Tomó posesión de su esposa, presentándola al divino Padre, quien engendra a la Persona que la llevaba como su hipóstasis, sobre la cual ella se apoya divinamente desde el momento de la Encarnación mediante la unión hipostática, aunque dos naturalezas no hacen sino un Hombre-Dios que eres tú, mi bien amado, que vienes a mí con tanta mansedumbre como majestad, acompañado de multitud de los santos.

Al elevar mi espíritu a ti mediante tus resplandores, que me sirven de cadena luminosa para elevarme deliciosamente a ti, como si hubiese yo deseado prevenir a Aquél que me había prevenido, o mejor, subir a lo alto hasta la presencia de Aquél que descendió a lo bajo; y como tu luz era tan poderosa como encantadora, los ángeles y los santos que te acompañaban decíanse unos a otros: ¿Quién es esta joven que asciende de este modo? ellos mismos respondieron: Es aquella que pasa por grandes [418] tribulaciones, y que con frecuencia lava su vestidura en la sangre del salvador, nuestro divino Rey, mediante las reiteradas confesiones que hace y las comuniones diarias que recibe; esta sangre la blanquea de este modo.

Vi al mismo tiempo, una multitud de flores de diversos colores, producidas por la sangre preciosa de mi Esposo. Con ellas hace su carro triunfal, viniendo a mi encuentro sobre estas flores sagradas, y levantándose a bordo de este carro glorioso, para hacerme partícipe de su triunfo, y haciendo que mi subida sea de púrpura florida, y que en su compañía tenga yo acceso al santuario, por concesión de su sangre preciosa.

Estas maravillas producían en mi corazón palpitations indecibles. Mi rostro brillaba de tal modo que una hermana que entró para decirme algo, me lo notó. Considerando la belleza que estas visiones me dejaban, admiraba durante largo tiempo este camino florido que me habías hecho contemplar. Querido Amor, tú caminaste por el sendero de espinas durante tu vida mortal, para darme una de rosas ahora que eres inmortal, a fin de que proclame yo que la belleza de los campos está

connmigo. Tu eres Jesús de Nazareth, Esposo florido; al ascender tu esposa, se ve rodeada de flores; al llevarme a lo alto, me has elevado [419] [420] como el águila a sus pequeños, afín de que pueda contemplar el sol de tu divina claridad, diciéndome que te complaces en comunicarme tus esplendores, creando en mi espíritu un cielo nuevo, y en mi cuerpo una tierra nueva: y el mar ha dejado de existir, (Ap_21_1) porque calmas pacíficamente el espíritu y el cuerpo; y como en el cielo se ven brillar los astros, permitiste que una de nuestras hermanas, al ir a mi habitación dos veces durante la mañana, mientras hacía mi oración, viera luces de formas variadas sobre mi cabeza: primeramente aparecían en forma de estrellas; después, como una luna en cuarto creciente y por último, formaban un globo como el sol.

Esta hermana, presa de temor y de admiración, no se atrevió a mencionarme lo que había visto; lo manifestó más tarde al R.P. Gibalin y a otro sacerdote, quienes han juzgado conveniente que me lo dijera. Le di poca importancia, riéndome de mis hijas cuando me dicen que han visto claridades o percibido aromas que les parecen sobrenaturales. No me detengo en estos signos visibles, sino en los misterios invisibles que operas en mi alma. Estas cosas que son vistas o percibidas por el olfato de las personas a quienes haces testigos de tus bondades sobre mí, que soy tan indigna de ellas, son medios como las claridades exteriores o los olores sensibles con los que deseas atraer a estas almas a un amor interior, a fin de que a través de estas cosas visibles y sensibles, pasen a las insensibles e invisibles, según el consejo de tu Apóstol a los Romanos.

OG-01 Capítulo 86 - Cómo sufrí de cálculos; cómo el nacimiento de ese buen hijo de Francia me consoló; cómo san Pedro se me apareció portando la tiara y dando su aprobación a la Orden pocos días antes de la profesión de las primeras cinco novicias; de las tristezas y alegrías que experimenté en ese día, y lo que se obró en mí por esas luces que Dios me concedió.

[421] Entre los meses de agosto y septiembre de 1640, sufrí excesivamente de cálculos. Bien sabes, querido Amor, que soporté con gran valor esta lapidación. No quisiste privarme de tus consuelos, porque te complaces en acompañar a los que están atribulados. Como se acercaba el día de la profesión de las cinco novicias que había encomendado a tu Providencia, debía, según los pareceres humanos, estar colmada de gozo, pero fue todo lo contrario: mi alma se encontraba en desolaciones que no me es posible expresar. Las palabras de san Simeón a tu santa Madre eran mis pensamientos más ordinarios: Y a ti misma una espada te atravesará el alma (Lc_2_35).

Me dijiste: "Hija, soy el que soy, puesto para ruina y resurrección de muchos, y como un signo de contradicción. Tu alma será traspasada de dolor, pero ten gran valor." Querido Amor, fortaléceme en las cruces que permites." El 6 de diciembre vi a san Pedro portando la tiara. Se presentó ante la reja del monasterio de Aviñón, para asistir a los interrogatorios que se hacían a las cinco novicias antes de admitirlas a la profesión. Esto fue un gran consuelo para mí. Más tarde me hiciste recordar la visión que tuve unos años antes, a mi regreso de París, en la que vi una tiara a la que faltaba un florón y una piedra preciosa, y que estaba suspendida en el aire. Te pregunté entonces: " ¿Qué deseas darme a entender por esta piedra preciosa que falta en esta tiara?"

Me respondiste: "Hija, es mi Orden, que no está enteramente establecida; no se han ejecutado las bulas, sino que están suspendidas. Yo sostengo a esta Orden con mi poder; cuando sea establecida del todo, las tres coronas estarán redondas y perfectamente adornadas.

Cuando, por tanto, vi al príncipe de los Apóstoles [422] ceñido de su tiara, a la que ya no faltaba el florón ni las piedras preciosas, me regocijé y me ayudaste a comprender que había yo cumplido lo que faltaba a tus complacencias. Si no me es posible expresar de tu amorosa Pasión todo lo que tú dijiste a Saulo que él te perseguía en tu Cuerpo Místico, porque eras impasible en tu cuerpo natural y físico, del mismo modo, me diste a entender que sentías desagrado ante la prórroga de la

ejecución de tu Orden, mostrándome para ello tu tiara incompleta, pues faltaba en ella este florón y la piedra que deseabas colocar en ella; que en cuanto se efectuara el establecimiento de esta Orden, sentirías el placer que te procuró san Pablo al completar en su cuerpo físico, a favor de tu cuerpo místico, lo que faltó a tu Pasión. Queridísimo Amor, si no fueras la ciencia, la sabiduría y el mismo amor, podría decir que, haciéndote pobre para enriquecernos, quisiste parecer ignorante y apasionado, por no decir loco; tu locura es más sabia que la sabiduría del mundo: Porque lo que parece necedad divina es más sabia que la sabiduría de los hombres (1Co_1_25). El día 16, desde la media noche hasta las diez de la mañana, mi alma permaneció en angustias que me sumieron en gran desconsuelo. Al asistir a misa, quise sobreponerme a estas aflicciones por medio de actos de fe, de esperanza y de amor. No pudiendo dejarme más tiempo en tanta aflicción, me dijiste: "Hija mía, soy yo quien permitió que cayeras en estas desolaciones para sacarte gloriosamente de ellas: Yahvé da muerte y vida, hace bajar al sheol y retomar. Yahvé enriquece y despoja, abate y ensalza (1S_1_6s). Hija, ha llegado tu hora de dar a luz. Esta mañana das una Orden a la Iglesia en las cinco hermanas que profesarán. Cuando la Reina da a luz, lo hace llorando y sintiendo dolores de parto, mientras que el Rey y todo el reino se regocijan. Cuando han pasado estas penas, su alegría sobrepasa la de todos, por ser la que más sufrió. A esta hora tus hijas profesan y tú eres recibida, no solamente en el seno de los patriarcas, sino en el de mi Padre eterno; eres partícipe de su privilegio.

"Alégrate porque tal ha sido mi voluntad, dándome gracias porque me plugo, desde la eternidad, escogerte para producir dentro de la Iglesia una Orden que es una extensión de mi Encarnación. Por segunda vez, soy traído al mundo por ti: Consolad, consolad a mi pueblo [Is_40_1]. Me dijiste muchas cosas más [423] sin dejar de acariciarme y alabarme divinamente, pero sabía yo muy bien que todo esto procedía de tu pura bondad, a la que atribuía, con todo derecho, las cosas que se habían realizado. No tengo, en mí misma, de qué gloriarme, a no ser mis debilidades, para que tu fuerza habite en mí.

El 2 de mayo del año 1641, estando en oración en mi habitación entre las seis o siete de la tarde, me representaste una multitud de bestias feroces como osos, leones, tigres o leopardos que estaban atados, careciendo por tanto del poder de agredirme, a pesar del furor que mostraban hacia mí. Sin embargo, me preparé a los sufrimientos que vendrían para mi mayor bien, pues me vi libre de las personas que no daban gloria a tu Nombre. Su pérdida me afligió, pero tu bondad enjugó mis lágrimas haciéndome ver que siempre saca bien de los males.

Queridísimo Amor, te encomiendo a estas almas que te han sido infieles por ligereza. Ten piedad de su debilidad y perdona el exceso de tristeza que he sentido por causa suya; apártame de todo lo que es imperfecto, y así como tus ángeles procuran mi salvación sin ansiedad, que yo obre del mismo modo por la de mi prójimo, buscando sólo complacerte y ser más digna de tu Majestad. Estos espíritus caritativos se preocupan tanto de lo temporal como de lo espiritual, como san Rafael lo hizo con Tobías. Lo que escribí durante el mes de septiembre y los dos siguientes, muestran su celo hacia mí. Les doy cordialmente las gracias por su caritativa ayuda.

[424] El 2 de mayo de 1641, habiéndome retirado a eso de las 8 de la noche para pedirte, oh Amor mío, pacificaras conmigo y en mí todo lo que es del cielo y de la tierra mediante la sangre de tu Cruz, en la cual tengo una entera confianza, te rogué, por diversas repeticiones, me pacificaras junto con tu Padre, tu Persona y el Santo Espíritu, en compañía de tu santa Madre y todos tus santos. Tu amor, que parece apasionarse de aquella que es tan indigna de llamarse tu enamorada, me representó, en un momento determinado, una flecha admirable, que estaba compuesta de fuego, ámbar y flor. Estas tres cualidades estaban tan bien combinadas, que la veía al mismo tiempo toda de ámbar, toda de fuego, y toda de flor, de las que se conocen como amaranto; y aunque la flecha desapareció en cuanto la vi, me llenó de gran contento.

Me diste a entender que tu Cruz era para mí un trono de amor ardentísimo para abrasarme; que ella era de ámbar para atraerme como una paja que está divinamente conservada. Aunque permanecí

inmersa en este fuego sagrado, ¡qué florida seguía siendo esta Cruz, como una flor sin quemarse a pesar de las llamas! El suscitar dos contrarios en un mismo sujeto no está más allá del poder divino [425] Todas estas maravillosas inteligencias atraían mi espíritu a amarte, divino Enamorado de la Cruz, y a estimar la sangre que derramaste sobre ella.

Al elevarme a estos misterios, me hiciste ver por encima de mi cabeza, una cruz luminosa que me protegía de una manera inexplicable. Allí suscitaré a David un fuerte vástago, aprestaré una lámpara a mi ungido; de vergüenza cubriré a sus enemigos, y sobre él brillará su diadema (Sal_132_17s). Me enseñaste que esta cruz, con sus conos de luz, era el esplendor, la belleza y la fuerza que me comunicabas en virtud de tu preciosa sangre, para gloria tuya y para confusión de mis enemigos [426]

OG-01 Capítulo 87 - De varias bestias feroces que vi en la oración. De los disgustos que algunas almas inconstantes me causaron, y mis imprudencias por exceso de candidez y del deseo que tenía de ser tenida por loca a causa del Verbo Encarnado, y de lo que él me comunicó por exceso de bondad.

Esto me sucedió el día de san Simón y san Judas, al hablar con mucha ingenuidad de las luces, las caricias y los grandes favores que tu bondad me comunica. Olvidando yo lo que el Apóstol dijo que los días son malos, y que los hombres abundan en su sentir me hace ver claramente que tu amable Providencia vela sobre mí como sobre un niño, y que, de mis faltas saca el bien al humillarme por mis imprudencias.

Queridísimo Amor, te lo digo porque no sé valirme de la prudencia humana; concédeme abundancia de la divina. Como soy incapaz de convertirme hacia la tierra, haz que mi conversión se enfoque hacia el cielo. Después de que las personas a las que hablé con demasiado candor salieron de mi casa, quise reprenderme a mí misma a causa de mi imprudencia, deseando contristarme por ella. No lo permitiste, colmándome sobremanera de tus sagradas delicias y diciéndome que, en lo que no había tenido yo la culpa, no debía afligir mi espíritu con penas estériles; que tu sabiduría permitió estos arranques, que si eran mal interpretados como locuras por quienes escucharon estas imprudencias según los criterios humanos, no debía preocuparme por ello.

"Hija mía, bienaventurados aquéllos que no se escandalizan ante tu candidez ni ante faltas que calificas de locuras. Mi Apóstol dijo: Destruiré la sabiduría de los sabios, e inutilizaré la inteligencia de los inteligentes. [427] ¿Acaso no enloqueció Dios la sabiduría del mundo? (1Co_1_19s). Dios no ha elegido a muchos que son grandes según la carne: Ha escogido Dios más bien lo necio del mundo, para confundir a los sabios. Y ha escogido Dios lo débil del mundo, para confundir lo fuerte (1Co_1_27s). Y también: El Señor conoce cuan vanos son los pensamientos de los sabios (1Co_3_18s). Hija, no busques en nada la gloria de los hombres. Todo es para ti, tú para Cristo, y Cristo para Dios. Quien tiene a Dios, lo tiene todo. Quien tiene todo bien, debe alegrarse." Al exhortarme a la alegría, me dabas lo que me mandabas. Mi alma se vio inundada o transportada de un gozo extraordinario. Al pasearme en mi habitación, te decía: " ¡Señor, sería tan dichosa de ser tenida por loca delante de los hombres sin que mis locuras te ofendieran! Estimo como nada el ser juzgada por ellos y por los principios humanos."

Mientras te hablaba no sólo mental, sino hasta vocalmente sobre esta dicha, me hiciste ver un altar, por encima de él, una multitud de personas que estaban siendo decapitadas [428] o que lo habían sido, y cómo, al mismo tiempo, un poder sobrenatural volvía a colocarles sus cabezas con tanta prontitud como destreza. Parecían así más hermosos y no mostraban señales de haber sido degollados, a no ser por una sobreabundancia de belleza y esplendor: Luego vi unos tronos, y se sentaron en ellos, y se les dio el poder de juzgar; vi también las almas de los que fueron decapitados por el testimonio de Jesús y la Palabra de Dios (Ap_20_4).

"Hija, esta es la visión que tuvo san Juan, la cual está descrita en su Apocalipsis. ¿Tienes el valor de ser decapitada por mí?" Animada del Espíritu que diste a tus mártires, desearía mucho poseer esta felicidad de ser degollada por ti, oh mi amable Verbo Encarnado. "Hija mía, como estás dispuesta a dar tu cabeza por mí, hay personas que te han decapitado no física, sino moralmente, reputando como locura tus visiones; pero yo me encargaré de mostrar que mi locura es más sabia que la sabiduría del mundo, corroborando así las palabras de mi Apóstol. Yo te doy y te devolveré tu cabeza y la uniré a ti por medio de las mismas personas que han dicho que todo esto es locura. Haré patente mi sabiduría. De este modo, por Providencia mía, ellos mismos te devolverán tu cabeza, y yo te contaré entre los mártires que dieron [429] su cabeza, y su vida por mí. Alégrate, hija mía, con aquéllos a quienes dirijo estas palabras: Bienaventurados seréis cuando los hombres os odien, cuando os expulsen, os injurien y proscriban vuestro nombre como malo, por causa del Hijo del hombre. Alegraos ese día y saltad de gozo, que vuestra recompensa será grande en el cielo (Lc_6_22s).

Durante el Adviento, tu bondad me rodeó de continuas caricias, no permitiendo que sintiera resentimiento alguno a causa de que su Eminencia se llevó mis escritos. Me reía al ver a mis hijas afligidas por no haberlos visto, arrepintiéndose por haberse dominado y mortificado tanto, al no permitirse entrar en mi habitación cuando algunas veces la Hna. Françoise la dejó abierta, estando mis papeles sobre la mesa o en el cofre.

Yo les decía: " ¡Hubieran desobedecido!" "No hemos hecho voto de obediencia para privarnos de lo que podemos hacer según Dios." " ¡Hubieran pecado de curiosas!" "Nuestra curiosidad en esto no nos hubiera hecho tan culpables como nos afligen al presente nuestra mortificación y el temor de desagradar a Ud." "Hijas, su Eminencia me ha prometido que [430] me los devolverá." "Madre, Monseñor no dijo cuándo se los regresará. Estamos disgustadas al verla tan indiferente ante la privación que sienten sus hijas. Ud. tiene la fuente de estas luces, pero su poca salud nos quita la esperanza de participar en los manantiales que Ud. nos prometió cuando llegara la hora." La Hna. Françoise, quien escribe lo que le dicto, era la más afligida de todas, y deseando morir a causa de este despojo, me decía: "Madre, suplique a Dios que la libre de tantos males que la afectan. ¡Ay, he pedido tanto a san José me conceda la gracia de poder pasar sus escritos en limpio para consuelo de la Orden y para alivio de usted en estas grandes aflicciones!"

"Hijas mías, el Verbo Encarnado es el Libro de Vida. El las instruirá por sí mismo y mediante muchas personas más capaces que yo. Además, su Eminencia prometió devolvérmelos en presencia del R.P. Milieu y del Sr. de Ville." "Sí, Madre, pero ¿cuándo será esto? Hace ya siete años que su Eminencia tiene nuestra bula. Su corazón no siente cariño alguno hacia nosotras." "Es porque desea probar la constancia de los suyos. Obren como Abraham; esperen contra las apariencias de desesperación que se suscitarán en sus espíritus. No se aflijan. El Verbo Encarnado tiene gran cuidado de ustedes y de su Orden, por lo cual debo enmendarme, pues [431] mis pecados son la causa de todo lo que las aflige." Las consolaba como podía; la aflicción por algo, si dura mucho tiempo, es con frecuencia un remedio para otro tipo de penas. La divina Providencia dice que a cada día le basta su malicia; que en sólo doce horas su diestra puede obrar cambios para gloria suya y la salvación del prójimo.

OG-01 Capítulo 88 - Cómo el Verbo Encarnado me insistió para visitarlo en el establo, para adorarlo y rendir mis humildes homenajes a su santa Madre, diciéndome que deseaba coronarme con su sangre. De otras gracias que concedió a mí y a su Orden.

El primer día del año 1642, al tomar el sacerdote el copón sagrado para darme la comunión, tu bondad te urgió a entregarte a mí con un amor indecible. Me dijiste: "Ven del Líbano, novia mía, ven del Líbano, vente y serás coronada (Ct_4_8). Pero antes de acercarte a mí, saluda con todo respecto a

mi admirable Madre y a su virginal esposo san José. Rinde tus humildes adoraciones delante de mi pesebre diciendo: Salve, santa Madre, que has dado a luz al Rey que reina sobre cielos y tierra por los siglos de los siglos. Admira a la incomparable Virgen, mi Madre, quien coloca su frente sobre mis rodillas para adorarme mientras que recibo la circuncisión con todos los rigores de la ley. Al ver mi sangre brotar con abundancia de mi herida, mezcló con ella su leche y sus lágrimas para acompañar mi llanto.

"Elías inclinó la cabeza hasta tocar sus rodillas; no vio sino una [432] nube que anunciaba una lluvia de agua. La que mi Madre contempló fue de sangre, de leche y de agua. Mi sangre es su leche, porque fui alimentado de sus pechos sagrados. Mis lágrimas se mezclaron con esa sangre y esa leche. Ella es una paloma que contempla los arroyuelos de agua y de leche, a los que adora en su calidad de sangre, leche y agua que fluyen del cuerpo de su Hijo, Dios-Hombre; todo, en conjunto, posee un mérito infinito. Ella engendró esta púrpura real admirablemente adornada, de la que es Madre. Yo soy su Hijo real y divino, su Señor y su Dios, Hijo y súbdito suyo; ella es la primera cuya frente y mejillas están adornadas de mi sangre: Tus ojos, las piscinas de Jesbón (Ct_7_5).

"Sus dos ojos son dos piscinas; al verme sufrir, ella aspira el olor de esta sangre y siente los dolores que el amor materno y la efusión de su propia sangre le causan y le causarán: Tu nariz, como la torre del Líbano, centinela que mira hacia Damasco (Ct_7_5), Damasco significa la sangre que brota o que corre. La Madre no puede ver la sangre de su Hijo sin que le provoque grandes repugnancias. Damasco significa, además, una representación de abrasamiento; esta Virgen contempla al Hijo de su amor dando su sangre ardientemente por amor. Adoraba esta sangre, dejando que le bañara la cabeza; podría habersele dicho: Tu cabeza sobre ti, como el Carmelo, y tu melena como la púrpura; ¡un rey en esas trenzas está preso! (Ct_7_6).

[433] "Dile hija mía: Reina de los ángeles y de los hombres, Madre del Rey de reyes y del soberano Dios, te adoro cubierta de la púrpura real que engendraste y diste a luz en este establo. Te admiro adherida con los ojos, el corazón y el espíritu, a esos canales sagrados, a las venas adorables de tu Hijo, que nos ofrece su sangre. Hija, escucha lo que ella y san José te dicen a ejemplo mío: Ven, hija mía, para ser coronada de mi sangre; humilla tu espíritu y tu cuerpo al adorarme en todos estos misterios, y recibe esta lluvia adorable que te hará fértil en gracias, y más tarde abundante en gloria. Recibe, querida esposa, la sangre tan preciosa y amorosa como corona del reino del Amor, que te concedo y que mi Madre coloca sobre tu cabeza: Salid a contemplar, hijas de Sión, a Salomón el rey, con la diadema con que le coronó su madre el día de sus bodas, el día del gozo de su corazón (Ct_3_11).

"Esta Virgen y su castísimo esposo san José se alegran por tu venida, se consuelan contigo diciéndote que han estado sufriendo, durante ocho días, temores extremos al pensar en el cuchillo de la circuncisión, que debía someterme a este rito. Yo mismo lo temía, por tener uso de razón y mi ciencia divina."

Me comunicaste muchas otras maravillas acerca de tu amor doloroso acariciándome divinamente. Alabando tus gracias en mí, me recibiste como a tu esposa de sangre, diciéndome que me constituirías princesa de sangre de un modo admirable, y que te había proporcionado un gran placer al seguir tus inspiraciones, dando a tus hijas, también mías [434] al entrar a la vida religiosa un escapulario rojo que simboliza tu circuncisión y tu Cruz ensangrentada, y sobre éste, una corona de espigas que rodea o encierra tu nombre sagrado, que es la unción de tus heridas.

Me siento obligada a repetir el significado de los hábitos de tus hijas puesto que ello es de tu agrado, según lo que me dijiste con tus expresiones amorosas. Es por ello que la Iglesia repite: Gloria al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo al final de cada salmo. Tu Espíritu, todo Amor, soplabá, y mi corazón destilaba su sangre por mis ojos, que eran dos piscinas rebosantes de compasión amorosa.

Me dijiste que uniera mis lágrimas con las de la santa Virgen tu Madre y las de san José, a las tuyas, añadiendo: "Tú eres mi madre, me has dado a luz nuevamente en el mundo. Este escapulario que

tus hijas mis esposas, reciben y portan al entrar al noviciado, es una clara representación de mi circuncisión; pero admira, amada mía, la conducta divina que te ha hecho aguardar hasta la profesión para darles el manto rojo. Esto es por seguir las órdenes que mi conducta divina obedeció desde mi nacimiento hasta mi muerte. En el Establo de Belén porté la banda roja; en Jerusalén y sobre el Calvario fui cubierto de un manto de burla enrojecido por mi propia sangre por la crueldad de los hombres, en cuanto a lo exterior, pero todo se hacía por mandato de mi divino Padre, quien ama a los hombres con el mismo amor que yo y el Espíritu Santo los amaba; amor que fue el motivo o el principio y término de todos mis dolores.

El pecado es causa y materia de ellos; [435] el amor, mediante mi muerte, se mostró al extremo ante los ojos de las creaturas, las cuales consideran mis sufrimientos; sin embargo, este amor es más fuerte que la muerte. Es conocido y comprendido únicamente por la divinidad. Es inmenso, es real. La muerte es sólo una privación, y el pecado una degradación. El amor es esencial, increado y subsistente. El amor es Dios; el amor es bondad que de sí se comunica."

"Hija, el amor agotó mis venas y vació la sangre y el agua que la muerte había dejado en mi cuerpo. El amor ciega para las cosas temporales, haciendo ver claramente las de la eternidad. El amor, aún careciendo de la vista, lleva derecho a la meta que es mi corazón, para hacer brotar en él una fuente después de mi muerte, y para lavar, colorar y vivificar a mis esposas después de su muerte moral y civil; por mi propia sangre, el alma adquiere la suya. Mi alma se adhiere a ellas; mi sangre las cubre por completo, lo cual está simbolizado en el manto que reciben el día de su profesión, que es el día de su muerte al mundo y de su nacimiento en Dios, en virtud de la sangre de mi Cruz. Yo pacifico en ellas al cielo y la tierra. Te coronó, querida mía, con la sangre de mi circuncisión. Te vistió de la sangre de mi Cruz mediante la confesión y la comunión. Con ella te alimentó [436] Ven del Líbano, ven otea desde la cumbre del Amana, desde la cumbre del Sanir y del Hermon, desde las guaridas de leones, desde los montes de leopardos (Ct_4_8). Ven desde esta montaña en la que los enemigos de mi Nombre y de mi gloria ejercieron tantas crueldades sobre mis mártires. Ven, hija llena de fe y de constancia, a recibir la corona de mis manos liberales; colocar sobre tu frente esta diadema, formada por mi propia sustancia, es la alegría de mi corazón amoroso.

"Mi sangre se apoyó sobre la naturaleza divina, encerrándose y fluyendo de mis venas; es la sangre de un Dios. Mis venas son para ti conductos de vida divina y caminos de salvación. Acércate por esta sangre, mediante la cual me llego a ti con gran deseo; mi amor es mi precio y mi movimiento amoroso está en todas partes como Dios, resido donde me place; yo en cuanto hombre, como el pontífice, subía al santuario por la sangre .

"Hija, recibe a tu pequeño Pontífice y a tu gran Dios por su sangre, que desciende hacia ti. Soy yo quien quiso recibir, por amor a ti, la Circuncisión, así como en otro tiempo Siquem lo hizo por amor a Dina, la hija de Jacob." ¡Pero, ay, querido Esposo! Este amor te hirió en el día de tu carne, pero en el día de tu espíritu te hará morir. Me refiero a los días Jueves y Viernes Santo, en los que habrás llegado a la edad del hombre perfecto, en la que te entregas a tu enemigo para poder entrar en tu amigo, el cual nos ha narrado el penar de tu espíritu: Jesús se turbó en su interior y declaró: "En verdad, en verdad os digo que uno de vosotros me entregará." (Jn_13_21). El príncipe Siquem fue traicionado, muriendo a causa de esa traición. Tú mueres porque el traidor te entregará a tus enemigos y tu amor a la muerte. Al entregar tu espíritu y al inclinar tu sagrada frente, aceptaste esta muerte para darme la vida [437] Adoro la sangre preciosa que ofreces, llorando, el día de tu carne.

"Hija, es la sangre quien habla fuerte y favorablemente por ti a mi Padre, mientras que parezco ser el Verbo mudo." Muy querido y amoroso Esposo, mientras que la Virgen, tu santa Madre, y san José, su esposo, permanecen arrebatados de admiración en todo lo que a ti concierne, se consultan todo mutuamente, habla a mi corazón por medio del tuyo; una mirada de tus ojos me imprimirá tu amor. Este estado de infancia me da libre acceso a besarte amorosa y humildemente.

Tu silencio marca tu amor, que es todo corazón. ¡Mira, tú eres el Dios de mi corazón! He encontrado en este establo al que ama mi alma. Jamás lo abandonaré. El está en casa de mi Madre en Belén, que perteneció a David, de quien la Virgen es hija. Esta casa del pan es también suya. Ahí ella engendró al verdadero Pan de Vida, produciendo en este lugar la fuente de David, que es un manantial abierto. Lo que Zacarías predijo proféticamente se cumple en este día: Aquel día habrá una fuente abierta para la casa de David y para los habitantes de Jerusalén, para lavar el pecado y la impureza (Za_13_1).

Como estás herido, tu llaga es una abertura de la que fluye la sangre que lavará mis pecados. Tu Nombre es una fuente de aceite. Tus ojos, dos arroyos del agua de vida; tu Madre tiene dos pechos que abundan en leche celestial.

Me invitaste a venir; me encuentro bien aquí, en tu compañía. Si lo quieres, moraré también contigo, tu santa Madre y san José, admirando junto con ellos lo que no puedo comprender: Su padre y su madre estaban admirados de lo que se decía de él (Lc_2_33).

OG-01 Capítulo 89 - Cómo el Verbo Encarnado armó a sus Apóstoles por mi causa, diciéndome que yo era su tabernáculo de cristal. De los grandes favores que me concedió en las fiestas de san Antonio, san Sebastián y san Matías, y cómo el Espíritu Santo me condujo al desierto.

[438] Después de la Epifanía, continuaste prodigándome tus favores, complaciéndote en conversar conmigo en tu pesebre por medio de locuciones divinas. Para escucharlas, no tenía necesidad de oídos corporales. Me hiciste ver una escalera en las nubes, formada por las mismas nubes y construida como las de madera que acostumbramos utilizar. Admiré los escalones, tan bien hechos y acomodados con tanta propiedad. Esta escala se aproximó desde el oriente, deteniéndose al mediodía. Venía seguida de navíos hechos también de nubes, todos ellos equipados de modo admirable. Volaban a favor de un viento que era espíritu y vida. Me dijiste que se trataba de ángeles que se armaban para auxiliarme, los cuales me traían del cielo favores divinos, y que esta escala eras tú mismo; que los Reyes habían venido de Oriente para verte y adorarte, trayéndote el oro, la mirra y el incienso como a hombre mortal, como a Rey de reyes y Dios de dioses, de quien depende todo lo creado.

Me comunicaste muchas maravillas, las cuales no recuerdo por ahora, pero que confié al P. Gibalin. Me hiciste ver un tabernáculo de cristal, admirablemente engastado o cimentado en oro. Se abría por la parte superior, no a los lados ni en la parte inferior. Me dijiste que este tabernáculo estaba hecho para recibir a tu Majestad, que es un sol. Contemplé y admiré este lugar en el que tu Majestad deseaba hospedarse, [439] y te escuché decirme: "Hija y esposa mía, tú eres este tabernáculo de cristal en el que me complazco en entrar y reposar, para transpirar mis claridades a través de él.

"Los sagrarios de madera, de plata y oro, no son, como éste, convenientes para el sol. Tu alma, que es transparente, recibe al divino esposo, el cual es un sol que penetra en su alcoba nupcial. Muchas almas son como la madera, la plata o el oro: fructifican como la madera, resuenan como la plata y se comportan como el oro en la prueba; pero, como todo esto no es transparente, no puedo darme a conocer con claridad debido a que la madera, la plata y el oro son cuerpos opacos que no pueden ser atravesados por la luz. Te hice como un cristal, pero recuerda que eres frágil como el vidrio; me das a conocer porque tu candidez te hace transparente. Me dejo ver a través de ti, como el vidrio de un espejo. Te engarzo amorosamente con oro. Resueno por medio de tu pluma y de tu lengua como si fueran de plata. Considera el contenido del décimo proverbio: Plata elegida es la lengua del justo (Pr_10_20). El amor que siento por ti me lleva a hacer en ti, y de ti sola, todo lo que hago por los demás. Deseo vencer a mis enemigos por ti; sobre los reyes quiero reinar por ti; es mi voluntad transmitir mis órdenes, a través de ti, a los espíritus dominantes.

"Hija mía, no temas cosa alguna; yo te libraré de todos los males. Inclinaré nuevamente las colinas del mundo y a los grandes del siglo hasta mis pies, al camino de mi eternidad, cumpliendo una vez más el anuncio de Habacuc: Se hundan los collados antiguos, ¡sus caminos de siempre! (Ha_3_6). [440] Deseo que este tabernáculo que te he mostrado sea mostrado al mundo, a fin de que pueda ver mi luz. Ella lo hará más bello que todos los tabernáculos de Jacob y nadie podrá escapar a mi calor luminoso. Si los obstinados no se dejan vencer por mi bondad, serán exterminados por mi justicia. Hija mía, he venido del seno paterno al seno materno como vencedor, a fin de vencer. Miré y había un caballo blanco; y el que lo montaba tenía un arco; se le dio una corona (Ap_6_2). Yo soy este caballero del que se habla en el Apocalipsis, al que uno de los cuatro animales dijo a san Juan que fuese a ver, diciéndole: Ven. Miré y había un caballo blanco; y el que lo montaba tenía un arco; se le dio una corona (Ap_6_2). Tengo el arco de paz y de guerra en mi poder. Yo llevo puesta la corona. El arco de paz es para acariciar a mis amigos y anunciarles una lluvia de gracias; el arco de guerra es para espantar y castigar a mis enemigos; si no se convierten, mi brazo todopoderoso los destruirá y precipitará en los abismos; después de la muerte sigue el infierno.

"Aquéllos que menosprecien mi sangre, que es la sangre del testamento, serán gravemente castigados; mis mártires claman a mí para que vengue la suya, que fue derramada por la crueldad de los tiranos. Escucha lo que dice mi secretario al respecto: Vi debajo del altar las almas de los degollados a causa de la Palabra de Dios y del testimonio que mantuvieron. Se pusieron a gritar con fuerte voz: ¿Hasta cuándo, Dueño santo y veraz, vas a estar sin hacer justicia y sin tomar venganza por nuestra sangre de los habitantes de la tierra? Entonces se le dio a cada uno un vestido blanco y se les dijo que esperasen todavía un poco (Ap_6_9s).

[441] "Hija, espera todavía un poco de tiempo, yo triunfaré en ti. Recibe mi sangre en el tabernáculo que has visto; es un vaso elegido para eso. Enríquete de mi sangre. Has visto cómo te he colocado como un vaso de cristal sobre el altar para recibirla. En esta sangre te lavarás y blanquearás tu vestidura. Tu alma encontrará en ella su baño agradable." Las palabras que me dirigiste fueron eficaces, pues me vi purificada en espíritu, embellecida y enriquecida con tu pureza, tu belleza y tus riquezas. Conocía en la medida en que deseabas revelármelo, que posees dentro de ti todos los tesoros de ciencia y de sabiduría, y que estás lleno de gracia, de gloria y de divinidad. Por ello te adoré, postrándome a tus pies con espíritu humilde, en compañía de todos los ángeles, los cuatro animales y los veinticuatro ancianos, ofreciéndote todo lo que me has concedido y diciendo: Digno es el Cordero degollado de recibir el poder, la riqueza, la sabiduría, la fuerza, el honor, la gloria y la alabanza (Ap_5_12).

Los días de san Antonio y san Sebastián me hiciste grandes caricias. Antonio quiere decir una flor; fuiste para mí un Esposo floreciente. El día de san Sebastián te convertiste para mí en saeta amorosa que me traspasó deliciosamente [442] En la fiesta de san Matías me introdujiste al consorcio de los santos entre tus luces. Así como san Matías compensó mediante su fidelidad la traición de Judas, deseaba yo completar en mí lo que faltaba a tu Pasión. Descubre en mi alma, querido Esposo, la reciprocidad en el amor que los tuyos te han rehusado; éste es mi deseo: Conforme a la visión que Dios me concedió en orden a vosotros para dar cumplimiento a la Palabra de Dios (Col_1_25). Quisiera quebrantar si puedo la obstinación de quienes ignoran tu amor y cuan apasionadamente (permítaseme la expresión) deseas su salvación, a fin de que no sigan recibiendo tus gracias en vano, sino que saquen provecho de tu divina palabra, llegando a conocer, todos a una, las santas riquezas de tu amor y de tu gloria.

Queridísimo Amor, perdona mis ímpetus; ellos imitan los tuyos. ¿Por qué sobrepasas con tus bondades todas nuestras malicias? Eres tú a quien la esposa se refirió, al verte venir hacia nosotros procedente del seno paternal: Helo aquí que ya viene, saltando por los montes, brincando por los collados (Ct_2_8).

Tú, que sales del seno y del entendimiento paterno, ven a nosotros rebasando los ángeles. Te veo en este Sacramento de Amor y de gloria contemplándome por las ventanas de tus llagas; y me atrevo a decirlo, por las celosías de tus poros sagrados, por medio de los cuales te dilatas y comunicas a mí, multiplicando tus rayos luminosos y haciendo de estos poros amorosos canales que produzcan manantiales adorables. Me parece que deseaste salir por esos poros como un enamorado apasionado, a quien el amor presiona y hace caer en éxtasis.

[443] Deseas dar tu vida por medio de tu sangre como muestra de tu amor, que es más fuerte que la muerte. ¿Qué estoy diciendo? Trato de terminar y salvarme a nado en los ríos de tu sabiduría, y me veo nuevamente rodeada por los torrentes de tu sangre. Si el amor no bogara felizmente sobre estas riveras, te diría: Líbrame de la sangre, Dios, Dios de mi salvación, (Sal_50_16), puesto que con ella deseas lavarme y alimentarme, y después de mi muerte sepultarme en ella. Deseo vivir y morir en este mar inflamado, y cantar sobre sus olas el triunfo de tu amor.

Si desembarco en algún puerto sobre la tierra, será para anunciar a la humanidad que habita en ella que, mediante la sangre de tu Cruz, pacificaste el cielo, y que en esta misma sangre deseas apaciguar la tierra; que dejen de menospreciar esta sangre preciosa que es el precio de su redención; que no sigan dejándose encadenar por los lazos del pecado, del que tu sangre los redimió y que no aspiren sino a vivir en la libertad que adquiriste para ellos, por medio de la cual tu Espíritu obrará y será su guía, elevándolos de claridad en claridad hasta que sean transformados del todo en la luminosidad de este Espíritu de Amor. Donde hay amor, no hay más dolor; o si lo hay, nos parece amable.

[444] Este Espíritu, todo benignidad, quiso conducirme al desierto junto contigo, mi divino esposo, diciéndome que allí te haría compañía y que hablarías a mi corazón, lo cual hiciste en medio de tantas delicias, que no habría querido salir de esta dichosa soledad. Así como tu discípulo amado fue divinamente instruido en tus misterios, te complaciste en enseñármelos y yo en aprenderlos; pero el placer de esta vida oculta y solitaria me fue arrebatado cuando su Eminencia vino de repente en Cuaresma y me dio la orden de escribir mi vida, y hacerlo con la luz de tu gracia. Queridísimo Amor, sabes bien hasta qué punto me mortificó esta orden y cuánta fuerza necesité para sobreponerme a mis repugnancias. Si el Espíritu Santo, que me condujo al desierto, no me hubiese tomado por la mano para encaminarme con sus acostumbradas caricias en medio del recuerdo de las gracias que el Padre, tú y él me han concedido; si no me hubiera elevado el Espíritu hasta la fuente de las divinas luces, en el interior de los archivos sagrados donde vi los originales de los extractos que me fueron comunicados, no hubiera podido escribir con orden ni secuencia, como este Espíritu me ha ayudado a hacerlo. No ha dejado de consolarme durante esta pesada tarea, ayudándome a caminar por los senderos por los que siempre me ha llevado [445].

OG-01 Capítulo 90 - Que mi divino amor me enseñó a comulgar y a asistir a la santa Misa, diciéndome que hay varias clases de muerte, y a conversar con las tres personas de la santísima Trinidad durante las veinticuatro horas del día y de la noche

Mientras escribía, no me fue posible hacer otra oración sino la de aplicar mi atención a lo que hacía, con excepción del modo en que me enseñaste a asistir a misa y a prepararme a la santa comunión como lo haría un mendicante. Al despertar, después de adorar y dar gracias a tu Majestad, pido: 1. a los santos patriarcas me concedan su fe para acercarme al sacramento que es el misterio de la fe. 2. a los santos profetas, que me den su esperanza, la cual no se vio confundida, porque tú verificaste y cumpliste sus profecías. 3. Ruego a los santos apóstoles me alcancen la caridad que recibieron y aprendieron de ti y de tu Espíritu, que es fuego y caridad. 4. a los santos mártires, la constancia con la que murieron al confesar tu Nombre y sellar su fe por medio de su sangre. 5. a los santos doctores, la

inteligencia de tus sagrados misterios. 6. a los santos confesores, la piedad y la devoción. 7. a los santos anacoretas, el don de lágrimas de la amorosa contrición y la unión y adhesión a tu amor, que hace que el alma sea un mismo espíritu contigo. 8. a los santos y santas vírgenes, la pureza para recibirte virginalmente a ti, que eres el vino que engendra vírgenes y la corona de todos ellos. 9. a los santos y santas viudas, la perseverancia en tu servicio y en tu amor [446] a los santos y santas casados, la paciencia para recibirte a ti, que resolviste encarar con paciencia las afrentas y los menosprecios que todos los pecadores te harán hasta la consumación de los siglos. 11. a los santos inocentes, la pureza interior y exterior para acercarme a ti, que eres impecable por naturaleza, y que dijiste que los puros y los rectos de corazón están adheridos y unidos a ti por el amor. 12. a los santos ángeles, la humildad que ejercitan al postrarse profundamente delante de tu adorable Sacramento. 13. a los arcángeles, la pureza que les permite acercarse a ti, que eres el Dios puro, en calidad de amigos de tu purísima Majestad. 14. a los principados, la nobleza y generosidad de corazón para ser unida a ti, que eres Rey de reyes y Señor de señores. 15. a las potestades, la fuerza contra mis enemigos; que me revistan con las armas de la luz, para acercarme a ti que eres el Señor de las batallas. 16. a las virtudes, el adorno conveniente a una esposa real para ser admitida al lugar en que residen las virtudes, que es también el tuyo, por ser el Rey de la gloria [447] a las dominaciones, la sujeción de mis pasiones, para recibirte dentro de mí, pues eres tú a quien estas dominaciones adoran con gran respeto. a los tronos, la paz y la quietud para ser el solio de tu pacífica Majestad. a los querubines, la sabiduría y la ciencia para conocer y adorar tus esplendores en la humilde inteligencia de tus voluntades; a los serafines, el amor ardiente para alojarte en mi corazón a ti Señor, que has venido a encender tu fuego divino, a fin de que arda en los corazones, y nos convierta así en holocaustos perfectos. Pido a mi buen ángel me acompañe en todas estas devociones, y me conduzca hasta la santa Virgen, tu Madre, pidiéndole todo lo que necesito para albergarte en mí y transformarme en ti; a tu Humanidad, la dulzura y la benignidad; al divino Santo Espíritu, la virtud de lo alto; a ti, Verbo divino, la sabiduría divina para conversar contigo; al Padre Celestial, el poder divino para permanecer contigo, según tu deseo, en su seno paterno.

Hago mi acción de gracias y regreso o desciendo por las sendas que fui elevada, pidiéndote que dupliques la gloria de la Iglesia Triunfante, que multipliques la gracia de la Militante, y alivies las penas de la Sufriente. [448] Te pido por el Papa, por el Rey y por la unión de los príncipes cristianos; por la conversión de los herejes y los paganos, y que introduzcas a todas las almas a tu redil, santísimo y único Pastor.

Un día me dijiste, mi divino Maestro, que deseabas mostrarme de qué manera te agradecería más al asistir a la santa Misa. Primeramente, en el Introito, debía considerarme carente de ser subsistente y existente, en el centro de mi nada; a la Epístola, recibo de tu bondad el ser y la existencia. En el Evangelio, el bautismo, que es el verdadero nacer y la regeneración que me hace hija del Padre celestial por adopción, y me capacita para participar en los sacramentos y en la instrucción de todo lo referente a la religión católica, apostólica y romana. En el Credo, debo hacer profesión de la misma fe católica, conformándome en todo a los sentimientos de la Iglesia. En el Prefacio, me dispongo a morir por tu Nombre y para confesar las verdades de mi fe. En la Consagración, me coloco a manera de una hostia que debe ser sacrificada, como lo son el pan y el vino y recibo con amor sobre mi cuerpo, mi sangre y mi alma, estas divinas y todopoderosas palabras que pronuncia el sacerdote sobre las Especies, deseando ser transubstanciada en ti tanto cuanto sea posible, muriendo a mí misma con la muerte de amor que tanto estimas [449].

Me revelaste que hay varias clases de muerte: La primera es la del pecado, inventada por el demonio. La segunda es la muerte física y natural, que es castigo del pecado. La tercera es la muerte de los justos que deseó Balaam después de haber contemplado la muchedumbre de los hijos de Jacob. La cuarta es la muerte de los santos, que David consideró preciosa. La quinta es la de los ángeles, que consiste en la adhesión a tus decretos y un continuo deseo de honrar el anonadamiento o consumación

que hiciste de ti mismo al tomar nuestra naturaleza mortal, para morir en ella. La sexta es la muerte que el amor divino inventó en la noche de la Cena; muerte que es divina porque sustituye, mediante la fuerza y el poder de las palabras divinas, a un Dios vivo, un Hombre glorioso, al destruir la sustancia del pan y del vino. Esta muerte es admirable: produce la vida del alma y la resurrección del cuerpo. Me dijiste que deseabas que muriera yo continuamente de este en el mismo Sacrificio de Amor que se ofrece continuamente en cualquier rincón del mundo, pero particularmente en el momento en que vea, me dé cuenta y escuche que el sacerdote consagra el pan y el vino. Me dijiste además que me sepulte en tu sangre cuando el sacerdote coloca la partícula de la hostia en el cáliz, diciendo: "La paz del Señor esté siempre con ustedes." [450] Añadiste que, en la Comunión del sacerdote, resucitase a tu gloria mediante una nueva vida en virtud de este pan vivo y vivificante, así como tú resucitaste para gloria de tu Padre; y que al estar resucitada, busque las cosas celestiales y divinas, anunciando al mundo tus maravillas mediante los continuos deseos de tu gloria y de la salvación de las almas, realizando en mí las palabras de tu Apóstol: Y no vivo yo, sino que es Cristo quien vive en mí (Ga_2_20).

Si la Sulamita, al considerar las frecuentes visitas del Profeta Elíseo dijo a su marido: Mira, sé que es un santo hombre de Dios que siempre viene a casa. Vamos a hacerle una pequeña alcoba de fábrica en la terraza y le pondremos en ella una cama, una mesa, una silla y una lámpara, y cuando venga a casa, que se retire allí (2R_4_9s).

Queridísimo Amor, como tu augustísima Trinidad me favorece con su presencia casi continua, ¿de qué manera reconoceré estas gracias inexplicables que tus Tres Divinas Personas me comunican? Cediendo a mi deseo, me enseñaste la manera de obrar en vista de los favores de tu adorabilísima Sociedad y Divina Trinidad, dividiendo el día y la noche en tres partes: ocho horas para cada uno, diciéndome que por la noche, a eso de las ocho, adorase a la Persona del Padre en espíritu y en verdad, pidiéndome me permita conversar con él hasta las cuatro de la madrugada; que debo contemplar a este divino Padre en lo escondido de su gloria, en su propia penumbra: Ni la misma tiniebla es tenebrosa para ti, y la noche es luminosa como el día (Sal_139_12) inmortal e invisible a los ojos corporales, diciendo: Aunque diga: ¡Me cubra al menos la tiniebla, y la noche sea en torno a mí un ceñidor, ni la misma tiniebla es tenebrosa para ti, y la noche es luminosa como el día, (Sal_139_10s) suplicándole que renueve en mí lo sucedido en la noche en que su poderosa diestra libró a los hebreos de la cautividad del Faraón, permitiéndoles pasar el Mar Rojo a pie enjuto. Cuando un sosegado silencio todo lo envolvía y la noche se encontraba en la mitad de su carrera, [451] tu Palabra omnipotente, cual implacable guerrero, saltó del cielo, desde el trono real, en medio de una tierra condenada al exterminio, (Sb_18_14s) rogando a este Padre todopoderoso se complaciera en mostrar el poder de su palabra, destruyendo a todos los espíritus nocturnos, superando el mundo y todo lo que me retiene en la cautividad de mis enemigos, permitiéndome atravesar el fondo seco del Mar Rojo de las pasiones, y haciendo ver en mí su poder adorable. Debo también suplicar a la santa Virgen, Hija mayor de este divino Padre, que supla a mis impotencias en presencia de su paternidad, y que ordene a tres coros angélicos le adoren por mí junto con la multitud de los santos. Desde las cuatro hasta el mediodía, adorarás en espíritu y en verdad la Segunda Persona, que desciende como un maná celestial y divino sobre todos los altares donde se le consagra. A partir de las cuatro horas, volarás por todo el mundo a los lugares donde se celebre la misa, admirando el amor que obra reproducciones de mi cuerpo, de mi sangre, de mi alma, pues son inseparables de mi Persona, la cual los sostiene divinamente mediante la unión hipostática. Conmigo están sobre estos altares, por concomitancia y secuencia necesaria, el Padre y el Santo Espíritu.

"Hija, contempla amorosamente a tu divino Oriente, que emana del seno del Altísimo para visitar a los hombres siguiendo las inclinaciones de la divina misericordia, que viene a iluminarlas porque yo soy el Sol de Justicia. Las libra de la muerte eterna encauzando sus afectos hacia caminos de paz, y dice: Bendito el Señor Dios de Israel porque ha visitado y redimido a su pueblo (Lc_1_68). Levántate muy de mañana para recoger este y alimentarte de este maná divino, precedida de la gracia

preventiva de mi inclinación amorosa hacia ti, y cubierta de la gracia subsiguiente, concomitante y justificante. Eleva tus humildes agradecimientos, ofréceme como acción de gracias a mi Padre eterno. Yo encierro todas las gracias, por ser la gracia sustancial; y como dijo mi Apóstol, [452] la gracia de Dios, que abrazó la muerte por todos, dándoles mi vida, afín de que vivan por mí así como yo vivo por mi Padre, y que permanezcan en mí y yo en ustedes para que todos seamos consumados en la unidad, y pueda comunicarles la claridad que poseo junto con mi Padre desde antes de la constitución del mundo. Pide a la santa Virgen, mi augusta Madre, supla lo que tú ignoras mediante la sabiduría de la cual está llena, y que se complazca en mandar a otros tres coros angélicos que completen tus deficiencias, lo mismo que a todos los santos, de los cuales es Reina como lo es de los ángeles.

"Al medio día, adorarás la Tercera Persona, que es el Espíritu Santo que el Padre y yo producimos; es nuestro Amor común, nuestra pura llama, el término de nuestra indivisa voluntad, nuestra divina espiración, nuestro beso, nuestro bien, la divina producción emanante de nuestra fecundidad divina. Es el círculo inmenso de toda nuestra divinidad, que retiene en el interior toda nuestra inmensa plenitud sin producir cosa alguna en la Trinidad, porque en él todo es originado divinamente, augustamente y eminentemente. El desea concederte mil favores; es el céfiro que te acaricia delicadamente, al que la esposa llama con tanto anhelo para desterrar los fríos del Aquilón, diciendo: Levántate, cierzo, [453]ábrego, ven. ¡Soplad en mi huerto, que exhale sus aromas! (Ct_4_16).

"Pide ardientemente que aleje de ti toda frialdad, que abrase tu corazón con sus llamas vivas, y que te conserve en buen olor en presencia de nuestra Trinidad, de la Virgen mi Madre, de los ángeles y de los hombres, y que te ayude dulce, fuerte y fielmente, a seguir sus divinas inspiraciones, así como los misteriosos animales que vio el Profeta Ezequiel, los cuales enmudecían en virtud del espíritu de vida que los agitaba y los impulsaba según su impetuosidad; y aunque estaban cubiertos de ojos, y cada uno de ellos tenía cuatro caras y cuatro alas, disponían de manos y pies bajo sus alas para hacerte comprender que este Espíritu te llevaba, te iluminaba y te elevaba, deseoso de que avances y cooperes libremente a sus divinas mociones mediante afectos y obras, afín de que experimentes lo que dijo el Apóstol: Ahí donde está el Espíritu del Señor, ahí está la libertad (Rm_8_21). Es esta divina libertad de hijos, en los que este Espíritu obra por amor y no mediante la fuerza: Hijos de Dios son todos y sólo aquéllos que se dejan llevar por el Espíritu de Dios. El Espíritu mismo se une a nuestro espíritu para dar testimonio de que somos hijos de Dios (Rm_8_14s). El Espíritu Santo mismo dará testimonio a tu espíritu de que eres hija del Padre, esposa del Hijo y templo de este Espíritu de amor, quien te ha dicho que él es tu nodriza, con más bendiciones de dulzura que las que recibió Efraín: Yo enseñé a Efraín a caminar, tomándole por los brazos, pero ellos no conocieron que yo cuidaba de ellos (Os_11_1).

[454]"Efraín vivía en las sombras, era sólo una figura, mientras que tú eres la luz; no ignoras que este Espíritu te alivia de tus enfermedades y que te alimenta con la leche de la caridad; que él te lleva en brazos porque es tu amor y tú, a tu vez, deseas que él sea tu peso, ese peso del mediodía que te descansa al rehacerte en el parque luminoso que son las entrañas fecundas del Padre de las luces, que me engendra en el esplendor de los santos. Pide a mi dignísima Madre, esposa singular del Santo Espíritu, que ordene a los otros tres coros de ángeles y a todos los santos que te asistan.

"Hija mía, este es el día que la Trinidad actúa en ti; alégrate con ella, por ser ésta su voluntad, y canta: ¡Oh abismo de la riqueza, de la sabiduría y de la ciencia de Dios! ¡Cuan insondables son sus designios e inescrutables sus caminos! En efecto, ¿quién conoció el pensamiento del Señor? O ¿quién fue su consejero? O ¿quién le dio primero, que tenga derecho a la recompensa? Porque de él, por él y para él son todas las cosas. ¡A él la gloria por los siglos!" (Rm_11_33s).

De ti, oh Padre, por ti, oh Hijo, y en ti. Espíritu Santo, están todas las gracias que he recibido. a ti, Augustísima Trinidad, se vuelvan todas ellas para glorificarte por toda la eternidad en tus luces adorables: Sopla hacia el sur el viento y gira hacia el norte; gira que te gira sigue el viento y vuelve el

viento a girar. Todos los ríos van al mar y el mar nunca se llena (Qo_1_6s). Océano de bondad, de ti proceden todos estos favores: Al lugar donde los ríos van, allá vuelven a fluir (Qo_1_7).

Continúa, Augustísima Trinidad, si así te place, el flujo de tus gracias sobre mí. Que el cielo, la tierra y el mar, con todo lo que contienen, te den gracias y te bendigan por mí.

He comenzado por ti, que eres mi principio. He proseguido por ti, que eres mi medio. Termino por ti, que eres mi término y mi fin infinito, este Inventario de tus gracias, por mandato de mi eminentísimo Prelado, al que [455]has honrado con la dignidad del cardenalato, nombrándolo Cardenal de tu Augustísima y santísima Trinidad. Bendice su sede con tu grandeza y con las bendiciones de naturaleza, de gracia y de gloria, así como a todas las ovejas de las que lo has constituido pastor. ASÍ SEA.